

Todo sobre REENCARNACIÓN

ÍNDICE

Reencarnación, ley de los ciclos Delia Steinberg Guzmán	5
IDEAS GENERALES	
Citas sobre reencarnación en algunos textos religiosos y filosóficos antiguos	11
La reencarnación como ley de la naturaleza Leonardo Santelices	50
La reencarnación como fenómeno colectivo Harry Costin	59
H. P. Blavatsky: enseñanzas sobre la reencarnación Jelena Sikirich	65
REFERENCIAS A LA REENCARNACIÓN EN LOS AUTORES CLÁSICOS	
Metempsicosis: alusiones en el pensamiento griego Francisco Duque	79
El viaje del alma en la experiencia romana arcaica Paola Bafile	90
La reencarnación en la filosofía estoica Rahsan Polatoglu, Ayçin Polat, Noyan Akçetin, Zeliha Baran, Mete Dalan, Banu Taner	111
La anamnesis en Platón Juan Manuel de Faramiñán	120
La encarnación del alma según Plotino Jean-François Buisson	126
La reencarnación en Plotino Stjepan Palajsa	131

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El concepto de reencarnación en el Renacimiento
de Gemistos Pleton a Giordano Bruno 138
Isabelle Ohmann

SOBRE LA REENCARNACIÓN EN CULTURAS DE OCCIDENTE

La reencarnación en el cristianismo primitivo 145

La reencarnación y el principio
de la metamorfosis en la tradición celta 155

El alma y la reencarnación en los indios
amerindios e inuits de Norteamérica 160
Denis Bricnet

La resurrección en la
cultura maya ancestral y actual 167
Patricia Muñoz

SOBRE LA REENCARNACIÓN EN LAS CULTURAS DE ORIENTE

Reencarnación y concepciones budistas 176
Juan Martín Carpio

Las reencarnaciones de Buda 186
Jean-Claude Serres

La reencarnación desde
el pensamiento budista tibetano 195
Ángela Gilardi Polar

Reencarnación e islam 199
Antonio Romero

La reencarnación y la cábala
(desarrollo del concepto de reencarnación
en la literatura cabalística) 204
Nahum Rozen

La reencarnación en Japón 212
Hikitik Hachimoto

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La teoría de la
reencarnación en el pensamiento chino 222
Jorge Ruiz

Los Maestros de sabiduría y la doctrina de renacer 232
Fernando Fígares

ALGUNOS EJEMPLOS SOBRE REENCARNACIÓN EN EL ARTE Y LA LITERATURA

El motivo de la
reencarnación en el arte alemán 241
Peter Sölkner

La reencarnación según Victor Hugo 252
Louissette Badie

La reencarnación en los
cuentos de Hans Christian Andersen 263
Camila Paláková Hermannová

LA REENCARNACIÓN Y LA CIENCIA

Ciencia y reencarnación: el gran encuentro 273
Catherine Guillermo

Medicina y reencarnación 281
Antonio Alzina

Elisabeth Kübler-Ross: pionera de la tanatología 285
Sonja Luckeneder

Una aproximación al ente que
subyace más allá de la experiencia física 291
Hernando Chiari

La reencarnación de los eventos 302
Victor Cuenca

Bibliografía 309

La cuestión de la reencarnación ha sido objeto de los más variados planteamientos, que oscilan desde las loas de sus acérrimos defensores hasta las críticas de sus acérrimos detractores.

Lo malo de estos extremos es que tanto defensores como detractores se apoyan más en cuestiones de fe, en fantasías místicas o en forzadas tesis científicas que en conocimientos equilibrados. Para nuestra desgracia, es difícil encontrar en la actualidad unos conocimientos que tengan suficiente solidez, a pesar de que abundan libros y libros sobre el tema, porque hace siglos que la mayoría de las civilizaciones abandonaron esta particular concepción de la vida en la que se dan cita lo religioso, lo filosófico y lo místico.

Lejos de las autoridades en la materia, hoy abundan sentimentales del esoterismo que ven en la reencarnación una forma de seguir viviendo, de volver una y otra vez a esta vida, o fanáticos de algunas religiones que niegan la reencarnación sencillamente porque no se menciona en sus mil y una vez retocados textos sagrados. Eso sin contar con los expertos que adornan la polémica con unas gotas de morbo y mezclan la posibilidad de que un ser vuelva a encarnar en varias oportunidades en busca de experiencia, con la superposición de formas de vida; así, uno que hoy es hombre puede renacer mañana como vaca, renacuajo o lechuga. Es comprensible que en esta línea de pensamiento, la reencarnación haya ido ocupando puestos cada vez más secundarios en los intereses de los auténticos pensadores e investigadores.

Sin embargo, todos los pueblos de la Antigüedad conocieron esta doctrina y la vivieron con toda naturalidad, como parte integrante de sus creencias y de sus filosofías. Y ya no podemos seguir sosteniendo que estos pueblos eran menos sabios que los actuales simplemente por ser más antiguos; la tesis del crecimiento continuo y progresivo no se demuestra en la realidad. Antes bien, muchos conocimientos de épocas antiguas continúan siendo inabordables para la ciencia actual.

Lo que sí es cierto es que no en todos los momentos de la Historia los hombres se volcaron por lo mismos intereses y no siempre tuvieron un mismo punto de partida en sus estilos de pensamiento. Donde hoy predomina la racionalidad, antes primaba en muchos aspectos una concepción más intuitiva y profunda de ciertas vivencias que la mente apenas sí puede explicar.

Pero no hace falta ser un genio de la intuición ni un destacado racionalista para poder abordar algunas hipótesis que hicieron de la reencarnación un soporte de la evolución.

Una mirada a la Naturaleza

Ahora que tanto apasiona la ecología y el respeto por nuestro planeta, es cuando resultaría más sencillo volver una mirada profunda a la Naturaleza y no detenerse tan sólo en sus fenómenos más superficiales.

La ley de los ciclos se manifiesta en todo lo que nos circunda. Nada más normal que el constante devenir de las estaciones con sus conocidos cambios, y a nadie se le ocurriría definir el invierno como una muerte definitiva, sino apenas como un reposo antes del despertar de la primavera.

Un árbol sin hojas no es un árbol muerto; está pasando por un ciclo y se abrirá paso a otro cuando vuelvan a renacer sus hojas, sus flores, sus frutos. El ciclo que va de la semilla a la planta en plenitud, de cuyos frutos vuelven a producirse semillas, nos habla claramente de una energía que circula bajo diferentes formas, pero sin destruirse. La arena que se vuelve piedra, o la piedra que se desmenuza en arena, es otro ejemplo que aceptamos sin más porque no contradice la razón, tal como el agua que se hace nube y la nube que se vuelve a transformar en agua.

El día y la noche se suceden el uno al otro y no cabe en la mente pensar que la oscuridad de la noche será perpetua. Lo natural es que el Sol aparezca todas las mañanas o, desde otro punto de vista, que la Tierra siga girando sobre su eje y alrededor del Sol provocando así zonas de luz y de oscuridad, zonas de calor o más frío.

Pero lo que resulta lógico en la Naturaleza parece perder sentido cuando se aplica a los hombres y a la escala de vida más cercana, los animales. No es nuestra intención detenernos en esta oportunidad en los ciclos de los animales, que también los hay, sino centrarnos en los humanos por la cuenta que nos trae.

El hombre

Comúnmente se aceptan ciclos en el desarrollo del hombre que van desde el nacimiento a la muerte, pasando por la niñez, la juventud, la madurez y la ancianidad. Pero es un ciclo abierto que deja sin despejar dos incógnitas: la del nacimiento y la de la muerte, es decir, de dónde venimos y hacia dónde vamos. La vida humana es como un recorte de ciclo, un trozo de circunferencia que no se cierra sobre sí misma. Si el mar vuelve al mar a través de la lluvia de las nubes, el hombre no vuelve a la vida después de la muerte. ¿Por qué?

Tal vez por ignorancia, tal vez por temor, tal vez por prejuicios, tal vez porque entonces la vida se volvería mucho más compleja... Lo cierto es que aun quienes conciben la inmortalidad del alma, no conciben en cambio que un alma inmortal pueda asumir varias formas externas, no aceptan que si una vez pudo tener un cuerpo, lo pueda tener muchas más veces.

La existencia así planteada se convierte en un auténtico infierno, en una carrera contra el tiempo, en una perpetua queja contra el destino o la mala suerte, en una suma

inexplicable de sufrimientos que parecen no tener sentido. Por razones desconocidas, unos viven más y otros menos, unos gozan de buena salud y otros padecen dolores y enfermedades, unos tienen ventajas y buenas oportunidades y otros fracasan en todo lo que intentan, unos tienen medios y fortuna y otros carecen de lo más indispensable. Para colmo, no triunfan el bien y la justicia, ni siempre se puede otorgar decididamente la razón a unos sobre otros.

Si partimos de la base de que el ser humano es algo más que su cuerpo físico, ya damos un paso adelante en el asunto. Aunque hay quienes pretenden resumir los procesos humanos en el funcionamiento biológico y en los cambios físico-químicos, no todos los sentimientos o los pensamientos que tenemos se explican tan fácilmente. Para cualquiera es una evidencia que su psiquis y su mente se desenvuelven en otra dimensión, en otro plano distinto del meramente físico, al punto de que ideas y emociones pueden trastornar al cuerpo y el cuerpo, a su vez, puede influir en ideas y emociones. ¿Por qué no pensar, pues, que la psiquis, la mente, y aun el alma o espíritu – si se quiere apuntar a algo más sutil todavía– son como la raíz del árbol que permanece, a pesar de que las hojas caigan en invierno? El invierno de la existencia puede secar los cuerpos, pero queda una raíz latente que, pasado el ciclo de descanso, es capaz de florecer nuevamente cubriéndose con otra vestidura.

Si así fuera, si cada uno de nosotros volviese de tanto en tanto a la vida, alternando estos ciclos con los otros que llamamos muerte, la existencia sería una escuela de formación. Las experiencias adquiridas facilitarían una evolución creciente y muchas de las «injusticias» y desigualdades que antes citábamos podrían explicarse como desigualdades de desarrollo, como efectos de causas propias anteriores, y no como simples plumazos de buena o mala suerte.

La muerte perdería su aspecto fatídico y sería en cambio un descanso lógico y necesario, tanto como lo es el dormir por las noches tras una jornada diaria de actividad. Vivir cansa, agota y el hombre interno que subyace tras las formas que se deterioran, ansía un poco de reposo. Vida y muerte, o existencia formal y existencia sin forma, se suceden según ritmos especiales; tal como enseñaban los antiguos, el alma requiere un periodo no menor de cinco veces lo que ha vivido sobre la Tierra para poder regresar renovada y con fuerzas para emprender otras experiencias.

Pero nuestro mundo no sólo atenta contra la Naturaleza destruyendo las fuentes que nos ayudan a mantenernos, sino que también atenta contra la misma vida humana. El temor –por no decir terror– a la muerte ha hecho que progresivamente se acorten los ciclos de descanso, que nadie quiera permanecer sin cuerpos, y los que vuelven, lo hacen sin haber descansado. Al menos, eso es lo que recogemos de las enseñanzas tradicionales.

Al ser cada vez más breves los períodos de reposo o muerte, son más frecuentes los períodos de vida terrestre, con lo cual crecen las apetencias materiales, la ansiedad de sensaciones físicas y la incapacidad para comprender otra forma de ser que no esté encerrada en un cuerpo. Los hombres vienen a la vida «viejos» y cansados, nerviosos y

agresivos como aquellos que han dormido poco, y no sólo una noche sino muchas y muy seguidas.

La aceleración de los tiempos

Es cierto que hay momentos en la Historia en que todo parece ir más deprisa, los acontecimientos se encadenan a velocidades vertiginosas y los cambios se vuelven imparables. Los ciclos históricos, que también los hay, se acortan en la misma medida en que los hombres acortan sus ciclos de vida y muerte, de actividad y reposo, y la Historia corre a la misma velocidad que los hombres.

Si la Humanidad sólo confía en sus cuerpos y en los medios materiales, la Historia también está condicionada por los valores materiales y concretos, precisamente los que se destruyen con más facilidad, obligando a buscar constantemente nuevos sistemas de vida que resultan tan ineficaces unos como otros, pues todos se sustentan en la base inestable de lo perecedero.

El miedo a la muerte se combate tratando de evitar toda idea relacionada con ella, ocultándola detrás de la búsqueda desordenada de placeres para olvidar lo que no se quiere recordar. Pero los placeres son breves y hay que conseguir cosas nuevas para correr ese «tupido velo» que no nos obligue a enfrentarnos con la realidad. Hay que transformar la vida en algo divertido, excitante o caer en la locura de los escapismos.

Sin embargo, el «instinto» de inmortalidad acosa por todos los lados y se busca prolongar la vida, la única vida, en una batalla desigual ante la muerte. Es aquí donde la ciencia se pone al servicio, no ya del bienestar o de la salud corporal, sino del crecimiento del promedio de años y la obtención de una eterna juventud, porque una cosa trae aparejada la otra. Si logramos vivir más años queremos hacerlo en buena forma, como personas jóvenes y fuertes; las características de la ancianidad son tan odiosas como la muerte misma.

Hoy se libra una lucha desesperada por aparentar lo que no se es, por demostrar que el tiempo no pasa para nosotros; cientos de fórmulas quirúrgicas tratan de devolver a la carne un aspecto lozano y fresco; la cosmética gana terreno en las bolsas mundiales lo mismo que cierto tipo de medicinas que «borran» años y arrugas.

La manipulación genética, que empezó realizando algunas pruebas con animales, se aproxima peligrosamente a otros experimentos, esta vez con humanos, y siempre con la misma perspectiva: la inmortalidad física.

¿Cuántos hombres cabemos en la Tierra?

Si tomamos en consideración lo antes expuesto sobre los ciclos cortos de descanso que repercuten en una Humanidad «cansada», que nace ya adulta, salta de inmediato otra consecuencia: al romperse el equilibrio entre los periodos de vida y de

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

muerte, al ser cada vez más frecuentes los nacimientos de las mismas almas, somos también más los seres encarnados sobre la Tierra.

De acuerdo con las tradiciones esotéricas que hemos mencionado, la cantidad de hombres que pueden encarnar es muy grande, pero no ilimitada, y antes de llegar al cupo máximo, la Naturaleza buscaría alguna forma de ajuste. Muchas veces, lo que nosotros llamamos desastres, no son más que retornos a una ley mil veces quebrantada...

La superpoblación es otro de los fantasmas que asolan el momento histórico presente. Pero ni siquiera es una superpoblación equilibrada; la mayor cantidad de gente se agrupa en los sitios menos indicados: o en los países más pobres y con menos posibilidades de ofrecer condiciones dignas de vida, o en las grandes ciudades donde las aglomeraciones obligan a recurrir a los sistemas más artificiosos para subsistir. En general, en los países con mayor índice de riqueza, la población no alcanza cifras muy altas; y del mismo modo, donde sobra espacio, hay muy poca gente.

El hambre ha hecho su aparición hace tiempo; el agua escasea de manera notoria y la falta de recursos es un látigo que fustiga con mil caras monstruosas. Según recientes estadísticas, más de 500 millones de personas están pasando hambre auténtica en el mundo, mientras otros varios millones cuentan las calorías que consumen para mantener la línea de la delgadez de moda o evitar la obesidad. El sueño de repartir los alimentos equitativamente no es más que eso: un sueño; se pueden hacer muchos cálculos pero hay demasiados intereses creados como para que nadie los lleve a la práctica.

Ni siquiera en las ciudades poderosas la vida es fácil: los puestos de trabajo son presas de caza a conquistar por cualquier medio y los jóvenes pasan verdaderas torturas antes de asegurar medianamente su porvenir económico. Faltan viviendas, o si las hay, no se cuenta con el poder adquisitivo suficiente como para conseguirlas.

Casi sin que nos demos cuenta, han comenzado las migraciones de pueblos pobres sobre las regiones más ricas; grandes masas desesperadas se trasladan de un sitio a otro buscando un lugar aceptable donde instalarse, y si pueden saquear o robar, hacerse con lo que otros han conseguido de manera aparentemente fácil, mejor. Más que migraciones, pronto nos tendremos que enfrentar a invasiones.

La respuesta también ha aparecido casi subrepticamente: el refuerzo de los grupos humanos que se reúnen para rechazar al invasor, al «enemigo». Así se ha emplazado el racismo, la xenofobia, el control de fronteras y los modernos visados para impedir el paso de los «indeseables». La agresividad impera en todas partes y es casi imposible encontrar un rincón en el mundo donde no hay una guerra declarada o una guerrilla enmascarada.

Es que somos muchos y nos molestamos unos a otros... Es preferible hablar de paz mientras por debajo se practica la más sucia de las guerras.

Un panorama sombrío, pero no tanto

No queremos finalizar estas páginas dejando la imagen de un futuro sombrío y desolador. No todos son desastres ni los males son los únicos que se manifiestan.

Hay atisbos de claridad y aire fresco en muchos aspectos. Mientras continúan las luchas de prioridades y clanes, de etnias y religiones, hay científicos que indagan afanosa y apasionadamente sobre el origen del hombre y del universo, llegando en más de una oportunidad a rozar el «misterio» con sus manos. De ellos, de esos buscadores genuinos, nos llegan las mejores esperanzas del futuro.

No nos extraña que sean ellos los que vuelvan a hablar de Dios y los que encuentren la lógica de la reencarnación para explicar la vida de los hombres y los mundos todos.

El científico Niels Bohr (1885-1962) se expresaba como un verdadero filósofo al afirmar: «Cada frase que pronuncio no puede considerarse una afirmación, sino una pregunta». Y el célebre Stephen Hawking se acerca a los Puranas de la India antigua cuando dice que «Dios no sólo juega a los dados, sino que a veces los tira donde no se pueden ver».

Sí, algo nuevo despunta. Los grandes pensadores se hacen preguntas y no temen ni quieren ofrecer respuestas apresuradas y falsas. Los grandes pensadores reconocen a Dios en la misma medida en que descubren grandes leyes, grandes verdades, medida en la que también reconocen que los hombres vivimos ciegos para entender el lenguaje de los «dados» de la Naturaleza.

Algo está cambiando en medio de las muchas miserias que nos acosan. Otra manera clara de aplicación de la ley de los ciclos: en medio de la luz, un punto negro que crece. Lo mismo que la vida humana: un nacimiento que trae implícita la muerte, y una muerte que encierra escondida la semilla de la vida. Lo que al principio llamamos reencarnación.

Delia S. Guzmán

Reencarnación en *Isis sin velo* (H. P. Blavatsky)

Examinemos la doctrina de la reencarnación como filosofía variante de la metempsicosis, según la expone una de las primeras autoridades en la materia. Estriba la reencarnación en la repetida existencia de una misma individualidad en sucesivas personalidades, en un mismo planeta. Esta reiteración de la existencia terrena es forzosamente ineludible cuando por una modalidad cualquiera, la muerte violenta o prematura, queda la individualidad descarrilada del círculo de necesidad. Así tenemos que en los casos de aborto, mortalidad infantil, locura, imbecilidad e idiotismo, se entorpece la evolución del ser humano, cuya individualidad ha de revestirse de nueva personalidad para continuar la interrumpida obra, de conformidad con la ley de la evolución, o sea, con el plan divino.

También es necesaria la reencarnación mientras los tres aspectos de la mónada no alcancen la unidad, de suerte que se identifiquen definitivamente el alma y el espíritu al llegar al término de la evolución espiritual paralela a la física. Conviene tener presente que no hay en la Naturaleza fuerza alguna espiritual ni material capaz de transportar a la mónada de un reino a otro no inmediatamente superior, y así resulta naturalmente imposible que después de trascender la mónada el reino animal y entrar en el humano, salte de súbito al espiritual. Ni la individualidad de un feto abortado que no respiró en este mundo ni la de un niño muerto antes del uso de razón ni el del idiota de nacimiento cuya anormalidad cerebral le exime de toda culpa, pueden recibir premio o castigo en la otra vida. Esta conclusión no es, después de todo, tan ridícula como otras sancionadas por la ortodoxia, pues la fisiología no ha esclarecido aún estos misterios y no faltan médicos que, como Fournié, le nieguen a dicha ciencia la posibilidad de progresar fuera del campo de la hipótesis.

Condiciones prenatales

Estamos conformes en el hecho; pero, ¿por qué no lo explican los embriólogos? La observación basta para convencerse de que el embrión humano tiene, durante cierto período de la vida uterina, el mismo aspecto que un renacuajo; pero la investigación de los embriólogos no acierta a descubrir en este fenómeno la esotérica doctrina pitagórica de la metempsicosis, tan erróneamente interpretada por los comentadores.

Ya explicamos el significado del axioma cabalístico: «la piedra se convierte en planta, la planta en bruto y el bruto en hombre», con respecto a las evoluciones física y espiritual de la humanidad terrestre. Añadiremos ahora algo más para esclarecer el concepto.

Según algunos fisiólogos, la forma primitiva del embrión humano es la de una simiente, un óvulo, una molécula, y si pudiéramos examinarlo con el microscopio,

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

veríamos –al juzgar por analogía– que está compuesto de un núcleo de materia inorgánica depositado por la circulación en la materia organizada del germen ovárico. En resumen, el núcleo del embrión está constituido por los mismos elementos que un mineral, es decir, de la Tierra donde ha de habitar el hombre.

Los cabalistas se apoyan en la autoridad de Moisés para decir que la producción de todo ser viviente necesita del agua y de la tierra, lo cual viene a corroborar la forma mineral que originariamente asume el embrión humano. Al cabo de tres o cuatro semanas toma configuración vegetal, redondeado por un extremo y puntiagudo por el otro, a manera de raíz fusiforme, con finísimas capas superpuestas cuyo hueco interior llena un líquido. Las capas se aproximan convergentemente por el extremo inferior, y el embrión pende del filamento, como el fruto del pedúnculo. La piedra se ha convertido en planta por ley de metempsicosis. Después aparecen miembros y facciones. Los ojos son dos puntillos negros; las orejas, la nariz y la boca son depresiones parecidas a las de la piña, que más tarde se realzan, y en conjunto ofrece la forma branquial del renacuajo que respira en el agua. Sucesivamente va tomando el feto características humanas, hasta que se mueve impelido por el inmortal aliento que invade todo su ser. Las energías vitales le abren el camino y por fin le lanzan al mundo al punto que la esencia divina se infunde en la nueva forma humana donde ha de residir hasta que la muerte le separe de ella.

Los cabalistas llaman «ciclo individual de evolución» al misterioso proceso nonimensual del embarazo. Así como el feto se desenvuelve en el seno del líquido amniótico, en la matriz femenina, así también la Tierra germinó en el seno del éter, en la matriz del universo. Los gigantescos astros –al igual que sus pigmeos moradores– son, primitivamente, núcleos que, transformados en óvulos, poco a poco crecen y maduran hasta engendrar formas minerales, vegetales, animales y humanas. El sublime pensamiento de los cabalistas simboliza la evolución cósmica en infinidad de círculos concéntricos que, desde el centro, dilatan sus radios hacia lo infinito. El embrión se desenvuelve en el útero; el individuo en la familia; la familia en la nación; la nación en la humanidad; la humanidad en la Tierra; la Tierra en el sistema planetario; el sistema planetario en el Cosmos; el Cosmos en el Kosmos; y el Kosmos en la Causa primera, ilimitada, infinita, incognoscible. Tal es la teoría cabalística de la evolución resumida en el siguiente aforismo:

«Todos los seres son parte de un todo admirable cuyo cuerpo es la Naturaleza y cuya alma es Dios. Innumerables mundos descansan en su seno como niños en el regazo materno».

Animados ahora por esta opinión de un científico ni fanático ni conservador, relataremos algo de lo que presenciaron en el Tíbet y la India los viajeros, y guardan los naturales celosamente como evidentes pruebas de las verdades filosóficas y científicas heredadas de sus antepasados.

En primer lugar examinaremos aquel notable fenómeno de que en los templos del Tíbet fueron testigos presenciales. Oigamos a un escéptico científico florentino, perteneciente al Instituto de Francia, que logró entrar gracias a un disfraz en el recinto

sagrado de una pagoda, mientras se celebraba la más solemne ceremonia de aquel culto. Dice así:

Reencarnación de Buda

«Había en el recinto un altar dispuesto para recibir a un niño recién nacido que, según juzgaban por ciertos signos secretos los sacerdotes iniciados, era una reencarnación de Buda. En presencia de los fieles colocan los sacerdotes al niño sobre el altar y al punto yergue el cuerpo, se sienta en el ara y con varonil y robusta voz exclama: *Soy el espíritu de Buda; soy vuestro Dalai Lama, que abandoné mi decrepito cuerpo en el templo de (...) y escogí el cuerpo de este niño para morar de nuevo en la Tierra.* Los sacerdotes permitieron que, con el debido respeto, tomara al niño en mis brazos y me lo llevara hasta suficiente distancia de ellos para convencerme de que no se habían valido de ningún artificio de ventriloquía. El niño me miró gravemente con estremecedora mirada y repitió las mismas palabras».

El científico florentino envió al Instituto un autorizado relato de este suceso; pero los individuos de dicha corporación, lejos de reconocer la veracidad del testimonio, dijeron que en aquella circunstancia estaría el científico atacado de insolación o habría sido víctima de alguna ilusión acústica.

Este hecho de la reencarnación de Buda es en extremo raro, pues sólo sucede muy de tarde en tarde, a la muerte del Dalai Lama cuya dilatada vida es proverbial entre los tibetanos. Por esta razón dice un texto chino: es tan difícil encontrar un Buda como las flores del Udumbara y del Palâsa.

El abate Huc, cuyos viajes por la China y el Tíbet son tan conocidos, relata asimismo el hecho del renacimiento de Buda, con la curiosa circunstancia de que el niño-oráculo demostró plenamente ser un alma vieja en cuerpo joven, por cuanto a cuantos le conocieron en su anterior existencia les dio exactos pormenores de ella.

Transmigraciones del alma

Al hablar Jesús de Juan dice que éste es el «Elías que había de venir». Si este pasaje no se interpoló posteriormente para simular el cumplimiento de una profecía, da a entender que Jesús –además de nazareno– también era cabalista y creía en la reencarnación, pues en esta doctrina sólo estaban iniciados los esenios, nazarenos y discípulos de Simeón ben Iochai y de Hillel, sin que nada supieran de ella los judíos ortodoxos ni los galileos.

Sobre el particular dice la cábala: pero el autor de esta restitución fue nuestro maestro Mosah, la paz sea con él, quien era la reevolución (transmigración) de Seth y de Hebel, para que pudiese cubrir la desnudez de su primer padre Adán.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Por lo tanto, al decir implícitamente Jesús que Juan era la reevolución o transmigración de Elías, denotaba claramente a qué escuela pertenecía.

Los cabalistas y masones no iniciados confunden el concepto de la reevolución con el de la metempsicosis; pero se equivocan tan gravemente respecto a las verdaderas doctrinas cabalistas como respecto a las genuinas enseñanzas budistas.

Dice el Zohar: toda alma está sujeta a la transmigración...; los hombres no conocen los designios del Santo, ¡bendito sea!, ni saben que comparecen ante el tribunal, tanto al entrar como al salir de este mundo.

La misma doctrina profesaban los fariseos, como dice Josefo; y según enseñaba Gilgul en su teoría de la «rotación del alma», los cadáveres de los judíos enterrados lejos de Palestina conservan una partícula del alma, que no puede salir del cadáver ni gozar de reposo hasta enterrarlo en el suelo patrio. También enseñaba que la rotación del alma se efectuaba a través de las formas, desde el más diminuto insecto hasta el más corpulento cuadrúpedo.

Sin embargo, todos estos pasajes y citas exponen la doctrina exotérica, sin que la reevolución pueda confundirse con la metempsicosis o transmigración. Aunque los cabalistas consideraran a Moisés como una transmigración de Abel y Seth, no se infiere de ello que los Iniciados creyeran que el espíritu de Abel y el de Seth se hubiese infundido en el cuerpo de Moisés, sino que tal expresión era el medio de traslucir uno de los más profundos misterios de la sabiduría oculta, es decir, que Moisés había llegado a la más elevada etapa de evolución aquí en la Tierra, o sea, la íntima unión de la duada terrena en perfecta trinidad con el espíritu inmortal. Es el concepto del dios-hombre, del hombre-dios o del dios encarnado, de que tan rarísimos ejemplos ofrece la raza humana. Las palabras de Jesús «vosotros sois dioses», que a los exegetas les parece mera abstracción, tiene para los cabalistas profundísimo significado, porque un dios es el espíritu inmortal que ilumina al ser humano desde el momento en que emana directamente de la Causa primera, del incognoscible Dios de que es partícula, el microcosmos del macrocosmos.

El espíritu humano tiene en potencia todos los atributos del Espíritu de que procede, y entre ellos, la omnisciencia y la omnipotencia. Cuando el hombre logra actualizar en todo y por todo estos atributos, aunque durante la vida terrena estén velados por la naturaleza física, superará a los demás hombres y podrá mostrar en sus palabras la sabiduría, y en sus obras el poder de Dios, pues mientras los demás hombres están únicamente cobijados por su divino Yo con la posibilidad de alcanzar la trina unión mediante su propio esfuerzo, el hombre evolucionado goza ya de la inmortalidad aun durante su estancia en la Tierra. Ha recibido el premio, y de allí en adelante vivirá para siempre en la vida eterna. No sólo dominará las obras de la creación por virtud del inefable Nombre, sino que aun en esta vida será superior a los ángeles.

La reencarnación según las homilías

El «Hijo de Dios» simboliza el espíritu inmortal del hombre, la entidad divina u hombre verdadero, pues los vehículos inferiores son entidades imperfectas que, privadas de la luz del espíritu, quedan reducidos a una duada animal. El hombre verdadero es trino y no pierde la inmortalidad en los sucesivos renacimientos a través de las esferas que cada vez le acercan más y más al esplendente reino de la eterna y absoluta Luz.

Dice la cábala: el primogénito de Dios, el santo Velo, la Luz de luces, envía la revolución del Delegado, porque es la primera Potestad.

Platón, Anaxágoras, Pitágoras, las escuelas eleáticas de Grecia y los colegios sacerdotales de Caldea enseñaron la doctrina de la evolución dual, pues la de la metempsicosis se refería a los progresos del hombre de mundo en mundos después de la muerte en la Tierra. Todas las escuelas verdaderamente filosóficas admitieron la preexistencia del espíritu. A este propósito dice Josefo que los esenios creían en la inmortalidad del alma y en su descenso de los espacios etéreos para unirse al cuerpo. Filo Judeo añade que el aire está lleno de almas, y que las más cercanas a la Tierra bajan a infundirse en cuerpos mortales (...) deseosas de vivir en ellos. Además, el Zohar nos presenta al alma implorando su libertad, según vemos en este pasaje:

«¡Señor del universo! Feliz soy en este mundo y no deseo ir a otro en donde seré sierva y estaré expuesta a toda clase de profanaciones».

Y la Divinidad responde: «contra tu voluntad te convertirás en embrión, y contra tu voluntad has de nacer».

La ley de necesidad

Este pasaje corrobora la eterna e inmutable ley de necesidad. No puede haber luz sin el contraste de las tinieblas, ni bien sin la oposición del mal, ni virtud personal que no esté acendrada por la tentación. Nada es eterno e inmutable, excepto la oculta Divinidad; pero nada de lo que tuvo principio y ha de tener fin puede quedar estacionado, sino que progresa o regresa, adelanta o retrocede; y así, la entidad, anhelosa de identificarse con el espíritu que ha de conferirle la inmortalidad, debe purificarse a través de cíclicas transmigraciones que la conduzcan al eterno descanso de la perpetua bienaventuranza.

Los siguientes pasajes del Zohar, no obstante lo incorrecto de las traducciones, demuestran que la metempsicosis no se refiere a las condiciones del alma en este mundo después de la muerte. Dicen así:

«Las almas que en los cielos se apartaron del solo Santo, ¡bendito sea su Nombre!, se arrojaron al abismo de la existencia y anticiparon el tiempo en que habían de bajar a la Tierra.

(...) Ven y mira cómo llega el alma a la morada del Amor... El alma no podría resistir esta Luz si no se cubriera con el luminoso manto. Porque así como el alma al bajar a la Tierra se reviste de cuerpo terreno, de la propia suerte allá arriba recibe vestidura resplandeciente que le permite mirar sin ofuscarse el espejo que refleja la luz dimanante del Señor de Luz».

También enseña el Zohar que el alma no puede alcanzar la bienaventuranza hasta recibir el «bendito beso», o sea, la *identificación* con la Sustancia de que emanó. Según el Zohar, el alma es dual, y su principio masculino es el espíritu. Mientras el hombre está encarnado, es trino, a menos que degenera hasta el punto de motivar la separación del espíritu. Así dice el *Libro de las claves*:

«¡Ay del alma que a su divino esposo (el espíritu) prefiera amancebarse con su cuerpo terreno!».

Algunos de entre los primitivos Padres de la Iglesia sostuvieron las doctrinas de la transmigración de las almas y de la trinidad del hombre; pero los traductores del Nuevo Testamento y de las obras de los filósofos antiguos confundieron los conceptos de alma y espíritu, de lo que dimanaron la mayor parte de los errores, sobre todo el de atribuir a Gautama, Plotino y otros Iniciados la enseñanza de la aniquilación del alma humana, absorbida en el alma universal.

Ideas de los filósofos griegos

Según Pitágoras, el alma es la semoviente unidad de tres principios, a saber: *nous*, *phren* y *thumos*. Los dos últimos participan de la naturaleza de los brutos. Únicamente el *nous* es el verdadero principio espiritual. Con esto queda desvanecido el error de que Pitágoras enseñara la doctrina de la transmigración de las almas en el grosero sentido que la interpretaba el vulgo, pues no enseñó en este punto ni más ni menos que lo enseñado por Gautama, de conformidad con la doctrina esotérica unánimemente seguida por todos los filósofos e instructores.

La escuela socrática es todavía más explícita en la exposición de esta enseñanza, que Sócrates fundaba en la realidad del interno yo figurado en el *daimonia* o el algo espiritual, que, según declaración del mismo filósofo, le guiaba por el camino de la sabiduría, es decir, que como hombre nada sabía Sócrates, pero el *daimonia* o *daimonion*, según también se le llama, le ponía en disposición de aprenderlo todo.

Por otra parte, Pitágoras también siguió la doctrina de Gautama al afirmar la identidad esencial del espíritu humano con Dios, y que para unirse al espíritu había de pasar el alma por sucesivos estados, durante cuyo proceso el *thumos* volvía a la Tierra y se separaba el *phren*. Así es que la metempsicosis de Pitágoras, debidamente interpretada, era una serie de estados de experiencia y prueba disciplinaria con descansos en los refugios celestes para educir la mente concreta y desligar al *nous* del *phren*.

La reencarnación en *La doctrina secreta* (H. P. Blavatsky)

Enseña también la doctrina secreta la identidad fundamental de todas las almas con el alma suprema universal, siendo esta última un aspecto de la Raíz Desconocida; y la peregrinación obligatoria para todas las almas, destellos suyos, a través del ciclo de encarnación o de necesidad, conforme a la ley cíclica y kármica, durante todo el término de aquél. En otras palabras: ningún Buddhi puramente espiritual (alma divina) puede tener una existencia consciente independiente, antes de que la chispa que brotó de la esencia pura del Principio Sexto Universal, o sea, el alma suprema, haya pasado por todas las formas elementales pertenecientes al mundo fenomenal de aquel manvántara, y adquirido la individualidad, primeramente por impulso natural, y después por los esfuerzos propios conscientemente dirigidos y regulados por su karma, ascendiendo así por todos los grados de inteligencia desde el Manas inferior hasta el superior; desde el mineral y la planta al arcángel más sano (Dhyâni-Buddha). La doctrina fundamental de la Filosofía esotérica no admite en el hombre ni privilegios ni dones especiales, salvo aquellos ganados por su propio ego, por esfuerzo y mérito personales a través de una larga serie de metempsicosis y reencarnaciones. Por esto dicen los indos que el universo es Brahman y Brahmâ; porque Brahman está en todos los átomos del universo, siendo los seis principios de la Naturaleza la expresión o los aspectos diversamente diferenciados del Séptimo y Uno, única Realidad en el universo, sea cósmico o microcósmico; y también porque las permutaciones psíquicas, espirituales y físicas del Sexto (Brahmâ, el vehículo de Brahman) en el plano de la manifestación y de la forma, se consideran, por antífrasis metafísica, como ilusorias y mayávicas. Pues aunque la raíz de todos los átomos individualmente, y de todas las formas colectivamente, es este séptimo principio o la Realidad Una, sin embargo, en su apariencia manifestada, fenomenal y temporal, todo ello es tan sólo una ilusión pasajera de nuestros sentidos.

Las doce Nidânas, o causas del ser. Cada una de ellas es el efecto de la que le ha precedido, y, a su vez, causa de la que le suceda; estando basada la suma total de las Nidânas en las Cuatro Verdades, doctrina especialmente característica del sistema Hinayâna. Pertenecen ellas a la teoría de la corriente de la ley de encadenamiento que produce mérito y demérito, y que finalmente manifiesta al karma en la plenitud de su poder. Es un sistema fundado en la gran verdad de que la reencarnación tiene que ser temida; pues la existencia en este mundo vincula en el hombre sólo sufrimientos, desdicha y dolor; siendo la muerte misma incapaz de liberar al hombre de ello, puesto que la muerte no es más que la puerta a través de la cual se pasa a otra vida en la Tierra, después de un breve reposo en su umbral, o sea en el Devachan. El sistema Hinayâna o Escuela del Vehículo Pequeño, es de origen muy antiguo; al paso que el Mahâyâna, o Escuela del Gran Vehículo, pertenece a un período posterior, habiendo tenido origen después de la muerte de Buda. Sin embargo, los principios de esta última son tan antiguos como las montañas en medio de las cuales han existido semejantes escuelas desde tiempo inmemorial; y en realidad, las escuelas Hinayâna y Mahâyâna enseñan ambas las mismas doctrinas. Yâna o Vehículo es una expresión mística, y ambos «vehículos» significan que el hombre puede escapar de la tortura de los renacimientos, y aun de la falsa felicidad del Devachan, por medio del logro de la sabiduría y del conocimiento, únicos que pueden disipar los frutos de la ilusión y de la ignorancia.

Cuando los mortales se hayan espiritualizado lo suficiente, ya no habrá necesidad de forzar en ellos una comprensión exacta de la antigua sabiduría. Los hombres sabrán entonces que jamás ha habido todavía un gran reformador del mundo cuyo nombre haya pasado a nuestra generación, que: a) no haya sido una emanación directa del Logos (cualquiera que sea el nombre por el que le conozcamos), esto es, una encarnación esencial de uno de los «Siete», del «espíritu divino que es séptuple», y b), que no haya aparecido antes, en ciclos anteriores. Ellos reconocerán, entonces, la causa que produce ciertos enigmas de las edades, tanto en la historia como en la cronología; la razón, por ejemplo, de por qué es imposible para ellos asignar una época verdadera a Zoroastro, que se ve multiplicado por doce y por catorce en el Dabistán; de por qué los números y las individualidades de los Rishis y Manus están tan mezclados; de por qué Krishna y Buda hablan de sí mismos como de reencarnaciones, identificándose Krishna con el Rishi Nârâyana, y exponiendo Gautama una serie de nacimientos anteriores; y de por qué al primero especialmente, siendo «el supremo Brahmâ mismo», se le llama, sin embargo, Amshâmsha-vatâra (una parte de una parte) solamente del Supremo en la Tierra; finalmente, por qué Osiris es un gran Dios y al mismo tiempo un «príncipe en la Tierra», que reaparece en Thoth Hermes; y por qué a Jesús (en hebreo, Joshua) de Nazareth se le reconoce cabalísticamente en Joshua, el hijo de Nun, así como en otros personajes. La doctrina esotérica explica todo esto diciendo que cada uno de éstos, así como muchos otros, aparecieron primeramente en la Tierra como uno de los Siete Poderes del Logos, individualizado como un dios o ángel (mensajero); luego, mezclados con la materia, reaparecieron por turno como grandes sabios e instructores que «enseñaron» a la quinta raza, después de haber instruido a las dos razas precedentes; gobernaron durante las dinastías divinas, y finalmente se sacrificaron para renacer en varias circunstancias en bien de la humanidad, y por su salvación en ciertos períodos críticos; hasta que en sus últimas encarnaciones se convirtieron verdaderamente en sólo «partes de una parte» sobre la Tierra, aunque de facto sean el Uno supremo en la Naturaleza.

Pero aunque los monos descienden del hombre, no es ciertamente un hecho que la mónada humana, que ya ha alcanzado el nivel de la humanidad, vuelva a reencarnarse de nuevo bajo la forma de un animal.

El círculo de «metempsicosis» para la mónada humana está cerrado, puesto que nos encontramos en la cuarta Ronda y en la quinta raza-raíz. Tiene que hacerse cargo el lector, por lo menos el que conoce el *Esoteric Buddhism*, que las estancias que siguen en este volumen y en el siguiente, se ocupan tan sólo de la evolución de nuestra cuarta Ronda. Esta última es el ciclo del punto de giro, después del cual, habiendo llegado la materia a sus abismos más profundos, comienza su lucha hacia lo alto, espiritualizándose con cada nueva raza y con cada nuevo ciclo. Por lo tanto, el estudiante debe tener cuidado de no ver una contradicción donde no existe; pues en el *Esoteric Buddhism* se habla de las Rondas en general, mientras que aquí no se trata más que de la cuarta, o sea, nuestra Ronda presente. Entonces tenía lugar el trabajo de formación: ahora el de reforma y de perfección evolutiva.

Pues Sekhem es la residencia o Loka del dios Khem (Horus-Osiris, o Padre e Hijo); de aquí el Devachan de Âtmâ-Buddhi. En el *Libro de los muertos* se ve al difunto

entrando en Sekhem con Horus-Thot, y «saliendo del mismo como espíritu puro». Así, el difunto dice:

«Yo veo las formas de (mí mismo, como varios) hombres transformándose eternamente (...) Yo conozco este (capítulo). Aquel que lo conoce (...) asume toda clase de formas vivientes».

Y dirigiéndose con fórmula mágica a lo que en el esoterismo egipcio se conoce por el «corazón hereditario», o el principio que reencarna, el Yo permanente, dice el difunto:

«¡Oh, corazón mío, mi corazón hereditario, preciso para mis transformaciones (...) no te separes de mí ante el guardián de las balanzas! Tú eres mi personalidad dentro de mi pecho, compañero divino que velas sobre mis carnes (cuerpo)».

En Sekhem es donde reside oculta la «faz misteriosa», o sea, el hombre real bajo la falsa personalidad, el triple cocodrilo de Egipto, el símbolo de la trinidad superior o tríada humana: Âtmâ, Buddhi y Manas.

El *Libro de los muertos* da una lista completa de las «transformaciones» que cada difunto sufre mientras va despojándose uno por uno de todos aquellos principios (materializados, para mayor claridad, en entidades o cuerpos etéreos). Debemos recordar además a todos los que pretenden probar que los antiguos egipcios no enseñaban la reencarnación, que el «alma» (el ego o Yo) del difunto se dice que vive en la eternidad; que es inmortal, «coetánea con la barca solar», o sea, con el ciclo de necesidad, con el que desaparece. Esta «alma» surge del Tiaou, el Reino de la Causa de la Vida, y se une con los vivientes en la Tierra durante el día, para volver al Tiaou cada noche. Esto expresa las existencias periódicas del ego.

Pero, ¿qué es el Tiaou? La alusión frecuente al mismo en el *Libro de los muertos* contiene un misterio. Tiaou es el camino del Sol nocturno; el hemisferio inferior o la región infernal de los egipcios, colocada por ellos en el lado oculto de la Luna. En su esoterismo, el ser humano salía de la Luna –un triple misterio astronómico, fisiológico y psíquico a un tiempo–, cruzaba el ciclo entero de la existencia, y volvía después al lugar de su nacimiento antes de salir de él otra vez. Por eso se presenta al difunto llegando al Occidente, siendo juzgado ante Osiris, resucitando como el dios Horus y describiendo círculos en torno a los cielos siderales, lo cual es una asimilación alegórica a Ra, el Sol; habiendo entonces cruzado el Nut, el abismo celestial, vuelve una vez más a Tiaou; a semejanza de Osiris, el cual, como el dios de la vida y de la reproducción, reside en la Luna. Plutarco presenta a los egipcios celebrando una fiesta llamada «El ingreso de Osiris en la Luna». En el ritual es prometida la vida después de la muerte; y la renovación de la vida es colocada bajo el patrocinio de Osiris-Lunus, porque la Luna era el símbolo de las renovaciones de la vida o reencarnaciones, debido a su crecimiento, mengua, muerte y reaparición cada mes. En el *Dankmoe* se dice: «¡Oh, Osiris-Lunus!, aquello te renueva tu renovación». Y Sabekh dice a Seti I: «Tú te renuevas a ti mismo como el dios Lunus cuando niño». Esto se halla todavía mejor explicado en un papiro del Louvre: «Apareamientos y concepciones abundan cuando (Osiris-Lunus) es visto en

los cielos en aquel día». Osiris dice: «¡Oh, rayo único y resplandeciente de la Luna! Yo salgo de las multitudes (de estrellas) que describen círculos... Ábreme el Tiaou, por Osiris. Yo saldré de día y haré lo que tengo que hacer entre los vivientes», o sea, dar lugar a concepciones.

En lo que se refiere a las porciones puramente animal y material en el hombre, hállese la ciencia en camino de descubrimientos, que irán muy lejos, corroborando esta teoría. La Química y la Fisiología son los dos grandes magos del futuro, que están destinados a abrir los ojos de la humanidad a las grandes verdades físicas. Cada día se demuestra más y más claramente la identidad entre el animal y el hombre físico, entre la planta y el hombre, y aun entre el reptil y su madriguera, la roca y el hombre. Una vez comprobada la identidad de los constituyentes físicos y químicos de todos los seres, puede muy bien decir la ciencia química que no existe diferencia alguna entre la materia de que se forma un buey y la que forma al hombre. Pero la doctrina oculta es mucho más explícita. Ella dice: no solamente los constituyentes químicos son los mismos, sino que las mismas vidas invisibles infinitesimales forman los átomos de los cuerpos de la montaña y de la margarita, del hombre y de la hormiga, del elefante y del árbol que le resguarda del Sol. Toda partícula (ya la llamen orgánica o inorgánica) es una vida. Todo átomo y molécula en el universo es, a la par, dador de vida y dador de muerte para las formas, por cuanto construye por agregación universos y los efímeros vehículos dispuestos para recibir el alma que transmigra; así como del mismo modo destruye y cambia eternamente las formas, y expele las almas de sus mansiones temporales. Crea y mata; genera y destruye por sí; trae a la existencia y aniquila, a ese misterio de los misterios, el cuerpo viviente del hombre, animal o planta, a cada segundo en el tiempo y en el espacio; genera igualmente la vida y la muerte, la belleza y la fealdad, el bien y el mal, y aun las sensaciones agradables y desagradables, las benéficas y las maléficas. Es esa vida misteriosa, representada colectivamente por millones innumerables de vidas, la que sigue, en su camino propio y esporádico, la ley del atavismo hasta el presente incomprensible; la que copia parecidos de familia, como asimismo los que encuentra impresos en el aura de los generadores de cada ser humano futuro; un misterio, en resumen, al cual se concederá mayor atención en otra parte.

En el capítulo del Libro de los muertos, mencionado por Maspero, se encuentra: 1º a Osiris diciendo que es Tum (la fuerza creadora de la Naturaleza que da forma a todos los seres, espíritus y hombres, generado por sí mismo, y por sí mismo existente), salido de Nun, el río celestial, llamado la Madre-Paterna de los dioses, la deidad primordial, que es el Caos o el Océano, impregnado por el espíritu invisible; 2º Él encontró a Shu, la fuerza solar, en la Escalera de la Ciudad de los Ocho (los dos cuadrados del Bien y del Mal), y aniquiló los principios malos de Nun (el Caos), los Hijos de la Rebelión; 3º Él es el Fuego y el Agua, esto es, Nun, el Padre Primordial, y creó a los dioses de sus miembros, catorce dioses (dos veces siete), siete oscuros y siete luminosos (los siete Espíritus de la Presencia de los cristianos y los Siete Espíritus malos); 4º Él es la Ley de la Existencia y del Ser, el Bennu o Fénix, el Ave de la Resurrección en la Eternidad, en quien la Noche sigue al Día y el Día a la Noche – alusión a los ciclos periódicos de resurrección cósmica y de reencarnación humana–; pues, ¿qué otra cosa puede significar? «El Viajero que cruza por millones de años, es el

nombre de uno; y las Grandes Verdes (aguas primordiales o Caos), es el nombre del otro»: uno produciendo millones de años en sucesión, y el otro absorbiéndolos, para devolverlos; 5º Él habla de los Siete Luminosos que siguen a su señor, Osiris, que confiere la justicia, en Amenti.

(...) Se dice en el *Bhagavad-Gitâ* que el Árbol de la Vida y de la Existencia, Ashvattha, cuya destrucción es lo único que conduce a la inmortalidad, crece con sus raíces arriba y sus ramas abajo. Las raíces representan el Supremo Ser o Causa Primera, el Logos; pero hay que ir más allá de estas raíces para unirse uno mismo con Krishna, que –dice Arjuna– es «más grande que Brahmâ, y la Causa Primera... lo indestructible, lo que es, lo que no es y lo que está más allá de ellos». Sus ramas principales son el Hiranyagarbha (Brahmâ o Brahman, en sus manifestaciones más elevadas, dice Shrîdhara Svâmin y Madhusûdana), los más elevados Dhyân Chohans o Devas. Los Vedas son sus hojas. Sólo aquél que va más allá de las raíces no volverá más; esto es, no reencarnará durante esta Edad de Brahmâ.

Ciertamente que ningún judío ilustrado ha tomado nunca en su sentido literal la alegoría de que los cuerpos de los judíos contienen un principio de alma que no puede obtener el reposo si los cuerpos se depositan en tierra extranjera hasta que, por medio de un procedimiento llamado el «torbellino del alma», las partículas inmortales alcanzan de nuevo el suelo sagrado de la «Tierra prometida». El significado de esto es evidente para un ocultista. Se suponía que el procedimiento tenía lugar por una especie de metempsicosis, pasando la chispa psíquica a través del pájaro, la bestia y el insecto más diminuto. La alegoría se refiere a los átomos del cuerpo, cada uno de los cuales tiene que pasar a través de las formas antes de alcanzar el estado final, que es el primer punto de partida de cada átomo, su estado Laya primitivo. Pero el significado primitivo de Gilgoolem, o la «revolución de las almas», era la idea de los egos o almas reencarnantes. «Todas las almas van al Gilgoolah», procedimiento cíclico o de revolución; esto es, todas pasan por el sendero cíclico de renacimientos.

Sí; «¡nuestro destino está escrito en las estrellas!» Sólo que cuanto más estrecha sea la unión entre el reflejo mortal Hombre y su prototipo celestial, tanto menos peligrosas son las condiciones externas y las reencarnaciones subsiguientes, a las que ni Buddhas ni Cristos pueden escapar. Esto no es superstición, ni mucho menos es fatalismo. El último implica el curso ciego de un poder aún más ciego, mientras que el hombre es un agente libre durante su estancia en la Tierra. No puede él escapar a su destino dominante, pero puede elegir entre dos senderos que le conducen en aquella dirección, y puede él llegar al pináculo de la desgracia –si tal le ha sido decretado–, ya sea con los blancos ropajes de nieve del mártir o con las manchadas vestiduras de un voluntario de los procedimientos inicuos; porque hay condiciones externas e internas que afectan a la determinación de nuestra voluntad sobre nuestras acciones, y en nuestro poder está el seguir cualquiera de los dos senderos. Aquellos que creen en Karma tienen que creer en el destino que cada hombre, desde el nacimiento a la muerte, teje hilo por hilo alrededor de sí mismo, como una araña su tela; y este destino es guiado bien sea por la voz celeste del invisible prototipo exterior a nosotros, o bien por nuestro más íntimo astral, u hombre interno, que demasiado a menudo es el genio del mal de la entidad encarnada llamada hombre. Ambos guían al hombre externo, pero uno de los

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

dos tiene que prevalecer; y desde el principio mismo de la invisible querella, la inflexible e implacable Ley de Compensación interviene y sigue su curso, acompañando fielmente a las fluctuaciones de la lucha. Cuando está tejido el último hilo, y el hombre está aparentemente envuelto en la malla que él ha hecho, se encuentra por completo bajo el imperio de este destino por él mismo formado. Éste, entonces, o bien lo fija a manera de concha inerte contra la inmóvil roca, o lo lleva como una pluma en un torbellino levantado por sus propias acciones, y esto es Karma.

(...) la Tabla Esmeraldina, de Hermes, cuyo significado esotérico tiene siete claves. La astroquímica es bien conocida de los estudiantes; la antropológica puede darse ahora. La «Cosa Única» que en ella se menciona es el hombre. Se dice: «el Padre de esta Cosa Una y Única es el Sol; su Madre, la Luna; el Viento la lleva en su seno, y su Nodriza es la Tierra viva.

En las interpretaciones ocultas de esto se añade: «y el Fuego espiritual es su instructor (Gurú)».

Este Fuego es el Yo superior, el ego espiritual, o lo que reencarna constantemente bajo la influencia de sus yoes personales inferiores, cambiando a cada renacimiento, lleno de Tanha o deseo de vivir. Es una ley extraña de la Naturaleza, que, en este plano, la naturaleza superior (espiritual) tenga que estar, por decirlo así, esclavizada a la inferior. A menos que el ego se refugie en el Âtman, el todo-espíritu, y se sumerja por completo en su esencia, el ego personal puede excitarlo hasta el funesto fin. Esto no puede comprenderse por completo, a menos que el estudiante conozca el misterio de la evolución que procede por triples líneas: espiritual, psíquica y física.

Lo que impulsa a la evolución y la fuerza, esto es, lo que obliga el crecimiento y desarrollo del hombre hacia la perfección, es: a) la mónada o lo que actúa en ella inconscientemente por una fuerza inherente en sí; y b) el cuerpo astral inferior o el Yo personal. La primera, ya se halle aprisionada en un cuerpo vegetal o animal, está dotada de esa fuerza, es verdaderamente ella misma. Debido a su identidad con el todo-fuerza, que, como se ha dicho, es inherente en la mónada, es todopoderosa en el plano Arûpa o sin forma. En nuestro plano, siendo su esencia demasiado pura, permanece toda potencial, pero individualmente es inactiva. Por ejemplo: los rayos del Sol, que contribuyen al desarrollo de la vegetación, no escogen esta ni aquella planta para brillar sobre ella. Arránquese la planta, transpórtese a un punto en donde no puedan alcanzarla los rayos solares y éstos no la seguirán. Así sucede con el Âtman; a menos que el Yo superior o ego gravite hacia su Sol –la mónada–, el ego inferior, o Yo personal, dominará en todos los casos. Porque este ego, con su fiero egoísmo y sus deseos animales de vivir una vida insensata (Tanha), es el «constructor del tabernáculo», como Buda lo llama en el Dhammapâda. De aquí la expresión: los Espíritus de la Tierra revistieron las sombras y las dilataron. A estos «espíritus» pertenecen temporalmente los yoes astrales humanos; y ellos son los que proporcionan, o construyen, el tabernáculo físico del hombre, para que la mónada y su principio consciente, Manas, moren en él. Pero los Lhas o espíritus «solares» calientan las sombras. Esto es física y literalmente verdad; metafísicamente, o en el plano psíquico y espiritual, es igualmente verdad que sólo el Âtman calienta al hombre interno; esto es, le

ilumina con el rayo de la vida divina, y es el único que puede transmitir al hombre interno, o el Ego que reencarna, su inmortalidad. Así, pues, veremos que para las tres y media razas-raíces primeras, hasta el punto medio o de vuelta, las sombras astrales de los «progenitores», los Pitris Lunares, son las fuerzas formativas en las razas, y las que construyen e impelen gradualmente la evolución de la forma física hacia la perfección; esto, a costa de una pérdida proporcionada de espiritualidad. Después, desde el punto de vuelta, es el ego superior o principio que reencarna, el nous o Mente, el que reina sobre el ego animal, y lo gobierna cuando no es arrastrado hacia abajo por este último. En una palabra: la espiritualidad se halla en su arco ascendente; y lo animal o físico le impide progresar constantemente en la senda de su evolución, sólo cuando el egoísmo de la personalidad ha infestado tan fuertemente al hombre interno verdadero con su virus letal, que la atracción superior pierde todo su poder sobre el hombre pensante razonable. En estricta verdad, el vicio y la maldad son una manifestación anormal y antinatural, en este período de nuestra evolución humana; a lo menos debieran serlo así. El hecho de que la Humanidad no haya sido nunca más egoísta y viciosa que ahora – habiendo logrado las naciones civilizadas hacer del egoísmo una característica ética y un arte del vicio– es una prueba más de la naturaleza excepcional del fenómeno.

Tampoco han dejado los dogmas semiesotéricos del hinduismo puránico de desenvolver símbolos y alegorías muy sugestivos referentes a los dioses rebeldes y caídos. Los Purânas están llenos de ellos; y vemos una indicación directa de la verdad en las frecuentes alusiones de Parâshara, en el Vishnu Purâna, a todos esos Rudras, Rishis, Asuras, Kumâras y Munis, que tienen que nacer en cada edad, esto es, reencarnar en cada manvântara. Esto, esotéricamente, equivale a decir que las «Llamas», nacidas de la mente universal, o Mahat, debido a las misteriosas operaciones de la voluntad kármica, y al impulso de la ley de evolución, te-nían que venir –sin transición gradual alguna– a esta Tierra, después de haber atravesado, según el Pymander, los «Siete Círculos de Fuego», o, en una palabra, los siete mundos intermedios.

Hay una ley cíclica eterna de renacimientos, y la serie, en cada amanecer manvantárico, hállase encabezada por aquellos que han gozado, durante evos incalculables, del descanso de sus reencarnaciones en Kalpas anteriores, por los primeros y más elevados Nirvânis. Tocóles a estos «dioses» encarnar en el presente manvântara; de aquí su presencia en la Tierra y las alegorías resultantes; de aquí, también, la perversión del significado primitivo. Los dioses que habían «caído en la generación», cuya misión era completar al hombre divino, son encontrados más tarde representados como demonios, malos espíritus y diablos, en contienda y guerra con los dioses, o agentes irresponsables de la ley eterna única. Pero jamás hubo la intención de significar criaturas tales como los demonios y el Satán de las religiones cristiana, judía y mahometana con estas mil y una alegorías arias.

Constantemente se hacen preguntas respecto al karma y a la reencarnación, y parece ser que reina gran confusión en el asunto. Los que han nacido y se han criado en la fe cristiana, y se han educado en la idea de que Dios crea una nueva alma para cada recién nacido, son los más perplejos. Preguntan si el número de mónadas que encarnan en la Tierra es limitado; a lo cual se les contesta afirmativamente. Pues por más

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

incontable que sea, para nosotros, el número de mónadas que encarnan, sin embargo, tiene que haber un límite. Esto es así, aun cuando tengamos en cuenta el hecho de que desde el tiempo de la segunda raza, cuando sus siete grupos respectivos se revistieron de cuerpos, pueden calcularse varios nacimientos y muertes por cada segundo de tiempo en los evos ya transcurridos. Se ha declarado que Karma-Némesis, cuya sierva es la Naturaleza, ajustó todas las cosas de la manera más armoniosa; y que, por tanto, la llegada de nuevas mónadas cesó tan pronto como la Humanidad hubo alcanzado su completo desarrollo físico. Ninguna mónada nueva ha encarnado desde el punto medio de los atlantes. Tengamos presente que, excepto en los casos de los niños pequeños y de los individuos cuyas vidas terminan violentamente por algún accidente, ninguna entidad espiritual puede reencarnar antes de que haya transcurrido un período de muchos siglos; y semejantes intervalos bastan por sí solos para mostrar que el número de mónadas es necesariamente finito y limitado. Por otra parte, hay que conceder a otros animales un tiempo razonable para su progreso evolutivo.

De ahí el aserto de que muchos de nosotros estamos agotando los efectos de causas kármicas malas, engendradas por nosotros en cuerpos atlantes. La ley de Karma está intrincadamente entretejida con la de reencarnación.

Sólo el conocimiento de los renacimientos constantes de una misma individualidad a través de todo el ciclo de vida; la seguridad de que las mismas mónadas (entre las cuales se hallan muchos Dhyân Chohans, o los «dioses «mismos) tienen que pasar a través del «ciclo de necesidad», recompensadas o castigadas por medio de tales renacimientos, de los sufrimientos soportados o de los crímenes cometidos en las vidas anteriores; que esas mismas mónadas que entraron en los cascarones vacíos, sin sentido, o formas astrales de la primera raza emanadas por los Pitris, son las mismas que se hallan ahora entre nosotros (más aún, nosotros mismos quizás); sólo esta doctrina, decimos, puede explicarnos el problema misterioso del bien y del mal, y reconciliar al hombre con la aparente injusticia terrible de la vida. Nada que no sea una certeza semejante puede aquietar nuestro sentimiento de justicia en rebelión. Pues cuando el que desconoce la noble doctrina mira en torno suyo y observa las desigualdades del nacimiento y de la fortuna, de la inteligencia y de las facultades; cuando vemos que se rinden honores a gente necia y disipada, sobre quien la fortuna ha acumulado sus favores por mero privilegio del nacimiento, y su prójimo, con gran inteligencia y nobles virtudes, mucho más meritorio por todos conceptos, parece de necesidad y por falta de simpatía; cuando se ve todo esto y hay que retirarse ante la impotencia para socorrer el infortunio inmerecido, vibrando los oídos y angustiado el corazón con los gritos de dolor en torno de uno, sólo el bendito conocimiento de Karma impide maldecir de la vida y de los hombres, así como de su supuesto Creador.

Se nos dice que los hombres de la tercera raza-raíz poseyeron un tercer ojo físico, hasta cerca del período medio de la tercera subraza de la cuarta raza-raíz, cuando la consolidación y perfeccionamiento del organismo humano fue causa de que desapareciera de la anatomía externa del hombre. Sin embargo, psíquica y espiritualmente, su percepción mental y visual duró hasta cerca de la terminación de la cuarta raza, cuando sus funciones, debido a la condición material y depravada de la

Humanidad, se extinguieron totalmente. Esto fue anterior a la sumersión de la masa del continente atlante.

(...) El sanctasanctórum de los antiguos, llamado también el Adytum –el recinto en el extremo occidental del templo, cerrado por tres lados por paredes en blanco, y cuya única abertura o puerta estaba cubierta con una cortina–, era común a todas las naciones antiguas. Se ve ahora una gran diferencia entre el significado secreto de este lugar simbólico según lo presenta el esoterismo pagano y el de los judíos de tiempos posteriores, aun cuando su simbología fue originariamente idéntica en las naciones y razas antiguas. Los gentiles colocaban en el Adytum un sarcófago, o una tumba (taphos), en la cual estaba el dios solar, a quien el templo estaba consagrado, y que conservaban, como panteístas, con la mayor veneración. Lo consideraban, en su sentido esotérico, como el símbolo de la resurrección cósmica, solar o diurna, y humana. Abarcaba la vasta extensión de los manvántaras periódicos, puntuales en el tiempo, o el despertar de nuevo del Kosmos, de la Tierra y del hombre, a nuevas existencias; puesto que el Sol es el símbolo más poético, así como el más grandioso de tales ciclos en el cielo, y en el hombre (en sus reencarnaciones), sobre la Tierra.

En el Fargard XIX (versículo 14) del Vendídad se dice:

«Invoca ¡oh, Zarathushtra! a mi Fravashi, que soy Ahura Mazda, el más grande, el mejor, el más hermoso de todos los seres, el más inteligente... y cuya alma es la palabra santa (Máthra Spenta)».

Los orientalistas franceses traducen Fravashi por Ferouer. Ahora bien; ¿qué es un Ferouer, o Fravashi? En algunas obras mazdeístas se implica claramente que Fravashi es el hombre interno, inmortal, o el ego que reencarna; que existía antes que el cuerpo físico, y que sobrevive a todos los cuerpos de que se reviste.

La doctrina secreta nos enseña que todo en el universo, así como el universo mismo, se forma (se «crea»), durante sus manifestaciones periódicas, por el movimiento acelerado puesto en actividad por el Aliento del Poder por Siempre Desconocido – desconocido para la Humanidad presente, en todo caso– dentro del mundo fenomenal. El espíritu de la vida y de la inmortalidad era simbolizado en todas partes por un círculo; de aquí que la serpiente mordiendo la cola represente el círculo de la sabiduría en el infinito; como sucede con la cruz astronómica, la cruz dentro del círculo, y el globo con el aditamento de dos alas, el cual se convertía entonces en el escarabajo sagrado de los egipcios, siendo su mismo nombre una indicación de la idea secreta que representaba. Pues el escarabajo es llamado en los papiros egipcios, Khopirron y Khorpi; del verbo khopron, «devenir»; y por esto se ha hecho de él un símbolo y un emblema de la vida humana y de los sucesivos «devenires» del hombre a través de las diversas peregrinaciones y metempsicosis, o reencarnaciones, del alma libertada. Este símbolo místico muestra claramente que los egipcios creían en la reencarnación, y en las vidas y existencias sucesivas de la entidad inmortal. Como ésta, sin embargo, era una doctrina esotérica, revelada solamente en los Misterios por los sacerdotes-hierofantes y los reyes-iniciados a los candidatos, era conservada secreta. Las inteligencias incorpóreas (los espíritus planetarios, o poderes creadores) eran siempre representados

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

bajo la forma de círculos. En la primitiva Filosofía de los hierofantes, estos círculos invisibles eran las causas prototípicas y constructores de todos los orbes celestes, que eran sus cuerpos visibles o cubiertos, cuyas almas eran ellos. Ésta era, ciertamente, una enseñanza universal en la Antigüedad. Según dice Proclo:

«Antes de los números matemáticos, hay números animados; antes que las cifras aparentes, las cifras vitales, y antes de producir los mundos materiales que se mueven en un círculo, el Poder Creador produjo los círculos invisibles».

«*Deus enim et circulus est*», dice Ferecides en su *Himno a Júpiter*. Éste era un axioma hermético, y Pitágoras prescribía esta postración y colocación circular durante las horas de contemplación. «El devoto debe imitar tan bien como le sea posible la forma de un círculo perfecto», prescribe el Libro Secreto. Numa intentó vulgarizar la misma costumbre entre la gente, dice Pierius a sus lectores; y Plinio dice:

«Durante nuestro culto, arrollamos nuestros cuerpos, por decirlo así, formando un anillo, *totum corpus circumaginur*».

(...) Todas las naciones antiguas comprendieron perfectamente el mandato délfico: «Conócete a ti mismo». Igualmente lo comprenden hoy día las religiones orientales, pues con excepción de los musulmanes, forma parte de toda religión oriental, incluso los judíos instruidos cabalísticamente. Sin embargo, para entender bien su significado es preciso ante todo creer en la reencarnación y sus misterios; no como la admiten los reencarnacionistas franceses de la escuela de Allan Kardec, sino según la expone y enseña la filosofía esotérica. En una palabra, el hombre debe saber quién fue antes de saber lo que es. Pero, ¿cuántos europeos son capaces de creer, en absoluto, como ley general, en sus pasadas y futuras encarnaciones, dejando aparte el místico conocimiento de su vida precedente? La educación primaria, el habitual ejercicio de la mente, la tradición, todo, en suma, contraría tal creencia durante toda su vida. A las gentes instruidas se les imbuyó la perniciosa idea de que son casuales las hondas diferencias existentes entre los hombres, aun de una misma raza; que el ciego azar abrió abismos de separación entre hombres de distinta cuna, posición y cualidades personales (circunstancias todas que tan poderosamente influyen en el proceso de cada vida humana), y que todo se debe al ciego azar. Tan solo los más piadosos encuentran equívoco consuelo ante semejantes diferencias, atribuyéndolas a la «voluntad de Dios». Nunca han analizado, nunca se han detenido a pensar que, al rechazar neciamente la equitativa ley de los múltiples renacimientos, arrojan sobre su Dios el más infamante oprobio. ¿Han reflexionado alguna vez los cristianos sinceros y anhelosos de imitar la conducta de Cristo, sobre la pregunta: «¿Eres tú Elías?» que al Bautista dirigieron los sacerdotes y levitas? El Cristo enseñó a sus discípulos esta gran verdad de la filosofía esotérica; pero, si los apóstoles la comprendieron, parece que nadie más ha desentrañado su recto sentido. Ni aun Nicodemo, que a las palabras de Jesús: «A menos que el hombre sea nacido de nuevo no verá el reino de los cielos», respondió: «¿Cómo puede nacer un hombre viejo?»; a lo que Cristo replicó: «¿Eres maestro en Israel y no sabes estas cosas?», pues nadie tiene derecho a llamarse «maestro» e instructor, si no ha sido iniciado en los misterios del renacimiento espiritual por el agua, el fuego y el espíritu, y en el renacimiento en la carne. También aluden transparentemente a la

doctrina de los múltiples renacimientos, las palabras con que Jesús respondió a los saduceos «que negaban la resurrección», esto es, el renacimiento, puesto que aun el clero docto considera hoy absurda la resurrección de la carne:

«Los que sean dignos alcanzarán aquel mundo (el nirvâna), en que no hay bodas... y en donde no morirán ya más».

Lo cual indica que ya habían muerto más de una vez. Y también:

«Que los muertos se han levantado ahora lo mostró también Moisés (...) cuando llamó al Señor, el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; pues él no es Dios de muertos, sino de vivos».

La frase «se han levantado ahora» se refiere, evidentemente, a los entonces actuales renacimientos de los Jacob e Isaac, y no a su futura resurrección; porque en tal caso hubieran estado aún muertos, y no se hablaría de ellos como «vivos».

Pero la parábola más sugestiva de Cristo, su más concluyente «sentencia enigmática» es la que dio a sus apóstoles sobre el hombre ciego:

Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para haber nacido ciego? –Y Jesús respondió: «Ni este hombre (el físico, el ciego) pecó, ni sus padres; mas que las obras de (su) Dios es preciso se manifiesten en él».

El hombre es sólo el «tabernáculo», la «casa» de su Dios; y por lo tanto no es el templo sino su morador, el vehículo de Dios, quien pecó en una encarnación anterior y trajo en consecuencia el karma de ceguera en el nuevo cuerpo físico. Vemos, pues, que Jesús habló verdad; pero sus prosélitos persisten hasta hoy en no comprender las palabras de la sabiduría hablada. La Iglesia cristiana presenta al Salvador en las interpretaciones que da a sus palabras, como si realizara un programa preconcebido que hubiese de conducir a un previsto milagro. Verdaderamente, el gran mártir desde entonces y durante veinte siglos, está siendo crucificado día tras día por clérigos y laicos, mucho más cruelmente de lo que lo fue por sus alegóricos enemigos. Porque tal es el recto sentido de las palabras «que las obras de Dios es preciso se manifiesten en él», si las leemos a la luz de la interpretación teológica, y es poco digno si se rechaza la explicación esotérica.

Son meras calumnias lo que Ireneo y Epifanio dicen de Simón el Mago; a saber, que se proclama encarnación de la Trinidad, presentándose en Samaria como Padre, en Judea como Hijo y entre los gentiles como Espíritu Santo. Cambian los tiempos y se suceden los acontecimientos; pero la naturaleza humana permanece inalterable en todo país y en toda época. La acusación es resultado y producto del tradicional y ya clásico odio teológico. Ningún ocultista (todos los cuales han experimentado personalmente los efectos de este odio) será capaz de creer tales cosas a un Ireneo por su sola palabra, dado el caso de que escribiera esto él mismo. Más adelante afirma Ireneo que Simón se amancebó con una mujer a quien presentaba como centésima reencarnación de Helena de Troya, quien muchísimo antes, en los principios del tiempo, había sido Sophia, la sabiduría divina, nacida de la mente eterna del propio Simón, cuando era el «Padre»; y

por último que de ella había él «engendrado a los ángeles y arcángeles creadores del mundo», etc.

Ahora bien: sabemos cumplidamente hasta qué punto se desfigura y altera una afirmación al pasar de boca en boca, o de pluma en pluma; mas, por otra parte, en todo cuanto dice Ireneo hay un fondo de verdad que necesita explicación esotérica. Simón el Mago era un cabalista místico que, como muchos otros reformadores, trataba de fundar una nueva religión sobre las bases de la doctrina secreta, aunque sin divulgar más que lo puramente necesario de sus misterios. ¿Por qué, pues, profundamente convencido del hecho de las reencarnaciones sucesivas (dejando aparte el número de «cien» que bien pudieran haber exagerado sus discípulos), no había de hablar Simón el místico de alguna mujer a quien conociera psíquicamente como reencarnación de una heroína de ese nombre; y en qué circunstancias lo dijo (si es que lo dijo)? ¿Acaso no hay en nuestros tiempos señoras y caballeros de gran cultura y posición social, sin pizca de charlatanismo, que tienen la íntima convicción de haber sido quien Alejandro el Magno, quien Cleopatra o Juana de Arco, etc.? Esto es asunto de convicción individual, fundada en la mayor o menor familiaridad con el ocultismo y en la creencia en la moderna teoría de la reencarnación. Esta última difiere de la genuina doctrina de la Antigüedad, como veremos; pero no hay regla sin excepción.

La *psychostasy*, o juicio del alma, es verdaderamente todo un poema para quien sabe leerlo e interpretar correctamente las imágenes que en él campear. En la pintura antes descrita, aparece Osiris con cuernos y un cetro encorvado en su extremo superior. Encima está revoloteando el alma, confortada por Tmei, hija del Sol de la Justicia, y diosa de la Bondad y de la Misericordia. Horus y Anubis pesan las acciones del alma. En uno de los papiros se ve al Sol en el acto de condenar a un glotón a renacer en la Tierra en el cuerpo de un cerdo; lo cual considera cierto orientalista como irrefutable prueba de creencia en la metempsicosis o transmigración de las almas al cuerpo de animales. Tal vez la oculta ley de Karma pueda explicar la frase de otro modo. Puede, según saben todos los orientalistas, referirse al vicio fisiológico acumulado para la reencarnación, que conducirá a la personalidad a mil torpezas y desdichas. En su obra sobre el carácter satánico de los dioses de Egipto, arguye De Mirville que «el vivir durante tres mil años en figura de halcón, ángel, flor de loto, garza, gorrión, serpiente y cocodrilo, no era para satisfacer en modo alguno». Sin embargo, una sencilla consideración basta para aclarar este punto; porque, ¿están seguros los orientalistas de que «la metempsicosis dura tres mil años?» La doctrina oculta enseña que Karma espera durante tres mil años en el umbral del Devachan (el Amenti de los egipcios); y que el ego eterno reencarna de nuevo entonces para, en su nueva personalidad temporal, expiar por el sufrimiento los pecados cometidos en la anterior existencia. El halcón, la garza, la flor de loto, la serpiente, todos los objetos de la Naturaleza, tenían múltiple y simbólico significado en los antiguos emblemas religiosos. El hipócrita que con apariencias de santidad obró malvadamente toda su vida, acechando a las víctimas de su codicia como el ave de rapiña acecha su presa, quedará sentenciado por la ley kármica a sufrir el condigno castigo de sus vicios en la vida futura. ¿Cuál será? Puesto que cada entidad humana ha de progresar al fin y al cabo en su evolución, y puesto que el «hombre» ha de renacer algún día bueno y perfecto, la sentencia que lo condenaba a reencarnarse en

un halcón debe considerarse metafóricamente. Es decir, que no obstante sus virtudes y excelentes cualidades, quizá se vea calumniado de hipocresía, avaricia y sordidez durante toda su vida, injustamente al parecer, y sufriendo por ello más de lo que le parezca poder soportar. La ley kármica es infalible, y vemos tales víctimas de la malicia humana en este mundo de incesante ilusión, de errores y deliberada maldad. Las vemos todos los días, y son casos de la personal experiencia de todos no-so-tros. ¿Qué orientalista puede afirmar con seguridad que ha comprendido las antiguas religiones? El lenguaje metafórico de los sacerdotes tan sólo ha sido revelado superficialmente; y la interpretación de los jeroglíficos no fue hasta ahora muy acertada.

A propósito de la doctrina egipcia del renacimiento y transmigración, se dice en *Isis sin velo* lo siguiente, que está de acuerdo con lo ahora expuesto:

Conviene advertir que esta filosofía de los ciclos, alegorizada por los hierofantes egipcios en el «ciclo de necesidad», explica al mismo tiempo la alegoría de la «caída del hombre». Según las descripciones árabes, cada una de las siete cámaras de las pirámides (los mayores símbolos cósmicos) llevaba el nombre de un planeta. La peculiar arquitectura de las pirámides demuestra el pensamiento metafísico de sus constructores. La cúspide se pierde en el claro azul del firmamento de la tierra de los faraones, y simboliza el punto primordial perdido en el universo invisible, de donde surgió la primera raza de los prototipos espirituales del hombre. Toda momia perdía al embalsamarla un aspecto de su personalidad física: ella simbolizaba la raza humana. Colocada del modo más a propósito para facilitar la salida del «alma», había ésta de pasar a través de las siete cámaras planetarias antes de alcanzar la simbólica cúspide. Cada cámara significaba, al mismo tiempo, una de las siete esferas (de nuestra cadena), y uno de los siete más elevados tipos de la humanidad físico-espiritual que se considera planean por encima del nuestro. Cada 3000 años, el alma, representativa de su raza, había de volver al punto de partida antes de comenzar otra más perfecta evolución física y espiritual. Verdadera-mente hemos de penetrar en las profundidades de las abstrusas metafísicas del misticismo oriental, antes de comprender debidamente la infinidad de materias abarcadas de una sola vez por el majestuoso pensamiento de sus expositores.

Todo esto es mágico cuando se conocen los pormenores; y al mismo tiempo se refiere a la evolución de nuestras siete razas raíces, con las características respectivas del «dios» y planeta de cada una. Después de la muerte, el cuerpo astral de los Iniciados había de representar en sus misterios funerarios el drama del nacimiento y muerte de cada raza; es decir, su pasado y su porvenir, y recorrer las siete «cámaras planetarias» que, según dijimos, significaban también las siete esferas de nuestra cadena planetaria.

La mística doctrina del ocultismo oriental enseña que:

«El ego espiritual (no el astral khou) ha de volver a visitar, antes de encarnar en un nuevo cuerpo, los lugares que dejó en su última encarnación. Ha de ver y conocer por sí mismo los efectos producidos por las causas (nidânas) que sus acciones engendraron en una vida anterior; pues al verlas reconocerá la justicia del destino y ayudará a la ley de retribución (karma) en vez de impedirlo».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Los druidas comprendían el significado del signo zodiacal del Sol en Tauro; y por ello, cuando el primer día de noviembre se extinguían todos los fuegos, quedaba tan sólo su inextinguible fuego sagrado, para iluminar el horizonte como los de los magos y los actuales parsis. Y como las primeras generaciones de la quinta raza, después los caldeos y griegos y más tarde los cristianos (que no sospechaban el verdadero significado), saludaban ellos al lucero de la tarde, a la hermosa Venus-Lucifer. Estrabón habla de una isla próxima a Bretaña, en donde Ceres y Perséfone recibían adoración con el mismo ritual que en Samotracia. Era la sagrada Ierna, en donde ardía el fuego perpetuo. Los druidas creían en el renacimiento del hombre; pero no como lo explica Luciano, que el mismo espíritu animará a un nuevo cuerpo no aquí, sino en otro mundo distinto, sino en una serie de reencarnaciones en este mismo mundo. Porque como dice Diodoro, los druidas enseñaban que las almas de los hombres se encarnan en otros cuerpos al cabo de cierto período.

La quinta raza aria recibió estas doctrinas de sus antepasados de la cuarta raza, los atlantes; y las conservó piadosamente, mientras sus progenitores se acercaban a su fin gradualmente, haciéndose más arrogantes en cada generación a causa de la adquisición de poderes sobrehumanos.

(...) Así lo vemos desde el punto de vista puramente espiritual y filosófico. Sin embargo, los Iniciados saben que en el plano de la ilusión, como podríamos llamarle, o desde el punto de vista terreno, fue Buda una encarnación directa de uno de los primitivos «Siete Hijos de la Luz» o «Dhyân Chohans» a que aluden todas las teogonías; cuya misión es cuidar, de una eternidad a otra (eones), del provecho espiritual de las regiones puestas a su cuidado. Esto se enunció ya en el libro *El Budhismo Esotérico*.

Uno de los mayores misterios del misticismo especulativo y filosófico (misterio que conviene revelar ahora), es el relativo al modus operandi en los grados de tales transferencias hipostáticas. Es muy natural que el procedimiento de las encarnaciones, así divinas como humanas, resulte libro cerrado para teólogos y fisiólogos, hasta que las enseñanzas esotéricas lleguen a ser, por general asentimiento, la religión del mundo. Estas enseñanzas jamás se expondrán abiertamente a gentes que no estén bien preparadas para recibirlas; pero debemos decir que entre el dogma de un alma nuevamente creada para cada nacimiento y la afirmación de una temporánea alma fisiológica, se dilata la vasta región de las enseñanzas ocultas con sus lógicas y racionales demostraciones, cuyo filosófico encadenamiento establece la misma Naturaleza.

El «Misterio» está expuesto, para quien sepa comprenderlo, en las siguientes palabras de Krishna:

«Muchos nacimientos he dejado Yo tras de Mí, y muchos dejaste tú, ¡oh, Arjuna! Pero yo los recuerdo todos; sin embargo, tú no recuerdas los tuyos, ¡oh, Parantapa!

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Aunque soy el nonato e imperecedero ser, el Señor de todos los seres y cobijo la Naturaleza, que es mi dominio, también nazco por virtud de Mi propio poder.

Cuando quiera que la rectitud desmaya, ¡oh, Bhârata!, y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco.

Para proteger a los buenos, confundir a los malos y restaurar firmemente la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento en cada yuga.

Quien así conozca en su esencia Mi divino nacimiento y Mis acciones divinas, ya no volverá a nacer cuando deje el cuerpo, sino a Mí se unirá, ¡oh, Arjuna!».

De modo que todos los avatares son uno y el mismo; son los Hijos de su «Padre» en directa descendencia. El «Padre», o una de las siete Llamas, llega a ser con el tiempo el Hijo y, en consecuencia, uno con el Padre desde toda la eternidad. ¿Qué es el Padre? ¿Es la absoluta Causa de todo? ¿Es el impenetrable Eterno? No por cierto. Es Kâranâtma, el «Alma Causal», llamada por los indos Íshvara, el Señor, y por los cristianos «Dios», el Único, el Solo. Desde el punto de vista de la unidad es así; pero, entonces, también podríamos considerar como «el Único y el Solo» al elemental más ínfimo. Todo ser humano tiene, además, su propio divino espíritu o dios individual. Esa divina entidad o Llama, de la cual emana Buddhi, está con el hombre, aunque en plano inferior, en la misma relación que el Dhyâni Buddha con su humano Buddha. De aquí que sea posible conciliar el monoteísmo con el politeísmo; pues existen en la Naturaleza.

Verdaderamente, vinieron al mundo en su respectiva época personalidades que como Gautama, Shankara, Jesús y unos pocos más, tenían por misión «salvar el bien y destruir el mal». Así se dijo: «Yo nazco en cada yuga». Y todos nacieron por el mismo poder.

Muy misteriosas son, en efecto, estas encarnaciones que caen fuera del círculo general de renacimientos. En tres grupos pueden dividirse las encarnaciones: los avatâras o encarnaciones divinas; las de los nirmânakayas o adeptos que renuncian al nirvana con el propósito de auxiliar a la humanidad; y las naturales reencarnaciones de la masa general, sujeta a la rueda de nacimientos y muertes, la ley común. El avatara es una apariencia, que podríamos llamar una ilusión especial, dentro de la natural ilusión producida en los planos en que reina Mâyâ. El adepto renace conscientemente, a su voluntad y albedrío; pero la grey común del vulgo sigue inconscientemente la gran ley de la dual evolución.

Hay dos clases de encarnaciones conscientes y voluntarias de los adeptos: las de los nirmânakâyas, y las que pasan los discípulos a chelas que recorren el sendero probatorio.

Lo más misterioso en las encarnaciones de los nirmânakâyas es que la personalidad del adepto puede encarnar en un cuerpo humano (cuando emplea su mâyâvi o su Kâma Rûpa, y permanece en Kâma Loka), aun cuando sus «principios superiores» continúen en estado nirvánico. Conviene advertir que las referidas

expresiones se emplean con propósito de vulgarizar el concepto, y por lo tanto no tratamos la misteriosa cuestión desde el supremo plano, o de absoluta espiritualidad, ni tampoco desde el más elevado punto de vista filosófico a que sólo unos cuantos pueden llegar. Nada que no esté eternamente allí puede alcanzar el nirvâna; pero la mente humana, al especular sobre lo Absoluto, lo considera como el último término de una serie indefinida. Si tenemos esto presente, evitaremos gran número de conceptos erróneos. La potencialidad de esta espiritual evolución yace en la materia de varios planos con la que el nirvâni se puso en contacto antes de alcanzar el nirvâna; pero como el plano en que esto se efectúa pertenece a la serie de planos ilusorios, no puede ser el mismo plano supremo. Quienes indaguen este punto deben beber con preparado ánimo en la originaria fuente de estudio, que son los Upanishads. Aquí sólo tratamos de indicar la manera de hacer la indagación, y mostrar algunas de las ocultas posibilidades, que no bastan de por sí para poner al lector en la meta; pues la verdad final sólo puede recibirla el discípulo iniciado de labios del maestro.

Mas a pesar de lo expuesto, lo afirmado todavía les parecerá incomprendible, si no absurdo, a quienes no estén familiarizados con la doctrina de la multiplicidad de naturaleza y los varios aspectos de la mónada humana; y a quienes miren desde un punto de vista puramente material, la división septenaria del hombre. Sin embargo, admitirá sin vacilaciones la posibilidad del hecho el ocultista intuitivo que haya estudiado detenidamente el misterio del nirvâna, que sabe que es idéntico a Parabrah-man, y por lo tanto inmutable, eterno y que no es una cosa, sino el absoluto Todo. Saben ellos también que un dharmakâya, o sea un nirvâni «sin residuos», como traducen nuestros orientistas, es absorbido en esa Nadidad que es la única conciencia real, puesto que es absoluta; y por lo tanto, no se puede decir que vuelva a encarnar sobre la Tierra, puesto que el nirvâni ya no es un él, una ella, ni tan siquiera un ello. En cambio, el nirmânakâya que obtuvo el nirvâna «con residuos» queda revestido de un cuerpo sutilísimo que lo abroquela impenetrablemente contra todas las vibraciones exteriores, y en el cual conserva la noción de su individualidad, por lo que puede reencarnar en la Tierra. Además, todo ocultista oriental sabe que hay dos clases de nirmânakâyas: el natural y el asumido. El nirmânakâya natural es la condición del adepto que alcanzó un estado de bienaventuranza inmediatamente inferior al nirvâna. El nirmânakâya asumido es la condición del que por abnegado sacrificio renuncia al nirvâna absoluto, con propósito de auxiliar y conducir a la Humanidad. Podría objetarse que siendo el dharmakâya un nirvâni o jîvanmukta, no puede dejar «residuo» alguno después de la muerte, ni necesita cuerpo alguno sutil ni individualidad, por haber alcanzado un estado en el cual ya no son posibles más encarnaciones, y que, por lo tanto, ha de desaparecer inmediatamente la individualidad o ego que reencarna. A esto cabe reargüir diciendo que así sucede por regla general en cuanto a las explicaciones exotéricas; pero el caso de que tratamos es excepcional, y su determinación depende de los ocultos poderes de los elevados adeptos, quienes, antes de entrar en el nirvâna, pueden hacer que sus «residuos» permanezcan en planos inferiores, tanto si llegan a nirvânis como si sólo alcanzan un menor grado de bienaventuranza.

Pero además de la eterna ley de la reencarnación y del karma (no como la enseñan los espiritistas, sino como la expone la ciencia más antigua del mundo), deben

enseñar los ocultistas la reencarnación cíclica y evolutiva, o sea, aquella clase de renacimientos de que ya tratamos cautelosamente en *Isis sin velo*, y que todavía son incomprensibles para cuantos desconocen la historia del mundo. Por regla general, el renacimiento de los individuos va precedido de los intervalos de existencia en el Kâma Loka y en el Devachan, y como excepción para unos pocos el renacimiento es consciente y tiene un grande y divino objeto. Aquellos culminantes caracteres que, como Buda y Jesús, descuellan gigantescamente en la historia de las conquistas espirituales, y como Alejandro y Napoleón en la de las conquistas terrenas, son reflejadas imágenes de tipos humanos que ha-bían ya existido, no diez mil años antes, según precavidamente se dijo en *Isis sin velo*, sino durante millones de años consecutivos, desde el comienzo del manvántara. Porque, con excepción de los verdaderos avatâras, como se ha dicho, son los mismos inquebrantables rayos (mónadas), procedentes cada uno de su propio Padre o Llama espiritual, llamados Devas, Dhyân Chohans, Dhyâni-Buddhas, Ángeles Planetarios, etc., que brillan en la eónica eternidad como sus prototipos. Algunos hombres nacen a su imagen y semejanza; y cuando hay propósito especial de beneficiar a la Humanidad, animan hipostáticamente a dichos hombres los divinos prototipos, reproducidos una y otra vez por las misteriosas potestades que guían y gobiernan los destinos de nuestro mundo.

Nada más podemos decir ahora de lo que dijimos en *Isis sin velo*, y así nos limitaremos simplemente a observar que:

No hay en los anales de la historia, sagrada o profana, ningún carácter eminente cuyo prototipo deje de encontrarse en los semifabulosos y semirreales relatos de las religiones y mitologías antiguas. Así como la luz de una estrella se refleja en las aguas de un lago, a pesar de la inmensa distancia en que sobre nuestras cabezas brilla en la infinidad del espacio, así la imagen de hombres que vivieron en épocas antediluvianas se reflejan en los períodos históricos que podemos abarcar retrospectivamente.

Pero ahora que varias publicaciones han expuesto parte de la doctrina, y algunas de ellas con erróneos conceptos, podemos ampliar esta vaga alusión. Porque no sólo se refiere a los eminentes caracteres históricos en general, sino también a los hombres geniales que sobresalen entre la masa común de las gentes y cooperan al bienestar y progreso de la Humanidad. Cada uno de estos hombres extraordinarios es reencarnación de los que con análogas aptitudes le precedieron en pasados tiempos; y así adquieren fácilmente las cualidades y aptitudes que ya habían desarrollado con toda plenitud en su anterior nacimiento. Muy a menudo son egos en una de las etapas de su desenvolvimiento cíclico.

Aun en la llamada vida mediumnística o medianímica ocurre que mientras el cuerpo físico actúa, aunque sea mecánicamente, o reposa en determinado lugar, el cuerpo astral puede estar actuando con entera independencia en otro lugar muy distante. Estos casos son muy frecuentes en la historia del misticismo; y si tal sucede en los éxtasis, profecías y visiones de todas clases, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo en más elevados y espirituales planos de existencia? Admitida la posibilidad en el plano físico inferior, ¿por qué no admitirla en uno superior? En los casos de adeptado superior, cuando el cuerpo está sometido a la voluntad del hombre interno; cuando el ego

espiritual está completamente unido al séptimo principio, aun durante la vida de la personalidad; cuando ésta, o sea, el hombre astral, se ha purificado hasta el extremo de asimilar las cualidades y atributos de Buddhi y Manas en su aspecto terreno, la personalidad subsiste por virtud del Yo espiritual, y puede, en consecuencia, vivir independientemente en la Tierra. Así es que cuando ocurre la muerte del cuerpo, tiene lugar con frecuencia el siguiente misterioso acontecimiento: el ego espiritual no puede reencarnar como dharmakâya o nirvâni «sin residuos» y limpio de toda mezcla terrena. Pero, en tales casos, se afirma que puede, en cambio, reencarnar el ego personal hasta de un dharmakâya, o permanecer en nuestra esfera en disposición de reencarnar, si necesario fuere. Porque en tal caso no sobreviene la disgregación del cuerpo astral o segunda muerte, como la llama Proclo, que el común de los hombres sufre en el Kâma Loka (purgatorio de los católicos); pues suficientemente purificado para reflejar tan sólo su propia luz espiritual, no puede permanecer inconscientemente adormecido en un ínfimo estado nirvánico, ni tampoco puede disgregarse por completo como los ordinarios cascarones astrales.

Pero en la condición de nirmânakâya (o nirvâni «con residuos») puede ayudar aún a la Humanidad.

A pesar de lo extendidos que están los errores acerca del budismo en general y del budismo tibetano en particular, convienen los orientalistas en que el primordial anhelo de Buda fue salvar a los hombres, enseñándoles la práctica de la pureza y virtud en grado sumo, desligándolos del servicio de este mundo engañoso y del amor al todavía más engañoso, por ilusorio y vano, yo físico. Mas, ¿de qué aprovecharía toda una virtuosa vida de privaciones y sufrimientos si la aniquilación fuese su resultado final? Si aun el logro de esa suprema perfección que conduce al Iniciado a recordar sus vidas pasadas y a prever las futuras por el desarrollo pleno de su divina visión interna, y adquirir el conocimiento que le revela las causas de los incesantemente periódicos ciclos de existencia, hubiera de conducirlo finalmente al no ser, y nada más, entonces fuera imbécil toda la doctrina budista; y aun la epicúrea sería mucho más filosófica, que tal budismo. Quien sea incapaz de comprender la sutil, y no obstante hondísima diferencia entre la vida en estado físico y la vida puramente espiritual (el espíritu o la «vida del alma»), jamás podrá apreciar en su pleno valor, ni aun en forma exotérica, las excelsas enseñanzas de Buda. La existencia individual o personal es causa de pena y aflicciones; la vida colectiva e impersonal está henchida de divinas bienaventuranzas y sempiternos goces, cuya luz no eclipsan las causas ni los efectos. La esperanza en esta vida eterna es la clave fundamental del budismo. Si alguien nos dijera que la existencia impersonal no es tal existencia, sino que equivale a la aniquilación, como han sostenido algunos reencarnacionistas franceses, le preguntaríamos: ¿qué diferencia puede haber en las espirituales percepciones de un ego, entre si entra en el nirvâna cargado tan sólo con los recuerdos de sus propias vidas personales, o si sumido por completo en el estado parabrahmico se une al todo, con absoluto conocimiento y absoluto sentimiento de representar humanidades colectivas? Un ego que pase tan sólo por diez distintas vidas individuales, debe perder necesariamente su unitaria individualidad y fundirse, por decirlo así, con dichos diez yoes. Ciertamente, mientras este gran misterio sea letra

muerta para los pensadores, y especialmente para los orientalistas occidentales, no lograrán éstos explicarlo conforme a la verdad.

El huevo áurico ha de ser bien estudiado, a causa de su naturaleza y de la multiplicidad de sus funciones. Así como Hiranyagarbha, el Huevo o Matriz de Oro, contiene a Brahmâ, colectivo símbolo de las Siete Fuerzas Universales, de la propia suerte el huevo áurico contiene a la vez al hombre divino y al hombre físico, y está directamente relacionado con ambos. Según dijimos, es eterno en su esencia; y en sus constantes correlaciones y transformaciones, durante el progreso reencarnante del ego, es como una máquina de movimiento continuo.

Como expusimos en el tercer tomo de esta obra, los egos o Kumâras que tomaron carne humana al fin de la tercera raza raíz, no son humanos de esta Tierra o plano, sino que se convirtieron en tales al animar al hombre animal, dotándole así de su mente superior. Cada Kumâra es un «aliento» o principio, llamado el alma humana, Manas o mente.

Según dicen las enseñanzas:

«Cada uno de ellos es un pilar de luz. Escogieron su vehículo y se explayaron para circundar al hombre animal con un aura âkâsica, mientras el (mânásico) principio divino se aposentaba en esa humana forma».

Por otra parte, la sabiduría antigua nos enseña que desde esta primera encarnación, los Pitris lunares que habían formado hombres de sus Châyâs o sombras son absorbidos por esta esencia áurica, y cada ego toma al reencarnarse una forma astral distinta para cada una de las personalidades de la serie de encarnaciones.

Por lo tanto, el huevo áurico refleja todos los pensamientos, palabras y obras del hombre, y es:

1.º El conservador de los anales kármicos.

2.º El arsenal de las buenas o malas cualidades del hombre, que por su voluntad, o mejor diremos, por su pensamiento, admite o rechaza las potencialidades, transformadas luego en actos. El aura es el espejo en que los sensitivos y clarividentes sienten, y perciben al hombre interno como realmente es, y no como parece ser.

3.º Suministra al hombre la forma astral, sobre la que se modela el cuerpo físico, primero como feto y después como niño y hombre; de modo que la forma astral va creciendo paralelamente a la física. De la propia suerte suministra a los adeptos vivientes su Mâyâvi-Rûpa o cuerpo ilusorio, distinto del cuerpo astral-vital. Después de la muerte suministra al hombre el Kâma-Rûpa o cuerpo de deseos (el fantasma) y la entidad devachánica.

En el caso de la entidad devachánica, el Ego ha de revestirse (metafóricamente hablando) de los espirituales elementos de las ideas, aspiraciones y pensamientos de su anterior inmediata personalidad, a fin de entrar en un feliz estado; de otro modo, ¿qué es lo que gozaría de felicidad y recompensa? Seguramente no el ego impersonal, la

individualidad divina. Por lo tanto, debe ser el buen karma del difunto, impreso en la sustancia áurica, el que suministra al alma humana los suficientes elementos espirituales de la ex personalidad y lo capacita para creerse todavía en el cuerpo de que acaba de separarse, y experimentar su fruición durante un período más o menos prolongado de «gestación espiritual». Porque el Devachan es una «gestación espiritual» en una ideal matriz; el ideal y subjetivo nacimiento del ego en el mundo de los efectos, nacimiento que precede a su próxima encarnación terrena, determinada por su mal karma, en el mundo de las causas.

A fin de comprender debidamente lo que sigue, conviene advertir que Manas puede simbolizarse por un triángulo superior relacionado con el Manas inferior mediante una tenue línea. Esta línea es el Antahkarana, el sendero o puente de comunicación, que sirve de lazo entre la personalidad, cuyo cerebro físico está bajo el dominio de la mente animal, y la individualidad reencarnante, el ego espiritual, Manas, el Manu, el «hombre divino». Este Manu pensante es el único que reencarna. En rigor, las dos mentes, la espiritual y la física o animal, son una, pero están separadas en dos durante la reencarnación. Porque mientras aquella porción de lo divino que anima a la personalidad, separándose conscientemente del ego divino como pura, aunque densa sombra, se infunde en el cerebro y sentidos del feto al séptimo mes del embarazo, el Manas superior no se une con la criatura hasta los siete años de edad. Esta desglosada esencia, o mejor dicho, el reflejo o sombra del Manas superior, se convierte, según crece el niño, en un principio distinto pensante del hombre, cuyo principal instrumento es el cerebro físico. No es, pues, maravilla que al advertir los materialistas únicamente esta «alma racional» o mente, no quieran desglosarla del cerebro y la materia. Pero la Filosofía oculta ha resuelto hace siglos el problema de la mente, y ha descubierto la dualidad de Manas. El divino ego propende hacia Buddhi; y el humano ego gravita hacia lo inferior, fundido en la materia, unido con su mitad superior y subjetiva sólo por el Antahkarana, único lazo de unión durante la vida, entre la conciencia superior del ego y la humana inteligencia de la mente inferior.

Muy poco ha de conocer la fraseología de los orientales quien no advierta en el citado pasaje del *Libro de los muertos*, y en las páginas de Isis, una alegoría de las enseñanzas esotéricas, y «velos» en las palabras «alma» y «segunda muerte». La palabra «alma» se refiere indistintamente a Buddhi-Manas y Kâma-Manas. Respecto de la frase «segunda muerte», el calificativo de «segunda» denota que los «principios» han de sufrir varias muertes durante su encarnación; y por lo tanto, únicamente los ocultistas comprenden el verdadero sentido de tal afirmación. Porque tenemos: 1.º la muerte del cuerpo físico; 2.º la muerte del alma animal en Kâma-Loka; 3.º la muerte del astral Linga Sharîra, siguiendo la del cuerpo; 4.º la metafísica muerte del inmortal ego superior, cada vez que «cae en la materia» o encarna en una nueva personalidad. El alma animal, o Manas inferior, la sombra del ego divino que de él se desglosa para animar a la personalidad, no puede en modo alguno sustraerse de la muerte en Kâma Loka, en todo caso, aquella porción de sombra que, como residuo terrestre, no puede quedar asimilada al ego. Por lo tanto, el principal y más importante secreto relativo a la «segunda muerte» fue y es, en las enseñanzas esotéricas, la terrible posibilidad de la muerte del alma, esto es, su separación del ego durante la vida terrena. Es una muerte

real (aunque con probabilidades de resurrección), que no deja vestigio alguno en la persona, pero que la convierte moralmente en un cadáver vivo. Difícil es advertir el motivo de que estas enseñanzas se hayan mantenido hasta hoy en tan riguroso secreto, cuando tanto bien hubieran causado si se difundieran entre las masas, o por lo menos, entre los creyentes en la reencarnación. Pero así fue, y no me considero con derecho a criticar la prohibición, que por mi parte mantuve hasta ahora, con promesa de no publicar la enseñanza que se me comunicó. Pero ahora recibí licencia de proclamarla a las gentes, y revelar sus dogmas, en primer término a los esoteristas; quienes, luego de comprendido en toda su entereza este dogma de la «segunda muerte», tendrán el deber de enseñarlo a otros, y advertir a todos los teósofos del peligro que encierra.

La mónada que se convierte en dualidades en el plano de diferenciación, y en tríadas durante el ciclo de las encarnaciones, ni aun encarnada está limitada por el espacio ni detenida por el tiempo, pero se difunde por los inferiores principios del cuaternario, y es omnipresente y omnisciente por naturaleza. Mas esta omnisciencia es innata; y sólo puede manifestar su luz refleja, por medio de lo que al menos sea semiterrestre o semimaterial; como el cerebro físico que es a su vez el vehículo del Manas inferior, entronizado en Kâma Rûpa. Éste es el que se va aniquilando gradualmente en los casos de «segunda muerte».

Pero esta aniquilación no significa la simple discontinuidad de la vida humana sobre la Tierra; sino que, expulsados para siempre de la conciencia de la individualidad, el Ego reencarnante, los átomos y vibraciones físicas de la entonces ya separada personalidad, se encarnan inmediatamente en la misma Tierra en una criatura todavía más abyecta, que sólo tiene de humano la forma, y queda condenado a tormentos kármicos durante su nueva vida; con más que, si persiste en su criminal o disoluta conducta, habrá de sufrir una larga serie de reencarnaciones inmediatas.

Ahora se nos presentan las cuestiones que entrañan estas dos preguntas:

- 1.^a ¿Qué es del ego superior en tal caso?
- 2.^a ¿Qué clase de animal es una criatura humana sin alma?

Pero antes de responder a ellas he de advertir a los lectores nacidos en países cristianos que la fábula relativa a la redentora misión de Jesús, tal como hoy se entiende, la forjaron algunos Iniciados de extremada liberalidad, tomándola del misterioso y fatal dogma de la terrena experiencia del ego reencarnante. En verdad, este es la víctima propiciatoria de su propio karma en pretéritos manvántaras, que contrae voluntariamente el deber de salvar a los que sin él serían personalidades u hombres desalmados. La verdad oriental resulta así más lógica y filosófica que la ficción occidental. El Christos, o Buddhi-Manas de cada hombre, no es un Dios completamente inocente y sin mancha, aunque en cierto sentido sea el «Padre», esencialmente idéntico al espíritu universal, y al mismo tiempo el «Hijo», puesto que Manas es el segundo trasunto del «Padre». El divino Hijo echa sobre sí, al reencarnarse, los pecados de todas las personalidades que ha de animar; y esto sólo puede hacerlo por medio de su mandatario o reflejo, el Manas inferior. El único caso en que el ego divino puede

sustraerse a la individual penalidad y responsabilidad como principio guiador, es cuando se separa de la personalidad, porque entonces, la materia, con sus físicas y astrales vibraciones, por la misma intensidad de sus combinaciones, se emancipa del dominio del ego. El dragón Apofis vence; y el Manas reencarnante se separa poco a poco de su tabernáculo, hasta desprenderse por completo del alma psíquico-animal.

El carácter individual

Las cualidades determinan la índole del «carácter individual». Por ejemplo, dos lobos colocados en el mismo ambiente no obrarían de distinta manera probablemente.

El campo de conciencia del ego superior no se refleja nunca en la luz astral. La envoltura áurica recibe tanto las impresiones del Manas superior como las del inferior; pero sólo las impresiones de este último se reflejan en la luz astral, que está en un plano demasiado bajo como para recibir la esencia de las cosas espirituales que alcanzan al ego superior o que este no rechaza. Pero durante la vida humana, dicha esencia queda impresa en la envoltura áurica para fines kármicos; y después de la muerte y de la separación de los principios, se une a la mente universal para esperar allí kármicamente el día de la reencarnación del ego. Porque toda entidad, por elevada que esté debe tener en la Tierra sus kármicos premios y castigos. Las impresiones espirituales quedan más o menos grabadas en el cerebro, pues de otro modo no sería responsable el ego inferior. Hay, sin embargo, algunas impresiones que no son de nuestras experiencias anteriores, y las recibe el cerebro. El cerebro del adepto está preparado para retener estas impresiones.

El rayo reencarnante puede considerarse en dos aspectos: el ego kármico inferior se disgrega en Kâma Loka; la parte manásica recorre su ciclo y vuelve al ego superior, que en realidad es el que sufre la pena. Ésta es la verdadera crucifixión de Christos (el más abstruso, pero el más importante misterio del ocultismo), pues de él depende todo el ciclo de nuestras vidas. Verdaderamente es el ego quien sufre; porque la conciencia abstracta de la conciencia personal superior queda impresa en el ego, como parte de su eternidad. Todas nuestras más grandes impresiones se graban en el ego superior, por ser de su misma naturaleza.

El patriotismo y las señaladas proezas realizadas en servicio del país no son completamente buenas desde el punto de vista de lo supremo. Bueno es beneficiar a una porción de la Humanidad; pero es malo si es a expensas del resto. Por lo tanto, en el patriotismo está entremezclado el bien con el mal; y aunque la íntima esencia del Yo superior es inmancillable, puede mancharse la vestidura externa. Así es que los buenos y malos pensamientos, y las malas y buenas acciones, quedan impresas en la envoltura áurica, y el ego echa sobre sí el mal karma, aun sin ser culpable de él. Ambos órdenes de impresiones se esparcen después de la muerte en la mente universal; y cuando el ego reencarna, envía su rayo a la nueva personalidad en donde sufre en su autoconciencia resultante de las propias acumuladas experiencias.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Cada ego tiene tras sí el karma de pasados manvántaras. Hay siete jerarquías de egos, algunos de los cuales, como por ejemplo los de las tribus salvajes, están comenzando, por decirlo así, su actual ciclo. El ego surge con conciencia divina; sin pasado, ni futuro ni separación; pues tarda mucho en advertir que él es él, y sólo al cabo de muchas vidas discierne por experiencia que es un individuo. Terminado el ciclo de sus reencarnaciones, continúa siendo la misma conciencia divina, pero se ha convertido en una conciencia autónoma e individualizada.

El sentimiento de la responsabilidad dimana de la presencia de la luz del ego superior. Según va individualizándose el ego en su ciclo de renacimientos, reconoce con mayor advertencia por efecto del sufrimiento la responsabilidad que, finalmente, le lleva a la conciencia propia, la de todos los egos del universo. Ser absoluto, para tener idea o sensación de todo, ha de pasar individual y no universalmente, por todas las experiencias; a fin de que al reintegrarse, vuelva con la misma omnisciencia de la mente universal, más el recuerdo de todo cuanto pasó.

Por lo tanto, hemos de procurar siempre el acrecentamiento de nuestra responsabilidad.

El ego superior es a manera de un globo de luz pura y divina, una unidad de un plano superior, en que no cabe diferenciación. Al descender a un plano de diferenciación emana un rayo, que sólo puede manifestarse por medio de la ya diferenciada personalidad. Una porción de este rayo, el Manas inferior, puede cristalizar de tal manera durante la vida que se identifique con Kâma y permanezca asimilado a la materia; mas la porción que se conserva pura, forma el Antahkarana. Todo el destino de una encarnación depende de si Antahkarana será o no capaz de subyugar el Manas Kâmico. Después de la muerte, la luz superior (Antahkarana) que lleva las impresiones y memoria de todas las aspiraciones nobles y elevadas, se identifica con el ego superior, al paso que los malos deseos se disipan en el espacio, y vuelven como mal karma que espera a la personalidad.

El sentimiento de la responsabilidad es el principio de la sabiduría; la prueba de que ya se inicia el desvanecimiento del Ahamkâra, el comienzo de la pérdida del sentimiento de la separatividad.

Los skandhas

Se llaman skandhas los gérmenes de la vida en todos los siete planos de la existencia, y constituyen la totalidad del hombre subjetivo y objetivo. Cada vibración actuada por nosotros es un skandha, y todos los skandhas están íntimamente relacionados con las impresiones en la luz astral, puesto que es ésta el medio de impresión. Los skandhas o vibraciones relacionados con el hombre subjetivo u objetivo, son los lazos que ligan al ego reencarnante, los gérmenes de que temporalmente prescindió al entrar en el Devachan, los cuales ha de recoger y extinguir la nueva personalidad. Hay skandhas exotéricos, relacionados con las vibraciones y átomos

físicos, o sea el hombre objetivo; y hay skandhas esotéricos, relacionados con el hombre interno y subjetivo.

Un cambio mental, o un vislumbre de verdad espiritual, puede convertir a la verdad a un hombre, aun en el momento de la muerte, y formar de este modo buenos skandhas para la próxima existencia. En su vida futura, los últimos pensamientos y acciones del hombre influyen enormemente. En esto se funda la eficacia de los arrepentimientos de última hora. Pero tendrá aún que sufrir por sus culpas, y no por ello se detienen los efectos kármicos de la vida pasada, pues en la futura encarnación habrá de recoger el hombre los skandhas o vibratorias impresiones que dejó en la luz astral, pues que de la nada, nada se crea, en ocultismo, y necesariamente ha de haber un eslabón entre las existencias. Los viejos skandhas engendran otros nuevos.

Al separarse los principios después de la muerte, el ego superior entra en el Devachan a causa de las experiencias del inferior. El ego superior en su propio plano es el Kumâra.

El cuaternario inferior se disgrega; el cuerpo físico se corrompe, y el Linga Sharîra se desvanece.

Al reencarnar el ego superior emite un rayo, el ego inferior y sus energías divergen hacia arriba y hacia abajo. Las propensiones ascensionales se convierten en experiencias devachánicas, y las inferiores son kâmicas. El Manas superior es, respecto de Buddhi, lo que el Manas inferior respecto del superior.

La cuestión de la responsabilidad puede esclarecerse mediante un ejemplo. El ego que encarna en la forma de un Jack el Destripador ha de sufrir las consecuencias de las fechorías de esta personalidad, porque la ley le hará a esta responsable de los asesinatos y castigará al asesino. El ego es en este caso la víctima propiciatoria; de la misma manera el ego superior es el Christos, o víctima sacrificial del Manas inferior. El ego asume la responsabilidad de los cuerpos en que encarna. Cuando salís por fiadores de algún préstamo y el prestatario huye insolvente, habéis de pagar la deuda. La misión del ego superior es emitir un rayo que sirva de alma a un recién nacido.

Así reencarna el ego en miles de cuerpos, y echa sobre sí las culpas de cada uno de ellos. A cada encarnación emite un nuevo rayo, que, sin embargo, es siempre esencialmente el mismo en todos los hombres. Las heces de la encarnación se desintegran, y lo bueno va al Devachan.

La llama es eterna. En la llama del ego superior se enciende el inferior, y de éste derivan sucesivamente los demás vehículos en orden descendente.

Sin embargo, el Manas inferior es tal como él mismo se forma, y puede actuar diferentemente en igualdad de condiciones, porque discierne lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Está él dotado de todos los atributos del alma divina, en la que el rayo es el Manas superior, el signo de la responsabilidad en la Tierra.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La porción de la esencia es también esencia, pero mientras, por decirlo así, esté fuera de sí, puede mancharse y contaminarse. El rayo se puede manifestar en la Tierra por la proyección de su Mâyâvi Rûpa; pero el ego superior no puede manifestarse de este modo, y por ello ha de emitir un rayo. Podemos comparar el ego superior al Sol, y cada Manas personal a sus rayos. Si prescindimos del aire y de la luz circundantes, podemos decir que el rayo se restituye al Sol. Así ocurre con el Manas inferior y el cuaternario inferior.

El ego superior sólo puede manifestarse por sus atributos.

En casos de muerte repentina se separa el rayo, y entonces no se desvanece el Manas inferior ni el Kâma Rûpa del individuo, ni puede permanecer en el Kâma Loka, sino que su destino es reencarnar inmediatamente como entidad con alma animal más la inteligencia del separado rayo. La manifestación de esta inteligencia en el siguiente nacimiento dependerá por completo de la calidad física del cerebro y de la educación del individuo.

Dicha alma animal podrá volverse a unir con su ego superior en el siguiente nacimiento, si el ambiente que la rodea le ofrece posibilidades de aspirar a la unión; pues de lo contrario, pasará por dos o tres encarnaciones, durante las cuales se irá debilitando más y más el rayo hasta que se separe definitivamente, dejando a la personalidad en idiotismo, con la disipación en formas inferiores por resultado final.

Hay profundísimos misterios concernientes al Manas inferior.

Algunos hombres de muy poderoso talento están en cierto aspecto, poco más o menos, en las mismas condiciones que los vulgares, a causa de la paralización de su ego superior, y de la atrofia de su naturaleza espiritual.

Acerca de la vida y la muerte (Delia Steinberg Guzmán)

Reencarnación: fin de siglo

La ley de los ciclos se manifiesta en todo lo que nos circunda. Nada más normal que el constante devenir de las estaciones con sus conocidos cambios. A nadie se le ocurriría definir el invierno como una muerte definitiva, sino apenas como un reposo antes del despertar de la primavera. La arena que se vuelve piedra, o la piedra que se desmenuza en arena, es otro ejemplo que aceptamos sin más porque no contradice la razón, tal como el agua que se hace nube y la nube que se vuelve a transformar en agua. Pero lo que resulta lógico en la Naturaleza parece perder sentido cuando se aplica a los hombres.

La vida humana es como un recorte de ciclo, un trozo de circunferencia que no se cierra sobre sí misma. Si el mar vuelve al mar a través de la lluvia de las nubes, el hombre no vuelve a la vida después de la muerte.

La vida después de la muerte

Para el mundo antiguo, la vida, la gran vida, es una y esta vida no cesa jamás; como si fuese una gran vida sin sueños (...) aspectos de puntos bajos y de puntos altos. Los unos de aparición corporal –y que nosotros llamamos vida física– y puntos bajos de desaparición corporal que nosotros llamamos muerte. Pero es en realidad una corriente que no cesa jamás y que afecta no sólo a los hombres, sino a todo lo que nos rodea, a todo el universo que palpita como un corazón cósmico.

Recuerdos y reminiscencias

Hay algo que permanece y algo que reencarna: un espíritu que está siempre y unos cuerpos que se desgastan, y que se van consumiendo como si fuesen vestidos, según las distintas necesidades del espíritu. El espíritu es continuamente, no habiendo para él tiempo, sino solamente eternidad. Y ese espíritu está a veces sobre la Tierra, con cuerpo, y otras no está en la Tierra y no necesita cuerpo; gasta uno y toma otro. Lo importante no es la vestidura, sino aquello que se viste. Algo semejante nos ocurre desde el punto de vista físico: lo importante no es la ropa que usamos, sino lo que está dentro de la ropa. Lo importante es lo interno, lo esencial.

Inmortalidad, resurrección y reencarnación

Creemos que todo es cíclico, pero que el hombre escapa de esa periodicidad. Sin embargo, el mundo antiguo decía que el hombre, como parte de la Naturaleza, es también cíclico, y que ese retorno después del descanso que en la vida diaria reconocemos con tanta naturalidad –como es el dormir y el despertar– es nada más una pequeña imagen, una síntesis brevísima, de otro gran dormir y de otro gran despertar cuando se renueva la vida.

En la existencia no solo de los hombres, sino de las piedras, plantas, estrellas, animales, etc. no rige la casualidad; todo está guiado por la causalidad. Todas las cosas se unen, se tejen, se traban firmemente a través de la ley de causa y efecto. Toda cosa que sucede es producto de algo que ha ocurrido antes, y lo actual será causa de otra cosa que acontecerá después. Así, todo está perfectamente unido y ligado, y mediante esta ley de causa y efecto el hombre siembra durante su vida toda una gama de causas que necesitan manifestarse en efectos. Mas como una sola vida es muy breve y muchas causas no alcanzan a florecer en efectos, hacen falta nuevos despertares, más ciclos de aprendizaje que evidencien esos efectos, que a su vez serán causa de otros, futuros, cerrando una enorme cadena que se llama evolución.

Aquí tenemos otra de las raíces que sustenta la reencarnación: la necesidad de experiencias. El hombre es como un niño, y como tal le es indispensable estudiar, pues hay muchas cosas que ignora. A veces hasta se enorgullece de lo que sabe, porque en el fondo de su alma quiere dejar de desconocer. Mas para aprender necesita vivir,

evolucionar, y esto requiere fundamentalmente tiempo, y el tiempo se cubre a través de ese larguísimo periodo que se llama el ciclo de las reencarnaciones, que termina –si es que acaba alguna vez– cuando se llega a aquel punto final donde el hombre recogió toda la experiencia que podía obtener, despertó dentro de sí todas sus potencialidades, y ya no precisa caminar más sobre la Tierra para sentir que sus pies se afirman.

Otra cuestión que resuelve la teoría de la reencarnación es aquello que a los creyentes les preocupa mucho: el castigo eterno. ¿Cómo castigar eternamente a quien no ha tenido una oportunidad eterna de mejorarse? El castigo es desproporcionado en relación a la causa. El error dura 10, 20, 30 ó 65 años; el error tiene una medida, pero el castigo es interminable. Según la teoría de la reencarnación, el castigo es eterno hasta que deja de serlo. No hay más castigo que volver a la Tierra, nacer de nuevo, ser niños, no saber andar, aprender a caminar, empezar a mover otra vez las manos y que se nos caigan los cubiertos de entre los dedos. Lo que puede parecer tan simpático deja de serlo, y se convierte en aquello que decían los filósofos: el castigo está en volver a la Tierra.

Fundamentos de la teoría de la transmigración (J. A. Livraga) **¿Volvemos a vivir?**

En América, entre los aztecas, existía la creencia de que el alma volvía de nuevo a este mundo. Decían que los hombres que morían, pero que estaban muy aferrados a la Tierra, quedaban presos del encanto de la misma. Pero sostenían que las almas que se habían liberado del mundo, las que ya no tenían apegos en él, las que creían que había «algo más», y más lejano, iban a lo que hoy llamaríamos la fotosfera del Sol, es decir, que iban a vivir en la luz, como colibríes bajo la forma de Huitzilopochtli.

Los antiguos egipcios creían también que los hombres podían reencarnar. Todo hombre, cuando moría, tenía una prueba que transcurría en el «Aduat», suerte de purgatorio donde se pesaba el corazón del difunto en una balanza, y se le hacía una serie de preguntas a las que debía contestar. Aquellos que eran suficientemente sutiles podían llegar al Amen-Ti, o sea, la Tierra de Amón, el lugar mágico donde cada uno encontraba lo que quería encontrar. El lugar maravilloso donde los lotos no se cierran jamás; donde las barcas no se hunden; donde los besos no se traicionan; donde los alimentos no se corrompen; donde las palabras no se pierden; donde todos los hombres tienen el don de lenguas y se entienden... Pero aquellos que, careciendo de esta fuerza espiritual, quedaban presos en las ansias de volver a la Tierra, no podían pasar el Aduat y tenían que regresar otra vez a las experiencias terrestres.

Un hombre puede nacer de una manera u otra y siempre puede extraer una experiencia. Pero esa experiencia es limitada, porque si nace en una familia de campesinos, ese hombre tendrá la experiencia del campesino, pero le faltará la del artista, del militar, del político, del poeta. De ahí que esa parte carente de experiencias vuelva a la Tierra a ocupar los cuerpos de los niños que nacen; vuelva a por nuevas experiencias, nuevos encuentros, nuevas vibraciones biológicas.

Yo creo que no volvemos a vivir. Yo creo que continuamos viviendo. Creo que decir, «volvemos a vivir», sería como pensar que morimos en algún instante. Yo no creo en la muerte. La muerte no existe; es un fantasma inventado para asustarnos. Nada muere. Todo se transforma. Todo cambia.

La reencarnación

Todos los pueblos de la Antigüedad, sin excepción, incluso los primitivos cristianos, afirmaron esta teoría de la reencarnación. Para los pueblos de la Antigüedad, una sola vida, una sola encarnación humana, ya sea como hombre, ya sea como mujer, no basta para satisfacer las necesidades del alma, no basta para satisfacer incluso la curiosidad psicológica, y esta curiosidad psicológica, estas necesidades del alma, crearían semillas o motores de nuevos retornos al mundo hasta agotar totalmente la capacidad de experiencia, la curiosidad, las posibilidades de desarrollo y, entonces, llegar a una liberación del mundo, lo que llaman en Oriente el nirvana, lo que llaman los griegos la epopteia, o sea, el poder escapar del mundo material.

Fundamentos de la teoría de la reencarnación

Platón, quien también explicó la reencarnación, habla de las aguas del Leteo, del río que hace que al beber de sus aguas nos invada el olvido. Eso hace que el hombre, cuando vuelve a renacer, no pueda recordar prácticamente nada; a veces se renace con una chispa de recuerdo, pero no algo con forma, algo inteligente y ordenado. Platón dice que los más apasionados se tiran a las aguas del Leteo y beben con las dos manos quedando luego completamente dormidos y, en cambio, que los prudentes son los que toman poco y luego pueden recordar algo.

En el mito de Er y en el *Fedón*, Platón desarrolla todo esto y lo explica perfectamente. Recordemos tan sólo cuando hace que le pregunten a Sócrates: «¿de dónde nacen los vivos?», y él contesta preguntando a su vez: «¿de dónde nacen los muertos?». «Los muertos nacen de los vivos». «¿Y de dónde nacen los vivos?». «Los vivos nacen de los muertos».

Otra de las afirmaciones que ha hecho la magia de todos los tiempos es que el hombre puede retornar a la Tierra más allá de la muerte, que el hombre no comenzaría su vida con su vida física. Es la teoría de la reencarnación que fue sustentada por todos los pueblos antiguos y por los magos de todos los tiempos. Consideraban ellos que el hombre no terminaba su misión en la Tierra en una sola vida, que existían fuerzas o deseos que le traían otra vez al mundo. En India, en sánscrito, a estos deseos se les llaman los skandhas, las causas de acción que harían que un hombre vuelva otra vez al mundo. Supongamos que yo soy un filósofo o un escritor que me hubiese gustado ser pintor, escultor, o músico, o político; pero como no lo puedo ser, esos deseos quedan en mí y no los puedo realizar. Pasa el tiempo, envejezco y, sin embargo, esos deseos siguen perdurando en mí, y –como la onda de agua que choca contra las paredes del estanque–

formarían luego otros vehículos, otros mundos, otras vibraciones, que permitirían la vuelta a la Tierra con nuevas oportunidades.

De ahí que también en los postulados de la magia está el número fijo de las almas. Un número fijo de almas haría que en los momentos de gran crecimiento demográfico, en los momentos de una enorme abundancia de seres humanos sobre la Tierra, éstos tendrían periodos celestes más breves; en cambio, en los momentos de menos población en la Tierra, al ser fijo el número de almas, éstas tendrían un periodo celeste más largo; lo que explicaría el porqué de que cuando la Tierra está prácticamente despoblada o las poblaciones son pequeñas, existe una espiritualidad mayor y, en cambio, cuando existen grandes concentraciones demográficas, cuando hay gran número de habitantes en la Tierra, existiría un mayor materialismo, devenido tal vez por esa carencia de vida en el mundo celeste.

Magia en el siglo XX

Todas estas viejas creencias, todas estas viejas religiones –como Sumer, el antiguo Egipto, las religiones prehispánicas en América–, afirmaban y hablaban sobre la reencarnación. En Asia eso es común, ya sea entre los chinos, entre los japoneses, los hindúes, de los cuales podemos hoy heredar de manera directa no solamente el conocimiento de la reencarnación, sino una serie de palabras que ya son de uso común y que nos ayudan. Por ejemplo: la palabra *karma* es hindú y significa «acción»; la palabra *Dharma* significa «ley»; la constitución septenaria que los filósofos hindúes propusieron a los hombres desde hace miles de años; igualmente en el Tíbet, y así en todas las partes del mundo. Aun los llamados hombres primitivos, que tal vez no son hombres primitivos, sino restos de viejas civilizaciones, han guardado ese conocimiento y esa enseñanza de que así como la parte física o biológica del hombre genera otras partes físicas y biológicas, hay algo espiritual en el hombre que le genera a sí mismo y que él genera a los otros.

Tenemos que tratar de no encontrarnos de frente con ningún tabú de tipo religioso. Incluso, vuelvo a insistir, dentro del cristianismo, hasta pasado el siglo III, se creyó y se afirmó la posibilidad de la reencarnación; Jesús mismo dijo haber sido la reencarnación de un profeta hebreo. No existen incompatibilidades entre las religiones que conocemos –ni el cristianismo, ni el budismo, ni el brahmanismo, ni ninguna de ellas– y esta teoría de la reencarnación. De ninguna manera ésta niega el concepto de Dios ni el concepto de lo sagrado, sino que más bien lo afirma y lo justifica.

Todas las cosas cumplen ciclos de materialización y desmaterialización a nuestro alrededor. ¿Cuál es nuestro problema? La no interpretación de los fenómenos; nosotros los percibimos, pero no los interpretamos. Si ahora pregunto, ya no a vosotros que sois personas mayores y educadas, sino a niños que apenas caminaban, qué es el día y la noche, me dirían: «cuando es de día está el Sol sobre el horizonte y después viene la noche y el Sol ya no se ve, y después aparece de nuevo el día y el Sol está sobre el horizonte», y me dirían que ahora es otoño y que después viene el invierno, después la

primavera, después el verano y después el otoño... O sea, que de alguna forma, el otoño reencarna también, vuelve otra vez; de alguna forma, aunque todos los días son diferentes, un día no es nada más que la reencarnación del otro día y del otro día y del otro día. Y los viejos libros se reencarnan en nuevos libros y las viejas ideas se reencarnan en nuevas ideas.

Nuevas comprobaciones psiquiátricas sobre reencarnación

Hablando del tema de la reencarnación, toqué el experimento que están haciendo algunos psiquiatras y psicólogos sobre enfermos que tenían una serie de aprensiones, de dificultades psicológicas que no se sabía de dónde venían, y que solamente se pudieron entender haciendo retroceder a este enfermo a través de sus traumas –en estado hipnótico– hasta una serie de vidas anteriores a la que en ese momento el enfermo tenía. ¿Es esto cierto? ¿Es esto mentira? ¿Es simplemente un psicodrama? No, se han hecho constataciones en el sentido de fechas, lugares, palabras, pero lo que es más importante, se han hecho constataciones de que todos llevamos un importante mundo dentro, que llevamos un universo, y ese universo incluso está en relación con el universo exterior.

Simbología mágica de las culturas precolombinas

En esta área también existen otras culturas cuyos elementos mágicos han permanecido y tienen un gran interés. Por ejemplo, en el área mochica –también en Perú– vemos una gran riqueza simbólica y mágica; los pobladores antiguos, según referencias incaicas, creían como todos ellos en la inmortalidad del alma; creían, por ejemplo –y esto lo podemos ver a través de cerámicas–, que cuando los hombres morían, las almas eran llevadas por Aia Paec, un dios con forma de perro –a la manera del Anubis egipcio–, hasta las islas bienaventuradas situadas en alta mar, cabalgando sobre lobos marinos. La Luna, Si, indicaba el viaje con su luz; el mar, Ni, y la tempestad, los llevaban a su destino, y era allí donde las almas podían conectarse con un mundo celeste. Ese mundo celeste, ese mundo del otro lado de las cosas, para los mochicas o los moches, era el mundo positivo, pues luego existía otro lugar donde los hombres que llegaban serían castigados durante largo tiempo; creían en la reencarnación, creían que volvían a habitar nuevos cuerpos en nuevos niños que nacían para seguir sus experiencias.

Simbolismo, arte y tecnología en el Antiguo Egipto

En su creencia en la reencarnación los egipcios pensaban que las almas impuras no reencarnaban tras largos periodos, sino que lo hacían inmediatamente; es decir, que las almas impuras venían al mundo y seguían viniendo una y otra vez; que las almas más puras venían tras plazos más largos, y que al fin, las muy puras ya no venían a este

mundo y seguían en esa gran barca, la barca mágica donde reman los manes sagrados, donde reman los cinocéfalos, las formas de Thot; Thot es el dios de la sabiduría.

Cartas a Delia
y *Fernando*, El nacimiento y la muerte

Según las milenarias tradiciones –que no son válidas por ser viejas, sino por ser ciertas– el ser del hombre es inmortal y necesita de un alto número de reencarnaciones para completar su experiencia en este gran ciclo vital.

El proceso técnico de la encarnación se da en el descenso del «punto de conciencia», agotada su parcial experiencia-descanso celeste. Así, se muere en lo sutil, y el piadoso sueño, hermano de la muerte, hace que penetre el Yo en un nuevo cuerpo con un mínimo de traumas.

Este Yo en proceso de encarnación es captado por lo que los antiguos llamaban el «cinturón de Venus», franja energética que rodea la Tierra y cuya parte más vasta es conocida ahora como «cinturón o franja de Van Halen». Allí esperan «turno kármico» las almas. Cuando la gran «computadora» de la Naturaleza los lanza sobre la Tierra, van por afinidad hacia los lugares en donde una pareja está por concebir y subconscientemente la alientan a ello. Por eso, misteriosamente, Platón decía que hay gran relación entre el amor sexual y los muertos, y los griegos llamaban Eros Pteros al amor en planos elevados y Eros Apteros al que procrea en la materia. Pero el alma humana no comienza a «entrar» en el feto hasta el 4º mes de embarazo, que es lo que le corresponde por su evolución. Así, paulatinamente, se introduce en el nuevo cuerpo. Cuando nace el niño, el alma no está totalmente encarnada en él; éste es un largo proceso. Primero se afianzan los principios más bajos. Durante los primeros 7 años, un ángel velará por él: el comúnmente conocido como «ángel de la guarda». Los principios superiores irán poco a poco influenciando y «habitando» ese nuevo cuerpo. El proceso termina a los 28 años, aunque desde la edad de 21 podemos decir que se está realmente «encarnado». Las almas superiores necesitan más tiempo y las hay que no se manifiestan plenamente hasta los 33 ó 35 años. He aquí la madurez del individuo.

La muerte, generalmente, va seguida de otro proceso de sueño hasta que el alma despierta en un nuevo plano de conciencia. No será mejor ni peor el hombre que cuando estaba en la Tierra, pues de alguna manera todos vivimos lo que imaginamos vivir y nos vemos como querernos vernos. En la vida celeste –o como le llaman los indos, devachánica– el alma se purifica de las contaminaciones del mundo y convive con otras almas afines, ni más ni menos que como lo hace en la Tierra.

El ego o Yo atesora las experiencias, aunque nuestro apego exagerado al actual cuerpo de carne nos haga olvidar imágenes y percepciones inteligibles, que pueden aflorar bajo la hipnosis profunda, como en la actualidad se ha comprobado; o bien, sin estos estímulos, con la sola espiritualización del individuo o también debido a fuertes impresiones sufridas en otras vidas, sobre todo si no están muy lejanas.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Siempre seguimos vivos, aunque en diferentes planos de conciencia y en distintas condiciones. El materialismo imperante ha hecho que la gente tema excesivamente a la muerte. Festejan demasiado cuando nace un niño... y lamentan en demasía cuando muere alguien. El saber que jamás se muere ni se vive, sino que se «es» siempre, desdramatiza este asunto.

El valor de la vida y cómo vencer el temor a la muerte

Lo natural en los seres vivos es morir y lo natural en los seres muertos es nacer. Ya lo dijo también Platón y todos los pensadores esotéricos de la Antigüedad y todos los libros sagrados en sus versiones más antiguas.

Nadie tema por su vida, pues si a la del alma se refiere no la va a perder ya que nadie se pierde a sí mismo. Y si a la del cuerpo, también es absurdo el temor, pues la que circula por él no es nuestra ni siempre la misma; y así morimos cada día, desde que nacemos, y nacemos cada día hasta que morimos.

Y para morir mejor: ver la muerte como un viaje. Y así como para un viaje preparamos maletas y nos trazamos un proyecto e itinerario probable, no de otra manera lo haremos con este viaje a otra dimensión, pues su maravillosa aventura requiere que preparemos maletas de imaginación, serenidad, agradecimiento por todos los bienes recibidos en este mundo, sabiendo perdonar los males, aunque no se olviden.


El filósofo no debe esperar inacabables paraísos ni inextinguibles infiernos; debe esperar, simplemente, la continuación de la vida bajo una variación más energética que formal, más espiritual que material. Exagerados premios y castigos no deben perturbar al filósofo, pues no existen, ni en la Tierra ni en ningún sitio.

Sobre el valor de los recuerdos y de las esperanzas

Muchas personas tienen recuerdos más o menos parciales de sus vidas anteriores. Dichos recuerdos suelen ser registrados por la conciencia a la manera de un film corto, o en el peor de los casos, como una simple diapositiva proyectada ante sí, o como un sonido particular o un perfume. En tales casos se suelen experimentar dos sensaciones o tendencias: la una que trata de saberlo todo; y la otra que, temerosa de lo que podría llegar a saber y experimentar, rehúsa la memorización más detallada. En ambos casos se trata de una enfermedad del alma, que marcada a fuego por alguna encarnación muy notable o muy dolorosa, llega a identificarse con ella, por remota que sea. Quien se liberó de esa atadura tan firme, no sufre las angustias del pasado, y si las sufre es, muchas veces, cuando es cogido por sorpresa por alguna remembranza inesperada.

Teoría del alma prisionera

Si el morir fuese algo tan injusto y terrible, no cabría en los planes permanentes de Dios, o de los dioses o de la Naturaleza...



LA REENCARNACIÓN COMO LEY DE LA NATURALEZA

Un artista cuyas manos son flacas y nudosas representa con gusto a hombres con manos flacas y nudosas, y esto se repite para cada parte del cuerpo, ya que a todo hombre le gustan los cuerpos y rostros parecidos al suyo. He aquí por qué el artista, si no es bello, elige, para pintarlos, rostros que no son bellos, y recíprocamente. Cuida de que los hombres y mujeres que pinte no parezcan hermanos, hermanos gemelos por la belleza o la fealdad: defecto propio de muchos artistas italianos. Porque no hay para un pintor error más peligroso ni más falaz que la repetición de un mismo tipo. Se tiende a eso, yo creo, porque el espíritu es el creador de su cuerpo físico. En otro tiempo, le creó y modeló a su imagen y semejanza. Y cuando tiene, a través de pinceles y colores, que crear un cuerpo nuevo, repite con gusto aquel en el cual ya una vez encarnó.

Leonardo da Vinci

Introducción

En las últimas décadas la doctrina de la reencarnación se ha ido «popularizando» en el mundo occidental; en manos del pseudoesoterismo se ha transformado en una moda y, como tal, en una creencia que cada vez es aceptada por mayor número de personas.

Pero al transformarse en creencia se la trata de forma frívola y queda sujeta a la opinión personal: el que quiere cree y el que no, no lo hace. Sin embargo, la reencarnación «... no es una creencia, sino un patrimonio, un ancestral recuerdo de la Humanidad, una evidencia instintiva. En todos los pueblos de la Antigüedad, desde la más remota hasta la histórica, era algo que los padres enseñaban a sus hijos y luego, en detalle, los sabios a todo el pueblo. Este pueblo lo sentía así, interiormente y en muchos individuos florecían recuerdos de pasadas encarnaciones» (Jorge A. Livraga).

Como en todo, una cosa es la reencarnación y otra, a veces muy diferente, son las opiniones que se han creado en torno a ella, de tal forma que no es posible encontrar una doctrina única sobre el tema. Agrava esto el que en muchos pueblos se utiliza un lenguaje simbólico que no siempre es muy claro.

«Los tlingits de Alaska, por ejemplo, le atribuyen gran importancia porque la consideran como una continuación gloriosa de la identidad personal. Antes del nacimiento de un niño, un alma se presenta en el sueño de la madre o de algún familiar cercano y les anuncia su propósito de reencarnar en la criatura. Al nacer, el niño debe ser correctamente identificado según sus vidas anteriores y se le da el nombre tribal de la persona que fue antes. De esta manera, el niño puede recibir el mérito de todas las buenas acciones por su encarnación anterior. Al niño que no se le identifica correctamente se le está negando su derecho a la gloria acumulada».

En religiones populares orientales existe hoy la creencia de que el ser humano que comete malas acciones puede reencarnar en animales, ante lo que H. P. Blavatsky

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

argumenta: «El ego humano no puede encarnar sino en formas humanas, pues sólo éstas ofrecen las condiciones mediante las cuales son posibles sus funciones; no puede vivir jamás en cuerpos animales ni puede retroceder hacia el bruto porque esto sería ir contra la ley de la evolución. Este falso punto de vista es un disfraz de la enseñanza esotérica, y sólo puede admitirse en sentido alegórico, de igual modo que llamamos «tigre» al hombre de crueles instintos, «zorro» al que está dotado de mucha sagacidad y astucia, etc. Ciertamente es que puede un hombre degradarse y llegar a ser hasta peor, moralmente, que cualquier bruto, pero no puede hacer dar vuelta a la rueda del tiempo ni hacerla girar en dirección contraria» (*Glosario teosófico*).

El cristianismo actual considera la reencarnación como inaceptable. Sin embargo, en el cristianismo primitivo y antiguo no es muy evidente la negación de la reencarnación: «Para el alma es una necesidad natural purificarse paulatinamente a través de múltiples vidas», dice Gregorio de Nisa.

Tampoco el islam acepta la reencarnación. Sin embargo, en una sura del Corán pareciera que hablara sobre ella:

Capítulo 25 –Sura Zajraf–, versículos de la Meca 5-10-16: «Y Él envió la lluvia del cielo en cantidades adecuadas, y hace volver a la vida a la tierra muerta de manera semejante a como tú renacerás».

Desde otras perspectivas se justifica la reencarnación como una explicación consistente de las evidentes injusticias sociales: «O las almas en su nacimiento son iguales, o no lo son; ello no ofrece dudas. Si son iguales, ¿por qué esas aptitudes tan diversas? (...) Si son desiguales, es porque Dios las ha creado así, pero entonces, ¿por qué esa superioridad innata acordada a algunos? ¿Es esta parcialidad adecuada a su justicia y al idéntico amor que profesa hacia todas sus criaturas? Admitamos, por el contrario, una sucesión de existencias anteriores progresivas, y todo queda explicado. Los hombres traen al nacer la intuición de lo que han adquirido; están más o menos avanzados según el número de existencias que han recorrido, según estén más o menos alejados del punto de partida, del mismo modo que como en una reunión de individuos de todas las edades cada uno tendrá un desarrollo proporcionado al número de años que haya vivido; las existencias sucesivas serían, para la vida del alma, lo que los años son para la vida del cuerpo... Dios, en su justicia, no ha podido crear almas más o menos perfectas; pero, con la pluralidad de las existencias, la desigualdad que observamos ya no es contraria a la equidad más rigurosa» (Allan Kardec).

Más allá de las diversas perspectivas a favor o en contra de la reencarnación, la pregunta que nos planteamos en los breves límites de este trabajo es si podemos ver en la reencarnación una ley de la Naturaleza, y para ello comenzamos preguntándonos: ¿qué es una ley de la Naturaleza?

¿Qué es una ley de la Naturaleza?

Aunque la pregunta parece a primera vista muy sencilla, la respuesta no es tan fácil.

Es necesario, primero, distinguir entre una ley de la Naturaleza y el enunciado de esa ley. La ley propiamente dicha existe independientemente de que sea conocida o no por el ser humano, como dice Wartofsky: «Supondremos, por tanto, que la ley de Galileo referente a la aceleración de los cuerpos en caída libre no comenzó a existir como ley de la Naturaleza cuando Galileo la formuló, sino que es verdadera en cualquier instante, incluso antes de que hubiera seres conscientes en este planeta, pues si las leyes de la Naturaleza son susceptibles de ser descubiertas, las relaciones de invariabilidad expresadas por ellas se cumplirán tanto si se conocen como si no».

Es decir, la ley como tal es una realidad objetiva, no una construcción conceptual. Así lo explica el filósofo de la ciencia Mario Bunge: «Ley designa un esquema objetivo de una clase de hechos (cosas, acontecimientos, procesos), o sea, cierta relación constante o red de relaciones constantes que se cumplen realmente en la Naturaleza, las conozcamos o no». Por lo tanto, las leyes propiamente tales se descubren.

En cambio, el enunciado de la ley, al intervenir el lenguaje y tratar de expresarla, ya no es una realidad objetiva sino un enunciado nomológico o legal de la cual dice Bunge: «Fórmula legaliforme designa una proposición o función proposicional que se supone normalmente que describe una ley o una parte de una ley (estructura nómica). Una fórmula legaliforme es un objeto conceptual, a saber, una hipótesis científica que satisface ciertos requisitos de generalidad, corroboración y sistematicidad».

Los enunciados de las leyes son construcciones o reconstrucciones conceptuales, creaciones de la mente humana: «Esas reconstrucciones conceptuales no son meras imágenes o reflejos de leyes objetivas, sino genuinas creaciones de la mente humana, creaciones, desde luego, conseguidas con la ayuda de material conceptual preexistente y que aspira a reproducir fielmente esquemas objetivos» (Mario Bunge). Por lo tanto, los enunciados se inventan y, como ya dijimos, las leyes se descubren.

Esta distinción es fundamental y, por eso, queremos reforzarla con un último párrafo de Wartofsky: «Podemos, pues, decir que las «leyes de la ciencia» son hipótesis o postulados que son objeto de creencia racional basándose en pruebas, y que si, de hecho, las leyes de la ciencia son ciertas, entonces son expresión de leyes de la Naturaleza».

La reencarnación

De acuerdo con lo ya planteado, si queremos acercarnos a una respuesta sobre el tema de este trabajo, debemos poder descubrir la reencarnación en la Naturaleza, como una ley propiamente dicha y no sólo como una construcción conceptual.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Un acercamiento muy claro a la Naturaleza es el siguiente párrafo de Jorge A. Livraga: «Observando los ciclos naturales, el ver el eterno retorno de las cosas, desde las aguas de las nubes al mar y del mar a las nubes, hasta la sucesión de días y de noches y de las estaciones del año, percibimos claramente una unidad de destino de la Naturaleza y una marcha constante y segura según un plan preestablecido. Dentro de este plan está el hombre. Él también nace y muere... y vuelve a nacer... y vuelve a morir. Así de simple y así de cierto».

En el intento de descubrir las leyes de la Naturaleza vemos la evidencia de los ciclos naturales que, en forma recurrente, van marcando el ritmo de los cambios que se manifiestan en diferentes escalas pero con el mismo orden general, de acuerdo con la ley de analogía.

«Desde los dioses a los hombres, desde los mundos a los átomos, desde una estrella a una luciérnaga, desde el Sol al calor vital del ser orgánico más ínfimo, el mundo de la forma y la existencia es una inmensa cadena, cuyos eslabones están todos unidos. La ley de analogía es la primera clave para el problema del mundo, y estos eslabones tienen que estudiarse coordinadamente en sus relaciones ocultas unos con otros» (H.P. Blavatsky, *Doctrina secreta*).

Los días se suceden unos a otros, la mañana se transforma en tarde, la tarde en noche y la noche en madrugada y ésta nuevamente en mañana.

Se suceden las estaciones, la Naturaleza brota en primavera; la primavera se transforma en verano, el momento de más calor; la Naturaleza comienza a interiorizarse y surge el otoño; las noches se hacen más largas, aumenta el frío y llega el invierno. La energía contraída y conservada en el invierno explota en una nueva primavera.

En el mismo ritmo se suceden las estaciones de la vida humana, y si este ciclo es análogo a los otros, ¿no es lógico suponer que también, después de la muerte vendrá otro nacimiento?

«La Tierra y la Humanidad, como el Sol, la Luna y los planetas, tienen todos su crecimiento, cambios, desarrollos y evolución gradual, en sus períodos de vida; nacen, se convierten en niños, luego en niños mayores, adolescentes, alcanzan la madurez, llegan a la vejez, y finalmente mueren. ¿Por qué no habría de estar también la Humanidad bajo esta ley universal?» (H.P. Blavatsky, *Doctrina secreta*).

Así como se suceden los ciclos del día, del mes, del año, en la vida humana la infancia se transforma en juventud, la juventud en adultez y ésta en ancianidad. Cada una de estas estaciones de la vida es muy diferente una de otra; cada una tiene sus características. Las diferencias no son sólo de apariencia física; hay también diferencias en la vitalidad, en las emociones y sentimientos, y en la forma de pensar y valorar el mundo y las cosas. Podemos, por eso, decir que el niño muere y renace en joven, el joven muere y renace en adulto, y el adulto muere para renacer en anciano. Sin embargo, más allá de esos cambios hay un Yo, una conciencia que enlaza unas edades con otras. Los cambios se producen en la personalidad, pero la individualidad, la identidad, es siempre la misma, es ella la que da continuidad a las diferentes edades.

«...la ley de renacimiento o de la reencarnación de la misma individualidad espiritual, en una larga, casi interminable serie de personalidades. Estas últimas son como los diversos personajes que un mismo actor representa, con cada uno de los cuales se identifica y es identificado por el público por espacio de algunas horas. El hombre interno o verdadero, que personifica tales caracteres, sabe durante todo aquel tiempo que él es Hamlet, sólo por el breve plazo de unos cuantos actos, los cuales, sin embargo, en el plano de la ilusión humana, representan toda la vida de Hamlet. Sabe también que la noche antes fue el rey Lear, que –a su vez– es la transformación del Otelo de otra noche anterior a aquélla. Y aun cuando se supone que el personaje exterior, visible, ignora esta circunstancia –y en la vida real esta ignorancia es desgraciadamente demasiado verdadera–, sin embargo, la individualidad permanente lo sabe muy bien, siendo la atrofia del ojo «espiritual» en el cuerpo físico lo que impide que este conocimiento no se imprima en la conciencia de la falsa personalidad» (H. P. Blavatsky, *Doctrina secreta*).

La pregunta que naturalmente surge en este punto es sobre el sentido de todo este constante girar en la espiral del tiempo. Las estaciones se suceden unas a otras, pero, ¿adónde conduce este constante cambio?

Lo lógico sería que exista un plan evolutivo que otorgue sentido y finalidad a esta espiral.

El plan evolutivo

El axioma cabalístico: «La piedra se convierte en planta, la planta en animal, el animal en hombre, el hombre en espíritu y el espíritu en dios» (*Glosario teosófico*).

Uno de los componentes fundamentales de la ciencia moderna es la noción de evolución.

Al hablar de «evolución» los biólogos quieren decir que, con el paso del tiempo, el cambio en las frecuencias génicas de las poblaciones produce nuevas especies a lo largo de generaciones. Charles Darwin denominó a este fenómeno descendencia con modificación, un proceso lento que suele obrar a lo largo de cientos, miles y hasta millones de años (Richard Milner, *Diccionario de la evolución*).

Uno de los temas clave en la evolución es el «origen de la vida», y esto se estudia buscando los elementos más pequeños y simples: «La Tierra se formó hace unos 4.000 ó 5.000 millones de años. Existen fósiles de criaturas microscópicas del tipo de las bacterias que prueban que surgió la vida hace unos 3.000 millones de años. En algún momento entre estas dos fechas –la evidencia molecular supone que hace cerca de 4.000 millones de años– debió de tener lugar el increíble suceso del origen de la vida. Nadie sabe qué ocurrió, aunque los teóricos coinciden en que la clave fue la aparición espontánea de seres que se autorreplicaban, es decir, algo equivalente a los genes en sentido general. Existe menos acuerdo sobre cómo llegó a producirse».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

«Hoy, la molécula más conocida que se autorreplica es el ácido desoxirribonucleico (ADN). La creencia de que el propio ADN no podría haber estado presente en el origen de la vida está muy extendida, ya que su replicación depende demasiado de estructuras muy especializadas que no pudieron existir antes del inicio de la propia evolución».

«Una vez que las moléculas autorreplicativas se habían formado por casualidad, pudo haberse iniciado algo parecido a la selección natural darwiniana: las variaciones presentes en las poblaciones podrían tener su origen en errores aleatorios en el copiado. Las variantes con una replicación especialmente buena habrían predominado automáticamente en el caldo primitivo, mientras que aquellas que no se replicaron, o que lo hicieron de forma errónea, estarían en una proporción relativamente menos numerosa. Una forma de selección natural molecular condujo a una eficacia mayor entre las moléculas que se replicaban».

«El resto de la evolución puede ser considerado como una continuación de la selección natural de las moléculas replicativas, ahora denominadas genes, debida a su capacidad para construir por sí mismas estructuras eficaces (cuerpos celulares y multicelulares) para su propia supervivencia y reproducción. Tres mil millones de años es un periodo de tiempo largo, y parece que ha sido lo suficientemente prolongado como para haber dado origen a estructuras tan increíblemente complejas como el cuerpo de los vertebrados y de los insectos» (Enciclopedia Encarta).

En estos párrafos nos encontramos con algunos aspectos, cuando menos curiosos. Por una parte, el origen de la vida se encuentra en la «casualidad» de la formación de las moléculas autorreplicativas; por otro lado, no queda claro cómo se va adquiriendo la experiencia que permite a esas moléculas ir agrupándose en formas más complejas; se plantea como una continuación, pero en síntesis no queda claro ni el origen ni cómo continúa.

«Generalmente, se contemplan las altas estructuras biológicas como desarrollos a partir de un individuo celular, pero se olvida que en el proceso evolutivo, en el plano experiencial, esos complejos organismos resumen millones de motivos celulares otrora independientes, pero aunados o armonizados en una común sinfonía vital. Y esta sinfonía vital es una experiencia de conjunto que no nace del desarrollo de un solo instrumento biológico, sino de la coordinación de múltiples elementos asociados para el beneficio común y el cumplimiento de su destino natural» (Jorge Á. Livraga).

Para que los millones de células que conforman un organismo puedan funcionar en forma armónica es necesario que haya un «director de orquesta» que organice la sinfonía vital. En caso contrario, cada célula, e incluso cada molécula, átomo y partícula quedarían librados a su propio arbitrio.

Como dice el viejo aforismo hermético, «todo vibra, nada permanece estático». En el universo todo se mueve, todo cambia y se muta. Estos movimientos diversos siguen cierto orden que, cuando lo descubrimos –como vimos antes–, lo podemos llamar «leyes de la Naturaleza». Estas leyes en conjunto o, mejor dicho, aquello que

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

contiene y justifica estas leyes, lo podemos ver como un plan evolutivo, que a su vez se expresa a través de leyes.

Los clásicos concebían al ser humano como un microcosmos, reflejo y parte de un macrocosmos, es decir, partícipe de las mismas leyes en otra escala. El ser humano también está inmerso y forma parte del mismo plan evolutivo.

En estas constantes que podemos observar en la Naturaleza y que son las expresiones de las leyes se nos muestran otras recurrencias muy pertinentes al tema que estamos tratando.

Como vimos en el caso de los ciclos del tiempo, una cosa es el modelo del ciclo, que es siempre el mismo, y otra diferente son las manifestaciones de ese modelo que no sólo varían en escala, sino que la unidad del modelo se expresa en la multiplicidad de sus recurrentes formas.

A este mundo de los modelos le podemos llamar mundo de las causas o, en el lenguaje platónico, mundo de las ideas, y sus expresiones en las constantes recurrencias constituyen el mundo de la acción o mundo de la generación.

El mundo de la acción es evidente, son los fenómenos que se suceden rítmicamente, pero el ritmo obedece a los modelos del mundo de las causas. Si observamos la secuencia de fenómenos podemos ver la evolución en los cambios que paulatinamente se van produciendo y que generan una «descendencia con modificación» como lo llamó Charles Darwin. Si dirigimos nuestra observación a los ritmos podemos descubrir ciertas «matrices» que son las que se expresan en los fenómenos como, por ejemplo, la teoría de los Wu Hsing o Cinco Energías Primordiales del pensamiento chino, que se expresan en los cinco elementos y en todos los fenómenos de la Naturaleza, pero no son los elementos ni los fenómenos.

Platón, en el *Timeo*, menciona esta relación entre las ideas y los fenómenos: «Y así fue como, en virtud de la acción de las Ideas y de los Números, todos esos géneros así constituidos recibieron del Ordenador sus figuras». Como la frase atribuida a Pitágoras: «Todo está ordenado según el número». Nicómaco de Gerasa lo explica diciendo: «El caos primitivo, carente de orden y de forma y de todo cuanto es diferenciador de acuerdo con las categorías de la calidad, cantidad, etc. fue organizado y ordenado según el número».

NOUS

**números puros
o divinos**

PSIQUE

**números científicos
o epistemológicos**

SOMA

**números concretos
o logísticos**

Es evidente que el número que se menciona en la doctrina pitagórica no es la cifra, aquella que sirve para contar objetos, la que mide magnitudes cuantitativas. Los pitagóricos planteaban tres tipos de números.

El número es el que determina el ritmo en el tiempo y la proporción en el espacio. En este esquema de los tres tipos de números vemos que el número científico es el puente entre el número puro y el

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

número concreto o entre las ideas y los fenómenos. Son entonces los números científicos los que transforman las causas en leyes de la Naturaleza o «matrices», que son las que se expresan en forma recurrente en los fenómenos naturales. Si vemos sólo los fenómenos encontramos esta secuencia de una «descendencia con modificación». Pero si buscamos las «matrices» recurrentes en la secuencia podemos descubrir los números científicos que son la expresión de los Números, aquellos a los que se refiere Pitágoras cuando dice: «todo está ordenado según el número».

En forma matemática y simbólica podemos ver esto a través de un ejemplo sencillo que permite un acercamiento básico a través de la analogía:

La familia de los números cúbicos está formada por aquellos que al concretarse van formando el sólido cubo: 1-8-27-64-125...

Todos estos números, a partir del vértice de origen, el 1, en forma figurativa van formando cubos de lados 2, 3, 4, 5 ...

La expresión concreta constante es el volumen de seis lados cuadrados unidos por ocho ángulos sólidos rectos. Pero hay ciertos números que unen uno y otro miembro de la familia, en este caso, de los cubos. Estos «números de enlace» obedecen a un patrón fundamental, que es la ley que los rige; ése es el *gnomon*.

La familia de los cubos 1 - 8 - 27 - 64 - 125 ...

La diferencia es 7 19 37 61

Y, a su vez, 12 18 24

Y el gnomon 6 6

En matemáticas existen operaciones que, partiendo de la línea, llevan al plano y de allí al volumen, que son la suma, el producto y la potenciación. En este caso vemos que, si encontramos el gnomon –que no se inventa, se descubre–, podemos transformar todo el proceso en una simple suma.

La operación es la siguiente: 6 + 24 es 30, 30 + 61 es 91 y 91 + 125 es 216, que es el cubo de 6. Esto significa reducir el proceso complejo de la potenciación al proceso sencillo de la suma, pero al mismo tiempo podemos ver que, si cambiamos el gnomon – aunque sea en pequeña medida–, el resultado concreto será completamente diferente.

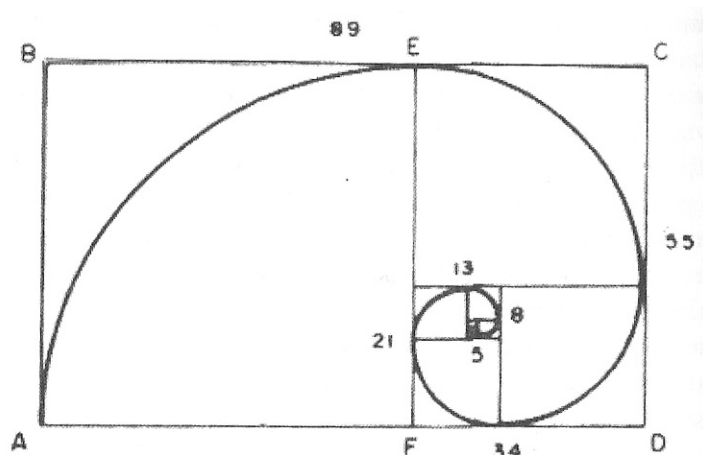
Reducir la potencia a la suma es posible porque encontramos el gnomon. De forma análoga, podemos encontrar las leyes de la Naturaleza que se expresan en los fenómenos recurrentes.

Pero ese desarrollo no es lineal; la Naturaleza se desarrolla a través de patrones geométricos, es decir «gnomónicos».

En esta espiral, construida sobre la base de la serie de Fibonacci, la relación entre el rectángulo y el cuadrado es la misma, pero al desenvolverse en lo concreto se transforma en un crecimiento geométrico.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Los fenómenos los podemos observar a través de los sentidos y sus prolongaciones, los instrumentos; los podemos medir en magnitudes.



Los números científicos son «objetos» inteligibles y, como tales, factibles de ser conocidos; por eso, allí es donde se hace ciencia o *episteme*.

Los números puros no son propiamente «objetos de conocimiento», ya que la relación «sujeto que conoce-objeto de conocimiento» en los números puros carece de sentido porque el sujeto también está incorporado al orden de los números.

Conclusión

La reencarnación no es algo exclusivamente humano. Encarnar, como dice el párrafo de Leonardo da Vinci con que comenzamos este trabajo, es un proceso donde el espíritu es el creador de su expresión física; él le creó y modeló a su imagen y semejanza.

Por lo tanto, encarnar es el paso del mundo de las causas al mundo concreto, es orden que el número hace en el caos primordial para formar el cosmos.

La reencarnación es una expresión del ritmo de la vida, que –como todos los ciclos en la Naturaleza– se expresan de forma recurrente sobre la base de la ley que les da forma.

La recurrencia obedece a un plan evolutivo que le otorga sentido y finalidad. Por lo tanto, comprender la reencarnación como una ley de la Naturaleza es encontrar el sentido del constante ritmo de la vida. Es encontrar el sentido de cada día, de cada mes, de cada año y de cada vida, es aprender a caminar por la vida y no dejarse arrastrar por ella.

La reencarnación es una vieja doctrina relacionada con una concepción del universo como Macrobio (vease el *Timeo* de Platón). Este macro-bios (gran ser vivo) es concebido como la manifestación cíclica o periódica de la vida-una (el alma del mundo según el *Timeo*).

En este trabajo nos referiremos brevemente a tradiciones que tratan de la reencarnación como fenómeno colectivo, siendo ésta sólo una entre muchas otras posibles claves de interpretación de la reencarnación como ley de la Naturaleza.

La reencarnación como fenómeno individual

Comúnmente nos referimos a la reencarnación en los siguientes términos:

1. Se trata de una doctrina popular en religiones orientales tales como el hinduismo o el budismo, que postula la existencia de un alma inmortal para cada ser humano (Atma o Jiva), la cual toma distintas formas, ya sean exclusivamente humanas (en las doctrinas esotéricas) o también animales y vegetales (religiones exotéricas). Existe entonces un «algo» que reencarna por «necesidad».

2. La reencarnación no se ve como un bien en sí, sino como la oportunidad para el alma de ir adquiriendo nuevas experiencias por una parte, y por otra, como la necesidad que tiene de repetir las mal asimiladas en vidas anteriores. En otras palabras, la doctrina de la reencarnación se concibe como íntimamente ligada a la noción de Karma, la ley universal de causa y efecto o compensación.

3. La reencarnación también se halla íntimamente ligada a la idea de que la Naturaleza se expresa en ciclos que se repiten, sin ser jamás los mismos. El alma reencarnante pasa así una y otra vez por las experiencias de la niñez, juventud, adultez, ancianidad y muerte, pero cada vida aporta nuevas experiencias.

4. Desde un punto de vista filosófico la reencarnación implica un cruce entre –al menos– dos dimensiones, la del alma inmortal que reencarna y la del cuerpo o cuerpos en los que el alma encarna. Esta clave de interpretación es fundamental, pues el «cruce» de dimensiones permite la «conciencia». Este cruce simboliza al hombre mismo, «crucificado» entre el espíritu y la materia. No es de extrañar entonces que uno de símbolos del hombre sea una cruz, como llave de la vida de los egipcios (ankh), como cubo desplegado, o las múltiples formas de cruz que encontramos en América precolombina.

5. La reencarnación no es sólo cruce sino también transformación y transmutación o, mejor dicho, la necesidad de transmutación impulsa al espíritu a la

reencarnación. Por ello, en Egipto, uno de los símbolos asociados al hombre era el escarabajo Khefer (transformación) que desplegaba sus alas para emprender el vuelo hacia el azul infinito, y que llevaba inscrita la llave de la vida en la espalda.

Los principios anteriormente enunciados se relacionan con la reencarnación desde un punto de vista individual, pero dado que las mismas leyes rigen tanto «arriba» como «abajo» según el aforismo hermético, es posible que podamos estudiar los misterios que encierra la reencarnación como ley de la Naturaleza desde varios puntos de vista, utilizando distintas claves de interpretación.

Queremos explorar otras dimensiones de la reencarnación: aquella que se refiere a los procesos históricos, es decir, a la experiencia colectiva de la Humanidad, y aquella otra –relacionada con la anterior– que se relaciona con la encarnación simultánea de almas que parecen navegar juntas por la corriente de la vida.

La concepción del ente colectivo en Grecia, Roma y Oriente

Al hablar de Historia nos referimos, en este caso, a la experiencia colectiva de la Humanidad, siendo la Humanidad en su conjunto una suerte de gran ser en desarrollo u oleada de vida que evoluciona, compuesto a su vez de grupos (razas, subrazas, tribus) que comparten en un grado mayor o menor (depende de la perspectiva temporal con que se analice) un destino común. Nace así una identidad colectiva, un «noso-tros» que se proyecta con mayor o menor fuerza a lo largo del tiempo.

Si nos remontamos a los orígenes conocidos de la civilización occidental, es decir, a Grecia y Roma, en el estudio clásico de Foustel de Coulanges *La ciudad antigua* descubrimos a la familia como base, tanto de la sociedad como del Estado. A su vez, la familia se remonta a un dios o diosa fundadora de la misma. Así, por ejemplo, Julio César se consideraba con orgullo descendiente directo de la diosa Venus, la antecesora mítica de la «gens Iuliae». La familia tenía entonces un origen divino común y una encarnación presente del principio que la mantenía unida, el «pater familias», el patriarca.

La manifestación concreta de la familia o hábitat se encontraba en el «hogar» que, más que el espacio físico que ocupaba la familia, era el «fuego» que la animaba. Por ello el hogar era el lugar donde se encendía y mantenía el fuego, tanto aquel que se encendía con fines rituales, como el que se usaba para preparar los alimentos materiales.

Además del fuego, lo que daba vida al hogar eran los lares, espíritus que protegían a la familia y a los que se dedicaba un altar llamado larario. A su ayuda espiritual se sumaba la de los ancestros, pues la familia era «una».

Los principios del hogar como estructura material que refleja lo espiritual también se encontraban claramente reflejados en la arquitectura romana, por ejemplo, en la tradicional «villa». La estructura de base era cuadrada o rectangular, simbolizando el orden de la materia cuando predomina lo espiritual. La estructura cuadrada, a su vez,

rodeaba un espacio abierto en el cual se encontraba un espejo de agua que reflejaba el orden celeste.

Encontramos así en Roma la concepción de un grupo humano, la «familia», ligada por lazos no sólo sanguíneos sino fundamentalmente espirituales (ello explica, por ejemplo, la importancia de los «clientes» –aquellos que recibían la protección del patriarca– y de la adopción, que tan importante fue para el proceso de sucesión imperial). Esta familia tiene un ancestro divino, un padre regente (*pater familias*), y habita el «hogar» en el cual se rinde culto al fuego en sus distintas formas, a los dioses del Olimpo, a los lares y a los ancestros.

En el lejano Oriente, especialmente en China y Japón –que nos son más familiares que otras culturas orientales–, existían nociones similares. Así, en China la familia era, tanto en el cielo como en la Tierra (los 8 trigramas o arquetipos primeros del Pa Kua formaban una primera familia con el Padre o Cielo, la Madre o Tierra, 3 hijos varones y tres hijas mujeres), la expresión de la gran unidad en su manifestación.

En el Japón feudal la familia crece y se transforma en clan. Cada uno de sus miembros debía una lealtad absoluta a su «padre» el señor feudal, y lo principal no era la supervivencia individual, sino la del clan.

De lo anterior se infiere la noción de que existió la creencia ampliamente difundida en un grupo humano –la familia y el clan– que tiene un destino común y se halla unido por profundos lazos espirituales. Esta concepción parece haber existido en todas las naciones conocidas de la Antigüedad. En algunas (por ejemplo, Japón) es importante relacionar esta concepción con la de la reencarnación (especialmente en las zonas influenciadas por el pensamiento budista).

La reencarnación como fenómeno colectivo

Las recientes investigaciones sobre la reencarnación a través de técnicas de regresión hipnótica del conocido médico norteamericano Brian Weiss sugieren que de vida en vida viajamos juntos con un grupo de almas con las cuales a menudo compartimos ya sea una relación sanguínea directa (como padres, hermanos, hijos, etc). o de profunda amistad o enemistad. Los actores fundamentales parecen ser básicamente los mismos de vida en vida aunque varíe ligeramente la escenografía, el guión y el papel que nos toca desempeñar en el «gran teatro del mundo».

Sin embargo, es evidente que este proceso de reencuentros es inconsciente, más allá de evidentes afinidades inmediatas que hacen que cuando conocemos a ciertas personas nos parece como si «nos conociésemos de toda la vida».

Sin embargo, en los misterios de la Antigüedad se hablaba de la posibilidad de «recordar» y «recordarse». Los pitagóricos hablaban de un «sello del corazón», una suerte de jeroglífico inscrito en el corazón de esmeralda, que recordaba el «nombre

oculto» del alma peregrina comprometida de vida en vida con un gran proyecto espiritual y con otras almas peregrinas.

Se trataba entonces de la transmutación de lazos de hierro que nos atan kármicamente de vida en vida –provocando reencuentros deseados y no deseados– por otros lazos de oro que impelen al alma a reencarnar junto a su bandada de «golondrinas» (símbolo del alma reencarnante en Egipto) para impulsar la evolución humana.

Donde más claramente encontramos expresada la doctrina de la reencarnación por amor o profundo compromiso espiritual es en el Oriente védico. En el budismo e hinduismo se habla de la doctrina de los avatares (recuérdese el Bhagavad Gita), que representan la reencarnación periódica de la Divinidad-Vida (Vishnu o segundo Logos) entre los hombres, para combatir la iniquidad y recordar a los hombres el sendero espiritual.

En el budismo Mahayana se enfatiza también el ideal del Bodhisattva o Nirmanakaya, que es el de la renuncia de los grandes seres que por sus méritos merecen residir en planos espirituales, pero que, sin embargo, vuelven a encarnar en la Tierra para guiar a los seres humanos. Lo que se olvida es que estos grandes seres vienen acompañados de una cohorte de discípulos más o menos avanzados, quienes los acompañan en su tarea.

En Occidente reencontramos una tradición similar en el mito de Arturo, quien se dice que duerme rodeado de sus caballeros, y junto a quienes vol-verá cuando los cuervos augurales indiquen que ha llegado el momento.

Reencarnación e Historia

Las enseñanzas clásicas –tanto de Oriente como de Occidente (por ejemplo del Manava Dharma Sastra¹, Hesíodo², y Platón)– hablan de una sucesión cíclica de periodos históricos de oro, plata, bronce-cobre y hierro. De estos períodos, el más largo sería el de oro representando los demás una gradual materialización y aceleración del proceso, pues las eras más materiales son más cortas.

En *La República* Platón también utiliza el viejo mito de los metales para referirse a las diferencias que existen entre los hombres. Si bien todos son hijos de la Tierra, llevan en su corazón uno u otro metal. Platón explica que las formas políticas y su decadencia se relacionan con el gobierno de uno u otro tipo de hombre. En realidad,

¹ Esta obra, conocida como *Las leyes de Manú* divide un día de Brama –que corresponde a un ciclo de 4.320.000 años– en Satya Yuga o Edad de Oro, de una duración de 1.728.000 años, Krtia Yuga, período de plata de 1.296.000 años de duración, Dvapara Yuga de 864.000 años de duración y Kali Yuga, Edad de Hierro que dura 432.000 años. El Kali Yuga actual habría comenzado a la muerte de Krishna hace unos 5000 años.

² Véase *Los trabajos y los días*.

la lucha de clases sólo cesaría cuando un pueblo mereciese ser guiado por «hombres de oro».

La reflexión sobre los principios enunciados por Platón aplicados al momento histórico actual nos llevaría a reconocer que hoy son los comerciantes (hombres de bronce) los que tienen el poder. Por ello prevalecen los intereses económicos a ultranza, en desmedro de valores humanos más profundos y permanentes. Sólo vale lo que es buen negocio (para unos pocos) y por ello incluso las guerras «fabricadas con cualquier pretexto» han pasado a ser la excusa para vender armas cada vez más sofisticadas y caras, en vez de acciones motivadas por intereses nacionales estratégicos geopolíticos.

Si nos remontamos tan sólo al siglo XIX nos encontramos con otro mundo de «plata» en el que se celebraban no sólo las hazañas del «victor» militar (quien no disparaba un misil a cientos de kilómetros del campo de batalla) sino con igual o mayor entusiasmo las del aventurero que partía a la búsqueda de las fuentes del Nilo o aspiraba a ser el primero en llegar al Polo Norte o en escalar el monte Everest.

De acuerdo con lo expuesto anteriormente existiría una misteriosa relación entre los ciclos históricos y los tipos de seres humanos que predominan o que, al menos, ostentan el poder. Pero, ¿cómo se relaciona esto con la reencarnación como proceso colectivo?

Espíritu, alma y cuerpo: su encarnación en la Historia humana

Es evidente que existen momentos y lugares en los que encarna un «algo», un ser histórico que tal vez nos cueste definir, pero no ver. Dentro de lo cercano y conocido podemos mencionar el Renacimiento italiano y el Romanticismo alemán como dos épocas en las cuales se manifestó un arquetipo, una manera específica de pensar y de expresarse.

Ambos momentos históricos se caracterizaron por una vuelta al pasado, un esfuerzo de retorno a las raíces para hacer crecer un gran árbol civilizatorio, apoyado firmemente en la «esencia» y no en la «moda». Pero lo que nos interesa aquí no es el definir las características de estos momentos que algunos podrían concebir como de simple reacción a un excesivo énfasis en las formas (escolasticismo por una parte y clasicismo decadente por otra). Lo que nos interesa es reconocer que en ambos pe-riodos aparece una mirada de almas que saben canalizar este impulso a través del pensamiento y las artes³.

Es curioso que hoy, si se toma en su conjunto mundial la actividad artística y literaria, apoyada por miles de universidades y fondos de apoyo a la cultura, ésta no se pueda equiparar o siquiera acercarse al fenómeno creativo del Renacimiento italiano o

³ Recordemos solo las grandes figuras renacentistas de Pico de la Mirándola, Marsilio Ficino, Giordano Bruno, Botticelli. Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Rafael, y románticos como Schopenhauer, los hermanos Grimm, Schumann, Wagner y Chopin entre cientos de pensadores y artistas que soñaron con un futuro mejor para una Humanidad más digna.

del Romanticismo alemán. No faltan tal vez los buenos intérpretes pero no hay compositores. Y, por otra parte, existe un vacío abismal de pensamiento original.

Dicho de otro modo: al parecer hay momentos y lugares en los que se expresa claramente un viento o «espíritu histórico», una suerte de gran forma mental que afecta profundamente a quienes viven en una situación determinada en el tiempo y en el espacio (no dura para siempre ni excede ciertos límites geográficos). Pero este viento histórico precisa de ciertas almas, almas de oro o plata preparadas para captar e internalizar su fuerza y expresarla a través de las artes, la religión, las ciencias e incluso las formas que adoptan los Estados. Finalmente, parece necesario que existan condiciones particulares para que este impulso histórico pueda perpetuarse en el tiempo y generar nuevas formas civilizatorias. ¿Será tal vez necesario el que estas mismas grandes almas se comprometan a retornar cuantas veces haga falta para que «el verbo se haga carne»?

Conclusión

En este momento histórico en el que lo que separa es más fuerte que lo que une a los seres humanos tal vez nos sea útil recordar que últimamente «somos uno», y que por ahora navegamos juntos en una misma barca que recorre los senderos marítimos terrestres y celestes de la evolución humana.



A veces nos resulta muy útil echar una mirada hacia el fondo de la Historia.

El tiempo pasa, cambian épocas y civilizaciones, cambia la gente y su visión de mundo, pero el hombre mismo, en su esencia, no cambia: durante milenios continuamente y sin cansarse, el hombre se hace las mismas preguntas, intentando revelar el gran misterio de la existencia. ¿Quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos? ¿En qué consiste el sentido oculto de la vida?

Nosotros sabemos que hemos venido a este mundo, que nacimos en el seno de nuestra familia en una época determinada, en un estado determinado, que tenemos amigos y enemigos, que vencemos dificultades y obtenemos éxitos, que aprendemos muchas cosas; sabemos que nos quieren y nos odian, nos comprenden y nos rechazan... Pero también sabemos que un día todo esto acabará, pues todos morimos y la mano que nos trajo a la escena de la vida fatalmente nos saca de allí... Nosotros seguimos viviendo, seguimos teniendo miedo ante la muerte, pero al mismo tiempo seguimos acariciando un resquicio de esperanza de que la muerte no exista, pues si se nos corta nuestra vida así de simple, si todo lo logrado y todo lo aprendido en la vida –que nos costó tantos esfuerzos– no tiene continuación ni sentido, entonces nuestro mundo sería verdaderamente absurdo y loco.

¿Acaba todo realmente con la muerte? Y si no es así, ¿se nos ofrecerán realmente sólo dos variantes después de morir, y eso para toda una eternidad? ¿Nos veremos realmente en un precioso pero bastante monótono paraíso, donde vamos a llevar una vida eternamente beata, o –lo que es mucho peor– nos condenarán a arder en el infierno para siempre sin tener la posibilidad de redimirnos o corregir nuestros errores, cualesquiera que sean? Hay que confesar que no es una perspectiva risueña, especialmente en el segundo caso...

Sobre estos temas, eternamente actuales y muy complejos, reflexionaban los hombres más ingeniosos de todos los tiempos y todas las épocas. Las enseñanzas que surgieron gracias a este «gran enigma de la esfinge» constituyen el fundamento del conocimiento, no sólo de los grandes Maestros de las religiones, sino también de los célebres filósofos y sabios de la Antigüedad. Estas enseñanzas se transmitían de generación en generación a través de tradiciones, mitos y leyendas de todos los pueblos del mundo. En el silencio de los templos y santuarios, los Maestros revelaban los secretos de este conocimiento sagrado a sus discípulos, a través de los ritos de Iniciación en los Misterios de Egipto, Grecia, Roma, India, el Tíbet y otras grandes civilizaciones antiguas. El estudio comparativo del pensamiento filosófico y religioso de las obras, escrituras y tradiciones que pertenecen a las más variadas culturas, épocas, creencias y pueblos, demostró la sorprendente coincidencia en una idea fundamental: todo no acaba con la muerte y nosotros no vivimos una sola vida. Todos nosotros ya hemos vivido en la Tierra antes en muchas encarnaciones pasadas y seguiremos

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

viviendo así: nosotros morimos y renacemos de nuevo, cada vez en un nuevo cuerpo y con una nueva personalidad.

Esta constatación es el fundamento de la famosa enseñanza sobre la reencarnación que se transmitía de una época a otra por los grandes sabios y filósofos de la Antigüedad.

Sus ideas clave son las siguientes: el alma del hombre es inmortal. A imagen y semejanza de un peregrino a través la eternidad, nuestra alma inmortal realiza «un gran viaje» pasando por una larga cadena de reencarnaciones, donde –como las cuentas de un collar– los ciclos de «vida» se alternan con los ciclos de «muerte».

Para los sabios antiguos los conceptos de vida y muerte, tal como los entendemos hoy nosotros, no existían. Nada ni nadie muere. Todo cambia, todo se transforma. El nacimiento y la muerte son dos caras de la vida-una. La muerte no es el fin, sino un nuevo inicio, la transición de un estado de conciencia a otro: después de morir, el alma inmortal del hombre pasa a otro plano de existencia, sigue viviendo en «el otro mundo» y al pasar un cierto tiempo, de nuevo vuelve a la Tierra. El hombre renace a la vida, no sólo con un cuerpo nuevo sino también con una nueva personalidad y nuevas potencias a desarrollar. Cada muerte y cada nuevo nacimiento son sólo una transición de una forma de existencia a la otra, cada vez más perfecta y más íntegra. En el origen de este misterioso «viaje a través la eternidad» está la gran ley de la evolución: nada la interrumpe y nunca se detiene. Todo en el universo sigue existiendo dentro de un proceso infinito de desarrollo, transformación y perfeccionamiento, y el hombre no es una excepción de esta regla. A todo lo largo de la cadena de las encarnaciones y con cada estancia en «este mundo» o en «el otro mundo» su alma se enriquece con nuevas experiencias, nuevos conocimientos y nuevos estados de conciencia.

Sobre el tema de la vida, la muerte y la teoría de la reencarnación fueron escritas miles de obras, no sólo por los antiguos autores sino también por los contemporáneos. Entre todo lo que fue escrito sobre este tema durante los dos últimos siglos destacan las obras de la gran filósofa y escritora rusa Helena Petrovna Blavatsky, llamada por sus contemporáneos «la esfinge del siglo XIX».

Sus obras se consideran como el más ilustrativo y amplio tratado referente no sólo al tema que nos interesa sino también a muchos otros conocimientos sobre el universo, la Naturaleza y el hombre. En su tiempo estas obras provocaron una verdadera conmoción entre sus contemporáneos, pues los conocimientos expuestos por H. P. B. necesitaban una revisión más profunda de todos los viejos y arraigados conceptos sobre el hombre y el universo. Estos conocimientos estaban lejos de ser apreciados por todos y, al ser publicados, provocaron una tormenta de debates, emociones y comentarios, en su mayoría acerbos e injustos.

Pero, a pesar de todo, un hecho indudable detiene nuestra atención: las obras de Blavatsky han atraído un enorme interés, y muchos filósofos y científicos –tanto del siglo XIX como del XX– tomaban los conocimientos expuestos allí como base de sus propias teorías e hipótesis. Así, aunque es un hecho poco conocido, su obra *La doctrina*

secreta fue uno de los libros predilectos del mismo Albert Einstein. Quizás, lo más valioso en los libros de H. P. Blavatsky es el hecho de que en ellos no se exponen sus propias hipótesis ni su propia filosofía. Sus obras son el fruto de un minucioso estudio comparativo de las más variadas concepciones filosóficas y religiosas, tradiciones y culturas del mundo. Como dice la propia escritora, lo más importante en sus libros es que ellos representan un intento de exponer las principales ideas de la «divina sabiduría universal» o «Teosofía», que se transmite desde los tiempos inmemoriales –a través de las Iniciaciones en los Misterios– por las cofradías de los grandes sabios, guardianes de estos conocimientos sagrados. Se sabe que la misma señora Blavatsky estudió durante muchos años en uno de estos centros escondidos en el Tíbet, en los Himalayas.

Conversando sobre el misterio de la vida, la muerte y la reencarnación, presentamos un breve resumen de las ideas y enseñanzas más interesantes sobre este tema, expuestas por H. P. Blavatsky en su libro *La clave de la teosofía* en forma de diálogo sobre las verdades eternas.

Muchos momentos en la enseñanza sobre la reencarnación no son susceptibles de ser interpretados por la lógica racional y parecen inaccesibles a la comprensión, pues necesitan una visión de las cosas fuera de lo común y un profundo estudio de tales problemas metafísicos, como por ejemplo, la constitución del hombre, la diferencia entre el «alma» y el «espíritu», el concepto del «ego», la existencia de otros planos en la Naturaleza y en el hombre, el tema de lo que nos pasa a nosotros y adónde nos vamos después de morir, del papel que desempeña la ley del Karma en las reencarnaciones y muchos otros. Pero todo aquello hace nuestro estudio aún más interesante y quizás pueda llevarnos hacia insospechados descubrimientos.

Citemos a H. P. Blavatsky: «...Porque entonces verá que, por lógica, coherencia, filosofía profunda, misericordia y equidad divinas, esta doctrina de la reencarnación no tiene igual en la Tierra. Es la creencia en un progreso perpetuo para cada ego encarnante, o alma divina, en una evolución desde lo externo a lo interno, desde lo material a lo espiritual. De una fuerza a otra fuerza, de la belleza y perfección de un plano a la mayor belleza y perfección de otro, con acceso a nuevas glorias, a nuevo conocimiento y poder en cada ciclo...».

En este breve resumen no podemos ofrecer un panorama completo de nuestro bastante complejo y multifacético tema. Por esta razón, siguiendo el ejemplo de H. P. B. proponemos exponer sus ideas principales en forma de breves preguntas y respuestas. Este diálogo no pretende dar una explicación detallada de nuestro asunto, pero quizás pueda ofrecer una base para su estudio más profundo y más extenso. Tal vez las enseñanzas aquí expuestas puedan ayudar al aspirante novato a orientarse un poco más en su camino a través de este complejo laberinto que lleva a los Misterios de la sabiduría divina.

¿Por qué es imposible entender a fondo la teoría de la reencarnación sin un conocimiento básico de las enseñanzas antiguas sobre la constitución del hombre?

La respuesta es simple: por razón de que nos será muy difícil entender entonces cuál es la parte perecedera del hombre que muere, y cuál es la parte que sigue existiendo después la muerte.

Según las enseñanzas antiguas, el ser humano no está limitado sólo a su cuerpo físico; en realidad, el hombre se compone de siete «principios», o «planos», o «cuerpos», o «vehículos». Con excepción del cuerpo físico, los demás «cuerpos» no pueden ser percibidos mediante nuestros sentidos físicos porque se trata de sustancias y estados muy sutiles, desconocidos por la ciencia moderna. En diferentes culturas estos «principios» llevan diferentes nombres. En su libro H. P. Blavatsky menciona sus denominaciones en sánscrito:

1 STULA SHARIRA, cuerpo físico.

2 PRANA, «principio vital» o energía de vida, proporciona las corrientes vitales al plano físico.

3 LINGA SHARIRA, plano astral, el vehículo de sentimientos y emociones.

4 KAMA RUPA o KAMA MANAS, «mente inferior» o literalmente «mente de los deseos», el vehículo de los pensamientos y procesos lógicos, actuando sólo dentro de las limitaciones del plano material y de la vida física. Por esta razón la «mente inferior» es subjetiva y sometida a la ilusión y deducciones erróneas. También y, ante todo, la «mente inferior» sigue siendo el centro de deseos y pasiones que nacen de ilusiones.

5 MANAS, «inteligencia» o «mente superior», plano y vehículo de «ideas puras», es también el centro de nuestra conciencia y de nuestra «memoria eterna». La mente superior actúa más allá de las limitaciones del plano material, mas allá de la vida física. A lo largo de la vida terrestre, este principio comúnmente existe como una «potencia oculta» en el hombre; pero si la mente superior se despierta, ante el hombre se revelan los verdaderos conocimientos y el profundo sentido de la existencia de todas las cosas.

6 BUDDHI, «alma divina» o «el vehículo de la pura luz divina». Este principio también existe en el hombre en calidad de una poderosa y muy profunda «potencia oculta»; pero si se despierta el Buddhi, su manifestación no se puede describir con palabras; es el gran poder de la intuición, del amor divino y de la «sabiduría del Amor».

7 ATMA, el gran misterio, «espíritu divino», «Yo supremo» o «Dios dentro de nosotros mismos»; «Observador Silencioso», inmortal y omnisciente. Cualquier manifestación suya, aunque sea muy pequeña, se puede describir como el gran poder de la Voluntad pura, como manifestación de la Ley oculta del hombre que rige toda nuestra existencia.

**Si la constitución del hombre es septenaria,
¿cómo podemos entender dónde se encuentra
el espíritu y dónde está el alma y cuál de los dos es inmortal?**

Antes de contestar a esta pregunta, proponemos un «rompecabezas» filosófico y metafísico más: ¿qué piensan Uds. sobre la afirmación de los filósofos antiguos según la cual los siete principios del hombre se pueden dividir al mismo tiempo en dos, tres o aun cinco «partes» dependiendo de los criterios con los que los contemplamos?

Citemos a H. P. Blavatsky: «...Ante todo, encontramos dos seres distintos en el hombre: el espiritual y el físico, el hombre que piensa y el hombre que de estos pensamientos graba todo cuanto es capaz de asimilar. Por lo tanto, dividimos al hombre en dos naturalezas distintas; la superior o ser espiritual, compuesta de tres «principios» o aspectos; y la inferior o el cuaternario físico, compuesta de cuatro; en total, siete...».

Los cuatros principios inferiores, es decir, cuerpo físico, energía vital, cuerpo astral y mente inferior, en los tiempos antiguos se denominaban «la personalidad». La palabra «persona» literalmente se traduce como «máscara» y ya con esto se se puede entender cuál es la propiedad principal de este cuaternario inferior del hombre. La «personalidad» del hombre es perecedera y pasadera. No sólo el cuerpo físico sino también los otros tres principios de nuestro «cuaternario» se desintegran después de la muerte física. En realidad, nuestra «personalidad» es sólo una herramienta que el hombre utiliza durante su vida terrestre, es solo una «máscara» o una «vestidura» con la cual no vale la pena identificarse. Esta máscara esconde al «hombre verdadero», nuestra esencia espiritual, «la tríada divina» –Atma-Buddhi-Manas– con sus ocultos poderes de voluntad pura, amor-intuición e inteligencia. Nuestra tríada divina es inmortal y después de la muerte del cuerpo físico sigue existiendo en «otros» planos. Con cada nuevo nacimiento en la Tierra, recibe una nueva personalidad como si se pusiera la nueva «vestidura».

En los tiempos antiguos se consideraba que, en realidad, en el hombre coexisten tres «mundos» paralelos o tres planos: 1 mundo físico –cuerpo físico y Prana–, lo que Platón llamaba «soma», y los místicos cristianos «cuerpo»; 2 mundo psíquico –Astral y Kama-Manas–, lo que Platón llamaba «psyche» y los místicos cristianos «alma»; 3 mundo espiritual –Atma, Buddhi y Manas–, lo que Platón llamaba «nous» y los místicos cristianos «espíritu», y que en muchos trabajos también llamaban el «alma inmortal» (no se debe confundir el alma inmortal con el «psíquico» –«astral» y mental inferior–, pues la unión de estos dos muchas veces también recibe el nombre de «alma»).

**¿Existen semejantes "planos"
o "principios" también en la Naturaleza?**

Evidentemente, ya que en el hombre –el «microcosmos»– no podría existir nada que no existiera ya en la Naturaleza y en el universo. Citemos a H. P. Blavatsky: «...No se imagine que, por el hecho de que al hombre se le cataloga como septenario, luego

quíntuple y como tríada, se componga de siete, cinco o tres entidades; o bien, como lo expresó muy bien un autor teosófico, de capas superpuestas, como las pieles de una cebolla. Los «principios», como ya se dijo (...) son simplemente aspectos y estados de conciencia...».

Blavatsky sigue: «Nuestra filosofía nos enseña que, puesto que en la Naturaleza existen siete fuerzas fundamentales y siete planos de existencia, de la misma manera hay siete estados de conciencia en los que el hombre puede vivir, pensar, recordar y tener su ser.

Enumerarlos aquí es imposible, y para esto tenemos que remitirnos al estudio de la metafísica oriental (...) Lo que quiero indicar por «estrato» es aquel plano del espacio infinito que, por su misma naturaleza, no puede incluirse en nuestras percepciones vigílicas ordinarias, mentales o físicas, pero que existe en la Naturaleza aparte de nuestra mentalidad o conciencia normales, aparte de nuestro espacio tridimensional y aparte de nuestra división del tiempo. Cada uno de estos siete planos fundamentales (o estratos) del espacio tiene su propia objetividad y subjetividad, su propio espacio y tiempo, su propia conciencia y serie de sentidos...».

Si volvemos a la teoría de la reencarnación, la pregunta es: ¿cuál de los principios del hombre se reencarna en la cadena de "vidas" y "muertes"?

Citemos a H. P. Blavatsky: Se reencarna «...el ego espiritual pensante, el principio permanente en el hombre, o aquello que es el centro de Manas. El hombre individual o divino no es Atma, ni siquiera Atma-Buddhi, considerado como la mónada dual, sino Manas...».

En la larga hila de «vidas» y «muertes» se reencarna precisamente Manas, el principio de la inteligencia superior en el hombre. En la Antigüedad recibía el nombre de «ego espiritual», «hombre divino». En sánscrito le llamaban «Manas-Taidzhasi» («resplandeciente»). Ahí es donde se encuentra nuestra verdadera IDENTIDAD, ya que nuestras distintas e innumerables «personalidades» sólo representan sus máscaras superficiales. H. P. Blavatsky compara nuestro ego espiritual con un actor, y sus múltiples y variables encarnaciones se comparan con los papeles que él interpreta. En este eterno «escenario teatral» de la evolución a lo largo de muchas encarnaciones todos nosotros interpretamos los más distintos papeles: cambian actos y épocas, cambian decorados, máscaras y disfraces, pero nuestra identidad, nuestro ego espiritual siempre sigue siendo el mismo. Citemos a H. P. Blavatsky: «El ego espiritual del hombre se mueve en la eternidad como un péndulo entre las horas del nacimiento y de la muerte. Pero si estas horas que marcan los periodos de la vida terrenal y de la vida espiritual son limitadas en su duración, y si bien el mismo número de esas etapas en la eternidad entre el sueño y el despertar, la ilusión y la realidad, tiene su principio y su fin, en cambio el peregrinaje espiritual es eterno».

Precisamente este ego espiritual nuestro es responsable de todos los pensamientos y acciones que realizamos en cada nueva personalidad a todo lo largo de la cadena de encarnaciones.

Existe un gran misterio más de nuestra existencia, que no se explica con la lógica de la mente y es muy difícil de entender, pues no olvidemos que en el hombre existen otros dos principios divinos, supremos e inmortales. Si Manas (quinto principio) representa nuestra identidad, nuestro ego, y es precisamente este principio el que reencarna, ¿cuál es entonces el papel que tiene «Atma», nuestro espíritu divino (séptimo principio), y Buddhi, nuestra alma divina (sexto principio), sobre los cuales podemos decir que son dos principios verdaderamente inmortales?

Es un gran misterio. Como explica H. P. Blavatsky, «Atma», el «espíritu divino», «observador silencioso» o nuestro «Yo supremo», en realidad no debería considerarse como un principio puramente «humano» por no ser la propiedad individual de ningún hombre. Es la esencia divina, «Dios dentro de nosotros mismos», el rayo de la omnipresente luz divina que ilumina al hombre mortal y penetra en él. Buddhi (sexto principio) es el vehículo de Atma, conductor de su luz divina, al igual que la Luna transmite la luz del Sol: sin su mediación y ayuda nuestro ego, Manas, nunca podría llegar a ser consciente de su inmortalidad y del vínculo que tiene con el universo infinito.

Atma y su vehículo Buddhi, que se describen como dos principios separados, en realidad son uno, y esta unidad en la Antigüedad llevaba el nombre de mónada inmortal del hombre.

A lo largo de todas sus encarnaciones en la Tierra, nuestro ego, sometido al yugo de la materia, limitado en su conciencia y su percepciones, no deja de aspirar a reunirse con su mónada inmortal para recuperar de nuevo la conciencia de su propia inmortalidad y para rescatar del olvido su perdida memoria de lo eterno.

Muchos de los filósofos hablan de la «hebra de oro» de las reencarnaciones. ¿Qué se sobrentiende con este concepto?

Citemos a H. P. Blavatsky: «En los libros sagrados hindúes se dice que lo que está sujeto a encarnaciones periódicas es el SUTRATMA, que significa, literalmente, «alma enhebrada.» Es un sinónimo del ego reencarnante –Manas unido a Buddhi–. Se llama así porque, como perlas enhebradas, así es la larga serie de vidas humanas ensartadas en esa hebra única».

**Entonces, la muerte ¿es, en realidad,
un renacimiento en otros planos de la existencia?**

Es realmente así. Para nuestro ego espiritual la muerte siempre viene como un liberador y amigo, pues, liberándose del yugo de la materia y de sus viejas envolturas, nuestro ego llega a ser otra vez «él mismo» y así puede proseguir su «viaje» en «otros mundos» más afines a su propia naturaleza. En la Antigüedad la muerte siempre se consideraba como un merecido «descanso del alma» tras la penosa vida terrestre, llena de sufrimientos y pruebas. La muerte se sentía como un «retorno a casa» que nuestra alma inmortal llevaba esperando mucho tiempo.

H. P. Blavatsky nos recuerda aquello de lo que hablaban todos los filósofos de la Antigüedad: el estado después de la muerte no sólo se asemeja, sino que en realidad se identifica con el estado que vivimos durante el sueño. En realidad, ¡la muerte es el sueño! Después de la muerte, nuestra alma inmortal, a su alto nivel, realiza un viaje en su esencia muy similar a aquel que realizaba durante la vida en el sueño. Sus experiencias en el sueño y después de la muerte son muy similares, se asemejan mucho más de lo que podamos imaginarnos. No por casualidad antiguamente la «vida» y la «muerte» se llamaban sencillamente el «gran día» y la «gran noche», las dos facetas de la «gran vida-una».

¿Adónde va nuestro "ego espiritual" después de la muerte?

Después de la muerte, nuestro «ego espiritual» sigue viajando en otros planos de la existencia, aquellos que habían sido inalcanzables para nuestra percepción ordinaria durante la vida y en condición de vigilia, aquellos planos que existen aparte de nuestro espacio tridimensional y de nuestra división del tiempo (no se debe olvidar que no se trata de determinadas «regiones», según nuestro entendimiento común, sino –ante todo– de «estados de conciencia»).

En realidad, en este viaje el ego tiene que pasar por dos principales «etapas», «planos» o estados de conciencia, conocidos bajo sus nombres en sánscrito como «KAMA-LOKA» y «DEVACHÁN»

Cuando el hombre muere, sus dos primeros principios o vehículos inferiores – que son el cuerpo físico y la energía vital–, le abandonan para siempre y empiezan a desintegrarse prácticamente de inmediato después de su muerte física. Luego, nuestra tríada divina junto con los restantes vehículos de la «personalidad» (la unión de las dos últimas se denomina el «Kama-Rupa», o «alma animal») se encuentra en KAMA-LOKA, región astral que evoca en algo el «purgatorio» de los escolásticos cristianos.

KAMA-LOKA perdura tanto «tiempo» cuanto es necesario para que se produzca la separación final entre los principios inferiores, es decir, Kama-Rupa, y superiores –la tríada divina–. Este momento crucial también se describe como una cierta «segunda muerte», ya que el «casarón» de Kama-Rupa comienza a desintegrarse, mientras que la

tríada Atma-Buddhi-Manas, liberada de todas sus envolturas, pasa al estado de devachán, condición de dicha y felicidad espiritual.

Citemos a H. P. Blavatsky: «He aquí nuestra doctrina, la cual presenta al hombre septenario durante la vida; como aspecto quíntuple justo después de la muerte, en el Kama-loka; y un ego triple, alma-espíritu y conciencia en el Devachán».

¿Qué es «KAMA-LOKA»?

Citemos a H. P. Blavatsky: Kama-Loka «es una localización astral, el *limbus* de la teología escolástica, el Hades de los antiguos y, estrictamente hablando, un lugar solamente en sentido relativo. No tiene ni una área definida ni fronteras, sino que existe dentro del espacio subjetivo; es decir, está más allá de nuestras percepciones sensoriales. Sin embargo, existe, y es allí que los eidolons astrales de todos los seres que han vivido, incluidos los animales, esperan su segunda muerte».

En Kama-Loka el ego pasa por una especie de «purificación» de las dependencias, pasiones vulgares y vicios que se acumularon en su Kama-Rupa, en su alma animal a lo largo de su vida anterior, fuertes hasta un punto tal que todavía siguen atrayendo el ego hacia la Tierra y no le permiten alcanzar el estado de Devachán.

Al liberarse de sus envolturas inferiores y después de alcanzar el ego la felicidad suprema en el Devachán, en el Kama-Loka todavía se quedan los restos de Kama-Rupa en proceso de descomposición, y estos restos son muy, muy peligrosos. H. P. Blavatsky les llama «fantasmas de Kama-Rupa», o «cascarones astrales». El problema consiste en que, habiéndose quedado sin su alma divina que le animaba, y durante todo el tiempo hasta que su descomposición llegue al fin, el fantasma de Kama-Rupa sigue conservando determinados «programas» psíquicos y mentales del hombre anterior. Estos «programas» empiezan a funcionar automáticamente si, de un modo u otro, a este «cascarón astral» se lo atrae por el magnetismo de alguien viviendo en la Tierra. Precisamente estos «cascarones o autómatas astrales» se materializan a través del médium durante las sesiones espiritistas, y precisamente ellos se hacen pasar por las «almas de los muertos» que, en realidad, habían abandonado a estos cascarones, ya ha mucho. H. P. Blavatsky dice que el «cascarón astral» puede ser comparado con una medusa que, mientras se encuentra en su elemento natural, tiene aspecto gelatinoso y desmayado. Pero una vez que le comienzan a atraer magnéticamente, consciente o inconscientemente, este cascarón astral temporalmente «vuelve a la vida», comienza a «pensar» y «hablar» a través de la mente del médium u otros presentes en la sesión. Esto es muy peligroso, ya que las consecuencias de tales «juegos» pueden ser muy graves: desintegración psíquica, locura y obsesión para el resto de la vida y las consecuencias correspondientes después de la muerte...

¿En qué consiste la «felicidad espiritual» en el «devachán»?

«Devachán» se traduce como «la tierra de los dioses» y algunos filósofos lo comparan con el concepto cristiano del «paraíso», aunque tienen poco que ver. H. P. Blavatsky lo describe como un «lugar» de dicha y felicidad suprema, como un estado mental parecido al más radiante sueño, pero mucho más vivo y real. Devachán es el estado póstumo supremo para la mayoría de los mortales.

Citemos a H. P. Blavatsky: «Por lo que respecta al mortal ordinario, su felicidad en el Devachán es completa. Es el olvido absoluto de todo aquello que le causó sufrimiento o dolor en la pasada encarnación, e incluso olvido del hecho de que existan cosas como el dolor y el sufrimiento...» «..Nosotros decimos que la bienaventuranza del estado devachánico consiste en la completa convicción de que nada se abandonó en la Tierra y de que en modo alguno existe eso que se llama muerte...» «...El morador del Devachán, vive su ciclo intermedio entre dos encarnaciones rodeado de todo aquello a lo que se aspiró en vano, y en compañía de todos los que amó en la Tierra. Ha alcanzado la culminación de todos los anhelos del alma. Y de ese modo, se vive a lo largo de muchos siglos una existencia de pura felicidad, que es la recompensa a los sufrimientos de la vida en la Tierra. En resumen, el que está en ese estado se baña en un océano de felicidad ininterrumpida conectada sólo con acontecimientos de un grado de felicidad todavía mayor...».

Entonces, ¿el estado devachánico no es más que un sueño, una ilusión?

De ninguna manera, pues –como lo explica H. P. Blavatsky– «...el Devachán es una continuación idealizada de la vida terrenal que acaba de dejar atrás, (...) una recompensa por errores y sufrimientos inmerecidos soportados en esa vida en particular...».

En realidad, la vida en el Devachán es mucho más real que cualquier existencia que podamos llevar en la Tierra. No se debe olvidar que nuestro ego espiritual es inmortal. Por consiguiente, liberado de las envolturas de su precedera personalidad, el ego puede «llevar consigo» –no sólo al Devachán, sino también a sus futuras encarnaciones– sólo aquello de su vida anterior que ha llegado a ser digno de la inmortalidad. Todo lo mezquino, temporal y transitorio de su vida anterior morirá junto con su vieja personalidad, para reaparecer de nuevo solamente en la siguiente vida terrestre, con la siguiente «máscara», y no antes. Precisamente por esa razón el Devachán es realmente la continuación ideal de la última vida terrestre y, en algún sentido, es la realización de todos sus sueños y aspiraciones más sublimes, pues todo lo más puro y elevado que alguna vez en la vida anterior haya sonado en el corazón del hombre, es decir, las cualidades eternas como el amor, la compasión, la aspiración hacia lo bello, verdadero, bueno, hacia la sabiduría y los conocimientos, todo ello se une después de la muerte al ego y le sigue al Devachán.

De esta manera, liberados del yugo y limitaciones de la materia, en el Devachán llevamos la vida más completa y feliz con la que sólo pudimos soñar en la Tierra y a la que sólo fuimos capaces de aspirar en la vida anterior, pero ni más ni menos que esto.

Como explica H. P. Blavatsky, «en un sentido, podemos adquirir más conocimiento; es decir, podemos desarrollar con mayor amplitud cualquier facultad que nos contente y por la que nos habíamos esforzado durante la vida, a condición de que tenga que ver con cosas abstractas e ideales, como la música, la pintura, la poesía, etc».

Precisamente el entendimiento del sentido profundo del estado devachánico confirma, una vez más, las antiguas enseñanzas: toda la vida es una gran preparación para la muerte, pues, conforme a lo que soñaba, a lo que creía y hacia lo que aspiraba el hombre en su vida anterior, así seguirá viviendo con toda plenitud después de la muerte. Según fue su idea más elevada de felicidad durante la vida, tal será su felicidad después de la muerte.

Como dice H. P. Blavatsky: «Según la vida post mórtem en la que un hombre ha creído o la que ha esperado, ésa es la vida que tendrá. El que no esperaba que hubiera otra vida tendrá un vacío absoluto, algo así como la aniquilación, en el intervalo entre las dos reencarnaciones».

¿Cómo podemos sentir esa felicidad plena en el Devachán si en la Tierra están nuestros seres queridos que necesitan nuestra ayuda y no podemos comunicarnos con ellos desde allí?

Citemos a H. P. Blavatsky: «Estamos con aquellos que hemos perdido en forma material, y mucho, muchísimo más cerca de ellos ahora que cuando estaban vivos. Y no sólo en la fantasía del morador del Devachán, como algunos podrían imaginar, sino realmente. Porque el amor divino puro no es simplemente la floración del corazón humano, sino que tiene sus raíces en la eternidad. El amor santo y espiritual es inmortal y, más pronto o más tarde, Karma hace volver a encarnar en el mismo grupo familiar a todos aquellos que se amaron unos a otros con ese afecto espiritual. Repetimos, una vez más, que el amor más allá de la tumba, aunque se pueda llamar ilusión, tiene una potencialidad mágica divina que reacciona sobre los que viven. El ego de una madre, lleno de amor por los hijos imaginarios que ve cerca de ella, viviendo una vida de felicidad, tan real para él como cuando estaba en la Tierra, ese amor siempre será percibido por los hijos mientras vivan. Este ego se aparecerá en sus sueños y, a menudo, en diferentes acontecimientos como protección y ayuda providenciales, porque el amor es un poderoso escudo protector y no está limitado por el tiempo o por el espacio. Lo mismo que pasa con esta «madre» devachánica, pasa con el resto de las relaciones y afectos humanos, salvo la relación puramente egoísta o material. Por analogía, deducirá usted el resto...».

¿Cuánto tiempo permanece en estado devachánico el ego reencarnante?

Citemos a H. P. Blavatsky: «Se nos dice que esto depende del grado de espiritualidad y del mérito o demérito de la última encarnación. El promedio es de diez a quince siglos, como ya he dicho».

¿Qué es lo que ocurre antes del nuevo nacimiento, antes de volver a la nueva vida?

En realidad, ocurre algo parecido a lo que se produce en el momento inmediato después de la muerte. Citemos a H. P. Blavatsky: «En el momento solemne de la muerte, cada ser humano, incluso en caso de muerte repentina, contempla ante sí, ordenada y en sus menores detalles, toda su vida pasada. Por un instante, el ego personal se convierte en uno con el ego omnisciente individual. Pero este instante basta para mostrarle toda la cadena de causas que han estado operando durante su vida. Ahora se ve y se comprende a sí mismo tal como es, sin adornos lisonjeros ni engañándose a sí mismo. Lee su vida, permaneciendo como espectador mirando el escenario que va a abandonar; siente y conoce la justicia de todo el sufrimiento que se ha abatido sobre él. Esto le pasa a todo el mundo, sin ninguna excepción». H. P. Blavatsky sigue: «Se nos ha dicho que hombres muy buenos y santos, no solamente ven la vida que están abandonando, sino que incluso ven varias vidas anteriores, en las que se produjeron las causas que hicieron de ellos lo que fueron en la vida que está terminando. Reconocen la ley del Karma en toda su majestad y justicia».

A la pregunta: «antes del renacimiento ¿hay algo que se corresponda con esto?», H. P. Blavatsky contesta: «Lo hay. Así como en el momento de la muerte el hombre tiene una visión interna retrospectiva de la vida que ha llevado, también en el momento en que vuelve a nacer en la Tierra, el ego, al despertar del estado de Devachán, tiene una visión en perspectiva de la vida que le aguarda, y descubre todas las causas que le han conducido a ella. Se da cuenta de ellas y ve el futuro, porque es entre el Devachán y el renacimiento que el ego recupera su plena conciencia manásica, y vuelve a ser, por breve tiempo, el dios que fue antes de que, de acuerdo con la ley del Karma, descendiera por primera vez a la materia y encarnara en el primer hombre carnal. La «hebra de oro» tiene en cuenta todas sus «perlas» y no omite ninguna de ellas...».

¿Qué es el karma?, ¿cuál es el sentido de esta ley?

Citemos a H. P. Blavatsky: «Describimos Karma como aquella ley de reajuste que siempre tiende a restaurar el equilibrio truncado en el mundo físico, y la armonía rota en el mundo moral. Decimos que el karma no actúa de este o de aquel modo particular siempre; sino que siempre actúa con objeto de restaurar la armonía y cuidar el equilibrio de la balanza, en virtud del cual existe el universo(...) Sin embargo, los

teósofos decimos que «bien» y «armonía», y «mal» y «desarmonía» son sinónimos. Además, sostenemos que todo dolor y todo sufrimiento es el resultado de la falta de armonía, y que la única y terrible causa de la alteración de la armonía es el egoísmo en una u otra forma...».

«...Pero si me pide que defina los efectos (del karma) y le diga lo que éstos son para nuestras creencias, puedo decirle que la experiencia de miles de años nos ha enseñado que son la inequívoca equidad, sabiduría e inteligencia absolutas...».

¿Cómo actúa la ley del karma a lo largo de la cadena de reencarnaciones?

Citemos a H. P. Blavatsky: «La ley del karma está inextricablemente entretejida con la reencarnación (...) Sólo esta doctrina (...) es la que puede explicarnos el misterioso problema del Bien y del Mal, y reconciliar al hombre con la terrible y aparente injusticia de la vida. Nada que no sea esa seguridad puede tranquilizar nuestro sublevado sentido de la justicia... Sin embargo, no hay un solo incidente en nuestras vidas, ni un solo día desventurado, o un infortunio del que no pudieran seguirse las huellas hasta nuestros mismos actos en esta o en otra vida...».

«...En la Rueda de la Ley podéis encontrar el siguiente pasaje teosófico: «Los budhistas creen que todo acto, palabra o pensamiento tiene sus consecuencias, que aparecerán más pronto o más tarde, en la presente o en la próxima etapa. Los malos actos producirán malas consecuencias, los buenos actos producirán buenas consecuencias: prosperidad en este mundo, o nacimiento en el cielo (Devachán) en el estado futuro...».

La frase de Jesús: «Con la medida que midáis, a la vez seréis medidos» (Mat. vii, 2)...».

Cristo hizo la siguiente advertencia: «No peques más, no sea que te acontezca algo peor» y San Pablo dijo: «Trabajad para vuestra propia salvación. Lo que un hombre siembre, eso recogerá también». A propósito, ésta es una bella interpretación de la frase de los *Puranas* –muy anteriores a él–, de que cada hombre cosecha las consecuencias de sus propios actos. (...) Karma actúa sin cesar: en la vida de después de la muerte sólo cosechamos el fruto de lo que nosotros mismos hemos sembrado en esta vida».

Según el karma, la ley de «acción y reacción», «causas y efectos», todos los acontecimientos que nos están pasando actualmente son fruto de nuestros actos anteriores, y todo aquello que nos pasará en el futuro será sólo fruto de lo que hacemos y a lo que aspiramos en el momento presente.

Si el karma actúa según el principio de «quien siembra vientos, recoge tempestades», ¿creamos nuestro destino y somos responsables de nuestros pensamientos y actos?

Así es. H. P. Blavatsky cita las palabras de E.D. Walker de su libro *Reencarnación*:

«En resumen, la doctrina del karma es que nosotros mismos nos hemos hecho como somos por nuestras acciones anteriores, y que estamos construyendo nuestra futura eternidad con las acciones presentes. No hay ningún destino más que el que nosotros mismos decidimos. No hay condenación ni salvación excepto la que nosotros mismos nos creamos (...) Ya que no ofrece excusa para las acciones culpables y necesita una genuina hombría, es menos bien aceptada por las naturalezas débiles...».

Las palabras de P. Sinnet, citadas por H. P. Blavatsky, nos transmiten el profundo sentido de la ley del karma y del enigmático misterio que llamamos «reencarnación»: «Cada individuo está creando karma, bueno o malo, en cada acción y en cada pensamiento a lo largo del día y, al mismo tiempo, está eliminando en esta vida el karma generado por los actos y deseos de la vida anterior (...) Esta doctrina del karma, cuando se comprende debidamente, se presta mucho para ayudar y guiar hacia un mejor y superior modo de vida a los que se dan cuenta de su verdad, porque no debe olvidarse que no sólo nuestros actos sino también nuestros pensamientos van seguidos de una numerosa serie de circunstancias que, para bien o para mal, influirán en nuestro propio futuro y, lo que es todavía más importante, el futuro de muchos de nuestros semejantes (...) El hecho de que cada pensamiento y cada acto durante la vida lleve en sí, para bien o para mal, la influencia correspondiente sobre otros miembros de la familia humana, representa un estricto sentido de justicia, moralidad y altruismo necesarios para el futuro bienestar y progreso...».

Los antiguos egipcios decían:

Si hacen el bien,
el bien se les hará.
Su futuro les traerá tanta suerte
cuanto bien han hecho en el pasado y en el presente.
(Inscripción en la estatua de Anhpaherd, Museo del Cairo)

Levanta el cielo a la altura de tus brazos,
amplía la Tierra a la anchura de tu paso.
(*Libro de salir a la luz*, cap. 48)

Introducción

Cuando se trata de citar la relación que existe entre una idea acerca de la reencarnación (palingenesia o metempsicosis) y el pensamiento griego, todos los autores se refieren en primer lugar y de manera inequívoca a Pitágoras y Platón. Se les concede a ellos dos la difusión y discusión sobre esta idea, en parte importada desde Oriente o Egipto, en parte, a través del orfismo.

No obstante, es posible identificar otros referentes entre los poetas y los filósofos presocráticos. Vamos a abarcar estas menciones a fin de que nos hagamos una idea cabal de la amplitud e influencia que tuvo esta doctrina entre los griegos.

Como una muestra de la importancia que adquiriría esta discusión, cabe citar a Herodoto, que establece el origen de estas ideas en Egipto, como se puede encontrar en el siguiente párrafo:

«También esto fue dicho por primera vez por los egipcios, que el alma del hombre es inmortal, y disolviéndose el cuerpo, penetra cada vez en otro cuerpo engendrado, porque después de que haya recorrido toda la serie de animales terrestres, marinos y volátiles, nuevamente penetra en el cuerpo engendrado de un hombre, y tal ciclo se cumple en tres mil años. De este mismo parecer son aquellos griegos que, algunos antes y otros después, lo sostuvieron como si fuese suyo; de los cuales yo conozco los nombres pero no quiero escribirlos» (Los nueve libros..., II-123).

Aunque Herodoto acusa a los órficos, a los pitagóricos y a Empédocles de plagio, debe reconocerse que la postura de los órficos y pitagóricos no se alimentaba solamente del fértil caudal egipcio, sino que se aproxima a las enseñanzas que los indos hicieron llegar a los griegos, ya sea por la vía de Asia Menor o de manera directa en los viajes de los propios griegos.

Antecedentes teológicos, fuentes míticas

En primer lugar, los poetas más tradicionales del mundo griego, Homero y Hesíodo, reflejan el tenor que adquiriría este tema entre los griegos, y la postura frente a la muerte, pero usando imágenes envueltas en una niebla difusa que empaña la visión.

El lenguaje mítico es abordado por los poetas de la Antigüedad para expresar ideas que escapan a un simple ordenamiento mental. Hesíodo adjudica las siguientes palabras a las musas del Olimpo:

«Agrestes pastores, motivo de oprobio, que sólo sois vientres: nosotras sabemos decir muchas cosas falsas semejantes a verdades; pero cuando queremos, también celebramos la verdad».

En este último aspecto, los mitos envuelven verdades con un disfraz de leyenda, aspecto que para Platón se vuelve vital al dejar entreabiertas ciertas puertas que resuelven la búsqueda de su filosofía.

En *Teogonía*, canta Hesíodo la conformación del mundo subterráneo, la Noche tenebrosa, que engendra a Sueño y Thánatos, al que van los mortales para no regresar. También aquí se refiere a Perséfone, hija de Deméter, que fue arrebatada por Hades (cuyo mito es reproducido en los Misterios). Zeus, unido a Semele, que era mortal, dio origen a Dionisos, el divino niño que adquirió la inmortalidad merced a su muerte a manos de los titanes.

En *Los trabajos y los días*, Hesíodo nos relata el mito de Pandora, la psiquis que trae al hombre la muerte, la duda y el esfuerzo reivindicatorio, una vez que es arrebatado de la inmortalidad por Zeus, en castigo por el engaño que Prometeo provoca para beneficiar a los hombres.

Hesíodo deja traslucir el pensamiento original del mundo griego en relación con los dioses y la relación del hombre con la inmortalidad. Los tópicos más importantes se refieren a:

- El principio del origen. Siendo siempre existentes, los dioses (*aiéen eontoi*) no pueden entenderse como «eternos», ya que tienen origen. El origen es el sentido de la «generación».

- El hombre y lo divino. El hombre contacta con «lo divino» a través de la Pistis, la fe, ya que posee en su interior ese fragmento de divinidad. Este contacto se da a través de un lenguaje mítico, mejor conformado para lo inconsciente, y a través de los Misterios, mencionados por Hesíodo como dignos de respeto.

Por otro lado, Homero refleja la creencia antigua del alma como un *psyché-pneuma*, es decir, un alma-aliento, que cuesta identificar con el *eidolon*, una especie de doble que entra en el Hades después de la muerte, y que a veces se expresa como el *thumós*, el aspecto sensible, la que sufre, y que Aristóteles interpretará como el *pathós*, vehículo de las experiencias irracionales o inconscientes, en contraposición al *Nóus*, utilizado como razón desde Parménides.

Se ha puesto en duda la posibilidad de otorgarle cierta inmortalidad al alma homérica, ya que siempre, por ejemplo en *La Ilíada*, habla como «escapando» del cuerpo y dejando al hombre abandonado en el cadáver inerte para dirigirse al Hades, en una suerte de sensibilidad casi orgánica. No obstante, Homero parece referirse –en el mismo sentido general griego– a un alma-pájaro, o alma-mariposa, que emprende cierto vuelo. Se nos viene a la mente la imagen del alma-golondrina de los egipcios, sobrevolando el sarcófago en compañía de Anubis.

Homero pone en boca de Aquiles las expectativas que se hace de la muerte un griego:

«Preferiría ser un siervo de la gleba y trabajar para otro, para un hombre sin bienes, sin grandes medios de vida, que reinar sobre los muertos».

Pero, por otro lado, citemos al mismo Homero en *La Odisea*, según el relato que Menelao le hace a Telémaco:

«Pero en cuanto a ti, Menelao, progenie de los dioses, no está dispuesto que mueras en Argos, criadora de caballos, ni encuentres allí tu destino; sino que a la llanura Elísea y a los más remotos confines de la Tierra te enviarán los inmortales, donde habita Radamante, de hermosa cabellera, donde la vida es más fácil para el hombre. Allí no hay nieve, ni dura tormenta, ni aun lluvia...», etc.

Es decir, que Homero, de acuerdo con creencias comunes a la época, concibe una inmortalidad como favor especial de los dioses a cierto tipo de hombres, pero juzga al común de los mortales como carentes de esa influencia.

Para valorar objetivamente las relaciones que pudieran haber tenido los poetas clásicos con la transmigración o la inmortalidad del alma, es necesario pasar un poco por encima de la porfía y aversión que los comentaristas contemporáneos sienten por el tema específico, los que se refieren al fenómeno de la metempsicosis como un arranque de misticismo popular tardío, aunque no explican satisfactoriamente la popularidad que los ritos místicos y la posible cercanía con un epopta que a mucha honra pudiera tener un simple ciudadano, preocupaban a los griegos. Tampoco pueden olvidar que a estos ritos se les confiere una antigüedad notable y serían muy anteriores a Homero y Hesíodo, por lo que es muy poco probable que estos poetas no hayan utilizado algún material proveniente de ahí o no hayan tenido algún tipo de contacto con estas ceremonias, frecuentemente referidas, por lo demás, por casi todos los autores antiguos.

El orfismo y los cultos místicos

El orfismo es un fenómeno que se dio en Grecia como una renovación religiosa y devolvió el sentido original a los ritos místicos que se habían desarrollado en torno a las divinidades «agrícolas» de Deméter y Dionisos.

Aunque es común aceptar que esta renovación es propia del siglo VI a.C. y que sus antecedentes —que la remontan al propio Orfeo— carecen de valor histórico, no debemos olvidar que el lenguaje mítico a menudo transporta información de interés histórico, y que el fenómeno órfico se encuentra muy ligado a los cambios que experimenta el pensamiento griego a partir de los siglos VIII y VII a.C., y que decaerá hacia el IV.

Platón se refiere a esta doctrina en términos de «antigua» en el *Fedón*, aunque algunos de sus exponentes como Ferécides de Siros y Onomácrato son, probablemente, de unos 150 años antes.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Dejando de lado mayores alusiones al origen y desarrollo del culto a Orfeo y del orfismo, se puede citar, como ejemplo, que en el mito, Orfeo es poseedor de los secretos para ablandar a los guardianes del mundo subterráneo y puede ir y venir, en una clara alusión a la muerte y regreso a la vida. ¿Será que Orfeo «recuerda» y, en cambio, los hombres comunes «olvidan», es decir, mueren desde el punto de vista de la conciencia?

El fenómeno comienza su expansión con el culto de Dionisos, al que se emparenta principalmente con los ritos órficos, debido a que ciertos gobiernos griegos favorecen su popularidad; tal es el caso de Pisístrato, que acogió las Orgías, amplió el Telesterión de Eleusis y difundió las manifestaciones artísticas como el teatro y la poesía trágica, antes reservada para los «iniciados» en los Misterios. Tal vez este fenómeno de difusión marca la decadencia definitiva de estos ritos, a pesar de su auge.

Aunque la antigüedad de los cultos dionisiacos es muy anterior a este fenómeno del siglo VI, y se le vincula además con los cultos de Deméter-Perséfone (Coré-Proserpina), asumió una línea de conducta particular a nivel popular, lo que trajo cierto resentimiento por parte de Platón y otros filósofos, que critican la «oferta» de exorcismos y ritos purificatorios a manos de sacerdotes mendigos, que se pueden obtener fácilmente.

Salvando esta generalización, nos encontramos con un orfismo clasificado como religión mística, provista de un cuerpo doctrinal atribuido a un fundador (Orfeo), una teología y unos ritos de iniciación que ofrecen una vida distinta en el más allá.

Lo que interesa puntualmente a este trabajo es el aporte que hace esta doctrina a dos ideas que alcanzan una concreción muy particular y de gran influencia posterior, a saber:

- La inmortalidad del alma, a la que esperan castigos o premios después de la muerte, conforme a la conducta adoptada en vida.

- La transmigración de las almas (conocida en el orfismo tardío como metempsicosis) a través de diversos cuerpos, en un prolongado recorrido hasta volver a la perdida condición de dios.

Veamos en Píndaro una alusión bastante clara a las ideas órficas sobre la muerte y la inmortalidad:

«El cuerpo de todos está sujeto a la muerte irresistible, pero siempre permanece viva una imagen, la cual proviene de los dioses; ella duerme cuando los miembros obran, pero, en muchos sueños proféticos, anuncia a los durmientes el juicio de los males y de los bienes».

Para resolver estas cuestiones el orfismo adopta una metodología práctica y plantea no sólo una doctrina, sino una forma de vida (Biós). Se asumen restricciones muy concretas en relación con los hábitos alimenticios y de toda índole en general, que fueron los que se difundieron, tal vez debido al impacto y contraste que provocan con el estilo de vida común entre los griegos.

En este punto es donde carga con la responsabilidad de religión misteriosa, ya que los practicantes se someten a estas restricciones para purgar los errores y alcanzar un cierto grado espiritual con el fin de hacerse dignos de la contemplación del dios o diosa, mediante la epopteia o éxtasis espiritual. Con esto se resuelven los dos problemas planteados, es decir, se conquista la inmortalidad del alma de manera consciente, y se hace merecedor de una vida llena de serena contemplación en el Elíseo, terminando con el ciclo de reencarnaciones. Esto aparece claramente expresado en las tablillas funerarias conocidas como «laminillas de oro» que se encuentran en las tumbas de los órficos, costumbre que se mantuvo hasta avanzada la época cristiana. Como ejemplo, el verso copiado en esta laminilla:

«Acabas de morir y acabas de nacer, tres veces venturoso en este día. Di a Perséfone (la señora del inframundo) que el propio Baquío (Dioniso) te liberó. Toro, te precipitaste en la leche, rápido te precipitaste en la leche; carnero, caíste en la leche. Tienes vino, honra dichosa; bajo tierra te esperan los mismos ritos que a los demás felices» (Pelina).

¿De dónde viene esta certeza en la vida futura? Los mitos que se celebran en los Misterios aportan a los cofrades los elementos que deberán experimentar, que ya no es tan sólo comprender, como corrobora Aristóteles⁴.

Platón, en *Fedro*, se refiere a la misma idea cuando afirma:

«Y puede ser que los que instituyeron las Iniciaciones no sean gente inepta, sino que en realidad se indique de forma simbólica desde antaño que quien llega al Hades no iniciado y sin haber cumplido los ritos «yacerá en el fango», pero el que llega purificado y cumplidos los ritos, habitará allí con los dioses (...) y esos no son sino los verdaderamente filósofos».

Se reconoce en estos ritos una conexión entre la experiencia de muerte y la posterior continuación en otro estilo de vida superior, y el proceso de Iniciación, que incluso es etimológica, ya que morir se dice *Teleután*, y *Teleisthai* es «iniciarse» de *Teletai* (Misterios).

Los mitos que sirven de inspiración para las festividades que celebran la resurrección o renacimiento se dieron en Eleusis, dedicados a Deméter, cuyo origen debe verse en el mito «incruento» de Ishtar en Mesopotamia e Isis en Egipto. Acá se celebraban las Thesmoforias, en el santuario conocido como Telesterion. Este recinto se construyó, según la referencia homérica, en el lugar en donde la diosa Deméter alimentaba a un niño mortal mientras buscaba a su hija Perséfone, y al ser sorprendida, se revela dando a los hombres la oportunidad de conquistar la inmortalidad. Por otro lado, Hades retiene a Perséfone haciéndole comer una granada, con lo que la obliga a volver periódicamente. La semejanza con el periplo de Isis mientras busca a Osiris es

⁴ «los que participan de las ceremonias de Iniciación no tienen fama de aprender nada sino más bien de experimentarlo o padecerlo y de adquirir una cierta predisposición interna, con tal de que estén especialmente calificados» (Aristóteles).

inegable⁵. Este mito se ha asociado a las fiestas de fertilidad agrícola, pero en su clave antropológica, es indudable la referencia a la suerte que sufre el alma en su camino hacia la inmortalidad con sus ciclos de reencarnaciones (las estaciones).

Las Thesmoforias se celebraban la noche del 19 de septiembre, entrando el otoño, y los oficiantes se trasladaban en un peregrinaje de 22 kilómetros desde Atenas hasta Eleusis, con la cara cubierta (*Mustoi-Mystos*), de donde viene el término *Misterión*. Aquellos que pasaban satisfactoriamente las pruebas eran descubiertos y proclamados «Brimos, hijos de Brima» (*Coré*) y se les revelaba la luz, convirtiéndose en *Epoptai*.

Cuando se habían popularizado los cultos a Dionisos, se celebraban en Atenas las Anthesterias, dedicadas a este dios, en lo que constituye un mito «cruento» de evidente parentesco con el drama osiriano, y que tiene su equivalente en el mito persa de Mitra, introducido en Roma por el ejército y que alcanzó gran popularidad. Estas fiestas se dividían en las «Pequeñas Dionisiacas», celebradas entre diciembre y febrero (invierno) para culminar en las «Grandes Dionisiacas», celebradas en marzo, a la entrada de la primavera.

Otras referencias que se enmarcan en el aspecto «prefilosófico» son las que realizan poetas influidos por el orfismo. Cabe citar los versos de Píndaro (Segunda Olímpica) en los que se refiere a Terón y enuncia la doctrina órfica de la vía de purificación, con los castigos y recompensas que esperan al alma después de la muerte. Aparte de Píndaro, Eurípides manifiesta un contacto con estas doctrinas en sus escritos, y –aunque utilizando un lenguaje satírico– Aristófanes resulta una fuente fidedigna para testimoniar la importancia del pensamiento órfico en la época inmediatamente anterior a Platón.

Como resumen citamos al catedrático español Alberto Bernabé:

«En todo caso, la imagen del más allá de los órficos parece hundir sus raíces en precedentes muy antiguos. Una vieja creencia en una madre Tierra que produce un nuevo renacimiento, la imagen –probablemente indoeuropea– de las verdes praderas del más allá, posibles influjos egipcios en que el alma es interrogada y tiene que pronunciar determinadas contraseñas para que la dejen acceder a un más allá más agradable, tal vez lejanos influjos indios en una teoría de la reencarnación... todo ello configurado sobre una escenografía infernal que es básicamente la griega tradicional, la homérica y la hesiódica, pero subvertida en su simbología y en sus significados.

El resultado es una síntesis original, y como tal, profundamente griega, un modelo que tuvo una vigencia larga, aun cuando estuviera siempre relegado a grupos más o menos aislados de fieles, que nunca llegaron a configurar una Iglesia».

⁵ Ver el mito osiriano en la versión de Plutarco (*Isis y Osiris*).

Los presocráticos

Cuando la Filosofía asume la orientación del pensamiento griego, no se produce un reemplazo violento de las antiguas creencias sino, muy por el contrario, son las escuelas presocráticas las que reinterpretan estas ideas, pero sin perder los vínculos con los poetas clásicos como Homero y Hesíodo, o manteniendo una relación estrecha con el orfismo. Así, destacamos algunos fragmentos en que estos filósofos del siglo VI y V a.C. se refieren al problema de la inmortalidad y la transmigración.

Heráclito de Éfeso

Sobre este filósofo presocrático se han escrito diversas interpretaciones de los fragmentos que quedan de sus obras. Existe consenso en reconocer una muy probable influencia del pitagorismo y del orfismo en su posición sobre la inmortalidad del alma y el proceso de paso hacia otra forma de vida. De hecho, analizaremos brevemente algunas citas que tienen un innegable parentesco con Píndaro y Pitágoras. Dice que el alma es indestructible, pues a su salida vuelve al alma universal, hacia su homogéneo.

Hay citas que, en su oscuridad, dejan entrever la posición de Heráclito frente a la inmortalidad.

«Cuando el hombre ha muerto, se reenciende en uno ya vivo, como una estrella en la noche. Cuando vive, se enciende en uno muerto. Durmiendo se mantiene en vida por contacto con uno ya despierto. Al despertarse se reenciende en uno ya dormido».

«Inmortales mortales, mortales inmortales, viviendo la muerte de aquellos, muriendo la vida de estos».

«Cuando nosotros vivimos nuestras almas se hallan muertas y sepultadas en nosotros; cuando nosotros morimos, las almas resurgen y viven».

Varios autores modernos (como Macchioro) interpretan esto como un referente a los Misterios de Dionisos Zagreo, el único dios helénico que «muere» para renacer y hacerse inmortal. La relación cuerpo-tumba (*soma-some*) está vinculada a lo órfico y así es interpretada. Para ello se usa el testimonio de Hipólito (gnósticos) que hace provenir estas frases de los Misterios órficos, en el rito de la «muerte mística» de los Iniciados.

También cabe mencionar la relación de Heráclito con Pitágoras, ya que es éste último el primero de los presocráticos en definir al alma como inmortal y ligarla a la reencarnación, ya que Heráclito menciona la transformación de hombres en dioses, y esto está referido a la idea de que las almas humanas, cuando se calientan, se vuelven dioses y, a la vez, los demonios, cuando caen en la Tierra, se vuelven más fríos y se transforman en almas humanas. Aquí lo caliente es la cercanía al fuego, lo seco, lo divino. Lo frío es lo que se acerca a lo húmedo y mortal.

También es interesante citar los fragmentos en que se refiere a que los muertos –transformados en héroes– vigilan a los vivos y los custodian –en una alusión a los ritos

de la casta a la que perteneció por familia—, en que hay una interpretación de los Iniciados que, una vez muertos, vigilan a sus compañeros y les acompañan.

Parménides y Empédocles

En primer lugar, al comienzo de su poema *De la Naturaleza*, Parménides de Elea hace una invocación a la diosa que le revela la verdad: «las hijas del Sol apartan los velos de su rostro», preparándole para recibir la Verdad «develada». Esto ha dado lugar a numerosas conjeturas sobre el sentido de esta revelación, como si se tratara de una vía ascensional purificatoria y, por lo tanto, una alusión de Parménides a los Misterios.

Cuando avanzamos en el poema, el filósofo pone al Ser (*ÓN-Ontós*) detrás de todas las cosas y como provisto de eternidad: «Es lo mismo pensar y lo que causa el pensamiento».

Es decir, que si el hombre está dotado de pensamiento, su ser causal irradia de ser el pensar en sí. Esto no invalida que el común de los hombres esté sujeto al error, la «vía de la opinión». No obstante, al reconocerse las dos vías, existe un tránsito del error a la verdad, de la oscuridad a la luz.

Se dice que Parménides habría sido discípulo de Jenófanes, pero, además, mantiene contactos con Empédocles y Pitágoras. Estos últimos tienen vínculos probados con el orfismo. Aunque no queda de manifiesto en el pensamiento de Parménides su postura frente a la metempsicosis, sí parece deducirse con claridad que el alma es inmortal (dado que es) y que el hombre va de la ignorancia a la sabiduría.

Por otro lado, el que sí mantiene contactos con las corrientes místicas del orfismo y los cultos dionisiacos, según manifiestan numerosos testimonios, es Empédocles de Agrigento.

Es considerado taumaturgo, médico y profeta, y solía aparecer vestido de una manera bastante llamativa, coronado, con flores y cintas délficas, proclamando su naturaleza divina, sus recuerdos de vidas pasadas, y obrando fenómenos que hoy clasificaríamos como «paranormales». Aun su muerte es notable, pues se dice que «desapareció» o se arrojó al volcán Etna.

Solo quedan fragmentos de dos de sus obras: *De la Naturaleza* y *Lustraciones*. Su filosofía es amplia y enigmática, con rasgos inequívocos de su familiaridad con el lenguaje místico. Sus textos médicos y su teoría de la sensación, eran considerados muy valiosos aun entre los alejandrinos.

Sobre la inmortalidad del alma y la reencarnación su pensamiento es el más claro y definido después de Pitágoras y Platón. En una cita de Plutarco leemos:

«Necios: pues no son profundos los pensamientos de aquellos que esperan que lo que no tenía existencia antes nazca, o que algo muera completamente y se destruya por entero».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

También Aristóteles se refiere a un pensamiento de Empédocles en el siguiente sentido:

«Pues es imposible que el nacimiento se produzca de lo que no era en absoluto, y nunca ha debido conocerse ni decirse que el ser perece; pues siempre existirá en algún lugar donde quiera que se le sitúe».

Sobre la reencarnación podemos incluir este párrafo que citan Hipólito, Plutarco, Plotino y Diógenes Laercio:

«Es un oráculo del Destino, decreto antiguo de los dioses, eterno sellado por amplios juramentos que cuando alguien mancha sus miembros con una muerte con lucha y por errores hace juramentos en falso, espíritus que han participado de larga vida, tres veces diez mil estaciones ande errante lejos de los bienaventurados, tomando todo tipo de formas de seres mortales a través del tiempo y pasando en sus transformaciones por los arduos caminos de la vida (...)

De estos soy yo uno ahora, también desterrado de los dioses y errante, pues yo ya fui una vez muchacho y muchacha, y planta y pájaro, y pez escamoso de los mares».

Es un texto notable en donde Parménides expresa con autenticidad sus raíces, revelaciones populares que –según algunos– le costaron la enemistad final de órficos y pitagóricos, debido a que éste habría llevado al verso los diálogos privados que sostenían los discípulos de Pitágoras.

Pitágoras

Es Pitágoras de Samos el primer filósofo presocrático al que se atribuyen afirmaciones expresas sobre la inmortalidad del alma por consecuencia de su parentesco divino. Él es, tal vez, el referente obligado para tratar sobre la reencarnación o palingenesis en el pensamiento griego, y esta asociación es aceptada universalmente. De hecho, el extenso tratamiento que hace Platón de este tema se reconoce como de influencia órfica, pero fundamentalmente pitagórica.

Aristóteles testimonia que el pitagorismo difiere del orfismo en una sutileza, agregando una condición nueva para terminar con el ciclo de renacimientos. Básicamente, las ideas sobre el alma son las mismas:

- Que el alma es inmortal y de origen divino, un dios caído en la materia.
- Que el alma es portadora de una suerte de «pecado» que debe expiar a través de un largo proceso de purificación, vida tras vida, pasando de un cuerpo a otro, hasta que, totalmente redimida, dé término al ciclo de los renacimientos.
- De lo anterior se desprende que el alma retorna, y que los sucesos acaecidos alguna vez se repiten, y nunca hay nada absolutamente nuevo.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

- Que es necesario que todos los seres vivos estén unidos por lazos de parentesco.

Para los órficos, este proceso de purificación se cumple cuando el hombre participa de los ritos sagrados y padece (*Pathos*) la Iniciación mística. En cambio, para los pitagóricos –dice Aristóteles–, el saber (*Sophía*) constituye la vía de ascensión. Ya Píndaro coloca a los sabios como héroes, dignos de su inmortalidad, y Platón habla de la purificación a través de la filosofía. Ahora bien, no tiene por qué una vía mística invalidar la vía filosófica ni viceversa.

Jenófanes, contemporáneo de Pitágoras, atribuye esta creencia directamente al filósofo de Samos cuando dice:

«En efecto, el discurso de Pitágoras es tomado en crédito por ellos, que a las almas de los hombres les correspondió ser inmortales y durante determinados años vivir de nuevo, entrando el alma en otro cuerpo» (Citado por Diodoro).

También se atribuye al pitagorismo temprano el hecho de que el alma infunde en el nuevo cuerpo características suyas de una vida precedente, es decir, un principio en el que los atributos actuales tienen su causa en una vida anterior (Karma).

Posteriormente, se dio un pitagorismo que maduró algunas ideas sobre el alma, como encontramos en Filolao, contemporáneo de Sócrates. Aparte de las cuatro nociones antes mencionadas, Filolao agrega el sentido de alma-armonía, un principio que equilibra las tendencias divergentes de la polaridad, propias de la naturaleza corporal. Es decir, el cuerpo está constituido por oposiciones de elementos (frío-calor, húmedo-seco, etc.) y es el alma la que establece una concordancia. Así como al destruir una lira, no se destruye la armonía de su sonido sino tan sólo el instrumento, del mismo modo, cuando muere el cuerpo, la armonía permanece en el alma para dotar al siguiente cuerpo de esa cualidad. Esto reafirma la inmortalidad del alma y la transmigración de las causas a un nuevo cuerpo.

No podemos cerrar esta referencia a las ideas de los griegos sobre el alma y su transmigración, sin mencionar al divino Platón, a pesar de que se hace muy complejo citar las múltiples ideas que él expresa sobre tan complejo tema.

Platón

Sin duda, y gracias a que su obra se conserva más o menos completa, la autenticidad de la versión platónica de la inmortalidad del alma y su purificación a través de múltiples vidas es el documento más importante y completo del pensamiento griego, y tal vez de todo el pensamiento antiguo.

En gran medida, y a diferencia de Aristóteles –porque el mismo Platón profesa como propia la idea de la transmigración del alma–, la búsqueda y desarrollo de argumentos en favor de esta idea es tratada en extenso, pero de manera fundamental en sus diálogos *Fedón* y *Fedro*. No obstante, en *República* (mito de Er), *Gorgias* (mito de

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

los infiernos), en *Crátilo*, *Timeo*, *Menón*, *Banquete*, *Teeteto*, *Apología*, etc., aparecerán argumentos en favor de las características del alma, ya sea para apoyar la naturaleza divina de ésta, ya sea para recalcar la importancia del recuerdo (reminiscencia).

La escatología platónica es una de las ideas esenciales de todo su complejo pensamiento, por lo que debe dedicarse un espacio mucho más extenso a este tema.

Finalmente, cabe mencionar a Aristóteles, porque en sus primeros escritos de la «época platónica» se muestra a favor de las características del alma de acuerdo con la idea órfica y pitagórica, tal como la expresa Platón. Especialmente, considera los atributos de inmortalidad aportados por el pensamiento anterior como propios.

Sin embargo, más adelante adoptará una postura cada vez más distante y crítica, hablando de «estas fábulas de los pitagóricos», y otorgando una noción más materialista, siendo el alma humana la «forma» (hilemorfismo) del cuerpo, su doble e imagen, carente de recuerdos, una tabla rasa sobre la que la experiencia escribe por primera vez sus vivencias.

No se pretende haber abarcado con este trabajo la totalidad de las ideas acerca de la reencarnación existentes en los griegos, ni siquiera de la época clásica (no se mencionan aquí las ideas de los griegos posteriores a Platón), pero puede servir como una recopilación argumental en el marco de este proceso de investigación.

Tal vez hoy estemos en una condición –guardando las debidas proporciones– semejante a estos griegos que rodearon a Sócrates, con sus preguntas y temores. Queremos creer, pero no sabemos exactamente en qué. Queremos alcanzar a rozar la inmortalidad pero no sabemos cómo. Queremos tener una nueva oportunidad, pero tememos no merecerla.



Introducción

La doctrina de la reencarnación es una de las ideas fundamentales para acceder a «la gran arquitectura del viaje del alma».

En la Antigüedad todo nacía de los Misterios, y mientras ellos se mantuvieron vivos la doctrina de la reencarnación perduró en todas las antiguas civilizaciones.

También fue éste el destino de la Roma arcaica. La decadencia de los Misterios ya era muy avanzada en época de Augusto, a pesar de su labor como restaurador de los antiguos cultos religiosos romanos, y todo se sumirá en sueños en la época de Justiniano I, emperador del Imperio Romano de Oriente, que en el año 529 cierra la Academia platónica y en el año 560 el templo de la Isla de Philae, sede del culto de la diosa Isis.

En este trabajo se expondrán las fuentes históricas romanas que hemos recogido, con aclaraciones de las palabras latinas que giran alrededor del tema de la muerte. Como conclusión tratará de los lares como punto de conjunción entre los seres vivos y los seres muertos.

Las fuentes literarias romanas

Las fuentes de nuestra investigación son las obras literarias de la época imperial, que tratan de los fenómenos de la vida y de la muerte en la religión romana arcaica. En lo que concierne al período romano itálico (es decir, desde la fundación de Roma a la conquista de la península itálica), no se encuentran fuentes que traten sobre nuestro tema. Las causas se deben a la natural destrucción debida al tiempo y la poca tendencia a la transmisión por escrito, porque cuando las tradiciones se viven diariamente no se siente la necesidad de transcribirlas; de ese período quedan solamente algunas obras funerarias que necesitarían una interpretación.

En el periodo grecorromano encontramos pocas fuentes de autores romanos tradicionales, y muchas fuentes neoplatónicas que influenciaron las obras y fuentes cristianas.

Presentamos una lista de las citas recogidas que tienen alguna relación con el destino del alma después de la muerte. Hemos eliminado todas las formas que tratan de la muerte en términos psicológicos y conmemorativos del difunto, si bien encontramos una gran cantidad de textos grabados en lápidas.

Las citas se dividen en dos tipologías: las primeras son directas, es decir, hablan de manera explícita de la reencarnación, y las segundas son indirectas y hablan de temas análogos como la inmortalidad del alma o el gran proyecto de «volver a subir».

Fuentes directas

La obra más importante es la Eneida del gran poeta Virgilio⁶, suma exaltación del destino de Roma. En el Libro VI Eneas, predestinado fundador de la estirpe romana, desciende al Hades para consultar a su difunto padre Anchises sobre el destino que le espera. El héroe, asombrado por la gran cantidad de almas que ve pregunta a su padre qué están haciendo allí, y él le contesta:

«Las almas que deberán obtener del destino otros cuerpos beben de las tranquilas aguas del Leteo y de los largos olvidos⁷».

A las nuevas preguntas de Eneas, su padre aclara que las almas una vez encarnadas...

«(...) temen y desean, sufren y gozan, y encerradas en las tinieblas y en la oscura cárcel no ven el cielo.

Más bien, cuando la vida las deja en el último día, cada mal y todas las enfermedades del cuerpo no se alejan de las miserias (almas), pero el destino quiere que muchos vicios, endurecidos por el tiempo, se radiquen en formas raras profundamente.

Por eso están cargadas con penas y sufren suplicios por antiguas culpas. Algunas, suspendidas, son movidas por ligeros vientos; el delito infectado de otras se lava en un enorme remolino o es quemado por el fuego. Cada uno se angustia por sus manes; después somos enviados al vasto Elíseo y muy pocos somos los que ocupamos los campos felices, hasta que un largo día el ciclo del tiempo se cumple y cancela la mancha adquirida, y deja el espíritu puro y el fuego de la luz purificada.

Después de mil años que gira la rueda, un dios les llamará al río Leteo en una gran hueste y así, olvidada la vida precedente, pueden ver otra vez la bóveda del cielo y una vez más empiezan a desear regresar a los cuerpos⁸».

César⁹ cita que los druidas creían en la inmortalidad del alma:

«En primer lugar ellos (los druidas) quieren persuadirnos (*volunt persuadere*) de que las almas no mueren porque después de la muerte pasan de un cuerpo a otro; ellos creen que ese hecho es una gran incitación al valor por cuanto elimina el miedo a la muerte».

⁶ Publio Virgilio Marone (70 - 20 a.C.).

⁷ Versos 713-715

⁸ Versos 733 - 751 - Edición italiana de *La Eneida*.

⁹ La cita se encuentra en *De Bello Gallico* VI, 14.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Esta frase nos da la sensación de que César quiere comunicarnos su asombro ante la cultura de los druidas, como si la idea de la reencarnación no perteneciese más a la cultura romana. Esa frase refleja la mentalidad del momento histórico: se aceptaba la transmisión oral de varias ciencias pero se estaba perdiendo el enlace con el mundo celestial y, en especial, con el viaje del alma.

También lo que escribe Diodoro Sículo¹⁰ parece una constatación de algo extraño a la idea dominante:

«Entre los gálatas (los galos) prevalece la doctrina de Pitágoras. Creen que las almas de los hombres son inmortales y que después de un número de años empiezan otra vez a vivir entrando en un nuevo cuerpo».

Aquí también suena extraña esa «doctrina de Pitágoras», como si la reencarnación fuese ya una doctrina exótica.

Lucano¹¹, en sus obras *Bellum civile* o *Pharsalia*, también parece escéptico:

«Oh, druidas, decid vosotros que las almas no llegan a las silenciosas moradas del Erebo, no llegan a los reinos pálidos de Dite morador de los ínferos: en otro mundo el mismo aliento mueve sus miembros, y si lo que dicen vuestros cantos es verdad, la muerte está en el corazón de una larga vida».

Filón el Judío¹², mencionado también por H. P. Blavatsky, dice con claridad:

«(las almas) que se encuentran más cerca de la Tierra descienden para unirse a cuerpos mortales, regresan en otros cuerpos porque desean vivir en ellos».

Manilio¹³ canta en sus versos así:

«Renunciad, oh mortales, a estas vestiduras, liberaos de vuestras angustias, vaciaos de las añoranzas superfluas de la vida. El destino rige todo y todo está sujeto a una ley fija. También los acontecimientos más remotos están escritos con fechas fijas. El nacimiento decide la muerte, el final depende del inicio. Así pasan las riquezas y los reinos y más a menudo la pobreza; así se asignan el ingenio y el carácter, los vicios y las virtudes, las pérdidas y las ventajas. Nadie puede ser defraudado en aquello que le compete ni puede obtener lo que fue desdeñado, o puede aferrar la fortuna a través de sus deseos si no se le concede, o puede rehuir cuando llega la fortuna: cada uno tiene que padecer un destino».

¹⁰ Diodoro Sículo, siciliano nacido en Agrigio (Enna), contemporáneo del historiador Tito Livio y de Augusto. Escribió una historia universal en 40 libros.

¹¹ Marco Anneo Lucano, nacido en España (39-65 d.C.) Nerón le obligó al suicidio a los 26 años. En la obra *Pharsalia* relata la guerra civil entre César y Pompeyo, que terminó con la batalla de Farsalo.

¹² Filón el Judío (25 a.C. - 50 d.C.), de Alejandría, platónico, concilió la escuela platónica con la escuela de Moisés. H.P.Blavatsky lo define como «gran místico» y recuerda su profunda explicación simbólica de la Biblia. (*Glosario teosófico* Ed. Humanitas, Barcelona 1993, v. Filón el Judío). Filón es mencionado también por María Penkala, *La reencarnación*, edición italiana Mediterranee, Roma, pág. 107.

¹³ Marco Manlio es el autor de la obra *Astronomía* (v. versos mencionados, Libro VI). Vivió bajo los emperadores Augusto y Tiberio; de su vida se sabe muy poco.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El filósofo griego Celso¹⁴ afirma que los cristianos se equivocan sobre la reencarnación, porque hablan de resurrección pensando que van a ver a Dios con los ojos del cuerpo.

Entre las fuentes directas es muy útil citar las contrarias de origen cristiano, porque de todas maneras confirman esta doctrina. La cita clásica es la de Orígenes¹⁵:

«Ya que son proclives al mal, algunas almas (...) entran antes en cuerpos humanos; después, si entran en contacto con las pasiones irracionales, cuando termina el tiempo que se les destinó se transforman en animales y se degradan ulteriormente a nivel de plantas. Desde esta condición se elevan nuevamente y pasan a través de las mismas etapas para ser reconducidas a la morada del cielo¹⁶».

«Tal vez sea más conforme a la razón que cada alma, por ciertas misteriosas razones (aquí hablo según la opinión de Pitágoras, Platón y Empédocles, que Celso nombra con frecuencia), sea introducida en un cuerpo por sus méritos y sus acciones previas (...) ¿Es tal vez racional que las almas sean introducidas en cuerpos conforme a sus méritos y a sus acciones previas, y que los que han utilizado el cuerpo para cumplir el máximo del bien tengan derecho a cuerpos dotados de cualidades superiores al cuerpo de otros? (...) El alma que por su naturaleza inmaterial e invisible no tiene una existencia en un lugar material, si es que no tiene un cuerpo adecuado a la naturaleza de ese lugar, en un momento dado deja un cuerpo necesario hasta ese momento, pero que no es adecuado a su nueva condición, que es diferente, y lo cambia por un segundo cuerpo¹⁷».

«El alma no tiene principio ni fin (...). Cada alma entra en este mundo fortificada por sus victorias o debilitada por los defectos de su vida anterior. En este mundo su lugar, morada casi destinada al honor o al deshonor, es determinado por sus méritos y deméritos anteriores. Su acción en este mundo determina el lugar que tendrá en el mundo sucesivo¹⁸».

«(...) Desde una situación más elevada hacia una más baja hubo un descenso, no solamente de esas almas que merecieron la mutación causada por la diversidad de sus acciones, sino también de aquellas otras almas que, con la finalidad de servir el mundo entero, fueron bajadas desde las esferas más altas e invisibles para descender a las esferas más bajas y visibles contra sus voluntades (...) Toda la creación se nutre de la esperanza de libertad, desde el momento en el cual los hijos de Dios que cayeron en el

¹⁴ Celso vivió en Roma en el siglo II d. C.; era contrario al cristianismo. Por ironías del destino conocemos su pensamiento por una obra de Orígenes, Padre de la Iglesia. Su título es *Contra Celsum*. Se sabe que Celso escribió entre el año 177 y 180 una obra dedicada completamente a la polémica contra los cristianos, El discurso verdadero. Esa obra nos ha llegado gracias a la compilación de Orígenes, que en el año 248 transcribió muchos trozos del libro.

¹⁵ Orígenes Adamanzio (185 - 254 d.C.) es uno de los Padres de la Iglesia cristiana. Nació en Alejandría, fue discípulo de Clemente Alejandrino y del neoplatónico Amonio Saccas, fundador de la escuela neoplatónica de Alejandría. Se cita frecuentemente como creyente en la reencarnación.

¹⁶ *De Principiis*, III, cap. 5.

¹⁷ *Contra Celsum*.

¹⁸ *De Principiis*.

abismo o se desbandaron, serán recogidos en uno solo y habrán cumplido en este mundo con sus deberes¹⁹».

Giustino Martire²⁰ habla de una alma que habita en el cuerpo humano muchas veces y niega el hecho de que ese alma, asumiendo por segunda vez una forma humana, pueda recordar sus experiencias anteriores. Después las almas que se vuelven indignas de ver a Dios con sus semblantes humanos se unen a cuerpos de fieras.

San Clemente Alejandrino²¹ recuerda que Filolao, el pitagórico, enseña que el alma fue encerrada en un cuerpo para castigarla por todos los actos negativos cometidos.

En san Agustín encontramos ecos de probabilidades sobre la reencarnación y no afirmaciones:

«El mensaje de Platón (...) en este momento sobresale por su luminosidad en la obra de Plotino, un platónico tan igual a su maestro que podríamos creer que hayan vivido juntos; mejor dicho, visto que los separa un período tan largo de tiempo, que Platón haya renacido en la persona de Plotino²²».

Agustín parece utilizar la idea de reencarnación solamente para reforzar la semejanza entre Platón y Plotino.

«Dime, Señor, (...) dime si mi infancia sucedió a mi otra edad que murió antes de aquella. Tal vez fue esa edad la que yo he transcurrido en el seno de mi madre...y antes de aquella vida, oh Dios, ¿mi felicidad es que yo estuve en otro lugar o en otro cuerpo? No hay nadie que pueda hablarme de eso, ni padre ni madre ni experiencia de otros, tampoco mi memoria²³».

Apolonio de Tiana²⁴

«La muerte no existe por ninguna cosa, sino en apariencia. El paso desde la esencia a la naturaleza se nos presenta como un nacimiento, mientras que pasar desde la naturaleza a la esencia se nos presenta como muerte. En realidad, nada es originado y jamás nada perece: una vez se presenta a la vista y una vez desaparece. Aparece por la densidad de la materia, desaparece porque la esencia es tenue. Pero es siempre la misma cosa, difiere sólo por el movimiento y la condición».

Si la muerte no existe por ninguna cosa, eso vale también para la Humanidad.

Filostrato²⁵ no expone la doctrina, solo un diálogo sobre la reencarnación entre Apolonio de Tiana e Iarca, un sabio hindú que Apolonio visitó.

¹⁹ *De Principiis*.

²⁰ Vivió entre los años 100 y 165 d.C.

²¹ Clemente Alejandrino (150 - 220 d.C.). Véase «Contra Académicos».

²² San Agustín (354 - 430). Véase «Contra Académicos».

²³ *Le confessioni di Sant'Agostino*.

²⁴ Apolonio de Tiana, I siglo d.C. Véase «Epístola a Valerio».

Plutarco²⁶:

«Cada alma está sometida por decreto divino a errar por un tiempo entre una encarnación y otra, en aquella región que se encuentra entre la Luna y la Tierra».

Heráclito²⁷

«En nosotros se encuentra la misma cosa viva y muerta, despierta y adormecida, joven y vieja en cuanto la primera varía y se vuelve la segunda; y la segunda se mueve otra vez en el lugar de la anterior y se vuelve la primera».

El neoplatonismo fue la escuela que se destacó en proponer otra vez y con fuerza la doctrina de la reencarnación. Muchos de los grandes pensadores cristianos de los primeros siglos fueron influenciados por esta escuela.

Plotino²⁸

«Las almas tienen una naturaleza anfibia y experimentan de manera alternada una condición superior del ser y una inferior; están las que gozan del más íntimo intercambio con el intelecto porque viven más tiempo en el mundo superior; a otras les ocurre lo contrario, sea por su naturaleza sea por la intervención de la casualidad, porque fueron vinculadas por más tiempo a estas penas inferiores».

Jámblico²⁹

«Las potencias superiores a nosotros conocen en su totalidad la vida del alma y todas las vidas anteriores; como consecuencia de esto, si ellos imponen un castigo limitado (...) no lo imponen sin justicia, porque consideran las ofensas cometidas por las almas en sus vidas anteriores».

Porfirio³⁰

«(...) El descenso del alma es voluntario (...) para aquellas almas que desean un cuerpo y que nuevamente son arrastradas hacia el mundo visible».

Hipatia³¹

«Algunos días más en este mundo: después cada uno regresará a su fuente (...) hacia lo alto, por siempre hacia lo alto a través de las estrellas y soles, a través de los dioses y padres de los dioses, siempre más pura mientras se desarrollan las vidas sucesivas hasta entrar en la Nada que es el Todo, donde al final encontrará su morada».

²⁵ Flavio Filostrato escribió «Vidas de filósofos». Véase «La vida de Apolonio de Tiana».

²⁶ 46-120 d.C. Véase su obra «Moralia».

²⁷ «Consolazione ad Apolonio».

²⁸ Véase «El descenso del alma».

²⁹ Véase «De Mysteriis liber», Libro IV.

³⁰ Véase la obra «Porfirio a su mujer Marcela».

³¹ Filósofa neoplatónica que los cristianos mataron en el año 415 d.C.

Fuentes indirectas

Consideramos ahora las fuentes romanas que tratan el tema de la reencarnación indirectamente, que son como ventanas abiertas sobre esta doctrina. Afirmar que el alma es inmortal no significa sostener la reencarnación, si bien es una premisa válida incluso para los adversarios de esa misma doctrina.

El gran poeta Ovidio³² afirma que «las almas no están sometidas a la muerte; una vez que han dejado su morada anterior habitarán en nuevos lugares; allí, una vez acogidas continuarán viviendo».

El español Mela³³ escribía que para los druidas el alma era inmortal.

Festo³⁴: «Las almas de los hombres son acogidas entre los dioses».

Capella³⁵:

«Aquellos que en su vida anterior se comportaron con honestidad se transforman en los lares de las casas y de las ciudades».

Orígenes

Por lo que concierne a la afirmación en Juan 1, 6: «Existió un hombre enviado de Dios y su nombre era Juan», Orígenes afirma que la frase implica la existencia de Juan Bautista como alma antes de su existencia en la Tierra como cuerpo. En efecto, dice:

«Y si tiene valor esa opinión católica que dice que el alma no es emanada junta al cuerpo, pero existe precedentemente y después se reviste de carne y sangre por diferentes motivos, la expresión «enviado de Dios» aplicada a Juan no nos parecerá extraordinaria».

Como se puede notar, las fuentes son todas de época imperial y muchas atañen a los galos y a los druidas. La sensación es que desde el período de Augusto, Roma empezó a sentir ansia de transmitir, de salvar su propia civilización y el primero que lo hace es Virgilio, sumo poeta de la voluntad augusta de restaurar la antigua grandeza romana.

Cicerón es testigo de la crisis espiritual de la República tardía y nos relata:

³² Publio Ovidio Nasone (43 a.C. - 17 d.C.).

³³ Pomponio Mela vivió en el período de los emperadores Calígula y Claudio (37-54 d.C.). Véase su obra *Chorographia (De situ orbis)*, III, 2.

³⁴ Sesto Pompeo Festo vivió entre los siglos II y III d.C.: el «*De Verborum Significatu*» es un compendio de un texto más antiguo de Verrio Flacco, un gramático importante del período de Augusto y preceptor de los dos nietos del emperador.

³⁵ Marciano Capella, abogado africano (primera mitad del siglo V d.C.) redactó la obra «*De Nuptiis Mercurii et Philosophiae*».

«Atico dice que en vuestro Colegio existe una grave discordancia entre Marcelo y Appio, los mejores augures (...). El primero afirma que los auspicios fueron creados en beneficio del Estado, mientras el otro afirma que a través de vuestra ciencia se puede casi conocer el futuro³⁶».

Estas gravísimas palabras testimonian la necesidad de una restauración que Augusto inicia y terminará con el último intento de Juliano.

Aclaraciones sobre términos romanos que se refieren al mundo de la muerte

Antes de continuar profundizando en el concepto de reencarnación en la cultura romana, es necesario clarificar las ideas sobre la terminología romana relativa a la muerte. Los autores a veces confunden a los devas con los antepasados humanos.

La personal interpretación de los autores produce una confusión de los términos (aparentemente semejantes) de las entidades que no pertenecían al panteón de los grandes dioses olímpicos, pero sí se invocaban mucho en la vida cotidiana.

Términos como Manes, Lemures, Larvas, Umbra, Lares, Penates, Numen, Dioses Indigetes, Dioses Novensiles, se pueden interpretar erróneamente en el intento de identificar su tipología.

La explicación incierta de los investigadores ya era un problema individuado por H. P. Blavatsky:

«Todas esas definiciones tienen que someterse a un análisis preciso de la filosofía. Demasiados pensadores no consideran que los numerosos cambios de lenguaje, la fraseología alegórica y el evidente secreto de los antiguos escritores místicos, que generalmente tenían la obligación de no divulgar los solemnes secretos del santuario, han podido despistar a los traductores y a los comentaristas».

Para obtener una referencia segura pedimos el auxilio de H. P. Blavatsky³⁷. Empezamos con una aclaración suya³⁸: «Los más grandes pensadores de Grecia y Roma (...) distinguen las apariciones con los nombres de *mani*, *anima* y *umbra*. Los manes (*mani*) descendían al mundo inferior después de la muerte del individuo, el alma (*anima*) o espíritu puro subía al cielo y el *umbra* inquieta (el espíritu vinculado a la tierra) vagaba alrededor de su tumba porque en ella prevalecían las atracciones de la materia y el amor por su cuerpo terrenal que le impedía subir a las regiones más altas».

³⁶ *De Legibus*, II, 13, 32.

³⁷ Véase *Glosario teosófico*, editorial Humanitas, Barcelona, 1993: lares, Larvae, penates, manes, etc.

³⁸ *Isis sin velo*, pág. 94, edición italiana.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

H. P. Blavatsky cita los versos de Ovidio para afirmarlo: «La tierra recoge la carne, la sombra vuela alrededor de la tumba, el Ogro hospeda los Manes y el espíritu busca las estrellas³⁹».

En esta división del espacio los dioses, los devas y los seres humanos se colocan en su lugar natural.

Esta misma distinción la encontramos en la consagración de un lugar destinado a una futura ciudad o templo⁴⁰.

Por ello los romanos hacían una distinción entre el mundo celestial de los dioses, el mundo terrenal (*Mundus*) propio del periodo de la encarnación y el mundo del más allá (Tártaro), el lugar de las almas humanas desencarnadas y, a su vez, este último se dividía en dos zonas: el Ogro⁴¹, que es un lugar de expiación, y los Campos Elíseos, en los cuales se encuentra el río Leteo, que es el lugar en donde las almas esperan para reencarnar.

Los conceptos cristianos de infierno y purgatorio no corresponden exactamente a Ogro y Campos Elíseos, en cuanto el cristianismo no acepta la reencarnación. Por lo tanto, los Campos Elíseos, lugar de beatitud pero de espera para reencarnar, lo sustituyen con el paraíso, lugar de beatitud definitiva. En resumen, abrevian excesivamente la distancia entre la condición humana y la divina.

Los romanos tenían muy clara la jerarquía celestial y el camino evolutivo del alma humana.

Ahora vamos a ver en detalle las palabras que giran en torno a los conceptos de muerte y de antepasados, que son: manes, lemures, larvas, umbra y lares.

Manes

H. P. Blavatsky dice que los dioses manes eran «dioses benévolos»⁴², es decir, espíritus del mundo inferior (Kamaloka). Las sombras de los muertos que los antiguos deificaban y los espíritus materializados que los modernos espiritistas creían que eran las almas de los difuntos, en realidad son sólo sus imágenes o envolturas vacías.

³⁹ «Terra legit carnem, tumulum circumvolat umbra/Orcus habet Manes, spiritus asta petit).

⁴⁰ Ovidio, *Fasti*, V, 820 - 825, edición italiana.

⁴¹ Orcus, antiguo dios romano con alas negras y una hoz. Más tarde se asimila a Plutón. Además de Ogro y Plutón, el reino de los muertos tenía otros nombres. Averno deriva del nombre de un pantano cercano a la ciudad de Cuma en Campania y en la entrada a los Ínferos; Hades que significa «invisible»; Tártaro (según la Teogonía hijo de Caos y hermano de la Noche; en griego erebos es la oscuridad. La etimología de Ogro es interesante; deriva del griego ergo o eirgo, que significa cierre, de donde deriva orkane, recinto; Ogro es el lugar de donde no se podía salir y por esto la palabra se podría asimilar a Erebo, es decir, lugar cerrado, oscuro. Véase Vocabolario etimologico della lingua italiana de Ottorino Pianigiani, ed. Polaris, 1993.

⁴² El término inmane asume un significado negativo.

Blavatsky remite a la voz pitris⁴³, en donde les dedica una amplia y muy detallada descripción sobre las distintas tipologías de pitris, que van desde los antepasados creadores de la Humanidad hasta los «manes de los antepasados (padres, abuelos), es decir, de los ascendientes directos de la familia. El Bhaga-vad Gita se refiere a esta tipología de pitris (I, 42,44) cuando habla de las ofrendas funerarias prescritas en los libros sagrados, ofrendas que deben hacer los jefes de familia hasta la tercera generación en el día de la luna nueva de cada mes, para garantizar en el otro mundo la felicidad de sus propios antepasados».

Volvemos al verso de Virgilio y ahora sí le podemos comprender mejor cuando dice que «el llanto se adapta a los manes y el canto a los *Numina*».

Ovidio⁴⁴ recuerda que durante las «Parentalia» (festividad dedicada a la memoria de los parentes, desde el 13 al 21 de febrero) «los manes piden poco: en lugar de una rica ofrenda prefieren la piedad».

Los «parentes» eran los muertos considerados antepasados; la festividad de todos los muertos, en efecto, era la Lemuria (9, 11 y 13 de mayo).

Las Parentalia duraban nueve días en memoria del «novendialis» que se observaba después de la muerte de un pariente⁴⁵.

En lo que concierne al periodo de tiempo del funeral romano celebrado después de nueve días, H. P. Blavatsky nos dice que ellos «velaban el cadáver durante siete días, el octavo día lo cremaban y el noveno enterraban las cenizas⁴⁶».

Durante las Parentalias tenía lugar la Parentatio, que era la acción sagrada a través de la cual las personas se reconocían hijos de un Parentes, es decir, de un antepasado.

Paul⁴⁷ afirma que la etimología de la palabra manes significa «bueno». Para otros autores⁴⁸ el término podría derivar de Mania, la abuela o la madre de las Larvae; para otros⁴⁹ sería la madre de los lares.

Manes era una palabra utilizada siempre en plural⁵⁰, también cuando indicaba un solo difunto⁵¹.

⁴³ También en *Isis sin velo*, véase premisa «Delante del velo», XXXVIII.

⁴⁴ Fasti, II, 535 (*Parva petunt manes*).

⁴⁵ La religione di Roma antica. Pág. 47 - 52.

⁴⁶ Novendialis, *Glosario teosófico*.

⁴⁷ «di Manes, ut subpliciter appellati bono essent et in carmine saliarum Ceresmanus intelligitur creator bonus» Fest. 109 L.

⁴⁸ Fest. 114L; Paul. 115L.

⁴⁹ Varr. De l.lat. 9, 61; Macr. Saturn 1, 7, 35; Arnob, adv. Nat. 3, 41.

⁵⁰ Manes, manium.

⁵¹ Sabbatucci, pág. 167.

Lemures, Larvae

El *Glosario teosófico e Isis sin velo*⁵² definen así a los manes: «Los manes o sombras que conocemos bajo el nombre de lares cuando se encuentran a una cierta distancia de nosotros y nos demuestran una protección benéfica, los veneramos como divinidades protectoras del fuego doméstico, pero si sus crímenes las condenan a errar se les llama larvas. Llegan a ser una verdadera plaga para los hombres malvados y un vano terror para los buenos».

El *Glosario teosófico* nos remite nuevamente a *Isis sin velo*⁵³, en donde cita las palabras de un hindú que recuerda que los fantasmas son «espíritus malvados», los buenos no se aparecen a los hombres. Se trata, sobre todo, de espíritus de suicidas, de asesinos o de los que mueren de muerte violenta (...). Las horas nocturnas los sustentan, ellos seducen a los débiles de mente y tientan a los otros de mil maneras. H. P. Blavatsky cita también un fragmento de Porfirio⁵⁴ que precisa que las larvas buscan «sobre todo sangre fresca».

Las larvas son «el alma animal. Las *Larvae* son las sombras de los hombres que vivieron y murieron».

Las Lemuria eran las festividades dedicadas a los Lémuri en los días 9, 11 y 13 de mayo, es decir, en días alternados e impares.

Ovidio⁵⁵ nos recuerda que la tarea del pater familias durante la noche era calmar a «las sombras errantes de hombres muertos antes de tiempo, de quienes se debe sentir temor⁵⁶». La fórmula se repetía nueve veces; otra vez encontramos el número nueve como en las Parentalia.

Ovidio y Porfirio⁵⁷ afirman que las Lemuria fueron instituidas por Rómulo para aplacar el espíritu de Remo, que murió antes de lo debido y se tornó un lemur⁵⁸.

Virgilio y Servio afirman que el término Lemuria podría derivar de Remo (Remuria⁵⁹, festividad instituida por Rómulo para aplacar el alma de su hermano Remo).

Una sustancial diferencia entre Lemuria y Parentalia se encuentra en el hecho de que durante las primeras, los muertos invadían el mundo de los vivos, y en las segundas eran los vivos los que iban a los cementerios a encontrar a los muertos⁶⁰.

⁵² I, 345.

⁵³ I, 345.

⁵⁴ De Sacrificii.

⁵⁵ Fasti, V, 429 y ss.

⁵⁶ «Ad Hor Epistula 2, 2, 209; citación de Sabatucci pag. 165.

⁵⁷ Pomponio Porfirione, un gramático que vivió entre el siglo II y el III d.C.

⁵⁸ La religione romana antica, Sabatucci pag. 165.

⁵⁹ Por «rotacismo» tuvo lugar el pasaje fonético desde la R a la L.

⁶⁰ La religione romana antica, Sabatucci pag. 165.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Las Feralia cerraban las Parentalia desde el 13 hasta el 21 de febrero y se dedicaban a la diosa Tacita Muta, que era una ninfa y madre de los lares, cuyo verdadero nombre era Lara.

El mito nos dice que Júpiter, enojado, le arrancó la lengua porque había revelado a Juno que él acechaba a la ninfa Giuturna. Júpiter ordenó a Mercurio traer a Lara a los Ínferos, pero Mercurio se unió con ella y de esta unión nacieron los Lares compitales, cuya tarea era la protección de Roma⁶¹.

La relación entre muertos y vivos concluía el 22 de febrero con la festividad «Caristia» o «Cara Cognatio⁶²57». Entonces existían dos momentos típicos: la parentatio dedicada al *Parente* en común, aquel que había iniciado la *Familias*, y la *Cognatio* (de cognatus, consanguíneo) dedicada a consolidar las relaciones en las *Familias*. En los Fastos, Ovidio describe el estado de ánimo de concordia necesaria en ese momento⁶³.

En Roma se aplicaba una perfecta jerarquía para recordar a los difuntos. Se iniciaba con las Parentalia, durante las cuales se veneraba a los antepasados de los antepasados; seguían las Feralia, en donde se veneraba a los antepasados más cercanos, y se concluía con la Cara cognatio entre los vivos.

El mes de febrero con las festividades de las Parentalia (13-21), las Lupercalia (15) y las Feralia (21) era un mes dedicado a los muertos y al pasado arcaico de Roma. Febrero indicaba un cierre con el pasado; februare significaba purificar lo que quedaba del pasado para abrir el nuevo año en marzo.

Umbra

El *Glosario teosófico* dice que *Umbra* era «la sombra de un fantasma vinculado a la Tierra. Los antiguos pueblos latinos dividían al hombre (según las enseñanzas esotéricas) en siete principios (...). Creían que después de la muerte el alma pura y divina subía al cielo, a la morada feliz, el Manes (kamarupa) descendía al Hades (kamaloka) y el Umbra (el doble astral o Linga Sharira) se quedaba en la tierra para vagar alrededor de la tumba atraído por la materia física (...)⁶⁴».

Lares

Algunos autores afirman que los lares son divinidades que están cerca de los lugares habitados por seres humanos. El concepto de divinidad tendría que ser

⁶¹ Ovidio, Fasti, II, 609-610; 615-616.

⁶² Los dos nombres derivan de Carus. Esta festividad era contra la regla del calendario romano, que decía que las festividades debían tener lugar en los días impares.

⁶³ Fasti, Libro I, versos 619 - 632.

⁶⁴ *Glosario teosófico*, voz Umbra.

interpretado como devas o Elementales, y la palabra *divinidad* se atribuye a los dioses mayores. Otros autores dicen que los lares son divinidades que un *Romanus* llevaba siempre consigo. Este enlace con el romanismo podría llevarnos a pensar que más que devas debían de ser los antepasados, porque en Roma existían antepasados romanos y no devas.

Los términos «divinidad» y «antepasados» son sinónimos de aquellas almas particularmente elevadas, que pasan de la condición humana a la condición que los humanos llaman «divina».

Nos inclinamos por la segunda interpretación, porque existían los lares públicos, que eran específicamente los antepasados más gloriosos de Roma. Deducimos que si los lares públicos son, sin duda, esos antepasados también los otros lares deben ser identificados como antepasados.

Capella lo afirma de manera clara:

«Los que en su vida anterior se comportaron con honestidad se transforman en los lares de la casa y de las ciudades».

Blavatsky también afirma que los lares son los antepasados⁶⁵:

«Los lares son los manes o sombras de las personas desencarnadas. Existían tres tipos de lares: lares familiares, que eran los guardianes o guías invisibles de la familia, los Lares Parvi, pequeños ídolos que se utilizaban para adivinar y augurar, y los Lares Praestites, que se supone mantenían el orden entre los otros».

H. P. Blavatsky confirma también lo que habíamos dicho sobre los devas⁶⁶:

«Deva-deus, raíz div, «lucir», resplandecer. Un deva es un ser celestial, sea bueno, malo o indiferente. Los devas habitan los tres planos superiores al nuestro. Hay 33 grupos o 330 millones de ellos. Los devas son en la India lo que los ángeles o arcángeles son entre los cristianos. El jefe de esos genios del cielo o divinidades inferiores es Indra, el rey del firmamento o cielo».

La palabra *lares* se utiliza siempre en plural como para los manes, incluso aunque existe la palabra en singular (*lar*). Existen diferentes tipos de lares, tipologías que tal vez pueden ser sólo sinónimos. Desde el más simple al más importante eran:

Lares Familiaris, los genios tutelares de la familias que abarcaban a todos, desde el Pater Familias a los esclavos. Se custodiaban en el pequeño templo de la casa, el *Lararium*.

Lares Vialis o *Lares Compitales*⁶⁷ eran todos los lares de un barrio o de los terrenos que abarcaban, que se veneraban en un templo común construido en las

⁶⁵ Dumezil y Wissowa.

⁶⁶ *Glosario teosófico*, voz Deva.

encrucijadas de las calles o en los confines de las propiedades. Estos lares se honraban y se les ofrecía sacrificio al comienzo del mes de enero, en la festividad llamada Compitalia, que correspondería hoy a una fiesta de un barrio.

Entre estos lares «de un lugar⁶⁸» recordamos también los *Lares Quadvivii*, los *Lares Rurales*, los *Lares Militares* y los *Lares Permarin*, que son los lares del mar.

Además existían los *Lares Publici*, o sea, los Padres de la Patria (Rómulo, Remo, Tito Tazio, Acca Larentia y los otros nombres gloriosos de la Roma legendaria).

En la cúspide de la jerarquía existen los dos *Lares Praestites*⁶⁹, es decir, los guardianes de la urbe, Rómulo y Remo⁷⁰, que Ovidio define como «los dioses gemelos».

Esta jerarquía se podría explicar a través de la natural evolución de las almas. El *Lares Familiaris* tenía que ser un fundador de una estirpe, el héroe. Los otros lares pertenecientes a la familia podrían ser las almas espiritualmente menos evolucionadas.

Entonces el difunto reviste un doble simbolismo: pertenece a otro mundo y debe ser sepultado lejos de los vivos. En cambio, el alma de los hombres ilustres tiene una fuerza positiva y estos héroes se sepultaban en el interior de las murallas, privilegio que se reservaba solamente a las vestales.

Del culto de los antepasados nace en la *Familias* romana la importancia de tener antepasados heroicos o, mejor dicho, ascendencias divinas. Eso significa que la *Familias* era el fruto de un alma elevada. Recordamos que César afirmaba que era descendiente de Venus⁷¹.

Virgilio habla del *Lare de Assaraco*, el abuelo de Anquises. El Lar Aineias era un cipo que se encontraba cerca de Tívoli (Roma)⁷², dedicado a Eneas. Fauno era el antepasado del rey Latino, futuro suegro de Eneas. Entonces se ponen en relación los lares de Eneas y de Assaraco con Fauno, o sea, se relacionan con los albores del mítico árbol genealógico romano.

⁶⁷ Compitum era el lugar de encuentro en los barrios; allí las calles (competunt) se encuentran, Varrone De L. Lat. 6,25.

⁶⁸ Pastorino, La religione romana, pág. 84.

⁶⁹ Latino «Praestare».

⁷⁰ No se trata de los Dioscuri, como algunos historiadores presuponen, si es que no se quiere considerar a Rómulo y Remo como los nuevos Dióscuros. H.P.Blavatsky nos recuerda que, durante el tiempo de la Lemuria, los Dióscuros eran divinidades, hijos de Zeus y Leda (...), eran los siete Dhyan Chohan (los Espíritus Intercósmicos) (...) que se encarnaron en los Siete Elegidos de la tercera raza, pero más tarde los griegos redujeron el número a dos, Cástor y Pólux». Véase en Glosario teosófico las voces Dióscuros, Dioses Intercósmicos.

⁷¹ César pertenecía a la Gens Iulia, que tomaba su nombre de su antepasado Iulo (Ascanio), hijo de Eneas, y éste a su vez era hijo de Anquises y Venus.

⁷² El cipo se encuentra cerca del oráculo de Fauno, en la azufrera del antro de Albunea.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La importancia de estos lares se debe a la gran cantidad de sacrificios que se hacían para honrarlos en los días más importantes del año: las Calendas, las Nones, las Idus y todos los aniversarios de la *Familias*.

Otra prueba de la importancia de los lares es una antigua costumbre romana: cuando la esposa llegaba a la casa de su esposo debía traer tres monedas: una para su esposo y las otras dos para los *Lares Vialis* y el *Lar Familiare*.

Además, 9 días después del nacimiento de un niño y 8 días en el caso de una niña, el Pater Familias daba el nombre al recién nacido como señal de aceptación como miembro de la *Familias*. Este ritual se hacía delante de la imagen del Lar Familiare.

Aún más: un joven a los diecisiete años, antes de recibir la «toga viril», durante las Liberalia del 17 de marzo, sacrificaba al Lar Familiare. En cuanto a las mujeres, antes de sus bodas hacían ofrendas a los Lares Familiares en el mes de mayo y colgaban los objetos en sus pequeños templos.

El hecho que los lares eran entidades «positivas» para los humanos, se evidencia en el canto arcaico de los Fratres Arvales⁷³, en el cual los lares se invocaban bajo el nombre de *Lases* sin el sucesivo rotacismo.

Como ya hemos dicho hay otros nombres que se podrían confundir con el primer grupo y son: *Penates*, *Dioses Indigetes* y *Dioses Novensiles*; éstos son devas y no almas humanas difuntas.

Los penates

Los penates eran los devas protectores de la casa. Su nombre deriva de *penus* o *penum*⁷⁴, que significa provisión de víveres, despensa. Existía, por lo tanto, una fusión entre el concepto de víveres y el de protección de la casa, es decir, que se considera la despensa o almacén una fuente de vida.

Blavatsky dice que «ellos son los dioses domésticos y tutelares de los antiguos romanos. Se los confunde generalmente con los dioses lares o domésticos y también con los Cabires, porque según Macrobio fueron llevados por Dardano desde la Frigia a la Samotracia, y como narran las tradiciones también Eneas los llevó desde Troya a Italia. Esos dioses de la Samotracia se llamaban grandes dioses, dioses buenos o dioses poderosos».

También existían los Penates Populi Romani o sea los penates públicos, pero su culto tenía origen en Lavinio. En efecto, Lavinio era la ciudad más antigua del Lazio⁷⁵,

⁷³ E nos Lases iuvate/neve lue rue Marmor/sins incurrere in pleores/satur fu fereMars/limes sali sta berber/semunis alternei/advocapit conctos/e non Marmor iuvato/triumphe.

⁷⁴ El penus era también el lugar más interno del templo de Vesta y se abría sólo el 7 de junio, cuando empezaban las Vestalia. De penus deriva también el término penuria, escasez.

⁷⁵ Varrone dice: «oppidum quod primum conditum in Latio stirpis romanae Lavinium, nam ibi dii Penates nostri».

adonde iban los cónsules, los pretores y los dictadores recién elegidos para sacrificar a los penates y a Vesta⁷⁶.

Manes y Numina

Virgilio nos inspira para comprender la diferencia entre manes y *Numina*, cuando en *Las Geórgicas* (IV, 505 - 506) hace la descripción del tormento de Orfeo, que no puede traer a la vida a su Eurídice porque se volvió a mirarla durante el camino de regreso del Hades: «Con el llanto se conmueve a los manes y ¿con qué canto se conmueve a los Numes⁷⁷?».

Es muy claro que a los dioses no se les ofrece el «llanto», es decir, el duelo humano; se les tiene que ofrecer el canto que tiene valencia positiva. Son los seres humanos que prueban el sentimiento de piedad y los manes son los antepasados difuntos. Los dioses (Numi) se complacen con las ofrendas, es decir, que conmovemos a los manes y conquistamos a los dioses.

Los Dioses Indigetes

Estas divinidades que animaban todas las cosas que existen en el mundo (también ellos deben ser considerados como devas) eran «indigitate» (*indigitare*, o sea, llamar por el nombre, por lo tanto, «invocar»). Cada una tenía un nombre y protegía un aspecto de la vida. Servio⁷⁸ nos da una lista que, a su vez, Varrone recoge.

Muchos autores incluyen entre los *dioses Indigetes* a los antepasados como Eneas y Anquises. También se habla de un Sol Indiges y de Júpiter Indiges. El acto de invocar abarca a todos los dioses y no solamente a algunos de ellos. Si fuese así cada divinidad tendría que tener el apelativo de Indiges. Es probable que se refiera a la invocación en ocasiones particulares o hechas por hombres particulares. Sabbatucci⁷⁹ individua esas ocasiones particulares en la invocación del hijo-rey al difunto padre-rey, es decir, Eneas invoca a Anquises, Ascanio invoca a Eneas.

En la multitud de denominaciones podrían engañarnos los nombres de los dioses Novensilis. No se trata de una categoría particular con tareas particulares, sino que es un término que indica sólo las divinidades «nuevas», o sea, las de países conquistados⁸⁰.

En resumen, podríamos decir que manes es un término genérico para indicar a los difuntos antepasados divinizados, por lo cual, positivos. Los Lémures y las Larvae

⁷⁶ Macrobio en las Saturnalias. 3,4,11.

⁷⁷ «quo fletu manis, quae numina voce moveret?».

⁷⁸ Georgiche, I, 21.

⁷⁹ La religione di Roma antica, Dario Sabbatucci.

⁸⁰ Livio 8, 9, 6 ecc.

son los difuntos negativos. Los lares son difuntos buenos, o sea, manes y lares serían sustancialmente sinónimos.

En cambio, los penates, los Numina indigetes y novensiles son esencias divinas, se consideran divinidades positivas para la estirpe humana. Del Ponte⁸¹ los define como «dioses del centro».

«(...) los difuntos que eran objeto de un culto particular por cada familia (...). Si eran favorables se denominaban penates o lares, si eran temibles se denominaban Larve o Lemurie. Todos (incluso las otras divinidades a medida que se unieron a las divinidades primitivas) con una voz genérica se denominaban Mani (buenos) que se diferenciaban en dos grandes categorías: Manes superi o celestiales y Manes inferi o infernales. A los primeros se ofrecían sacrificios para que pudiesen proteger y a los otros para que no pudiesen perjudicar⁸².

En la cultura romana domina el culto a los lares y a los penates, como centro ideal de la religiosidad cotidiana.

Virgilio, en su calidad de cantor de las antiguas tradiciones, nos recuerda que Eneas, huyendo de su patria en llamas, lleva consigo a los lares y a los penates. Con eso quiere señalar que los valores fundamentales para aventurarse hacia el futuro son el presente y el pasado.

La distinción entre los devas y los antepasados corresponde a la de Elementales y Elementarios.

Los Elementales «son formas de vida en el interior de los elementos», entendiéndolo por elementos las cuatro diferentes energías arquetípicas (Tierra, Agua, Aire y Fuego y tierra, agua, aire y fuego son la actual manifestación física que conocemos). Los Elementales «son los devas del hinduismo, los ángeles del cristianismo y los elfos, los silfos y los gnomos de las tradiciones populares». Y continúa: «están en la Tierra con anterioridad del hombre⁸³».

Blavatsky⁸⁴ precisa que los Elementales «podrán ser utilizados por los espíritus desencarnados –puros e impuros– y por los adeptos vivientes de la magia y de la hechicería con el fin de producir los resultados fenoménicos deseados. Esos seres nunca más serán hombres. (...) son los principales agentes de espíritus desencarnados que nunca se ven en las sesiones de spiritismo (...).»

Los Elementarios «son las almas desencarnadas de las personas depravadas. Estas almas, un tiempo antes de la muerte, separan de ellas mismas su propio espíritu divino y así pierden la posibilidad de la inmortalidad (...). Son los cadáveres astrales de los muertos (...) en condiciones normales no tienen una conciencia propia pero pueden recibir vitalidad a través de un médium (...) así pueden hablar (...). Frecuentemente son

⁸¹ Renato del Ponte, *La religione dei Romani*.

⁸² *Le feste di Roma antica*, pág. 11-12.

⁸³ *Los Espíritus Elementales de la Naturaleza*, Jorge A. Livraga Rizzi

⁸⁴ *Glosario teosófico*, véase la voz *elementarios*.

observados por los Elementales; ellos los utilizan como máscaras para representar personas muertas y engañar a los crédulos. Los elementarios de las personas buenas tienen poca cohesión y se evaporan inmediatamente, los elementarios de las personas malas pueden durar por mucho tiempo, los de los suicidas, por ejemplo, tienen vida y conciencia propias y no se verifica la separación de los principios. Estos son los más peligrosos⁸⁵».

Los lares

Los lares son representados como dos jóvenes sentados, armados de una lanza, con trajes de piel de perro y en compañía de un perro. Así los describen Ovidio y Plutarco. La presencia de «juventud» podría indicar la juventud interior y la eterna juventud de la estirpe romana.

Los Lares Familiaris también se representan como jóvenes que llevan la toga pretexta.

Está la presencia de un perro, símbolo que está presente también en el culto mitraico.

Los trajes de piel permitan ponerse en contacto con el mundo invisible, es decir, que eran objetos portadores de significados. Por ejemplo, Heracles lleva una piel de león⁸⁶. En tal caso, ya que hablamos de lares, es decir, de antepasados, el perro podría ser una adaptación latina del dios egipcio Anubis, el dios que llevaba a las almas en el último viaje. Por otra parte en el culto mitraico el perro podría ser una transposición del dios egipcio para corroborar que el guerrero está siempre en compañía de «su hermana muerte».

En muchas civilizaciones el perro tenía la función psicopómpica de Anubis en Egipto; para los germánicos el perro Garm vigilaba la entrada del reino de los muertos, para los mayas los perros acompañaban al difunto en el viaje final, y Cerbero vigila el Hades⁸⁷. Entonces el perro no es un animal común como muchos otros que son destinados en los antiguos cultos al sacrificio cruento. En efecto, en Roma la costumbre de sacrificar un perro era insólita. Se pueden encontrar indicios en las Robigalia, en las Lupercalia y en las festividades del 3 de agosto.

Las Robigalia (25 de abril), una de las muchas festividades romanas cuya verdadera naturaleza es difícil de reconstruir, es la tradición más antigua⁸⁸ durante la cual se sacrificaba una perra. Ovidio⁸⁹ habla definiéndola como una canícula («pequeña

⁸⁵ *Glosario teosófico*, voz elementarios.

⁸⁶ Véase las investigaciones de Carlo Ginzburg citado por Dal Ponte.

⁸⁷ *Dizionario dei simboli*, J. Chevalier y A. Gheerbrant.

⁸⁸ «Todo es incierto cuando se habla de las Robigalia». Dario Sabbatucci, *La religione di Roma antica*, pág. 139.

⁸⁹ *Fasti*, 4, 905 - 942. Es una ulterior confirmación de la costumbre insólita de sacrificar un perro en el verso 942. Ovidio dice: «No existe ninguna razón para que deba morir salvo por su nombre». Explica así

perra») que se sacrificaba junta a una oveja. Para la pequeña perra Ovidio utiliza el término «victima nova» para señalar que este sacrificio era una novedad, por lo menos en sus tiempos.

Otra circunstancia en la cual se hacían sacrificios con perros era la festividad de las Lupercalia (15 de febrero⁹⁰).

La relación con la muerte en las Lupercalia la reconstruye Sabbatucci⁹¹ relacionándola con la costumbre más notable de esta festividad, que era la carrera de los Luperci, símbolo de desenfreno, que en sentido amplio es irracionalidad y negatividad, el opuesto de la inspirada civilización romana⁹², es decir, que es la fuerza brutal canalizada por la inteligencia civilizatoria.

Estos animales se sacrificaban durante la festividad del 3 de agosto, que no parece relacionarse con la idea de la muerte. Algunos perros «se colgaban por las patas anteriores⁹³» o eran «crucificados». Durante la misma festividad se llevaban en procesión algunas ocas después de que se las adornaban con oro y púrpura. Esta ceremonia parece ser que era un castigo para los perros porque no habían dado la alarma cuando los galos atacaron el Campidoglio en el año 387 a.C. La leyenda dice que en aquella circunstancia los romanos fueron salvados gracias al aleteo de las ocas.

El hecho de que no se celebrasen sacrificios de perros (al contrario de otras especies animales) podría ser una confirmación de una adaptación latina de Anubis. En efecto, en todas las festividades predominaba la costumbre de sacrificar otros animales: bueyes, cerdos, ovejas, gallos, peces⁹⁴, animales más cercanos al mundo humano en cuanto que se po-dían comer. El perro, por lo menos en la cultura grecorromana no se come y no sólo porque es el amigo del hombre (el caballo también tendría que ser incomedible), sino tal vez porque está en relación con el mundo de los muertos. En otras palabras: sacrificar animales «comestibles» significaba pedir un auxilio físico a la divinidad; sacrificar un perro era venerar a una divinidad de la muerte a la cual no se pide auxilio.

Si se observa el concepto de reencarnación sólo como un fenómeno concerniente al más allá, no parece tener repercusión en el mundo humano, pero no es así.

que el sacrificio se hacía para aplacar la constelación del Can Mayor. Sirio es una de sus estrellas, la más brillante, y cuando aparece lleva consigo un gran calor (la canícula, pequeña perra) que arruina el grano.

Véase Sabbatucci, pag. 140.

⁹⁰ Renato Dal Ponte, *La religione dei Romani*, pag. 66.

⁹¹ *La Religione di Roma antica*, pág. 42, 54, 55, 167.

⁹² Los luperci corrían desnudos por las calles y golpeaban con tiras de cuero a las mujeres como signo propiciatorio de fecundidad (símbolos de desenfreno varonil). Se dividían en dos grupos: los Quintiliani y los Fabiani. Ovidio relaciona las Lupercalia (15 de febrero) con el dios Fauno. Habla más ampliamente de esto en esa fecha que en la otra que se le dedica en dos días (13, 15 las Idi).

⁹³ Plinius, n.h. 29, 57. Se colgaban en una bifurcación de un sauce en un lugar entre el pequeño templo de Iuventas y el de Summanus.

⁹⁴ Serv. Ad Aen. 8, 652.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Debemos reflexionar sobre la enorme desproporción del culto de los muertos en Roma –y en general en las antiguas civilizaciones– y en la cristiana. Los cristianos, en efecto, dedican a los difuntos solamente un día, el 2 de noviembre, festividad instituida solamente en el siglo X por San Odilone, abate de Cluny⁹⁵; cada uno conmemora a sus difuntos el día en el cual murieron y nada más. No existe, ni siquiera lejanamente, la idea de los Lares Vialis, es decir, de una especie de antepasados.

Los santos asumen la función de protectores y por esto se parecen a los Lares Públici y a los Lares Praestites.

En Roma los lares eran venerados, como hemos ya visto, en las festividades más importantes, dos veces durante el año.

«Los muertos» para los cristianos son definitivamente muertos. Para los antiguos las almas de los muertos regresan...

En otras palabras, el culto a los muertos era un verdadero «acontecimiento social», como se diría hoy, un acontecimiento masivo que los cristianos festejan solamente el 2 de noviembre.

Una respuesta a todo esto se podría dar si se cree o no en la reencarnación. Esta doctrina tiene efectos sobre el alma humana y efectos psicológicos en los seres vivos, en cuanto que crea una conexión estrecha entre los vivos y los muertos. Los vivos saben que morirán y que regresarán, y rezar por los muertos significa rezar por uno mismo.

Vida y muerte se vuelven solamente una cuestión temporal, de allí a que se torne una costumbre el paso es breve; por lo tanto, cuando se vuelve costumbre es ya un asunto del Estado.

Podemos afirmar que la reencarnación tiene aspectos psicológicos, políticos y sociales.

Sabbatucci⁹⁶ dice que los *iura sanguinis* o *iura gentium*, en contraposición a los *iura civilia*, se fundamentaban en el culto a los antepasados. Todo se origina al final de la monarquía, es decir, cuando la transmisión iniciática se vuelve una transmisión basada sobre los derechos de la sangre, o sea, el hijo del rey se vuelve rey. El poder político pasa del sacerdote al patricio, es decir, el que puede alabar a los Padres o antepasados. El consulado será un cargo político accesible también a los plebeyos solamente desde el siglo V a.C., y desde esa fecha darán el permiso para la boda entre patricios y plebeyos.

⁹⁵ Anthony S. Mercatante, *Dizionario dei miti e delle leggende*, voz 1305 «Día de los muertos».

⁹⁶ Sabbatucci, 48, 49.

Conclusión

Visto que el culto a los muertos perduró tanto en el tiempo podemos comprender cuán profunda fue la doctrina de la reencarnación en la Roma arcaica.

En la época republicana tardía y en la época imperial el profundo significado de la reencarnación ya se había perdido en parte, pero quedó siempre muy claro en la escuela neoplatónica.



¿Qué es la filosofía estoica?

Para comprender la concepción de la reencarnación en la filosofía estoica será necesario, en primer lugar, exponer sus ideas y principios fundamentales. Según los estoicos uno realmente vive cuando está en concordancia con la Naturaleza y es virtuoso. El único camino para el hombre hacia la felicidad es éste. Quien concibe las leyes de la Naturaleza alcanza la sabiduría y empieza a obedecer. Su obediencia es tanto a la Naturaleza como a la parte más noble de sí mismo. Esta es una actitud que le lleva a la libertad. Cuando es así, se logra una armonía interior y exterior.

Estar en concordancia con la Naturaleza es observar su actuación y comportarse de acuerdo con sus leyes, de las cuales la más evidente es la de los ciclos. Uno de los reflejos de esta ley es el hecho de la vida y la muerte.

La ley de los ciclos

La vida es cíclica y siempre está en movimiento, dando vueltas, pero cada vuelta es diferente de la precedente, porque la evolución se realiza gracias a la acumulación de las experiencias, o sea, a la memoria. Cada día nace con la salida del Sol. Durante el día el Sol es joven y por la noche vive la vejez. Este hecho natural nos demuestra la ley de los ciclos.

El filósofo estoico Marco Aurelio dice así: «El tiempo es un río que fluye con todos los seres que forman parte de la existencia; a la vez, es un torrente severo, pues destruye lo que se encuentra y en su lugar pone inmediatamente otra cosa para también ser destruida en el futuro». O sea, cada ser, dentro de este ciclo, pasa a la siguiente cadena. Marco Aurelio defiende la idea de que el movimiento cíclico es una prueba de existencia de la evolución y lo expresa de esta forma: «Cuando algo muere no desaparece en el universo, se queda aquí después de la muerte, aquí sufre transformaciones y se descomponen sus partes, que son los elementos que forman tanto al universo como al hombre. Estos elementos también sufren transformaciones, pero nunca se quejan». Este cambio en la realidad es la evolución.

La ley de causa y efecto (Karma)

La ley de causa y efecto es la misma justicia divina por la cual está regido todo el universo, es decir, recibe como efecto todo lo que ha causado. De esta forma el individuo forma su propio destino. Cada ser en el universo se manifiesta de acuerdo con la ley de causa y efecto (Karma). Por medio de esta ley cosechamos lo que hemos sembrado. Cada vivencia que tenemos es una consecuencia natural de nuestras acciones

pasadas. Del mismo modo, el resultado de una vida prepara la siguiente y así, la vida presente es la consecuencia de la precedente. La Divinidad no ofrece ni infortunio ni preferencia a ningún hombre, pues en su idioma, credo, sexo, raza y país, todos los hombres son iguales para Él. El hombre tiene el libre albedrío limitado por su sabiduría y moralidad, es decir, tiene la capacidad de elegir.

«Las cosas que dependen de nosotros son libres por su naturaleza misma; nada puede detenerlas ni levantar ante ellas obstáculos» (Epicteto).

Entonces, de acuerdo con la ley de causa y efecto, tanto la bondad como la maldad radican en el hombre y jamás existe la injusticia. Cuando sufrimos no tenemos el derecho a acusar a Dios ni a otros hombres, pues es el hombre mismo el responsable de todo. Epicteto dice así sobre este tema:

«Dios creó a los hombres para que sean felices; si son desgraciados ellos mismos tienen la culpa».

La ley de causa y efecto puede relacionarse con la reencarnación, pues si la muerte fuera un fin o la destrucción total, ¿cómo nos encontraríamos con los efectos de todo lo que hicimos a lo largo de la vida? Las consecuencias de todas nuestras acciones continúan durante las cadenas de vida y muerte.

La vida y la experiencia

El espíritu no es hombre, ni planta, animal o mineral. Estos son los medios de la evolución. Es el espíritu quien utiliza los cuerpos mineral, planta, animal u hombre. Cada encarnación es un papel nuevo. Epicteto dice que la vida es un campo de experiencias.

«Si los dioses me abandonan como me han abandonado en la indigencia, en la oscuridad y en el cautiverio, no es porque me tengan odio; ¿qué amo es capaz de aborrecer a su fiel servidor? Tampoco es por descuido, pues los dioses no descuidan ni las cosas que parecen más insignificantes. Lo que quieren es ponerme a prueba para cerciorarse de si tienen en mí un buen soldado, de si soy un buen ciudadano; es decir, que éste es su fin inmediato, que les sirva de testigo ante los demás hombres» (Epicteto).

El espíritu investiga y estudia las leyes de Dios presentes en todo el universo, a través del cuerpo humano. Pero este conocimiento no se adquiere en una vida sola porque el conocimiento no tiene límites. Los espíritus nacen una y otra vez en cada parte del universo, y con cada una de las encarnaciones las almas se elevan un poco más. Epicteto habla así sobre la acumulación de la experiencia y la necesidad de la reencarnación por esta razón.

«Ni cosas tan pequeñas como una uva o un higo maduran de una vez. Si me dices: «ahora quiero un higo», te contestaré: «¡Esto exige un tiempo. Espera hasta que

uno nazca, crezca y llegue a la madurez!». No obstante, tú quieres que las almas maduren de una vez. ¿Es esto posible..?».

La justicia divina

La verdadera justicia se establece por medio de la reencarnación, porque el control del universo no está en manos de un Dios que concede a unos una vida larga, riqueza, salud, belleza, suerte y a otros una vida breve, pobreza, enfermedades, fealdad y desgracia, ya que la casualidad no existe. En el universo todo actúa de acuerdo con las leyes establecidas por Dios. Así, la verdadera justicia se proporciona por la ley de causa y efecto. La providencia siempre está en juego.

Las cosas que a primera vista nos parecen desgracias o malas son, en realidad, experiencias. O sea, hay que ver en todo y en cada persona a un maestro y así vamos caminando hacia delante. Si la muerte fuera la desaparición, esto no tendría ningún sentido, pero como existe la continuidad, las experiencias siempre lo tienen.

Como vemos las cosas desde una estrecha ventana, los hechos nos parecen desgracias, injusticias o males, pero desde el plano unitario de la Divinidad la situación es totalmente diferente. Por ejemplo, Epicteto se consagra a Dios, pero su dedicación no es pasiva. Todo depende de a qué nos dedicamos. Por eso él nunca deja de obedecer.

Expresa su dedicación con estas palabras: «Me complace todo (sufrimientos) lo que me pasa y lo asumo todo, pues lo que quieren los dioses para mí es más favorable que mis propios deseos».

La muerte: el fin de algo y el comienzo de algo

El hombre es un conjunto de cuerpo y espíritu. Como dice Epicteto: «Nos componemos de dos esencias distintas, las cuales son el cuerpo que compartimos con los animales y el espíritu, compartido con los dioses. Unos tienen cariño a sus parientes primeros, que son perniciosos y pasajeros, y otros mantienen el parentesco con lo bello y divino».

La muerte es la separación de los dos. De la misma forma que nuestro cuerpo físico no muere porque se convierte en tierra, tampoco muere el alma.

Marco Aurelio decía que el presente, el futuro y el pasado son parientes, y expresa que la muerte sólo es una transición:

«Nuestra naturaleza universal es la que se expande por toda la existencia; todo lo que existe hoy está emparentado con todas las cosas que existirán en futuro».

Marco Aurelio, citando la muerte como un fenómeno natural, dice que el temor a ella es inadecuado. «No tengas miedo a la muerte; por el contrario, enfrentala con

alegría, pues la muerte viene de la Naturaleza. Tal como uno es joven y luego llega a su madurez y se hace mayor, o como cuando nos sale la barba o los dientes y nos encanece el pelo, de la misma forma que empieza a desarrollarse nuestra mente, nos embarazamos, damos a luz a nuevas vidas y como todos los otros sucesos experimentados en varios periodos de la vida, la muerte es una parte natural de ella».

Además, la muerte no es un fin, sino una expresión del ciclo presente. El ciclo es la forma en la que la Naturaleza se expresa. Según Marco Aurelio, «cuando sea la hora de morir, voy a enfrentarla con felicidad, ya que las cosas no se destruyen aunque cambien de forma. ¿Por qué tener miedo al cambio y a la descomposición de mis propias partes? Así es el método de la Naturaleza y nada procedente de ella puede ser malo».

La unidad universal o Dios

En el estoicismo a Dios se le concibe como la suma de las cosas que son. Se acepta que no sólo abarca el aspecto espiritual sino también el alma y el aspecto físico. Así, para responder a la pregunta: ¿qué es Dios?, podemos formular otra pregunta: ¿qué no es?, o decir: es «la suma de todo movimiento», o sea, «todo consiste en el movimiento de Dios que forma sus partes». Tal como Dios no puede disminuir o desaparecer, la muerte no es la desaparición sino la transformación.

Según Zenón, el fundador de la filosofía estoica, el espíritu divino y el espíritu humano son uno en su origen y absolutamente inmortal. Dice que el hombre, como parte integrante del mundo, es igualmente un ser material, pero también tiene una parte del fuego divino. De forma parecida, Séneca dice que en todas las cosas existe algo de lo divino. «¿Qué puede ser la Naturaleza más que la mente divina de Dios, que penetra todo el universo, hasta sus partes más pequeñas?

El espíritu mantiene unido el cuerpo orgánico y penetra hasta sus partes más pequeñas. El espíritu universal es uno, y el espíritu humano es un todo integral. Ésta es la enseñanza fundamental en la filosofía estoica y es la respuesta a varias preguntas. El espíritu humano, como parte del espíritu universal, continuamente cambia de forma, tal como lo hace el agua convirtiéndose en hielo o en vapor. La vida y la muerte son dos estados semejantes.

Basándonos en la enseñanza de que todas las cosas en el universo están interpenetradas unas con otras, se explica cómo se expande el espíritu en todo el universo. Por ejemplo, el aire que respiramos es un todo en todas las partes. Así, el aire en Nueva York no es diferente del aire en Estambul, y este aire rodea el mundo entero. De la misma forma, el espíritu universal lo comprende y abarca a todo.

El espíritu es inmortal, porque es inmortal lo que siempre está en movimiento. Algo que es movido por otra cosa, o algo que mueve a otra cosa, no puede sobrevivir cuando para este movimiento. Solamente el Ser que se mueve por sí mismo, como no

puede abandonarse a sí mismo, siempre está en movimiento; además para todos los demás seres es el origen y el principio de movimiento.

No se puede especular sobre el nacimiento de un principio, pues tenemos que aceptar el hecho de que todo lo que nace tiene su principio, pero el principio mismo no tiene su origen en nada. Como el principio no tiene un comienzo, tampoco tendrá un fin. Entonces, el ser que se mueve por sí mismo es el principio del movimiento y no es posible que este ser desaparezca ni renazca. Por lo tanto, el espíritu no tiene un comienzo ni un fin.

Lo uno e inmóvil

Para definir lo uno e inmóvil Epicteto dice así: «el alma es como una piscina llena de agua. Sus alas son la luz que ilumina esta piscina. Al agitarse el agua parece como si también se agitara la luz. Pero, en realidad, la luz es como era antes. Lo mismo ocurre con el hombre. Cuando está confundido y triste sus virtudes no están confundidas ni agitadas. Sus poderes interiores no se mueven. Cuando estas fuerzas se paralizan todas las cosas también se paralizan». O sea, lo uno e inmóvil es nuestra verdadera esencia.

Zenón apoya la enseñanza de Parménides, que menciona lo uno como la única verdad, y la multiplicidad y el movimiento como no existentes, intentando demostrar que tal concepción llevaría a conflictos. Lo hace con sus famosas comprobaciones sobre la multiplicidad y el movimiento. Con estas comprobaciones Zenón intenta contar los múltiples conflictos a los que nos llevaría confirmar el espacio y el tiempo que acepta la división constante. Él llega a esta conclusión: si aceptamos lo que «es» como la multiplicidad y el movimiento nos contradecemos; lo que «es» solamente puede ser lo uno e inmóvil.

Pero, si lo que «es» es uno e inmóvil, ¿cómo puede ser el no-ser? O sea, la evolución y la reencarnación es una ley necesaria.

El retorno a lo uno o reencarnación

Con la «rueda de Samsara», que es un símbolo de los ciclos de reencarnación en las filosofías de las religiones orientales, se acepta la iluminación como la liberación de ésta. Cuando ocurre esto el espíritu está libre y es aceptado en el paraíso eterno. Epicteto concibe la iluminación de una forma similar. Para él consiste en vivir en armonía con la Naturaleza y con la mente, liberarse de todo tipo de deseos, querer las virtudes, creer en la grandeza de la divinidad; en suma, mantener la libertad del alma y elevarla.

Él concibe la mente y la Naturaleza como la misma cosa; por eso defiende la necesidad de obedecer las leyes de la Naturaleza. Por otro lado, esta obediencia no es

como una hoja arrastrada por el viento, sino superar los problemas con nuestras potencias.

Según la filosofía estoica, «la unidad primordial» se puede dividir en energía y tiempo; espíritu y cuerpo. Y aparte de esto, según las diferencias individuales. Pero esas distinciones se originan en el tiempo. El tiempo puede poner fin a estas distinciones. Estos fragmentos están en una evolución continua y cada fragmento es parte de la unión de los elementos. El ciclo presente absorberá toda la materia y se realizará un regreso a la materia primordial (a Dios). El cambio de forma de todo, nuevamente, es el punto de comienzo de un ciclo. En este ciclo nuevo se encontrarán presentes todas las fases del mundo y todos los hechos se repetirán de una forma completa y perfecta. Este hecho es como un futuro puro y feliz para el mundo.

Según Séneca, en el hombre existe un aliento procedente de Dios. El espíritu, después de la muerte, se aparta de la cárcel del cuerpo y alcanza la vida eterna. El hombre, después de la muerte, liberándose de las tinieblas del mundo, alcanza el cielo luminoso. Su origen le llama hacia allí, pero aun en la cárcel del cuerpo, liberándose de los defectos y elevándose con los pensamientos divinos, de nuevo se encontrará en el mismo nivel sublime; allí le espera una libertad sin límite y una tranquilidad de alma. El espíritu (del sabio) no acepta cualquier patria para sí; su patria es el espacio que ya ha recorrido, es decir, el universo. El espíritu del sabio, después de la muerte, logra la unión con Dios. El espíritu, después de abandonar el cuerpo, ya no piensa más en él porque el cuerpo es una carga, una penalidad sobre el espíritu. Por eso, el hombre no debe dejarse llevar por los apetitos del cuerpo, los cuales son buenos solamente para los animales. Despreciar los apetitos del cuerpo es la libertad absoluta.

Marco Aurelio también está de acuerdo con la idea de que el hombre va a regresar al origen de su parte inmortal, y dice que es la ignorancia lo que hace que esté ocupado con lo pasajero: «El movimiento y el flujo renuevan el mundo sin cesar, tal como el tiempo que fluye continuamente, manteniendo activa la eternidad. ¿A qué cosas daremos valor entre todo lo que pasa rápidamente, en este río de fuertes corrientes donde nadie permanece de pie?»

Esto se parece a estar enamorado de un gorrión que desaparece en un abrir y cerrar de ojos. La vida de un hombre es, sin duda, tan pasajera como el aire que se respira o como el alma que se separa volando del cuerpo. Tal como rutina es tomar aire para los pulmones y expulsarlo después, hay que devolver el poder esencial (que te permite el aliento), que se te ha concedido en el nacimiento, a la fuente de donde procede».

Séneca dice que un espíritu sabio alcanza la unidad, la vida eterna después de la muerte. Entonces, ¿qué ocurrirá con los que no han llegado hasta el nivel de la sabiduría? Si reflexionamos un poco más, la respuesta es aparente. Los que se hacen sabios, ¿lo logran en una vida sola o después de muchas experiencias y reencarnaciones? En realidad, lo que se enseña es que los hombres nacen una y otra vez en la Tierra hasta convertirse en sabios.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Según Séneca, «una de las muchas penalidades que experimentará el ignorante es la siguiente: ¡cada vez empezar a vivir de nuevo! ¡Qué embarazosa es la estupidez de la gente que cada día hace nuevos planes para la vida y aún a la hora de la muerte se abre a nuevas esperanzas! Obsérvalos uno por uno y verás viejos que se preparan para intrigas, viajes lejanos y comercio. ¿Qué puede ser más embarazoso que un viejo que se prepara para nuevos errores?».

Empezar a vivir otra vez es volver a encarnarse por no haber extraído el conocimiento necesario de las vivencias. Si uno no aprende y no cambia, siempre se queda en el mismo lugar y vuelve a vivir la misma experiencia. ¡Cuán ignorantes son las personas que aún en el momento de la muerte no abandonan el cuerpo y la materia!

«Desdeñad la muerte, os lleva al fin u os traslada a otro sitio...» Con estas palabras Séneca expresa que la muerte no es un fin sino que lleva al hombre a uno de los dos caminos: el unirse con la gran unidad (tal como la gota que cae al mar y se une con el todo), o experimentar otra vida en otro sitio.

¿Cuál es el camino por el que se alcanza la unidad? Séneca lo explica así: «un espíritu elevado debe obediencia a Dios y siempre cumple las órdenes de la ley universal (*lex universi*) sin pausa. Si se cumple así, será enviado a una vida mejor para vivir de una forma más luminosa y tranquila con Dios o se unirá a su propia naturaleza sin dolor retornando al todo.

La evolución

Según Séneca: «El universo no siempre mantendrá su actual orden. Algún día Dios cambiará su situación... Todo se mueve cíclicamente durante determinados periodos de tiempo. Todo nace, crece y desaparece. Todo lo que vemos moviéndose arriba terminará cíclicamente, pero no desaparecerá totalmente sino que se disolverá». O sea, todo cambia con el transcurso del tiempo. Primero nace y crece y después muere descomponiéndose. Aquí el punto importante es que no se desvanece aunque muera. Decir que el espíritu no se desvanece significa que sobrevive cambiando su forma, o sea, existe un proceso de evolución en el que la muerte, desde otro punto de vista, es un nacimiento. Esto es claramente la reencarnación. Renacer y morir son sinónimos.

Como tantas doctrinas enseñadas a la Humanidad a lo largo de edades, el estoicismo también incluye la realidad de que, en el largo camino de realización propia, no basta con una sola vida para asumir la experiencia necesaria. Según la ley de la Naturaleza, todo cambia. Marco Aurelio cita esta ley con las siguientes palabras: «¿Por qué un hombre tiene miedo a la transformación? Si no existiera, ¿qué ocurriría? ¿Qué puede gustarle más a la Naturaleza universal que la transformación?, y, ¿qué puede estar en tanta armonía con su estructura? Si no se transformase la leña que quemas, ¿cómo podrías calentar el agua con la que te bañas? Si no se transformasen los alimentos, ¿de qué serviría comerlos? ¿Acaso no ves que debes cambiar, tal como este trabajo y esta transformación son necesarios igualmente para la Naturaleza universal?»

La necesidad de la reencarnación para las virtudes

Según Séneca. «los dioses inmortales no se conformaron con contemplar a Cato solamente una vez. Le hicieron descansar y le llamaron de nuevo para que demostrase su valor en una condición más dura. Pues ir a la muerte no exige un alma tan elevada como querer experimentarla otra vez...» Es decir, expone la realidad de la reencarnación con el ejemplo de dejar descansar a la persona muerta y su resucitación. Además, explica que poseer virtudes es más honorable en un mundo efímero pero más duro.

Con estas palabras, Séneca pone en relación las virtudes con el mundo efímero: «Si no queréis luchar se os deja escapar. Por eso, entre las cosas a que os obligo ninguna es más fácil que la muerte. He colocado vuestras almas cuesta abajo; tened cuidado al bajar, vais a ver cuán corto es el camino hacia la libertad, y además está libre de obstáculos. No exijo pausas tan pesadas a la salida de la vida como las exijo a la entrada; de otra forma, si muriera el hombre tan despacio como en el nacimiento, el destino mantendría su gran dominio sobre vosotros». O sea, hay que luchar en contra de las dificultades para evolucionar. Cuando alguien está en la subida, lucha contra la fuerza de gravedad y en la vida siempre estamos en una forma de lucha. Ir cuesta abajo es intentar no hacer nada, no luchar o elegir lo más fácil, que es un estado parecido a la muerte. Por eso, la muerte sería lo más fácil y la libertad que viene de ella es la que dura menos y no tiene obstáculos. La libertad viene con la muerte, pues consiste en alejarse del cuerpo físico aunque sea por un breve periodo. Pero la búsqueda de la libertad sigue hasta alcanzar totalmente la unidad.

Conclusión

La filosofía estoica intenta recordarnos otra vez nuestros ancestros celestiales con la ayuda de conceptos como inmortalidad del espíritu y consciencia de fraternidad universal, como lo hemos planteado. Al estudiar las enseñanzas similares nos encontramos con la sabiduría antigua y con todos los filósofos que son sus seguidores. Ellos son los que nos enseñan las leyes de la Naturaleza, que siempre nos recuerdan la unidad, la esencia, el ser, el origen del espíritu y nuestros ancestros celestiales. Y la ley de Karma consiste en las pruebas que debemos enfrentar. En la filosofía estoica cada individuo que forma parte de la fraternidad de la Humanidad tiene su propia experiencia, pero detrás existe un destino común. Para poder vivir este destino común debemos acumular más experiencia. El concepto de Karma nos lleva necesariamente a la realidad de la reencarnación, que nos concede varias oportunidades para cumplir lo que nos falta.

En su libro *La Providencia*, Séneca cita el ejemplo de un padre que puede hacerse duro cuando se entera de que su hijo quiere aprender algo y lo puede conseguir. Así son los dioses y nuestros ancestros, que nos ponen a prueba con las dificultades porque saben cuán fuertes y virtuosos podemos ser. Esto nos posibilita el despertar paso a paso a la luz por medio de cada encarnación. Entonces nos importan más los placeres del alma y nace la libertad dentro de nosotros. Por lo tanto, la unidad universal se parece

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

a un organismo que siempre está en movimiento y evolucionando mientras dura. Como las células en los cuerpos de cada uno de nosotros, que están continuamente renovándose –y las que mueren participan en otra forma de vida– nosotros también ocupamos nuestros sitios en la rueda de la evolución, de acuerdo con la ley de los ciclos.

No se puede afirmar que en los *Diálogos* platónicos se encuentre una referencia explícita a la metempsicosis, pero sí –entresacadas en sus textos– se pueden encontrar afirmaciones sobre el tema, pues es de suponer que se trata de una cuestión asumida por el filósofo griego, que seguía así las enseñanzas pitagóricas.

Es, en Platón, la idea de la reminiscencia la que explica la vida del alma más allá de las sucesivas muertes de los cuerpos que la contienen, de tal manera que el tema de la reminiscencia –como recuerdo del alma– está presente en su obra, particularmente en el marco de una de sus mayores preocupaciones, que es reflexionar sobre la inmortalidad del alma. Esa capacidad que tiene el alma de superar el olvido y de recuperar lo que para la memoria parecía perdido a través de la anamnesis, es decir, a través de la reminiscencia, no es otra cosa que el conocimiento. Para Sócrates «saber es recordar» (*Menón*).

Como método de trabajo seleccionaré determinados pasajes de algunos de sus diálogos, y en torno a ellos realizaré los pertinentes comentarios.

En el diálogo *Menón* o de la virtud

En el diálogo que entabla Sócrates con Menón se analiza el tema de la virtud, y se preguntan si ésta puede ser enseñada y se puede ejercitar o, por el contrario, se trata de algo connatural. Cuestión que, aunque desde otras perspectivas, ya se trata en el *Protágoras* y el *Gorgias*, si bien en este tríptico que conforman los tres diálogos, es en el *Menón* donde Platón aborda la cuestión de un modo más directo.

Para Sócrates no existe nadie que él conozca que haya sido capaz de explicarle lo que es realmente la virtud. Menón se esfuerza en definir lo que es la virtud, pero lo hace –ante la crítica de su interlocutor– buscando ejemplos pero sin abordar la virtud en sí misma. Así, por ejemplo, dice que es la capacidad de gobernar, a lo que Sócrates objeta que se trata de una virtud en particular, como si al hablar de la redondez identificáramos con ella el concepto de figura, cuando, en realidad, la redondez es sólo una figura más. Así, tendrá que existir una virtud única, idéntica en todas partes, o sea, lo que hay de común en todas las particularidades.

Cuando le llega el momento a Sócrates, éste recurre a Píndaro, al cual –junto a otros poetas– considera bien inspirado. De este modo entra en el tema de la metempsicosis de la mano del poeta atribuyéndole la enseñanza. Dice que el alma del hombre es inmortal y que unas veces abandona la vida –que es lo que se llama morir– y otras veces entra de nuevo en ella, pero que nunca se destruye; y que, por ese motivo, hay que llevar en esta vida, hasta el fin, una conducta tan santa como sea posible.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

De este modo el alma inmortal, varias veces renacida, al haber contemplado todas las cosas, tanto en la Tierra como en el Hades, no puede menos que haberlo aprendido todo. Para explicarlo se apoya en Píndaro, cuando éste dice: «porque, los que sus antiguas faltas han pagado a Perséfone su rescate, hacia el Sol de lo alto, en el año noveno, envía ella de nuevo sus almas...», y luego en el texto hace el poeta una referencia a que «poderosos por la fuerza o insignes por la ciencia se levantan...», con lo que al haberlo aprendido todo y al haber pagado sus deudas con su propio destino anímico, ya libres de ataduras comienzan a recordar y en ello les va la fuerza y la ciencia; dicho de otro modo, el saber.

Por ello, para Sócrates no es de sorprender que –acerca de la virtud como de otros temas– tenga recuerdos sobre lo que ha sabido anteriormente. Incluso, va más allá, porque al ser homogénea toda la Naturaleza, y al haberlo aprendido todo el alma, «nada impide que un solo recuerdo –que los hombres llaman saber– le haga encontrar de nuevo todos los demás». Para ello, anima a los seres humanos a ser valientes y tenaces en la búsqueda, ya que –agrega– «la investigación y el saber no son, en definitiva, más que reminiscencias».

Para el filósofo, en ese fondo de conocimientos que se albergan en el alma experimentada es donde se encuentran las que él llama «opiniones verdaderas». Estos conocimientos se encuentran en cada uno de nosotros y sólo a través de la investigación van apareciendo. Dice que las opiniones verdaderas van brotando de nuestro interior como de un sueño, e insiste en que «si se le interroga con frecuencia y de diversas formas sobre los mismos temas, puedes estar seguro de que acabará por tener un saber sobre ellos tan exacto como cualquiera».

Es decir, que –para el pensamiento platónico– las opiniones verdaderas encerrarían el conocimiento adquirido por el alma en otras experiencias anteriores, y que, a través de la anamnesis, las recupera en la actual experiencia sobre la Tierra, o sea, que –como indica– «sabrás, pues, sin haber tenido maestro, gracias a simples preguntas, habrá vuelto a encontrar en sí mismo, por sí mismo, su ciencia». Esta idea de Platón nos lleva a interrogarnos sobre la sabiduría infusa que posee todo ser humano y que, por medio del arte de la dialéctica, gracias a simples preguntas, vuelve a la luz del conocimiento consciente; como dice su maestro, «vuelve a encontrar en sí mismo y por sí mismo».

En ese reencontrar está el recuerdo, y explica Sócrates cómo hay conocimientos que no hemos adquirido «en esta vida presente» y, por tanto, «es del todo necesario que los haya tenido en otro tiempo y que estuviera provisto de ellos con antelación». Así esas «opiniones verdaderas» despertadas por la interrogación se convierten en ciencias.

De este modo, el ser humano, superando la pereza con el fin de emprender la búsqueda de la verdad desconocida, irá encontrando la opinión verdadera que, en realidad, es la reminiscencia, y luego, a través de la investigación introspectiva, se alcanza el cúmulo de reminiscencias que, ordenadas, constituyen la ciencia infusa.

La virtud, por tanto, es para los contertulios una «opinión verdadera» y, por lo tanto, no es el fruto de una enseñanza, sino que –como tal– parece ser un don de la divinidad.

En el diálogo *Fedón* o del alma

En este diálogo se vuelve sobre el tema recurrente de la inmortalidad del alma, frente a la teoría del «alma soplo» que al llegar a la muerte se disipa como el humo. Es en la teoría de los contrarios donde se apoya el discurso, pues si lo que vive se produce de lo que está muerto, necesariamente de lo que está muerto habrá de producirse lo que está vivo.

Por tanto, si el tránsito de la vida a la muerte se llama morir, el tránsito de la muerte a la vida será denominado para el pensamiento platónico revivir, de lo que puede colegirse que las almas de los muertos deben encontrarse en alguna parte desde donde vuelven a la vida.

Para Sócrates, el alma existe antes de esta vida y continuará existiendo después de esta vida, puesto que tiene que nacer de nuevo. El alma es, por tanto, una entidad simple, frente a las naturalezas complejas que son por sí mismas las que tienen tendencia a disgregarse, siguiendo el mismo impulso –pero al contrario– que las llevó a la agregación. Es la indisolubilidad de lo simple lo que hace del alma una entidad inmutable, esencial, siguiendo el modelo socrático el pensamiento órfico. Esto es lo que permite a Sócrates decir que aprender es recordar.

En cierta manera el alma es indisoluble, inteligible, uniforme e inmutable, y también invisible, al menos para los seres humanos, y se puede colegir que le corresponde ser completamente indisoluble o, al menos, aproximarse a serlo. Otra vez en este diálogo, las pruebas que busca desarrollar sobre la inmortalidad del alma se apoyan en la reminiscencia, en la anamnesis, que forja un puente entre la existencia del alma anterior al cuerpo en esta vida y la existencia posterior del alma una vez que se separa del cuerpo con la experiencia de la muerte.

Sócrates indica –en el diálogo que mantiene con Simmias y Cebes– el eje de su reflexión, en la que señala el continuo retorno de la metempsicosis. En efecto, si el alma existe previamente y es necesario que, cuando llegue a la vida y nazca, no nazca de otra cosa que de la muerte y del estado de la muerte, ¿cómo no va a ser también necesario que exista una vez que muera, puesto que tiene que nacer de nuevo?

Ironiza sobre el miedo infantil a la muerte, pues sus interlocutores temen que sea verdad que el viento disipe el alma y la disuelva con su soplo mientras está saliendo del cuerpo cuando se muere. Como se señala en la discusión, «¿hay algo que sea contrario al vivir, de la misma manera que el dormir es contrario al estar despierto?», a lo cual responde: «el estar muerto». «¿Y no se origina lo uno en lo otro, puesto que son contrarios? (...) Digo que del dormir se origina el estar despierto, y del estar despierto, el dormir». Por tanto, el mismo discurso se puede aplicar al estar vivo y al estar muerto, o

sea, que «lo que vive, ¿procede, entonces, de lo que está muerto, tanto las cosas que tienen vida como los seres vivientes?».

Si admitimos que después del dormir viene la vigilia y luego el dormir y otra vez la vigilia y así sucesivamente, podremos considerar factible, siguiendo «la compensación de la generación contraria», que después de la muerte sobreviene el revivir. Para la doctrina socrática parece evidente que «si existe el revivir, ¿no será eso de revivir una generación que va de los muertos a los vivos?» Ello significa, por tanto, que los vivos proceden de los muertos, no menos que los muertos de los vivos; «siendo esto así, parece que hay indicio suficiente de que es necesario que las almas de los muertos existan en alguna parte, de donde vuelvan a la vida».

El argumento de fondo resulta sumamente sugestivo para Sócrates, siguiendo a Anaxágoras, en la idea de que si todas las cosas se unieran y no se separaran, «todas las cosas quedarían en el mismo lugar», es decir, que sufrirían la tendencia hacia lo inerte como en un pantano donde las aguas terminan putrefactas o se secan por falta de movimiento. En efecto, dice el ateniense que «si muriera todo cuanto participa de la vida y, después de morir, permaneciera lo que está muerto en dicha forma sin volver de nuevo a la vida, ¿no sería de gran necesidad que todo acabara por morir y nada viviera?».

El hilo conductor de este argumento se encuentra en el recuerdo que traen las almas en cada experiencia terrena. La idea de que «aprender no es sino recordar», encierra el hecho de que es necesario que las almas hayan aprendido en un tiempo anterior lo que ahora recuerdan, «mas esto es imposible, a no ser que existiera nuestra alma en alguna parte antes de estar en esta figura humana». Por lo cual agrega que «existen también las almas antes de estar en forma humana, separadas de los cuerpos y con inteligencia».

En definitiva, todo vuelve a girar en torno a la inmortalidad del alma, y –como le indica Sócrates a Simmias– es algo sobre lo que vale la pena pensar y elucubrar, pues se lo ha intentado demostrar; al menos estima que es algo que «conviene creer y que vale la pena correr el riesgo de creer que es así».

En el diálogo *La República* o de la justicia

He seleccionado, para terminar estas reflexiones sobre la reminiscencia en la obra de Platón, expresamente el mito de Er el Armenio, donde se narra la vida post mortem. Este hombre, muerto en la guerra, regresa a los doce días para dar a conocer a los presentes lo que había contemplado en el otro mundo. De este modo se acoge al mito para señalar los comportamientos del alma después de la muerte en términos que luego evocará la *Divina comedia* de Dante.

En relación con el tema que estamos tratando, resulta interesante el pasaje en el cual Er fue testigo del momento en el cual las almas de los muertos se agolpaban frente a las parcas junto al trono de Láquesis, hija de la necesidad, que se ocupaba de recordar

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

los hechos pasados y, por tanto, determinaba su futuro, pues –en palabras del adivino que se encontraba a su vera– se les decía: «almas efímeras, va a dar comienzo para vosotras una nueva carrera mortal en un cuerpo también portador de la muerte». Y agregaba: «no será ser divino el que elija vuestra suerte, sino que vosotras mismas la elegiréis». Junto a ella, las otras dos Parcas –Cloto y Atropo– se ocupaban, respectivamente, de los hechos presentes y de los hechos venideros.

De estas palabras parece deducirse del mito de Er que estas almas se disponían a volver a encarnar en cuerpos mortales, y que la elección de su suerte en estos próximos cuerpos estaba determinada por los propios candidatos como resultado de sus acciones anteriores que Láquesis, la necesidad, determinaba a través de lotes o modelos de vida.

Por esa razón, Sócrates le recomienda a Glaucón que tenga cuidado con lo que realiza en esta vida, porque «en esa coyuntura el peligro, según parece, era grande para el hombre; de ahí que deba cuidarse sumamente, por encima de cualquier otra enseñanza, el que cada uno de nosotros se dedique a la búsqueda y aprendizaje de todo aquello que le procure poder y reconocimiento para distinguir la vida útil de la miserable», y termina el consejo con la mayor claridad: cuando le toque enfrentarse a Láquesis, «sólo así podrá escoger, siempre y en todas partes, la mejor de las vidas posibles».

El mito de Er es un recordatorio para esta vida presente y para la futura, pues de las acciones que realicemos en esta vida dependerá la elección que hagamos frente a Láquesis cuando, según Sócrates, toque retornar a lo que en otros diálogos llama revivir. Termina la narración del mito con un consejo impecable en el que recomienda «elegir siempre una vida intermedia entre las extremas, huyendo en lo posible, tanto en esta vida como en la otra, de los excesos en uno u otro sentido, ya que por este camino puede llegar el hombre, en efecto, a alcanzar la mayor felicidad».

Una vez que las tres parcas habían cumplido con su cometido, las almas, acompañadas por un genio protector, se dirigían a la llanura del olvido, junto al río de la despreocupación y, al beber en sus aguas, perdían la memoria. Sólo Er no bebió, por lo que se le concedió la posibilidad de volver a encarnar sobre su mismo cuerpo, muerto en batalla y ya preparado para arder en la pira funeraria, cuando al despertar en él, así salvó su vida.

Sócrates, al terminar el relato, le indica a Glaucón: «así pudo salvarse Er y no pereció, y esta fábula también guardará nuestras vidas si seguimos sus enseñanzas. Si dais crédito a mis palabras y estimáis que el alma es inmortal y capaz de recibir todos los males y todos los bienes, marcharemos siempre por el camino del cielo y cuidaremos inteligentemente, por todos los medios, la práctica de la justicia».

Todas estas enseñanzas nos brindan un camino de reflexión que hace jugar a los seres humanos, como hemos visto, entre el recuerdo y el olvido. Ambos son necesarios, según las etapas y el desarrollo que hayamos logrado en nuestra alma y nuestra inteligencia. Al principio, como también nos recuerda Cervantes en el *Quijote*, «el magnánimo olvido», por alguna razón, se impone a nuestra conciencia en el momento

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

de retornar a la vida, pero luego habrá que ir recuperando a través de la reminiscencia la ciencia conocida por el cúmulo de experiencias vividas y revividas. Olvido y recuerdo son dos caras de una misma moneda, que es el camino de nuestro propio reconocimiento, que se apoya firmemente en la inmortalidad de nuestras almas, como diría Platón a través de las palabras de su maestro Sócrates, quien nos brinda en sus diálogos una guía del comportamiento humano que nos permita alcanzar lo que es bueno, bello y justo. No en vano Erasmo de Rotterdam exclamó: *¡Sancte Socrates, ora pro nobis!*

LA ENCARNACIÓN DEL ALMA SEGÚN PLOTINO

Antes que nada, uno de los problemas fundamentales que expone Plotino es el de la presencia simultánea del alma única y universal y el de la multiplicidad de almas individuales. Dicho de otra manera: ¿las almas humanas son independientes las unas de las otras e independientes del alma del mundo? ¿Cuál es la relación, si es que la hay, entre la multitud de almas encarnadas y el alma del mundo?

Plotino considera que las almas que se encuentran en los hombres, en los animales y también en los planetas, como en todas las partes del universo, son al mismo tiempo constitutivas del alma del mundo, que es una. «La misma alma es, a la vez, un alma única y cada una de las almas». Las almas individuales son al mismo tiempo «separadas y no separadas».

Esta contradicción encuentra su resolución en la naturaleza misma del alma. Es verdad que, sobre el plano de la materia, toda división de sumas de unidades, de formas geométricas o de cuerpos, es una disminución en partes, que de hecho son más pequeñas que la original. Pero el alma no es material. Y las características de su plano no son las mismas que las del plano material, por lo que debemos evitar caer en la trampa que consiste en dar las mismas características a cosas que pertenecen a niveles diferentes de la realidad, lo que no resulta fácil, teniendo en cuenta que nuestra razón está condicionada por el mundo de la materia, en la cual toda separación es inevitablemente una disminución a partes mínimas.

El alma no es material, no es una cantidad y no se puede dividir. Así, las almas individuales no son partes del alma del mundo, mas son el alma del mundo «por todas partes, entera y única, y en diversos seres a la vez».

En cambio, nuestros cuerpos están separados los unos de los otros y forman parte del todo. Nuestra dificultad para comprender la naturaleza del alma viene de nuestro intelecto, que no es de la misma naturaleza y que no puede considerar las cosas sino a partir de sus propios criterios.

Para ayudarnos a comprender, Plotino recurrió a dos ejemplos. Uno, sobre la blancura de la leche: «la blancura de un cuerpo no es más que una sola parte. La blancura que está en una parte de la leche no es una parte de la blancura de toda la masa de la leche. Es la blancura de esa parte, pero no es una parte de la blancura de la leche. La blancura no tiene absolutamente ni tamaño ni cantidad».

Y el ejemplo de la luz: «el alma es como una luz que llega cerca de la Tierra, se distribuye en nuestras casas, aunque no sea fragmentada y no sea al menos una».

Las almas conservan la identidad en la diferencia. «Cada una subsiste como un ser, pero todas juntas no forman más que un solo ser».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Las almas individuales tienen funciones diferentes. Si nos colocamos al nivel de las funciones, atribuiremos a las almas diferencias que son, en realidad, las de sus funciones. Nosotros confundimos función e identidad. Construimos la identidad de un ser sobre la base de su función, aunque Plotino considera que las funciones no alteran la identidad fundamental del ser, que siempre sigue siendo el mismo. «El alma universal es una unidad por todas partes presente, aunque con sus diferentes funciones».

Sus funciones son, en efecto, diferentes porque resultan de la implicación de una misma alma sobre objetos materiales distintos. No podemos decir, por ejemplo, que la parte del alma que preside la vista no es la misma que la que preside al oído. «Es por supuesto la misma alma, aunque una facultad orgánica diferente actúe en los dos casos», las diferentes impresiones debidas a órganos que terminan en un centro único, un principio único que, solo, tiene la facultad de juzgarlos. Asimismo, como los órganos no pueden pensar, ninguna parte lo puede hacer. Y si hay un principio que lo puede y que es el alma, entonces esta alma no es una parte, sino el todo en la parte, alma individual y alma del mundo al mismo tiempo.

Pensar: solo el alma puede.

El alma del universo es como un árbol al revés. Arriba, el tronco constituye su región superior. Suspendidos en la unidad a través de la cual se comunican entre ellas, las almas individuales constituyen su región inferior, gobiernan la vida del universo.

Esas almas múltiples no se parecen. Esas almas difieren por sus más o menos grandes proximidades con el mundo inteligible, el Ser. Las que están más cerca están en contacto con las inteligibles, mientras que las otras se encuentran más alejadas. Esta distancia relativa no es un azar. Algunas están unidas al alma del mundo, otras como contaminadas y pesadas –entorpecidas– por los cuerpos de los que se hicieron cargo, y se alejaron de las inteligibles, de las cuales no reciben más que una impresión que nutre su deseo. Otras «tienen una mínima disposición». Sin embargo, «todas las almas poseen todas las facultades».

Pero la relación que cada alma mantiene con el mundo inteligible no es la misma. Algunas están unidas al Ser, otras se le unen a través del conocimiento, otras solamente por el deseo.

Plotino recuerda la frase de Platón: «las almas escogen una vida conforme a sus vidas anteriores».

Las almas utilizan diferentes facultades que les permiten contemplar diferentes cosas. De hecho, la amplitud de la percepción es relativa a la distancia que cada uno logra poner entre él mismo y las cosas del mundo. El apego a la Tierra reduce la visión de lo real. Y cada uno no es otro ni se vuelve otro que ese mismo que está contemplando. H. P. Blavatsky expresa esta ley así: «el universo no es más que la proyección de nuestra propia subjetividad».

Para Plotino, «no hay nunca una realidad específica sino por imitación de seres verdaderos».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Asimismo, si ciertas almas «se inclinan fuera del mundo inteligible, descienden primero al cielo y toman cuerpo», éste será el caso de las almas de estrellas y planetas; las nuestras pasan de un cuerpo a otro «porque no tienen la fuerza para levantarse de la Tierra, siempre atraídas hacia ella por su gravedad y por el olvido que cae sobre ellas». Eso que las distingue entre sí es esencialmente lo que traen consigo.

Todas están implicadas en el proceso global de animación y realización del universo.

La participación del alma en el mundo es esencialmente una función ordenadora. Y es claro el rol de todas las almas, cada una en su medida.

En el universo nunca ha faltado orden, por el hecho de que no existe materia sin orden. Así sucesivamente, «en ningún momento el universo ha estado sin alma».

La vida del universo, su construcción, su desarrollo, son el hecho del alma que la anima. El alma no es de él, sino para él, es dominado por ella. Desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, todo participa de esta alma, hasta los más pequeños detalles. El alma proporciona al universo el ser y la belleza.

Los antiguos sabios habían comprendido perfectamente esta ley que quiere que todo cuerpo sea habitado por un principio. Por lo que construyeron templos y estatuas en donde las características matemáticas y estéticas eran tales que debían atraer a las almas superiores, a la medida de su belleza. Esto era, según Plotino, el arte de atraer el alma del mundo a un lugar particular con el fin de beneficiarse de su presencia espiritual: «construir un objeto dispuesto a someterse a la influencia de su modelo», como un espejo que capta la apariencia.

Las almas hacen las cosas a imagen de los seres de los cuales poseen las razones, que ellas son capaces de contemplar, de reproducir. Las cosas vienen a la existencia en el mundo manifestado recibiendo una forma correspondiente a una razón superior a la materia misma. El alma del mundo contempla la divinidad, luego produce y ordena el mundo desde su modelo.

El alma es entonces el centro de un movimiento doble: de un lado, contempla los inteligibles, a los cuales está ligada por su parte superior, y de otro lado, está comisionada para «darle todos sus cuidados» al cuerpo descendiendo a este mundo. La inteligencia se queda en el mundo inteligible y envía al mismo tiempo su luz al mundo manifestado.

«Cuando el alma entra en el cuerpo y lo anima, es con el fin de enseñar e iluminar nuestro pensamiento».

«La inevitable necesidad y la justicia consisten en una naturaleza que manda a cada alma dirigirse a sí misma, según su rango, hacia la imagen engendrada, modelada sobre su propia voluntad y sus disposiciones íntimas». La encarnación del alma, el momento en el que penetra en el cuerpo, no son decididos por un ser en particular. Todo está arreglado, todo se acuerda con el movimiento circular del mundo, todo se sujeta a

una razón única. Hay un sincronismo entre el acuerdo de las almas y el orden del universo. Llegado el momento, el alma desciende al cuerpo que le corresponde «llevada por un poder mágico de atracción irresistible».

Plotino insiste en el hecho de que la encarnación se realiza fuera de todo, de toda «voluntad» y de toda reflexión. Es un estado inalterable que condiciona un movimiento en un momento dado. De un lado las facultades particulares del alma, resultado de las encarnaciones precedentes que van a determinar su rol específico en la próxima encarnación; de otro lado, el estado de progreso del universo en su camino hacia la perfección, que reclama en ese momento preciso un cuidado particular.

La inteligencia, anterior al mundo y contemporánea suya, se traduce por una ley universal a la que todo está sujeto. Las almas cumplen con esta ley, ya que la llevan dentro. Y es esta ley la que «les da el deseo doloroso de ir adonde interiormente les dice ir».

Periódicamente, las almas son liberadas de sus lazos con el cuerpo con el fin de poder regresar al mundo de los inteligibles. Plotino habla de un «reposo temporal» ofrecido por Zeus.

Por otro lado, Plotino aborda la cuestión de los males que acompañan a toda encarnación del alma. Los males que les llegan a los malos no son más que las reglas naturales de las cosas, conforme a la ley que rige el orden del mundo. «Nadie escapa a los castigos que debe seguir por una acción injusta. La ley divina no puede ser evitada. La ley prescribe la cantidad y el tiempo de las penas».

De lo contrario, hay males que llegan a los hombres de bien y que podrían hacer pensar que la justicia no se aplica de la misma manera a todas las criaturas. Que ciertos lugares del mundo han sido dejados al azar. De esto no hay nada: todo llega conforme a la razón del universo. Una injusticia que un hombre pueda sufrir no puede ser un mal para él. De hecho, un acontecimiento es injusto cuando ninguna acción anterior le permite ser justificada. O cuando su razón no es identificada. Por lo que la injusticia está fundamentalmente ligada a la ignorancia, ya que siempre hay una razón que preside el orden del mundo, la inteligencia universal. «Captada en el orden universal (una injusticia aparente) es un acontecimiento necesario».

«Ignoramos las causas, y esto da a nuestra ignorancia las ocasiones de culpar a lo divino».

La memoria

En principio, el alma tiene una memoria que no le llega de su experiencia en la manifestación, sino, sobre todo, de su parte superior. Esta memoria es reminiscencia.

Por otro lado, la huella de las encarnaciones pasadas es una clase de intelección–entendimiento– la cual conserva su quintaesencia y «olvida» las condiciones materiales

de sus recuerdos. Esta memoria no está hecha de recuerdos sino de «disposiciones y afecciones».

«Todas las impresiones que pasan por el cuerpo terminan en el alma». El alma conserva la memoria de aquello que experimentó, de sus deseos y de sus insatisfacciones. Pero no solamente: cuando un hombre se libera poco a poco de su propio cuerpo, puede entonces encontrar los recuerdos no que tocan su vida presente, sino lo que conoció antes de nacer, así como lo de sus encarnaciones precedentes.

La memoria se construye con imágenes que conservamos y que liberan una disposición o una afección particular cuando nos encontramos en presencia de situaciones o de cosas de la misma naturaleza. Cuanto más fuertes sean las imágenes, mejor serán memorizadas. Entonces la memoria está ligada a la imaginación que conserva la huella de las cosas sensibles, pero que puede también recibir imágenes llegadas de lejos, de otra encarnación o procedentes de la reminiscencia.

La elevación del alma

Cuando el alma deja el cuerpo y sube a las regiones superiores guarda pocos recuerdos de este mundo. Lo sagrado del mundo inteligible relativiza nuestras proezas humanas. El lado superior de nuestra alma escapa a las ilusiones del mundo. «Reduciendo lo múltiple al uno, deja lo indeterminado». No se lleva la masa de recuerdos terrestres. Está ligada a la inteligencia del mundo y allí encuentra la serenidad propia de su ser.

Plotino nos enseña que no es necesario esperar a dejar este mundo para de esta manera volver mejor nuestra alma. Ya en nuestra vida es posible «esforzarse hacia lo inteligible», y mientras tanto, olvidar lo peor y no aguardar más que los recuerdos de las mejores cosas. «Es necesario sustraerse de los recuerdos de las preocupaciones de los hombres».

«El alma buena es olvidadiza» y «nos volvemos mejores a través de la educación que recibimos de un ser superior».



Con esta breve discusión queremos mostrar la frecuente presencia de la noción de la reencarnación en los sistemas filosóficos de griegos y romanos. Como ejemplo, vamos a tomar a Plotino, uno de los últimos grandes maestros Iniciados del mundo antiguo. Podríamos decir que con la escuela neoplatónica y con Plotino se terminó un riquísimo periodo de la Antigüedad, después del cual la Filosofía se retiró de la esfera del mundo occidental por largo tiempo. Consecuentemente, la noción de la reencarnación se quedó olvidada hasta la aparición del Renacimiento.

Antes de abordar las visiones y enseñanzas de Plotino sobre la reencarnación debemos llamar la atención sobre algunos detalles importantísimos.

Plotino utiliza esta noción con frecuencia, pero no lo explica ni delibera demasiado sobre ella. Este término va siempre sobrentendido en sus discursos como un hecho infalible, y Plotino lo maneja todo el tiempo. Para él, la reencarnación es la ley fundamental del existir, obvia a los ojos de los filósofos. Podemos afirmar con certeza que si lo eliminásemos de sus enseñanzas no seríamos capaces de entenderlas.

Por otra parte, durante todo el tiempo de la lectura, tenemos la sensación de que él no nos quiere explicar ciertas cosas a fondo, sino que las indica o esconde detrás de una imagen, un cuento o un símbolo.

Leyendo a Plotino, no podemos sustraernos a la impresión de que, mirando las cosas, él no llega a las conclusiones analizándolas, aunque a menudo utiliza el análisis. Tenemos que ser conscientes de que él no nos quiere decir mucho porque lo considera inútil o no quiere «echar perlas a los puercos». De una manera general, es significativo que utilice a menudo «el lenguaje enigmático del misterio».

El alma

La reencarnación está ligada a su entorno, es decir, al viaje del alma a través de su existencia. El alma es sagrada y eterna. Periódicamente baja a la Tierra cambiando de cuerpos. Pasa por todo el cielo apareciendo en formas diferentes, sensibles, racionales o vegetales. Pero su «cabeza» se queda siempre en el cielo y nunca se separa del Logos y de la razón.

Aquí, en la Tierra, el alma se encuentra encadenada y sufre terribles tormentos por su separación del Uno.

Pero el padre Zeus tuvo lástima de las almas e hizo que esas cadenas, responsables de su sufrimiento, fueran perecederas. Dio a las almas un reposo temporal, liberándolas del cuerpo, para que pudieran irse donde está el alma del Todo. Así, el alma siempre circula alejándose y acercándose al Uno.

El alma se vierte en el cuerpo

El alma se vierte en el cuerpo y lo ilumina. Igual que los rayos luminosos del Sol hacen que las nubes tenebrosas reluzcan y parezcan de oro, así el alma vino al cuerpo y le dio vida e inmortalidad. Y el cuerpo, que el alma puso en movimiento, se volvió beato ser vivo. Cuando se asentó en él, el cuerpo obtuvo la dignidad porque antes estaba muerto; era la Tierra y el agua, las tinieblas de la materia y el no ser.

Entrando en el cuerpo, ella abrazó en sí su naturaleza para pasar del estado potencial al estado concreto. Al cuerpo no le pasa nada que no fuera necesario ni sin razón, porque la verdad es, como dice Plotino, que si el cuerpo no existiese, el alma no se desarrollaría, no progresaría ni se volvería consciente de sí misma. Aunque potencialmente cada alma lo incluye todo, cada ser individual tiene esos potenciales actualizados de manera diferente.

El alma baja periódicamente en la existencia adecuada, desarrollándose y poniendo en armonía todas sus partes. Todas las almas tienen su propio lugar y su propio papel en el gran orden y todas bajan y suben a Dios.

Plotino, siguiendo el pensamiento platónico, no sitúa el alma en el cuerpo sino el cuerpo en el alma, y sostiene que existe una parte del alma en la cual se encuentra el cuerpo y otra donde no hay cuerpo, porque es obvio que existen ciertos poderes del alma que el cuerpo no necesita. Es preciso decir que en el cuerpo no se encuentran otros poderes del alma que los que el cuerpo necesita.

Nuestra alma no bajó toda al cuerpo sino que existe una parte suya que mora siempre en el dominio espiritual. Si predomina la parte que se encuentra en el mundo sensible, entonces es imposible contemplar la parte elevada del alma.

El cuerpo entero es sólo un instrumento del alma. Fue creado bajo su influencia antes de que ella entrara en él.

El alma sufre en el cuerpo

El alma tiene muchos poderes y la materia casi le ruega y le importuna para que ella entre en su interior. La materia se vuelve iluminada pero no llega a alcanzar a lo que la ilumina. Ofreciendo al alma la existencia y la razón de entrar en ella, la materia se mezcló ensombreciéndola y manchando así su radiación y su luz. Y justamente eso, entrar así en la materia, representa la caída del alma, porque todos sus poderes ya ni se pueden expresar ni se pueden realizar.

Alejándose del Dios el alma baja en cuerpos diferentes, ya sean ellos de fuego (razonables), de aire (sentimentales) o de tierra (físicos). Cautiva del cuerpo, ella sufre por las limitaciones y dolores que le vienen a través de él, pero sobre todo porque está separada del Uno. El cuerpo es un gran impedimento para poder pensar pura y claramente y la llena de placeres, deseos y dolores. De esta manera el alma se vuelve irracional y llena de temores.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El alma tiene un anhelo espiritual elevado hacia el Logos del que proviene, pero tiene también otra aspiración dirigida hacia lo bajo.

Como cambia, se separa de la unidad y se hace cada vez más propietaria de sí misma. Cada alma se retira en lo suyo. Cuando durante largo tiempo huye del Todo, el alma se separa de él por completo y no lo mira más. Así, llega a ser una parte separada, autónoma, debilitada, y le importa sólo lo que es suyo. Empieza a olvidar su propia inmortalidad y su propia esencia.

Cuando se separa del conjunto y empieza a dirigir esta parte separada y su entorno, ella penetra profundamente dentro de ella y se une con ella.

Exactamente en este punto ella pierde sus alas y cae en las cadenas del cuerpo porque perdió su inocencia que existía sólo en lo elevado. Su eficiencia se redujo sólo a la observación y ya no puede actuar mediante su parte espiritual.

En resumen, Plotino dice que el alma está enterrada, que el cuerpo representa sus cadenas y su tumba, que el mundo es su caverna y su gruta.

A pesar de todo, el alma siempre posee en sí misma lo más elevado. Y cuando se vuelve hacia el espíritu, se libera de las cadenas y sube, porque empieza a acordarse de su verdadera naturaleza. Y si huye rápidamente de su cuerpo, no sufre ningún daño, porque conoció la naturaleza del vicio y del mal, desarrolló y confirmó sus poderes y se volvió consciente de sí misma.

Sin la bajada del alma al cuerpo, el mundo material permanecería quieto y no tendría razón de existir porque no habría eficiencia. A ella misma le quedarían velados su esencia y sus poderes.

El alma puede llegar al cuerpo de dos formas: mediante la primera, el alma que se encontraba en otro cuerpo pasa desde el plano de aire (sentimientos) o de fuego (razón) al plano terrestre (físico). En la segunda, el alma desde un estado inmaterial (espiritual), llega a cualquiera de estos planos o cuerpos.

De la salida del alma

El tiempo que nos es dado a cada uno de nosotros para vivir esta vida, es determinado y no sería útil salir antes, excepto si fuera necesario. Por difícil que sea la posición en la que se encuentre el alma, no podrá salir mientras exista la posibilidad de progreso.

Pero ¿qué pasa si alguien acelera la decadencia del cuerpo? Ha echado su alma del cuerpo todavía ensuciada por el mal. Lo ha conseguido por la fuerza y no la dejó irse sola. Se separa de él, pero no lo libera de pasiones; se va, pero con una sensación de insatisfacción, dolor y rabia. Algo así no se debe hacer porque el alma caerá en el cuerpo de nuevo.

El actor en la escena cambia de papel

Nuestra vida no es más que una obra de teatro. Y si la muerte nos alcanza, es como si en la escena un actor ya muerto cambiara de vestido y volviera a entrar, con otro personaje, representando otro papel. «¡Pero éste murió de verdad!», dirá alguien. Si la muerte es el cambio de cuerpos como aquella mudanza de vestidos, entonces, ¿por qué sería tan terrible este cambio?

Todo lo grave que a los hombres sucede es sólo un juego de niños. Morir en la guerra o en la batalla significa experimentar, un poco antes, algo que pasa normalmente en la vejez; irse antes para antes volver.

El asesinato y la muerte, la destrucción de las ciudades y el pillaje, deben ser tomados como algo que pasa en un escenario; como unos cambios, unas transformaciones, un fingimiento de lágrimas y lamentaciones. Porque no es el alma, lo interior del hombre, sino su sombra exterior la que se lamenta, la que llora, la que actúa en el escenario. Y este escenario es la Tierra entera. El hombre que vive exclusivamente en la vida inferior y externa, no ve que juega con lágrimas, aunque sean verdaderas. Sólo un hombre noble puede quedarse fijo en la seriedad de sus acciones; otros parecen juguetes del destino.

El alma es la que juega, y su papel se lo dio el Creador. Como los actores obtienen sus máscaras, sus vestidos, sus túnicas verde-doradas y sus trapos, de la misma manera ella obtiene su destino, no por casualidad. Fue escogido de acuerdo con sus deseos y su vida anterior.

El destino y cómo hacer justicia

Pasando por el círculo de existencias sucesivas, el alma hace muchas cosas malas morando en el cuerpo. Por esto tiene que pagar sus faltas hasta que se haga justicia. El castigo justificado de los hombres malos tenemos que dejarlo al orden divino porque él hace lo que es justo.

Pero ¿qué decir de todo lo injusto que pasa a la gente buena?, por ejemplo, castigos, pobreza, enfermedades. Debemos decir que esto pasa parcialmente por causa de faltas previas, porque todo ya fue tejido en la justicia divina y puesto de acuerdo con ella.

Por ejemplo, cuando a uno se le cae la casa encima, él morirá sea quien sea. O si los caballos le pisan a uno saldrá muy malherido. Aunque eso sea injusto para el que lo sufre, no representa nada de malo, tomando en consideración la validez y la justicia del Todo. Pero esto tal vez no sea injusto si encuentra su justificación en lo que ha sido cometido antes. Porque no debemos creer que unas cosas estén incluidas en el orden común y otras abandonadas al azar. Aun las cosas mínimas y las más insignificantes tienen que estar incluidas en el orden de la justicia.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Las diferencias entre las almas existen por causa de su anterior estado concretizado y no por causa de la justicia que debe ser satisfecha. Nadie puede evitar lo que debe sufrir por causa de sus obras injustas. La ley divina es inexorable y tiene la propiedad de hacer inmediatamente lo que ha sido decidido.

El que tiene que sufrir en la vida nueva fue llevado, sin saberlo, hacia lo que debe padecer. Él yerra despistadamente perdido e inseguro, confrontando el castigo del destino, y, al fin, totalmente exhausto, cae al punto que le estaba asignado por sus vidas previas.

En esta ley divina también está decidido cuándo y por cuánto tiempo el alma tiene que sufrir, y también que, cuando lo cumple, tiene la posibilidad y la fuerza de huir de allí.

La injusticia de un hombre hacia otro es para el que lo comete injusticia también; él no puede huir del castigo que le espera. Y mirando al que sufre, él está también incluido en la justa red común del Todo y obtuvo su sufrimiento según la justicia. Así tiene que ser. Si el que sufre es bueno, todo le sale bien. Porque no debemos pensar que esta organización sea injusta o privada de la presencia divina; es ordenada con justicia y cuidado en su deber de repartir lo atribuido. Pero las causas de los castigos son ocultadas a la gente común y, a base de esto, ella se enoja contra el destino o contra el mismo Dios.

El hombre que sufre, sufre porque lo merece. Pero el sufrimiento y aun la muerte no nos aportan nada terrible.

Ya que cada uno obtuvo lo que merecía según la justicia no tiene sentido rogar a los dioses para que nos liberen de algo. Por eso la ley divina dice que los frutos no deben coleccionarlos los que ruegan sino los que cultivan la tierra, y de las guerras hay que salvar a los bravos y no a los que rezan. Por la misma razón cuando un Estado está dirigido por gente mala, es consecuencia de la colaboración de los sujetos cobardes y no por injusticia.

Nuestro futuro no es determinado solamente por nuestro presente sino también por los círculos anteriores del nacimiento, por los planes y las necesidades del futuro.

Para el alma es necesario volver a los cuerpos hasta que se limpie de todo lo terrestre. En la vida nueva entra dependiendo de cuáles eran sus deseos y obras previas.

El demonio

El que el alma pase todo según la justicia, es cargo de su demonio, al que obtuvo por nacimiento y al que escogió de acuerdo con sus inclinaciones.

Cada alma tiene su demonio mientras more en el cuerpo. Él lo vigila todo, pero sin actuar. Él se encuentra siempre por encima de nuestra naturaleza activa. Si nuestras obras son sensibles, el demonio es razonable, pero si vivimos de acuerdo con la razón el

demonio está por encima de ella. Así que «nosotros vamos a elegir» porque con nuestra vida elegimos al demonio supervisor.

La elección del demonio y de la vida nueva es una decisión libre universal y general; es la actitud misma del alma. Pero nuestra alma toma las decisiones sobre la base de las vidas anteriores. El demonio es el ejecutor de lo que el alma ha escogido. Él, que es superior a nosotros, no nos deja bajar ni subir más de lo que nos fue determinado.

La vida futura

Cómo será la vida nueva del alma depende de cómo el alma vivió su vida anterior. De los que antes fueron malos amos, Dios hace esclavos porque esto es útil para ellos. A los que se sirvieron mal de sus riquezas, les hace pobres (que, dicho sea de paso, para la gente buena también es útil ser pobre). A los que han matado injustamente, hace que sean matados (injustamente, desde su punto de vista, pero con justicia desde el punto de vista de la víctima). Al que tiene que sufrir, Él ata con el que es apropiado y capaz de hacer que éste sufra. Porque es cierto que el hombre no se vuelve esclavo o cautivo por azar, ni hacen violencia a su cuerpo sin razón, sino que él hizo antes lo que está padeciendo ahora.

Si alguien mata a su madre, en otra vida será mujer y le va a matar su propio hijo; y si alguien viola a una mujer, se volverá mujer para ser violado a su vez.

De ahí proviene que, según la revelación divina, a esta estructura le dieron el nombre de Adrastea («a la que no se puede escapar», lo que es atributo de la diosa Némesis). Ella representa de verdad la mayor justicia y una sabiduría asombrosa.

Plotino sigue sosteniendo de una manera enigmática que el alma puede volver a nacer como animal. Es obvio que está hablando de una forma metafórica porque en esta parte su manera de hablar empieza a disentir con el resto del texto. Aquí ya no utiliza su estilo filosófico tan pesado, sino un estilo simple, simbólico y mítico. Volver a nacer como animal, tomado alegóricamente, no quiere decir que el alma vuelva en el cuerpo de un animal, sino que actúe solamente con su parte animal y no con su parte humana.

Así que todos los que han preservado al hombre en sí volverán a nacer como humanos; los que han pasado su vida en la sensualidad van a nacer como animales. Pero si su sensualidad ha sido imbuida de pasión nacerán como fieras. Los que han vivido en la lascivia y los deleites se volverán alimañas voraces insaciables. Aunque no hayan vivido de una manera voluptuosa con todas sus codicias, sino en la torpeza de su sensualidad, serán plantas, porque lo único que es o era activo en ellas es el principio de crecimiento.

Por lo que se refiere a los enamorados de la música o a los virtuosos, serán aves cantoras; los que gobernaron ilegalmente, si no tenían otros vicios, serán hechos águilas. Los astrónomos que siempre aspiran al cielo, pero sin sabiduría, se convertirán en pájaros que vuelan en las alturas.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Los que tienen valores sociales serán hombres mientras los que participan menos en la sociedad serán vueltos animales sociables, como abejas o algo así.

¿Quién será hecho demonio? El que vive como tal. ¿Y quién será dios? Seguramente, el que lo es en su vida, porque lo que es actualizado en el hombre lo guía, lo dirige, lo gobierna y determina su vida futura.

Conclusión

Con un análisis moderno y una valoración nueva de las enseñanzas clásicas, es necesario volver a actualizar ciertos temas que el hombre necesita tanto para entender su existencia. Uno de ellos es la noción de la reencarnación, que se ha vuelto tan lejana y extraña para el hombre actual. Pero si, como un filósofo verdadero, uno quiere conocerse a sí mismo y al mundo, es necesario que se enfrente al desafío de su entendimiento, porque hay una lógica de la Naturaleza en la que la reencarnación es la ley fundamental del existir.

Quisiéramos terminar este artículo con un bello pensamiento de Plotino que da sentido a nuestros sufrimientos durante estos numerosos círculos de la vida.

«Aunque sufra, al hombre noble no le harán pobre sus dolores; la luz arde dentro de él parecida al faro en medio de una tormenta rabiosa».



Introducción

No es usual asociar el concepto de reencarnación con la filosofía del Renacimiento. Sin embargo, se sabe que el Renacimiento –en Italia especialmente– se apropió las concepciones de la filosofía antigua: zoroastrismo, hermetismo, orfismo, pitagorismo, platonismo y neoplatonismo entre otros.

En estas diferentes doctrinas ocupa un lugar preeminente la concepción de la inmortalidad del alma y sus pasos a través de diferentes formas de vida, lo que se llama transmigración de las almas y, a veces, palingenesia o metempsicosis⁹⁷.

Esta idea fascinó al Renacimiento y fue expresada de manera más o menos clara por sus diferentes representantes. Nos pareció interesante estudiar la expresión de esta doctrina en tres momentos distintos del Renacimiento: al inicio, en las enseñanzas de Gemisto Pletón en Mistra, en el imperio bizantino, (se sabe que fue el primer impulsor de la nueva Academia platónica de Florencia, lo que ocurrió durante su encuentro con Cosme de Médicis durante el concilio de unión en 1439); a continuación, la existencia de esta misma doctrina dentro de la Academia platónica de Florencia, con el caso criticado de Marsilio Ficino; y, por último, al final del Renacimiento, en las enseñanzas de Giordano Bruno.

Gemisto Pletón y la reencarnación

Con ocasión de la muerte de su padre, sus hijos recibieron de parte del cardenal Besarión una magnífica carta de elogio a «nuestro padre y maestro común»:

«Me enteré de que nuestro padre y maestro común ha dejado todo elemento terrenal y se fue al cielo, estancia sin mezcla, para bailar el místico Iaccos con los dioses olímpicos. Por eso, por mi parte, me alegro de haber sido discípulo de tal hombre. Desde estos famosos hombres de los primeros tiempos, Grecia no dio a luz a alguien más parecido a Platón, para la ciencia como para cualquier otra virtud, de tal manera que, si se aceptó la doctrina de Pitágoras y Platón sobre la periodicidad regular de la subida y descenso de las almas, no rehusaré añadir que el alma misma de Platón, obligada por los decretos irremediable del Adastreo de servir y de cumplir su necesario

⁹⁷ Palingenesia: regreso cíclico de los mismos eventos o del mismo tipo de eventos en ciertas concepciones filosóficas (estoicos, por ejemplo); regreso a la vida, vida nueva; regeneración por el bautismo en los antiguos autores cristianos.

Metempsicosis: reencarnación del alma después de la muerte dentro un cuerpo humano, de un animal o de un vegetal.

regreso, fue enviada a la Tierra para tomar el cuerpo de Gemisto Pletón y la vida con él⁹⁸».

Como los pitagóricos y platónicos, por no hablar de Platón mismo, Pletón profesó la doctrina de la transmigración de las almas.

En su comentario sobre los *Oráculos caldaicos*⁹⁹ trata del retorno periódico del alma a la vida terrenal, según las enseñanzas de Porfirio y Jámblico. Escribe en su comentario sobre el oráculo 12: «Entonces el alma posee, en razón ciertamente de su propia perpetuidad, mucho de lo que llena los pliegues del mundo, es decir, sus diferentes sitios en él; los obtiene cada vez según lo que vivió en este bajo mundo¹⁰⁰».

En el *Tratado de las leyes* habla, igualmente, de la transmigración de las almas. Aunque esta obra fue destruida en su mayor parte a la muerte de Pletón por Escolario, patriarca de Constantinopla en esa época, éste dice que Pletón hablaba de la inmortalidad de las almas y trataba de demostrar el regreso de las mismas en los cuerpos y a la vida durante determinados periodos de tiempo, lo que se llamó metempsicosis¹⁰¹.

Pletón, en la introducción que nos queda de esta obra, dice que nuestra alma es inmortal y de la misma especie que los dioses, y que éstos la en-vían a este mundo inferior para unirse con un cuerpo mortal en variadas ocasiones, cada vez en un cuerpo diferente. «Con respecto a nosotros, nuestra alma, siendo semejante a los dioses, sigue siendo inmortal y eterna dentro del recinto que limita nuestro mundo. Siempre sujeta a una envoltura mortal, es enviada por los dioses, algunas veces en un cuerpo, otras veces en otro, en función de la armonía universal¹⁰²».

Por fin, en la famosa controversia que le opuso durante su vida a Escolario sobre las diferencias entre las filosofías de Platón y Aristóteles, escribió: «Sin embargo, no me asombraría en lo que le concierne si, por pereza intelectual, no hubiera todavía comprendido que quien supone al mismo tiempo la eternidad del mundo y la inmortalidad del alma humana debería necesariamente no sólo admitir que esta no es generada en el tiempo, sino admitir también numerosos descensos del alma en nuestros cuerpos mortales, sean conformes o no a la razón¹⁰³».

La Academia platónica de Florencia

Más sometidos a la influencia de la Iglesia que Gemisto Pletón –a pesar de sus diferencias con Escolario–, los filósofos de la Academia platónica –muchas veces

⁹⁸ Citado in François Masai, Pléthon et le platonisme de Mistra, p 307

⁹⁹ Georges Gémisthe Pléthon, les Oracles chaldaïques, commentaires par B Tambrun-Krasker, Ed Athen, the Academy of Athens, 1995.

¹⁰⁰ op citado p 29.

¹⁰¹ Carta de Jorge Escolario al exarca Joseph, citado en *Tratado sobre las leyes*, II, 22, Ed Tecnos, 1995.

¹⁰² Charles Alexandre, *Traité des Lois*, Ed Vrin 1982, p 267.

¹⁰³ Georges Gémisthe Pléthon, *Contre les objections de Scholarios en faveur d'Aristote*, Traduction Brigitte Lagarde, in Byzantion, 59, 1898, p 443.

acusados de herejía— fueron, sin duda por necesidad, más prudentes en los planteamientos de la doctrina de la transmigración de las almas.

Por otra parte, Pico de la Mirándola escribe claramente en su Hepta-plus que los antiguos sabios tuvieron la costumbre «de no escribir sobre las cosas divinas o únicamente de manera velada: de allí sus numerosos misterios». También se pregunta en *La dignidad del hombre* «si está permitido exponer al público, aunque sea como enigma, algo de los misterios muy secretos». Esto no le impidió plantear en sus 900 Conclusiones: «todos los sabios hindúes, persas, egipcios y caldeos creyeron en la transmigración de las almas en los cuerpos¹⁰⁴».

Este misterio fue tan sabiamente mantenido que consiguió engañar a nuestros investigadores modernos. Así, ciertos autores como Thierry Gontier¹⁰⁵ y Thierry Bernard¹⁰⁶ no dudan en afirmar que Ficino nunca creyó en la reencarnación. Por ello, algunos autores se creen autorizados a deducir que la doctrina de la reencarnación no existió en el Renacimiento florentino.

Además de lo que podrá revelarnos una lectura atenta de los escritos de Ficino mismo y los de Pico de la Mirándola, podría ser útil mencionar previamente que la noción de la reencarnación no fue extraña a los grandes personajes de su tiempo.

Recordemos que uno de los lemas de Lorenzo el Magnífico fue: «el tiempo vuelve», en referencia a *redeunt Saturna regna* («vuelve el reino de Saturno... una raza de oro se levanta sobre el mundo») de Virgilio (4.^a *Égloga*) y fue ilustrado por un árbol renaciente. El retoño fresco de un árbol seco fue una fórmula usual para hablar de renacimiento.

Siempre en la corte de Lorenzo el Magnífico, el poeta Naldi expone en un corto poema cómo, por una sucesión de metamorfosis, el alma de Orfeo ha pasado sucesivamente a través de Homero, Pitágoras, Ennius y Ficino¹⁰⁷.

René d'Anjou tuvo el mismo emblema que Lorenzo de Médicis, en relación con su nombre, Renatus, que significaba «re-nacido», es decir, «nacido otra vez».

Marsilio Ficino y la doctrina de la reencarnación

En apoyo a los que ven en Ficino un «antireencarnacionista» encontramos en la *Teología platónica de las almas* (TPA) XVI, 5¹⁰⁸ esta nota: «¿Por qué un viejo soldado,

¹⁰⁴ Pic de la Mirandole, *Huit conclusions selon Adéland l'arabe, in 900 conclusions philosophiques, cabalistiques et théologiques*, Ed Allia, Paris, 1999.

¹⁰⁵ *Un platonisme sans cosmos ? La sagesse de Marsile Ficin, in Marsile Ficin, les platonismes à la Renaissance*, Collection Philologie et Mercure, sous la direction de Pierre Magnard, Ed Vrin, Paris, 2001.

¹⁰⁶ *La Terre mère de Ficin à Bruno, in Marsile Ficin, les platonismes à la Renaissance*, Collection Philologie et Mercure, sous la direction de Pierre Magnard, Ed Vrin, Paris, 2001.

¹⁰⁷ Citado por André Chastel in *Marsile Ficin et l'art*, Ed Droz, Genève, 1996.

después de haber cumplido el tiempo de su servicio, volvería al combate?» Igualmente, si una llama se enciende en el aire, luego vuelve a la esfera de fuego, «no pedimos un descenso más frecuente de esta llama».

En TPA XVII, 3, Ficino aborda ampliamente el tema de las transmigraciones y la palingenesia evocados por Platón, Zoroastro y otros antiguos, y calificados de poéticos. Pero la formulación es bastante ambigua como para permitir amplios sobrentendidos.

En contra de esta tesis, recalcamos varios puntos:

- Además de su admiración incondicional por las doctrinas de la «*prisca philosophia*», Ficino fue un adepto ferviente de las tesis de Gemisto Pletón, como lo ha demostrado Brigitte Tambrun-Krasker¹⁰⁹. Fue también un ferviente partidario de su discípulo, el cardenal Besarión, de quien hemos visto anteriormente la carta, como lo atestigua este planteamiento: «Ha venido Besarión, el genio de Platón puede regocijarse y nosotros, los miembros de su familia, mostrarnos inmensamente satisfechos por ello¹¹⁰».

- La idea de la ciclicidad de las cosas vuelve constantemente en los escritos del filósofo¹¹¹. Ficino habla abiertamente de las edades históricas, que implican de hecho su concepción de la filosofía cíclica de la Historia: «Lo que han dicho las poetas sobre las cuatro edades: de plomo, de hierro, de plata y de oro (...) si debemos hablar de una edad de oro, es seguramente la que produce espíritus de oro¹¹²». Lo que está confirmado por el siguiente pensamiento: «Vuestra concepción del tiempo es múltiple y móvil; capta el hecho que transcurre y que, por una especie de revolución, reúne el principio y el final; produce una infinidad de cosas y las destruye sucesivamente. Los egipcios abarcaban todo este discurso en una sola imagen, que representaba una serpiente alada que se muerde la cola¹¹³».

- Por otra parte, Ficino traduce el Pimander en 1463, texto que menciona la doctrina de la transmigración de las almas en el libro III, titulado 'Kore Kosmou' (La Virgen del Mundo) a través de las palabras de Horos: «No por casualidad reglé vuestro destino: será peor si actuáis mal, será mejor si vuestros actos son dignos de vuestro nacimiento... Reconoced que es por vuestras faltas anteriores por lo que seréis castigados y encerrados en los cuerpos. El renacimiento será diferente para vosotros, como os dije, en cuerpos diferentes¹⁸». No es necesario recordar la autoridad

¹⁰⁸ Las referencias de las citas de Ficino in *Theologia platonica* de las almas vienen de *Theologica Platonica* in Opera, in-fº, Ed Bâle 1561, citado por André Chastel in *Marsile Ficin et l'art*, Ed Droz, Genève, 1996.

¹⁰⁹ *Ficin, Pléthon et les mages disciples de Zoroastre* por Brigitte Tambrun-Krasker, in *Marsile Ficin, les platonismes à la Renaissance*, Collection Philologie et Mercure, sous la direction de Pierre Magnard, Ed Vrin, Paris, 2001.

¹¹⁰ *Ficin, Opera*, Ep. I, I, p 616-617.

¹¹¹ Como lo muestra Patricia Castelli in su artículo *Orphica in Il lume del Sole*, Marsilio Ficino, medico dell anima, Ed Opus Libri, Firenze, 1984

¹¹² Citado por André Chastel en *Marsile Ficin et l'art*, Ed Droz, Genève, 1996, p 69.

¹¹³ Citado por André Chastel en *Marsile Ficin et l'art*, Ed Droz, Genève, 1996, p 82.

preeminente de Hermes, considerado como el padre de la Filosofía a lo largo del Renacimiento, comenzando por Ficino mismo, que fue su más ferviente propagador.

- Ficino no suscribe la tesis de un infierno que seguiría a la muerte. En el capítulo 10 del libro XVIII de TPA, señala que el Tártaro de Platón no es para él un lugar real donde el alma va castigada después de la muerte, sino más bien una pesadilla vivida por el alma cuando su poder imaginativo no está más retenido por la vida de los sentidos.

- Ficino plantea una pregunta sobre la muerte al final de TPA de manera aparentemente inocente. Si la meta del alma es la actualización de su unión virtual con Dios, ¿cómo comprender entonces el destino de dos tipos de almas: primero, las de los niños muertos antes de la edad de la razón, y segundo, las de los que nacieron estúpidos? Tenemos aquí dos casos de total inocencia, de almas más allá del bien y del mal. ¿Van estas almas a conocer después de la muerte la reintegración a lo divino? No pueden verdaderamente, no habiendo afrontado las tribulaciones ordinarias de la existencia humana, no habiendo luego asumido su función de alma. Pero no pueden tampoco estar privadas de Dios: sería una injusticia. Ficino deja la pregunta en suspenso, evitando cuidadosamente dar la única respuesta lógica. Esta aporía típicamente socrática denuncia, en realidad, el límite de la concepción teológica.

- Ficino, en el capítulo 4 del libro XIII de TPA explica que el alma existió antes de la encarnación. En el capítulo 5 del libro IX de TPA, dice que como en el fuego, bajo las cenizas quedan rescoldos del alma y nunca se apagan, incluso cuando abandona el cuerpo terrenal en el momento de la muerte.

- Por fin, en el capítulo 7 del libro XVI de TPA, Ficino trata de la cuestión de la palingenesia de manera bastante ambigua para que se pueda leer el fondo de su pensamiento entre líneas. Por una parte, siempre puede el alma, en su reflexión sobre ella misma, desarrollar aún más sus semillas innatas de verdad, crear nuevos horizontes de búsqueda, progresar. Dice que no es cuestión de que el alma salga del hombre, cambie de cuerpo para habitar sucesivamente seres inferiores y seres superiores, el cuerpo de los astros y el de las bestias, ni de que haga –escribe Ficino– «idas y vueltas incesante entre lo alto y lo bajo», es decir, fuera de la dimensión misma del hombre. Escribe también: «Convenimos que el alma está llena de semillas de todas las cosas y que puede, por consecuencia, realizar su desarrollo, con tal de que estas semillas estén en el alma misma, según el modo del alma y de la especie humana (*secundum humanae animae speciei que modum*) y que den luz a los deseos y hábitos correspondientes a todas las otras especies sin que nunca haya una verdadera transmigración de una especie a otra (subrayamos)¹¹⁴».

Aquí podemos encontrar una teoría que aleja las creencias populares del renacimiento de un hombre bajo una forma animal y, de manera más general, todo cambio de especie. Por otra parte, en TPA XV, 3, declara –a propósito de los partidarios

¹¹⁴ *Theologica platonica...*, XVII, 4, citado por Thierry Gontier, Un platonisme sans cosmos? La sagesse de Marsile Ficin, in Marsile Ficin, les platonismes à la Renaissance, Collection Philologie et Mercure, bajo la dirección de Pierre Magnard, Ed Vrin, Paris, 2001

de la metempsicosis—: «si se encuentra absurdo que el alma se metamorfosee en especies tan variadas, nos invitan a considerar la diversidad de estados y comportamientos que ella admite a menudo en nuestro solo cuerpo, y en un mismo hombre, que van del astro al bruto, del hombre al ángel».

Ficino subraya en sus escritos su posición ortodoxa respecto a la fe cristiana. Es el caso cuando habla de la magia y de la astrología, a las cuales dice referirse sin creer en ellas. Hay que recordar que Ficino tuvo que defenderse frente a las autoridades eclesiásticas de la acusación de magia.

Para hacer aceptable esta doctrina, fue necesario encontrar una justificación en las Sagradas Escrituras. Aquellas hablan, precisamente, del segundo advenimiento de Cristo. Desde este punto de vista, la creencia esotérica de regresos o restituciones periódicos no sería necesariamente heterodoxa, aunque, según Wind, «fuera un perjuicio potencial para las autoridades¹¹⁵».

Giordano Bruno¹¹⁶

Sabemos, a partir de los estudios de Frances Yates, que Bruno se inspiró mucho, para su cosmología, en el libro del *Corpus Hermeticum*, Kore Kosmou (La Virgen del Mundo) citado anteriormente sobre Ficino, que contiene precisamente la doctrina de la transmigración de las almas.

Bruno aborda el tema de la vida después de la muerte bajo la forma de una cuestión radical: ¿están todas las almas destinadas a cumplir hasta el final la gran revolución que las retornara a su primera condición? Subraya la diferencia entre los teólogos y los filósofos. Según los primeros, la gran revolución del alma no puede concernir a todos los seres. Según los filósofos, en cambio, no hay excepción para el destino universal de las almas. Si buscamos la verdad, hay que admitir que el movimiento circular de revolución las abarca a todas, y que los castigos eventualmente sufridos por aquellas no son más que purificaciones temporales.

La trayectoria del alma no puede cumplirse de manera puntual: hay que disponer de una larga duración y de una sucesión de condiciones variables.

Bruno trata de este asunto de la transmigración de las almas en *La cábala del caballo Pegaso* y en *Los furiosos heroicos*.

En *Los furiosos heroicos*, I, 4, afirma Bruno que el alma asume varias existencias a través de una sucesión de cuerpos. El espíritu está sometido a la migración de cuerpo

¹¹⁵ Edgar Wind, *Mystères païens à la Renaissance*, Ed Gallimard, 1992.

¹¹⁶ Ver el artículo de Thierry Bernard, *La Terre mère de Ficin à Bruno*, in *Marsile Ficin, les platonismes à la Renaissance*, Collection Philologie et Mercure, bajo la dirección de Pierre Magnard, Ed Vrin, Paris, 2001.

en cuerpo. Habla de «diversas vidas que asume el alma en varios cuerpos, como lo requirieren expresamente los pitagóricos, saduceos y otros, e implícitamente Platón¹¹⁷».

Bruno no admite la metempsicosis: una alma humana siempre se reúne con un cuerpo humano y no con el de un animal, «no teniendo el alma humana el poder de ser alma de bruto como lo sostienen justamente Plotino y otros platónicos¹¹⁸».

La migración de las almas tiene un sentido como condición de un progreso, el del camino hacia la divinidad. El movimiento hacia el Uno consiste en un perfeccionamiento del alma, en su iluminación progresiva. La importancia del camino a recorrer se expresa en la necesidad de un pasaje repetido por la Tierra. Las peregrinaciones del alma cubren, por lo tanto, necesariamente varias existencias.

Prosiguiendo la argumentación dejada en suspenso por Ficino, el destino de las almas inocentes es ahora comprensible, por inacabado. Como las otras, estas almas tendrán que volver a descender sobre la Tierra para elevarse a lo mejor de ellas mismas.

Conclusión

El Renacimiento ofrecía un entorno poco favorable a la difusión de tesis como la de la transmigración de las almas. Por una parte la Iglesia ortodoxa del imperio bizantino, y por otra parte la Iglesia latina en Occidente la consideraban como doctrina herética. Hay que recordar que la creencia en la transmigración de las almas existía entre los directores de la acusación de Bruno durante su juicio.

Más prudentes que Plotón y Bruno, cuyas obras fueron, por fin, puestas en el Index por sus Iglesias respectivas, los filósofos florentinos han mantenido su estrategia de disimulo que Stephane Toussaint llama «estrategia de la mentira», consistente en velar a los ojos del profano lo que su doctrina tenía de original.

En todo caso, existió un esoterismo de hecho, muchas veces revelado en un círculo de enseñanzas interno (en Mistra, en Carreggi, y alrededor de Bruno mismo) que protegía la doctrina de la transmigración de las almas de los ataques de sus adversarios.

¹¹⁷ Giordano Bruno, *Des Fureurs héroïques*, I,4, Ed Belles Lettres, Paris, 1984.

¹¹⁸ opus citado.

El concepto de reencarnación es muy antiguo y ampliamente difundido. Entre todas las ideas de la historia de la religión y filosofía, ninguna ha preocupado más a los pensadores en diversas y diferentes culturas durante miles de años. Ha aparecido tanto en formas muy primitivas de religión como en las altamente desarrolladas y bajo varios nombres: reencarnación, transmigración, renacimiento, metempsicosis y metematomosis.

La reencarnación también tiene una larga historia en Occidente. Un gran número de importantes pensadores de todas las épocas en la Historia occidental han abogado por la idea de repetidas existencias sobre la Tierra o la han considerado favorablemente. Sin embargo, la mayoría de la gente asume que la reencarnación está en contradicción con la tradición fundamental de la Iglesia cristiana y la Biblia. Pero, ¿esto es verdad? ¿Es la reencarnación verdaderamente incompatible con la fe cristiana? ¿Es el concepto realmente ajeno a su forma de pensar?

Trasfondo histórico del cristianismo primitivo

El cristianismo se originó durante la época del imperio romano, bajo el reinado del emperador Augusto, en un momento en el que todo el mundo mediterráneo estaba unido por Roma y las condiciones para la labor misionera eran más favorables que nunca. Según Orígenes, teólogo cristiano del siglo III, esto no fue ningún accidente, sino parte del plan divino. La gente tenía libertad para moverse de un país a otro y llegó a ser cosmopolita.

El trasfondo religioso de esta época era una mezcla tolerante y sincretista de muchos cultos y mitos. Los Misterios estaban en el cénit de su popularidad y el ambiente intelectual estaba del todo imbuido por las ideas de la filosofía griega.

La reencarnación no era un tema tan relevante como en la literatura religiosa de la India, pero tampoco era un concepto ajeno. No sólo formaba parte de la tradición mística, sino también de la tradición pitagórica y platónica. Se cree que las escuelas místicas griegas son copias de los Misterios hindúes y egipcios más antiguos. Herodoto afirmó que fueron introducidos en Grecia por Orfeo. «La doctrina de la metempsicosis –escribe el catedrático Zeller– parece haber pasado realmente de la teología de los Misterios a la Filosofía. En la teología órfica aparece claramente la transmigración. Hay muchos motivos para creer que se enseñaba en los Misterios órficos antes de Pitágoras. Según Herodoto, los órficos la tomaron de Egipto. Pero también cabe la posibilidad de que esta creencia, cuya afinidad con las doctrinas hindúes y egipcias indica una fuente oriental, pudiera haber emigrado originalmente de

Oriente con los mismos griegos, y haber estado restringida inicialmente a un estrecho círculo, llegando a ser después más importante y difundida¹¹⁹».

Ferekides de Siros, de quien se dice que fue el maestro de Pitágoras, escribió sobre la doctrina de la metempsicosis en el siglo VI a.C. La reencarnación era también una de las enseñanzas principales de Pitágoras, a quien se dio el apellido de «Mnesarquido», que quiere decir «el que se acuerda de sus orígenes» (es decir, de sus vidas anteriores). El hecho de que Platón y su escuela de pensamiento enseñaban la reencarnación era bien conocido durante los siglos que precedieron a los orígenes del cristianismo, y formaba parte del suelo sobre el que creció.

Sin embargo, el entorno más próximo y reciente de los primeros cristianos era el judaísmo, puesto que los primeros miembros de la fe cristiana fueron judíos, como lo era el propio Jesús. No obstante, el concepto de reencarnación tampoco era del todo ajeno a la religión judía, que ya se había visto influenciada por las ideas del mundo helénico.

La reencarnación en el pensamiento judío

Es posible que los Tanaim, que ya aparecieron en Jerusalén en el siglo III a.C., y que luego fueron aclamados como los antecesores espirituales de los cabalistas medievales, puedan haber enseñado nociones sobre la reencarnación. Tales nociones parecen haber sido acogidas por algunos maestros judíos más cerca de la época de Jesús. Es posible que entre ellos se encontraran Hillel y el alejandrino Philo Judaeus.

Ya en la época de Jesucristo, la noción de que el alma humana es inmortal había llegado a formar parte de las enseñanzas de varios grupos y sectas judías. El historiador judío Flavio Josefo (37-100 d.C.) escribe en sus *Antigüedades Judías* (Libro 18, cap. 1, n.º 2) que había tres sectas filosóficas entre los judíos: los esenios, los fariseos y los saduceos. La doctrina de los saduceos era que las almas mueren con los cuerpos. Pero tanto los esenios como los fariseos, según afirma, creían en el renacimiento. En cuanto a los fariseos, nos dice que afirmaban que las almas de todos los hombres son incorruptibles y que, mientras las almas de los perversos se verán abocadas al castigo eterno, las de los hombres buenos se trasladarán a otros cuerpos¹²⁰.

En su libro *La Guerra de los judíos* Josefo nos ofrece un cuadro fascinante de la vida comunitaria de los esenios, que se han hecho famosos debido al descubrimiento de los rollos del Mar Muerto. Un pasaje en el Libro 2 (cap. 8, números 10-11) muestra que los esenios enseñaban la preexistencia del alma –el fundamento de toda la enseñanza de la reencarnación–, pero no está claro si las palabras dan a entender un renacimiento. Sin embargo, en *Die Christliche Mystik* (la mística cristiana), J.V. Görres dice que «la cábala era muy apreciada por los esenios¹²¹ en particular», y que la reencarnación era

¹¹⁹ Edward Zeller, *History of Greek Philosophy*. Londres: Longmans, Green, 1880, págs. 67, 69, 71-81.

¹²⁰ Flavio Josefo, *La Guerra de los judíos*. Traducido al inglés por W. Whiston, II, 8, 14.

¹²¹ Regensburg: 1840, III, pág. 27.

fundamental en el pensamiento cabalístico. Otros estudiosos demuestran que los esenios se vieron influidos por los monjes budistas que invadieron Oriente Medio en los siglos que precedieron a la era cristiana.

En la tradición cabalística, que afirma recoger una sabiduría oculta o secreta, la reencarnación es una noción central. El rabino Chajim Vital, que expone las enseñanzas del rabino Isaac Luria, fundador de una escuela cabalística en el siglo XVI en España, escribió un trabajo llamado *Otz Chüm* (El árbol de la vida) que recoge enseñanzas basadas en la reencarnación. *Yalkut Reubeni*, reflejando una actitud que hoy suena muy ‘machista’, advirtió que el hombre que es muy tacaño con sus talentos y bienes será castigado reencarnándose como mujer. Las nociones sobre la reencarnación están tan fuertemente arraigadas en la literatura esotérica judía, que los judíos que siguen la vía cabalística hablan como si la reencarnación fuera un elemento casi esencial de la fe judía.

Otro movimiento místico relacionado con la cábala, el llamado hasidismo, ha influido mucho en la vida de los judíos. En el hasidismo, la reencarnación llegó a ser una creencia universalmente aceptada, familiar en la literatura *yiddish*, que se ha enseñado claramente en tiempos recientes; en el *Dybbuk*, por ejemplo, una leyenda mística popular de S. Ansky, y en los escritos de Sholem Asch.

Ya que el judaísmo es capaz de desarrollar de manera tan marcada la doctrina sobre la reencarnación, no es de sorprender que encontremos alusiones en la Biblia.

Alusiones sobre la reencarnación en la Biblia

Los antiguos judíos estaban siempre esperando la reencarnación de sus grandes profetas. Moisés era, en su opinión, Abel, el hijo de Adán; y su Mesías iba a ser la reencarnación del propio Adán, que ya había vuelto por segunda vez como David. Parece especialmente significativo entonces que las palabras finales del Antiguo Testamento (Malaquías 4:5) mencionan esta profecía: «Yo os envío al profeta Elías antes de que venga el día de Jehová, grande y terrible». Elías ya había vivido entre los judíos. Ahora bien, el primer libro del Nuevo Testamento se refiere a esta profecía en tres ocasiones, relacionando así el Antiguo con el Nuevo Testamento en torno a la idea del renacimiento.

«Al llegar Jesús a la región de Cesarea de Filipo, se dirigió a sus discípulos y les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» Ellos dijeron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas¹²²».

Esta declaración de Mateo 16 se repite casi palabra por palabra en Marcos 8:27-28 y en Lucas 9: 18-19.

¹²² Mateo, 16: 13-14.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

«Cuando descendieron del monte, Jesús les dijo: «No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos». Entonces sus discípulos le preguntaron: «¿Y por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?» Jesús les respondió: «Elías vendrá primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino, y no le reconocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá por ellos». Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista» (que ya había sido degollado por Herodes¹²³).

«Entre los que nacen de mujer, no ha habido otro más grande que Juan el Bautista... Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis entenderlo, él es aquel Elías, que había de venir. El que tenga oídos para oír, oiga¹²⁴».

La declaración anterior de Mateo 17 se repite en Marcos 9: 9-13, pero omitiendo el nombre de Juan.

También hay alusiones acerca de la reencarnación en el Evangelio según San Juan. Cuando los discípulos vieron a un hombre ciego de nacimiento, se preguntaron en voz alta quién había pecado, si él mismo o sus padres¹²⁵. Si hubiera sido él, tendría que haber pecado en una vida anterior. Los discípulos tuvieron que tener la idea de la reencarnación en mente, pues es evidente que si el hombre hubiera nacido ciego, su pecado no podría haber sido cometido en esta vida. Si la doctrina hubiera sido equivocada y perniciosa, habría sido el momento adecuado para que Jesús negara la teoría por completo. Pero no lo hizo, aunque en este caso dijo que la ceguera tenía otros motivos.

Para alguien familiarizado con la idea de la reencarnación, estas citas parecen indicar sin lugar a dudas el concepto subyacente de la reencarnación. Sin embargo, la Iglesia siempre ha tratado de encontrar otras explicaciones. El filósofo decimonónico Francis Bowen, de Harvard, observa en su artículo *Christian Metempsychosis*¹²⁶: «Que los comentaristas no hayan querido recoger, en su sentido obvio y literal, unas afirmaciones tan directas y repetidas con tanta frecuencia como éstas, sino que han intentado encontrar otras explicaciones en un sentido poco natural y metafórico, es un hecho que no prueba nada sino la existencia de un prejuicio invencible contra la doctrina de la transmigración de las almas».

Sin embargo, como veremos más adelante, el concepto de reencarnación continuó apareciendo en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia y pensadores cristianos.

¹²³ Mateo, 17: 9-13.

¹²⁴ Mateo, 11: 11-15.

¹²⁵ Juan, 9: 1-3.

¹²⁶ Princeton Review, mayo 1881.

La reencarnación en el pensamiento del cristianismo primitivo

Tenemos que tener en cuenta que cuando el cristianismo empezó a extenderse, tuvo que empezar a convertir a la gente de otras creencias aparte del judaísmo. Este proceso fue iniciado por San Pablo, quien era originalmente un fariseo ferviente que perseguía a la Iglesia primitiva. Cuando estaba en una misión para perseguir a los seguidores de Jesús, Pablo fue súbitamente convertido a la fe en Cristo y, simultáneamente, a la convicción de que el Evangelio debía pasar al mundo no judío. A través de este contacto con el mundo gentil (no judío), el cristianismo se vio obligado a helenizarse. En otras palabras, tuvo que elaborar un sistema de fe que pudiera explicar sus principios en términos intelectualmente satisfactorios. Así, muchos conceptos del platonismo y del estoicismo fueron incorporados a la estructura emergente de la nueva religión.

Los escritores cristianos de los primeros siglos que contribuyeron a la formulación del canon, credo y organización episcopal de la fe cristiana se llamaban Padres de la Iglesia. Por razones obvias, había muchas disputas y opiniones divergentes entre ellos, y en las congregaciones cristianas de los dos primeros siglos la variedad de ritos y credos era casi tan grande como en las comunidades místicas.

Uno de los temas recurrentes en estos primeros siglos era el concepto de la preexistencia del alma y de la reencarnación.

Los cristianos que enseñaron la preexistencia del alma llegaron a ser conocidos como los preexistiani. Pertenecer a este grupo, que también enseñaba un tipo de doctrina transmigracionista, no recibió siempre la desaprobación que llegó a evocar más tarde la adherencia a tales opiniones.

Uno de los primeros Padres de la Iglesia y miembro de los preexistiani era Justino Mártir (100-165 d. C). En su *Diálogo con Trifón* enseñó que las almas humanas habitan más de un cuerpo en el transcurso de su peregrinaje por la Tierra, pero que no pueden recordar sus existencias anteriores. Incluso sugirió la posibilidad de que los que viven vidas tan carnales que se privan de la capacidad de ver a Dios podrían verse reencarnados en bestias.

Las nociones acerca de la reencarnación eran comunes también en el entorno gnóstico en el que se desarrolló el cristianismo. El gnosticismo¹²⁷ era un movimiento filosófico y religioso que tomó ideas de muchas religiones tradicionales e influyó en ellas. Estuvo presente en todas las tierras del Mediterráneo y se sabe que influyó en el cristianismo primitivo. Los descubrimientos de textos recientes van demostrando más que nunca la extensión de su influencia. Aunque las tendencias gnósticas fueron puestas bajo sospecha y finalmente condenadas por parte de la Iglesia, sus enseñanzas fueron una opción importante para las primeras generaciones de cristianos. Todos los gnósticos cristianos creían en la reencarnación. Se incluían los seguidores de Basílides, Valentino

¹²⁷ La palabra gnosticismo, derivada del griego gnostikos (el que tiene gnosis, o conocimientos secretos), es un término de la erudición moderna.

y Marción; los simonistas (discípulos de Simón el Mago); los priscilianos de España; los maniqueos semignósticos y muchos grupos menos conocidos.

El apologista cristiano Clemente de Alejandría (150-220 d. C) era platónico y dirigió la famosa escuela catequética de Alejandría. Seguramente se interesaba, por no decir algo más, por la especulación sobre lo que él llamó metempsomatosis. Su contemporáneo Arnobio nos informa que Clemente de Alejandría había escrito cuentos maravillosos sobre la metempsicosis, y sobre los muchos mundos antes de Adán, pero estos textos no han sobrevivido.

Tertuliano (160-230 d. C.) fue uno de los primeros padres latinos de la Iglesia cristiana. Sus escritos vehementes contra las interpretaciones acerca de la reencarnación del credo cristiano nos muestran claramente la extensión de la influencia de tales opiniones.

San Gregorio de Niasa (257-332 d. C.) subrayó en sus escritos el principio de que la vida espiritual no es una vida de perfección estática, sino de progreso constante. Escribió: «Es absolutamente necesario que el alma sea curada y purificada, y si esto no tiene lugar durante su vida en la Tierra, debe cumplirse en vidas futuras¹²⁸».

Arnobio el Mayor (convertido antes del 300 d. C.) escribió en su *Adversus nationes* («Contra los paganos»): «Morimos muchas veces, y muchas veces resucitamos de la muerte¹²⁹ 11».

Orígenes y el concilio de Constantinopla

El caso de Orígenes (185-254 d. C.) merece especial atención. No sólo fue sin lugar a dudas el estudioso bíblico más grande de su época, así como la mente filosófica más original, sino que su nombre siempre ha sido asociado con la reencarnación. Fueron los anatemas (maldiciones) contra sus enseñanzas en el concilio de Constantinopla, en el año 553, los que dieron lugar a la desaparición total del concepto de la reencarnación en la literatura oficial del cristianismo durante los siglos venideros.

Sin embargo, las circunstancias que llevaron a su mala fama y a la supresión del tema de la reencarnación son muy complicadas y el final de la historia no es concluyente. Se ha perdido la mayoría de los textos originales de sus obras en griego y solamente han sobrevivido fragmentos o traducciones latinas. Por ello, no podemos saber con certeza cuáles eran sus creencias sobre todos los temas sobre los que se le han atribuido opiniones. No obstante, la línea general de su pensamiento está clara. Su objetivo fue elaborar una filosofía cristiana sistemática basada firmemente en la Biblia. Pero también estuvo profundamente influenciado por el platonismo que dominaba el entorno intelectual de Alejandría, y puede ser considerado propiamente como un platónico cristiano.

¹²⁸ Según: Reincarnation - an east-west anthology, de Silvia Cranston. quest, 1961, p.36.

¹²⁹ *ibid*, p.37.

Con toda seguridad Orígenes enseñaba la preexistencia del alma. Según él, el alma no sólo tenía una existencia antes de adquirir un cuerpo humano, sino que la muerte no termina con su progreso ni excluye la posibilidad de regreso. Al contrario de las generaciones anteriores de cristianos, que habían esperado un final inminente al mundo actual, Orígenes previó una larga evolución, que se prolongaba durante varios eones.

Sin embargo, aunque era de esperar que Orígenes hubiera abrazado las teorías de la reencarnación, no encontramos ninguna afirmación clara al respecto en los textos existentes. Por el contrario, habla de «la falsa doctrina de la transmigración de las almas en los cuerpos¹³⁰». Parecía pensar que la reencarnación, en la forma pitagórica que fue transmitida a Platón, implicaba una concepción fatalista del destino del alma y lo rechazaba aparentemente por esa razón¹³¹. Mientras ataca la noción generalizada en su época de que el alma de un ser humano podría ser encarcelada en el cuerpo de una bestia (lo que considera inapropiado para una criatura hecha a semejanza de Dios¹³²), sí reconoce que la idea de la reencarnación es muy convincente¹³³.

Podemos tener la impresión, en repetidas ocasiones, de que Orígenes se siente atraído por las teorías acerca de la reencarnación, pero que algunas variantes con las cuales estaba familiarizado le parecen dudosas. Consi-de-ra en profundidad la identidad alegada de Juan el Bautista con Elías (Juan, 1.21), cuyo regreso se esperaba (Malaquías 3.23 y sig.), y aquí, después de exponer opiniones en ambos lados, destaca la dificultad de la materia y la variedad de problemas que implica. Señala que no sólo debemos preguntarnos qué le pasa al alma cuando parte de esta vida, sino que también debemos considerar si es posible que entre en un segundo cuerpo y, si es así, si el proceso tarda lo mismo en cada caso y si la forma en que ocurre es siempre igual. Al final, sin embargo, después de exponer tales posibilidades y señalar las dificultades inherentes en las mismas, Orígenes concluye reafirmando la complejidad del tema y aseverando que una solución de las dificultades requeriría el análisis de una gran variedad de pasajes dispersos por las Escrituras. Propone, por tanto, no decir más sobre el tema, ya que requeriría un tratamiento específico. No obstante, señala que la pregunta que los judíos hicieron a Juan el Bautista presupone «que creían en la metemosis como doctrina heredada de sus antepasados y que por tanto no contradecía de ninguna manera la enseñanza secreta de sus maestros¹³⁴».

Lo que Orígenes pensaba de verdad sobre la reencarnación no queda claro en los textos que han sobrevivido. Sin embargo, su simpatía por las ideas acerca de la transmigración es evidente. Por desgracia, como sucede en tantos casos, los seguidores de Orígenes deformaron sus enseñanzas para apoyar sus propias teorías. El resultado fue que su nombre terminó por asociarse con muchas opiniones extrañas y el origenismo llegó a ser, a finales del siglo IV, el foco de una enconada controversia.

¹³⁰ Comentario sobre Mateo XIV, 10.20.

¹³¹ Contra Celsum, 5.29.

¹³² Ibid, 4.83.

¹³³ Comentario sobre Juan VI, 13.74.

¹³⁴ El pasaje entero ha sido citado por Geddes MacGregor, *Reincarnation in Christianity*, Quest, 1978.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

En el año 543 el emperador Justiniano condenó las enseñanzas de Orígenes y, diez años más tarde, en el concilio de Constantinopla, dictó sus anatemas contra Orígenes. Los anatemas maldijeron, entre otras enseñanzas de Orígenes, la doctrina de la preexistencia del alma. La reencarnación no fue mencionada en estos anatemas, pero está claro que, sin la preexistencia del alma, la reencarnación tampoco puede existir.

Sin embargo, es importante entender que estos anatemas fueron dictados por el emperador Justiniano y no por el Papa. Por el contrario, el Papa ni asistió al concilio y se negó a reconocer los anatemas, como veremos. Entonces, ¿qué razones podría haber tenido Justiniano para interferir tan enérgicamente en los asuntos eclesiásticos?

Justiniano quería revertir el imperio bizantino a la extensión territorial del antiguo imperio romano. Pero en esta época ya se habían desarrollado diferencias religiosas entre Oriente y Occidente, y estos problemas doctrinarios estaban estrechamente ligados a crecientes sentimientos nacionales. Justiniano no quiso perder las provincias del este, ni alienar a Roma y a Occidente. Sus motivos eran políticos y no religiosos e, incluso, llegó a detener al papa Vigilio, contra su voluntad, en Constantinopla en un intento de conseguir sus fines.

Nuevas investigaciones realizadas por estudiosos católicos en el siglo XX también arrojan una nueva luz sobre el tema. *La Enciclopedia Católica* nos ofrece datos extraordinarios sobre este quinto concilio ecuménico en Constantinopla, permitiendo la conclusión, por lo menos a nivel técnico, de que no existe ninguna barrera que impida la creencia en la reencarnación para los cristianos católicos.

Los siguientes párrafos son citados directamente (en traducción) de la *Enciclopedia Católica* (Tomo 11, pág. 311): «¿Fueron Orígenes y el origenismo anatematizados? Muchos escritores eruditos creen que sí; un número igual niega que fueron condenados; la mayoría de las autoridades modernas o están indecisas o responden con reservas. En base a los estudios más recientes sobre el tema, puede sostenerse que:

1. Es cierto que el quinto concilio general fue convocado exclusivamente para tratar el asunto de los Tres Capítulos, y que ni Orígenes ni el origenismo fueron el motivo del mismo.

2. Es cierto que el concilio comenzó el 5 de mayo del año 553, a pesar de las protestas del papa Vigilio que, aunque estuvo en Constantinopla, se negó a asistir, y que en las ocho sesiones conciliares (del 5 de mayo al 2 de junio), de cuyas actas disponemos, solamente se trató la cuestión de los Tres Capítulos.

3. Finalmente, es cierto que solamente las actas referentes al asunto de los Tres Capítulos fueron presentadas al Papa para su aprobación, la cual se dio el 8 de diciembre del año 553, y el 23 de febrero del 554.

4. Es un hecho que los papas Vigilio, Pelagio I (556-561), Pelagio II (579-590) y Gregorio el Grande (590-604), al hablar del quinto concilio, sólo tratan de los Tres

Capítulos. No mencionan el origenismo, y hablan como si no supieran de su condenación.

5. Debe admitirse que antes de la apertura del concilio, que se había demorado debido a la resistencia del Papa, los obispos ya reunidos en Constantinopla tuvieron que considerar, por orden del emperador, una forma del origenismo que no tuvo prácticamente nada que ver con Orígenes, sino que reflejaba las opiniones de los partidos origenistas en Palestina.

6. Es cierto que los obispos (en esta sesión extraconciliar a la que se refiere el punto 5 de arriba) suscribieron los 15 anatemas propuestos por el emperador (contra Orígenes); un origenista confesado, Teodoro de Escitopolin, fue obligado a retractarse; pero no hay prueba alguna de que se solicitara la aprobación del Papa, que en ese momento protestaba contra la convocación del concilio.

7. Es fácil entender cómo esta sentencia extraconciliar fue tomada equivocadamente por un decreto del concilio ecuménico en sí, en un período posterior».

Conclusión

Es bastante sorprendente descubrir que hay pruebas convincentes de la presencia de la idea de la reencarnación en los primeros siglos del cristianismo. Tampoco cabe duda de que el concepto no era ajeno al entorno en que comenzó y se desarrolló el cristianismo. No era una creencia importante a nivel popular, pero existió tanto en las escuelas de pensamiento judaicas como helenísticas y tenía más aceptación entre las clases educadas.

No debe olvidarse que la reencarnación volvió a aparecer una y otra vez en la historia del cristianismo, en innumerables sectas y movimientos clandestinos, por ejemplo, entre los albigenses (cátaros) en Occidente, los paulicianos y bogomiles en Oriente, así como los rosacruces, por mencionar unos pocos.

Por otro lado, la Biblia no hace referencia explícitamente a la reencarnación. Aunque las alusiones son muy evidentes para quien ya cree en la reencarnación, no hay ningún pronunciamiento sobre el tema, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, donde se podría imponer su aceptación a una persona que se sintiera obligada a recibir como revelación divina todo lo que está clara e inequívocamente afirmado en las Sagradas Escrituras. No hay justificación bíblica para la reencarnación.

Eso, sin embargo, no significa mucho, pues se podría decir algo similar de la doctrina de la Trinidad, que se considera una expresión clásica de la creencia ortodoxa cristiana sobre Dios. Aparte del texto en la primera carta de Juan (1 Juan 5.7), que los estudiosos saben que es una interpolación muy tardía, no existe ninguna justificación bíblica directa para la doctrina de la Trinidad, tal y como está formulada por la Iglesia. Esa ausencia de justificación bíblica no significa, sin embargo, que la fórmula trinitaria sea contraria a la enseñanza de los escritores del Nuevo Testamento. Por el contrario, se

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

consideraba, y dentro de la ortodoxia cristiana ha continuado considerándose, como una correcta formulación de una gran verdad acerca de Dios, implícita en las enseñanzas del Nuevo Testamento. No hay razones por las que la doctrina de la reencarnación no pudiera ser un caso semejante.

La reencarnación nunca ha sido aceptada oficialmente como una doctrina cristiana, pero tampoco ha sido formalmente condenada por la Iglesia católica como herética, ni se ha dictado contra ella ninguna encíclica papal¹³⁵.

En vista de todo ello, podemos concluir que, aunque la Biblia no enseña explícitamente la reencarnación, no hay nada en el pensamiento bíblico ni en la tradición cristiana que necesariamente excluya las ideas acerca de la reencarnación.



¹³⁵ Spencer, Frederick A.M. *The Future Life: A New Interpretation of the Christian Doctrine*. Londres: Hamish Hamilton, 1935. (Véase especialmente el Cáp. X: «*The Doctrine of Metempsychosis*» y el Cáp. XI: «*Evolutionary Immortality*»).

La imagen de la divinidad celta

Cuando Brenus, con sus tropas galas, llega a Delfos, se sorprende al encontrar dentro del templo más sagrado de Grecia una estatua antropomorfa del dios Apolo. A la vista del dios representado con un bello rostro humano, su sorpresa se transforma en risa y exclama: «¿qué interés tendría un dios en hacerse representar con el cuerpo de un hombre que muere, sufre y se enferma? Esto no tiene sentido.»(ver Diodoro de Sicilia, Biblioteca histórica, XXII, 9). La actitud del jefe galo resume el pensamiento celta, que rechaza la imagen humana para representar la dimensión atemporal, y la convicción celta de que el mundo de los dioses se distingue del humano por su capacidad de pasar de una forma a otra.

En realidad, para ellos, ninguna forma concreta podía expresar la divinidad. Los celtas no adoraron a una multitud de divinidades, sino más bien a un conjunto de representaciones limitadas de un principio divino considerado infinito. Toda forma limitada, al ser fija y sometida a lo perecedero, es incapaz de reflejar –según los celtas– el principio divino. El poder de la divinidad es omnipresente y proteico, y es en ello, justamente, en lo que se distingue del hombre, que no logra transformarse. Los dioses son plásticos, tienen muchos nombres para señalar los múltiples aspectos de un mismo ser. Es en este mundo donde la divinidad se manifiesta bajo formas múltiples. Más allá del mundo de la forma, son una única y misma cosa que sintetiza el dios politécnico y arquitecto del mundo, Lug.

Por ello fue tan difícil para los griegos y romanos comprender la religiosidad celta, porque sus formas de representación y creencias no emplearon, en realidad, ni el antropomorfismo ni el politeísmo tal cual lo entendió la civilización grecorromana. Para un romano o un griego, toda imagen es neta, determinada y diferenciada de las otras.

El artista celta, para poder simbolizar su mundo espiritual, utiliza la metamorfosis plástica, representando a través de varias formas reunidas una sola imagen, significando así que Dios es uno y múltiple a la vez en cada instante. La imagen parece, vista en conjunto, neta y precisa, pero cuando uno se acerca a ella se descompone y revela un sistema alusivo, siempre en movimiento, formado por varios componentes, cada cual aportando un sentido particular a la dimensión expresada. Este procedimiento de transformismo de las imágenes da de la divinidad una imagen viviente capaz de transformarse y alcanzar simultáneamente todas las dimensiones de la existencia, que se expresan, a su vez, al mismo tiempo.

Esta forma de representar ha sido designado por los especialistas como el de la «metamorfosis plástica». Consiste en fundir elementos de naturaleza diferente –signos, imagen humana, vegetal, animal– en una sola imagen, a fin de obtener una representación polimorfa, cuya naturaleza exacta es imposible de determinar. El

resultado son formas transitorias que logran expresar con éxito el carácter proteico de los dioses.

Aunque la búsqueda de múltiples posibilidades de lectura de una sola imagen es el rasgo permanente del arte celta, el apogeo de su desarrollo se sitúa entre los siglos IV y II a. C. Integrado de manera capilar en el conjunto de la sociedad céltica, el arte de La Tène rompe definitivamente los lazos formales que lo unían aún con el arte mediterráneo. Un lenguaje figurado, independiente y perfectamente coherente se ha desarrollado. Se trata de una manera de enriquecer el contenido que permite múltiples y aun equívocas formas de lectura de la imagen. Reconstruir a partir de formas ambivalentes no es forzosamente una inclinación hacia la abstracción que fija los conceptos, sino más bien la voluntad de obtener una síntesis gráfica en movimiento de la divinidad o lo sagrado.

El análisis de la manera de representar el rostro humano demuestra desde el siglo V a. C. que se trata de una intención de recrear el modelo o la forma natural a partir de un repertorio limitado de signos, cargados de significación simbólica (eses, hojas terminadas por volutas, llamadas «hojas de muérdago», la doble espiral –expresión esencial de un movimiento perpetuo que se asocia al del astro rey y al universo–). De esta manera, los atributos se encuentran integrados en la imagen que ellos mismos permiten identificar y, a su vez, esos mismos signos permiten construir imágenes diferentes (fibula de Ostheim).

Estas actitudes y procedimientos distinguen claramente el arte y mentalidad celtas de sus contemporáneos. La narración y la descripción, incluso alusivas, son visiblemente extrañas al espíritu de la representación artística celta. No sólo rechazaron la escritura para establecer su historia, sino que ni siquiera narraron en imágenes sus mitos y prácticas religiosas. Aparece un profundo rechazo hacia aquello que pudiese fijar en el tiempo o en el espacio la memoria y la trascendencia. A pesar de la influencia de sus vecinos, eligieron mantenerse «arcaicos» perpetuando la tradición oral y empleando el principio de la metamorfosis para referirse a lo sagrado, dimensión a la cual pertenecen los dioses, héroes y el alma humana.

La doctrina de la metamorfosis del espíritu permite expresar su capacidad de liberarse del condicionamiento espacio-temporal. Si el arte celta nos ha legado innumerables ejemplos plásticos de metamorfosis de héroes y dioses, la tradición celto-irlandesa es prolífica en narraciones de hombres y divinidades que se metamorfosean, por ejemplo, en pájaros para pasar al otro mundo y viceversa. La finalidad de la metamorfosis parece ser la de salir de la condición y limitaciones del ser humano ordinario. Aquel que lo logra demuestra su importancia al lograr ser, a imagen de la divinidad, uno y múltiple a la vez.

La raíz de esta filosofía se encuentra, probablemente, en la visión mítica celta para la cual el mundo es inestable como el agua, que es considerada en su dimensión primordial como la fuente de lo sagrado. Por ello los personajes míticos y divinos guardan su sacralidad mientras se manifiesten bajo formas morfológicas inestables, es decir, que no se dejen aprisionar por el espacio-tiempo.

La inmortalidad del alma, metempsicosis y metamorfosis

Una de las creencias mayores de la tradición druida era la de la inmortalidad del alma. César nos lo menciona en su Guerra de las Galias (IV,14): «Aquello de lo que ellos (los druidas) buscaban persuadir, es que las almas no perecen, sino que luego de la muerte pasan de un cuerpo a otro: esto les parece particularmente capaz de excitar el coraje suprimiendo el miedo a la muerte».

Lucano (Farsalia I, 450-458) narra: «según vosotros, las sombras no obtienen una estadía silenciosa en el Erebo y en los pálidos reinos de Dispater, sino que el mismo espíritu gobierna un cuerpo en el otro mundo. Si verdaderamente sabéis lo que cantáis, la muerte es sólo el intermedio de una larga vida (...) es vergonzoso proteger una vida que debe retornar a la Tierra».

Según Estrabon (IV,4): «Estos druidas –y otros como ellos– profesan que las almas de los hombres son imperecederas y el mundo también, pero un día sólo reinarán el fuego y el agua».

La enseñanza de los druidas sobre la inmortalidad del alma no tenía como simple objeto dar ánimo a los guerreros, como lo pretendieron los autores grecorromanos que sólo veían despreciables bárbaros cuyas costumbres y creencias les era difícil comprender. Era parte de su doctrina espiritual; la convicción de la inmortalidad y la de una vida en el más allá era compartida por todo el pueblo celta.

Pomponius Mela III, 2, nos comenta: «hasta había quienes se arrojaban a las llamas de la hoguera de un ser querido como si fuesen a vivir con ellos». Hasta el siglo XIX se mantuvo en Irlanda la tradición de confiar a los moribundos mensajes o cartas para los muertos, lo que ya confirmaba Diodoro de Sicilia (V, 28).

No tenemos claras trazas, en cambio, de la metempsicosis en su sentido estricto, como el pasaje de elementos psíquicos de un cuerpo a otro, aparte de algunas citas de los clásicos sobre la creencia druida en la transmigración del alma como los pitagóricos, que puede haber sido simplemente una proyección de las creencias o conocimientos de los autores de las citas, aunque algunos textos pueden prestarse a confusión:

«Tomé numerosas formas
antes de ser libre,
fui una espada estrecha y multicolor,
(...)
Fui lágrima en el aire.
La más brillante de las estrellas.
Fui palabra entre las letras.
Fui libro en el origen.
(...)
Fui escudo en el combate.
Cuerda del arpa
de los encantamientos, nueve años....»

Kat Godeu

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

«Soy el viento sobre el mar,
la ola del océano,
el sonido del mar.
Soy el toro de los siete combates,
el buitre en el peñasco,
la gota de rocío.....

El libro de las conquistas de Irlanda

Los textos galeses *Kat Godeu* e irlandeses en el *Libro de las conquistas de Irlanda* parecen, más bien, ser una aplicación céltica de la noción metafísica de los estados múltiples del ser, que se expresa en la doctrina de la metamorfosis del alma, suficientemente atestiguada en el mundo celta.

El texto irlandés de las metamorfosis de Tuan puede emparentarse con la metempsicosis y aclarar la forma particular de la misma según la tradición celt-irlandesa:

«Toda la raza de Partholon murió de enfermedad con excepción de un solo hombre, Tuan, hijo de Sdarn (...) hijo del hermano del padre de Partholon. Dios lo conformó de varias apariencias y sobrevivió desde los tiempos de Partholon hasta los tiempos de Colum Cille. Él reveló el conocimiento y la historia, las conquistas de Irlanda y los eventos desde la conquista de Cessair hasta ahora. Es con esa intención con la que Dios lo mantuvo vivo hasta el tiempo de los santos, en el que lo llamaron finalmente Tuan, hijo de Cairell, hijo de Muiredach Muinderg. Éstas son las formas que tomó: durante trescientos años tuvo la forma de un hombre, trescientos años bajo la forma de un buey salvaje en los desiertos, doscientos años bajo la forma de un cerdo salvaje, trescientos años bajo la forma de un pájaro, cien años bajo la forma de un salmón. Un pescador lo apreso en su red y lo ofreció a la reina, la mujer de Muiredach Muinderg. Fue consumido por ella y es de ella que Tuan fue al fin concebido».

Lo que aprendemos de esta narración es que la metempsicosis irlandesa significa el pasaje de elementos psíquicos de una forma a otra bajo la apariencia no humana, hasta la concepción final del personaje mítico bajo la forma humana para que cumpla su misión de transmitir la sabiduría y la historia.

A diferencia de la India, la metempsicosis celta no parece general y se aplica a seres míticos, seres predestinados para cumplir una misión fundamental, la de suceder al hombre primordial y transmitir las múltiples ciencias, el conocimiento y la verdad, como el impulso de los avatares hindúes.

Carecemos de testimonios de lo que acontecía al alma del común de los mortales, salvo el testimonio de ciertas monedas galas en las que un guerrero se metamorfosea en un dios o una forma divina. Sí es seguro que los héroes ganaban el mundo de los dioses, pero no sabemos si retornaban sobre la Tierra, a menos de tener una misión divina.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Lo que parecen mostrar los textos y tradiciones es que la inmortalidad del alma y la metempsicosis se aplicaban a dos esferas distintas: la inmortalidad era el destino normal y general del alma humana, mientras que la metempsicosis era el destino de individuos excepcionales, míticos y enviados. Aunque quizás nunca sepamos exactamente si los celtas creían en la reencarnación para todos los mortales, lo que es claro es que el alma humana es inmortal y posee el poder de la metamorfosis, que el coraje del guerrero es capaz de despertar para alcanzar un destino heroico que lo acerca de los dioses.

La mayoría de las metamorfosis se realizaban en formas animales. Para los celtas, estas formas simbolizaban diferentes poderes y leyes de la Naturaleza. Pero también describen, como en las tradiciones amerindias, estados evolutivos precedentes al humano. En general, los mitos sobre esas épocas hablan de seres fantásticos capaces de cambiar de forma y que resumen las etapas de la creación antes de que el mundo se vuelva «duro». Los druidas, según las leyendas, habían guardado el poder mágico de la transformación en todos los seres del bosque, manteniendo el secreto de lo uno y de lo múltiple.



EL ALMA Y LA REENCARNACIÓN EN LOS
INDIOS AMERINDIOS E INUITS DE NORTEAMÉRICA

La creencia en la reencarnación se atestigua en los dos continentes americanos. Se la encuentra en los sistemas de pensamiento azteca (Schoolcraft, 1857), maya (Laughlin, 1976) e inca (Cobo, 1990). Se relaciona con la mayoría de las familias lingüísticas de Norteamérica.

Los estudios lingüísticos pusieron de manifiesto que el chamanismo siberiano no es el único origen de esta creencia en Norteamérica. Existía antes de la llegada de los pueblos de lengua Eskimo-Aleut (entre 6000 y 9000), y Na-Dene (entre 12000 y 10000). Según los conocimientos actuales, son los pueblos pertenecientes a la primera familia lingüística Amerind (clasificación de Greenberg, 1987) los que llegaron primero a América del Norte (y del Sur). La creencia en la reencarnación está presente en numerosas lenguas que pertenecen a esta familia, por lo que existe en Norteamérica desde los más antiguos asentamientos.

En América del Norte, actualmente, más de 130 sociedades o subgrupos entre los amerindios y los inuits manifiestan la creencia en la reencarnación bajo una forma u otra. Tenemos numerosas referencias relativas a esta creencia en nueve de las diez zonas culturales de América del Norte. Ésta se atestigua en los grupos inuits tanto del oeste, como del centro, del este y del gran norte canadiense, en los indios de la zona subártica occidental, en los pueblos de la costa del noroeste, en los de la zona de los llanos (por ejemplo, los siux, los cheyenne), de la zona de las praderas, del este (por ejemplo, los huron, los iroquas, los algonquins), de la región del suroeste (por ejemplo, los cheroki, los creek, los chitimacha), de California (yurok), del sur occidental (apache, navaho, hopi, etc.).

Antes de presentar un conjunto de características relativas a la creencia en la reencarnación de los indios, amerindios y de los inuits, es importante conocer algunos elementos de su concepción del alma.

La concepción del alma en los indios de Norteamérica

El alma, entre los indios de Norteamérica, es un concepto complejo. Según Ake Hultkrantz, varias almas coexisten en el ser humano¹³⁶. Hay, en primer lugar, una dualidad básica; el alma-cuerpo (*body-soul*) y el alma-libre (*free-soul*).

El alma-cuerpo se subdivide en alma-vida (*life-soul*) y alma-ego (*ego-soul*). Esto último se subdivide, a su vez, en alma-emotiva (*emotive-soul*) y alma-intelectual (*intellect-soul*). El alma-libre se subdivide en distintas almas específicas y psicológicas.

¹³⁶ Hultkrantz, Ake. 1953. *Conceptions of the Soul Among North American Indians: A Study in Religious Ethnology*. Stockholm: Ethnographical Museum of Sweden Monograph Series, Publication 1: 7-544.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Otros conceptos, distinciones y matices se añaden según los grupos estudiados. Estas almas pueden ser tanto materiales como puramente espirituales. Algunas pueden dejar el cuerpo y viajar, otras no. Algunas pueden cruzar las fronteras que separan la vida de la muerte y otras no. Algunas dejan de existir con la muerte y otras vienen a la existencia con ella.

Para un hurón, el ser humano vivo posee, al menos, 5 almas. La primera se conecta al cuerpo. La segunda se conecta a la dimensión vital y la tercera al mundo emocional. La cuarta se conecta al intelecto, y las últimas forman juntas la quinta: el alma-libre (John Steckley, 1978).

Para los inupiat de Alaska, todo lo que existe posee un alma. Todo está interrelacionado en el espacio y en el tiempo. En el espacio por las conexiones estructurales entre las diferentes dimensiones visibles e invisibles del universo. En el tiempo, por los ciclos dinámicos que recorren todas estas dimensiones. Puesto que los mundos se escalonan del estado material a los estados espirituales, el principio de base de todos estos ciclos es la transformación, por ejemplo, las transformaciones excepcionales del chamán, y también las de todo ser humano que pasa las puertas de la muerte. El ser humano no pasa a lo invisible con su cuerpo físico; se despoja de él.

Para el inupiat, los seres se encarnan poniéndose una prenda de vestir de carne. Algunos seres pueden tener el poder de cambiar de vestimenta. Por ejemplo, entre los seres humanos, el chamán puede tomar la vestimenta animal. Algunos animales pueden igualmente, como la foca, que se quita a veces su piel de animal para revestir la del humano.

En el mundo animal esta prenda de vestir de carne es también la comida de la cual el hombre tiene necesidad para su subsistencia. El cazador debe tratar con respeto al animal cuya vida tomó. Debe devolver a la Naturaleza el órgano portador del alma, sea al mar o a la tundra según la caza. Entonces el ser animal podrá reencarnarse.

Edith Turner indica que para los inupiat el alma del animal reside en su cráneo. Cuando representan artísticamente el alma de un animal la forma tallada es una cara humana, pero dicen que es su cráneo. Edith Turner afirma de este hecho: «hay una noción de que todas las almas animales son en esencias humanas¹³⁷».

Los oiqiqdamiut, de la Bahía de Hudson, dicen que para cada especie existe una reserva de almas donde la cantidad es limitada. Estas almas circulan en ciclos determinados y la reencarnación se inscribe en esta dinámica.

Los más antiguos datos con respecto a la concepción del alma en los inuits de Groenlandia, antes del impacto de la influencia cristiana, datan del siglo XVIII. Llegaron a nosotros por los escritos de los misioneros luteranos y moravos. Para estos inuits el ser humano está constituido por un cuerpo, un nombre y un alma inmortal. Después de la muerte el alma se dirige hacia un paraíso, localizado en el mundo

¹³⁷ Turner, Edith. 1994. *Behind Inupiaq reincarnation: Cosmological Cycling. In American Rebirth*, edited by Antonia Mills and Richard Slobodin. University Of Toronto Press Inc.

subterráneo, o hacia un mundo de hambre y frío eternos, localizado en el mundo de arriba.

Los amerindios y los inuits ven el cosmos como constituido por varios mundos, visibles e invisibles, interconectados, evolucionando simultáneamente y en los cuales ellos participan de varias maneras. La reencarnación forma parte del complejo proceso dinámico de relaciones entre estos mundos. Para decir que una persona está encarnada, los indios Wet' suwet' dicen que «camina sobre la tierra».

Concepciones de la reencarnación en los indios de Norteamérica

Varias formas de reencarnación existen como creencia entre los indios, amerindios e inuits. Algunas pueden coexistir en un mismo grupo, otras señalan diferencias de un grupo a otro:

- Los seres humanos reencarnan como seres humanos.
- Probablemente, como etapas intermedias en un proceso post mórtem complejo, se transforman en animales después de su muerte (trasmigración).
- Reencarnan como seres humanos después de haber sido animales antes del nacimiento.
- Se vuelven animales después de la muerte y a continuación reencarnan de nuevo como seres humanos (metempsicosis).

Los kwakiutl dicen que los cazadores vuelven de nuevo como lobos, los pescadores como orcas y otros individuos como búhos o fantasmas. Están así durante un determinado tiempo; luego, reencarnan de nuevo como seres humanos (Boas, 1896). Dicen también que los gemelos son salmones encarnados como seres humanos y que volverán a ser salmones después de su muerte. Los inuits dicen que una mala persona reencarna en animal (Rasmussen, 1927), los pomo, de California, que tal persona se convierte en un oso o un crótalo (Powers, 1877). Los beaver dicen que el alma humana puede tomar temporalmente refugio en un pájaro antes de empezar su viaje hacia el cielo. Dicen también que el alma puede quedar bajo la apariencia de su espíritu guardián, especialmente si no pudo encontrar el camino del cielo debido a la manera en que la muerte se produjo.

Los indios, amerindios e inuits creen que el animal tiene el poder de decidir su propia reencarnación. Puede decidir no reencarnar si fue maltratado por el ser humano. Los indios piensan que la conciencia humana y la animal tienen los mismos derechos, que todas las formas de vida animal son tan sensibles y evolucionadas como el ser humano. El hecho de que un animal pueda ser también el espíritu guardián de un ser humano pone de manifiesto que el animal no está reducido a un ser inferior, sin alma ni espíritu, una especie de masa de carne o un simple objeto utilitario.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Todas las conciencias son iguales porque viven en la misma realidad, caracterizada por la unidad, la unión, la interconexión, la interacción y la interrelación.

Para el indio, el ser humano debe desarrollar y mantener con el ser animal una elevada relación ética, manifestarle un gran respeto y tratarle de manera que su espíritu pueda alcanzar una morada de la cual reencarnará. Piensan que estos seres, los animales, cuya vida toman, elegirán –si son bien tratados– tomar de nuevo un cuerpo para responder a las necesidades de los humanos. Esta relación, este pacto, es una responsabilidad, un código ético y un deber cuyo incumplimiento implica graves consecuencias en este mundo y en otros, tanto para el espíritu del animal matado como para el que lo mató. No es el hecho de quitar la vida del cuerpo lo que es problemático: es el móvil y la manera como se quita esa vida. En los indios gitksan y wet' suwet' en, el hecho de tomar mal la vida tiene consecuencias nefastas no sólo sobre varias generaciones sino también sobre varias encarnaciones.

En las culturas agrícolas autóctonas este pacto y esta dinámica de vínculos entre distintos mundos –en los cuales la reencarnación es un agente fundamental– se manifiestan en el respeto y el mantenimiento del ciclo vegetal y las cosechas.

La idea de que un niño muerto pueda renacer en su propia familia es una de las características comunes a las distintas formas de creencia en la reencarnación. Entre los hurones la reencarnación se menciona especialmente respecto a los bebés o niños muertos a corta edad. Los blackfoot dicen lo mismo, añadiendo que los bebés nacidos muertos renacerán. Un jefe hopi decía que un mismo niño había nacido de él y de su mujer cuatro veces. Otros datos informan de la idea de que los bebés nacidos con dientes o con cabello canoso son ancianos que vuelven de nuevo.

En un gran número de casos referidos a la reencarnación, cuando son adultos hay una relación con una muerte violenta, prematura o inesperada. Esta característica vale también para los niños. Los blackfoot dicen que los guerreros muertos en combate reencarnan y pueden ser reconocidos por sus marcas de nacimiento, que corresponden a sus heridas mortales.

Los gitksan, de la costa del noroeste, están especialmente interesados en la reencarnación de sus grandes jefes. Supervisan todas las señales que po-drían indicarles y confirmar tal reencarnación. Son, por ejemplo, los recuerdos de la vida anterior o también las marcas de nacimiento. Dicen que cuanto más tiempo pasa una persona en el más allá, menos estarán presentes estos.

Los gitksan dicen que cuando sus abuelas pensaban que un niño podía ser la encarnación de uno de sus grandes jefes, procuraban asegurarse. Le presentaban una serie de mazas de guerra. Una de entre ellas pertenecía al jefe que se suponía que había encarnado. El objetivo era confirmar la identidad del reencarnado si el niño elegía su propia maza.

Los inuits dicen que el ser humano puede reencarnarse cambiando de sexo. Toman como ejemplo a sus chamanes; el chamán era de sexo opuesto en la vida anterior (Saladin d' Anglure); los hopi dicen que el niño que renace cambia necesariamente de

sexo. El jefe hopi citado más arriba declaró que su niño había cambiado de sexo en cada nacimiento. De los kwakiutl, de la zona central de la costa occidental, poseemos el relato de una anciana que preguntó a un jefe si podía regresar reencarnada como su niño, y que él decidiera si debía volver de nuevo como niño o niña.

Los inuits y los indios de la zona septentrional de la costa occidental dicen que un ser humano puede reencarnarse en varias personas en el seno de la misma comunidad. Entre los inuits una misma persona puede ser considerada reencarnada en varias comunidades diferentes. Esta característica de varias reencarnaciones simultáneas parece estar vinculada a la idea de que el poder y una determinada potencia personal perteneciente a los anteriores portadores de un nombre son transmitidos al nuevo portador. Los beaver, de la zona subártica del río Mackenzie, cuentan con encontrar en los encarnados las mismas características psicológicas y habilidades de la personalidad anterior.

La reencarnación desempeña también un papel importante en la dinámica, el mantenimiento y la conservación del sistema de lazos de parentesco. Por ejemplo, los beaver dicen que los seres vuelven de esta manera a poder casar nuevamente entre las mismas categorías de personas.

Los amerindios y los inuits dan al recién nacido el nombre de un miembro difunto de la familia cuando piensan que el bebé es su reencarnación, o bien porque una fuerza y un vínculo espirituales particulares existen entre él y el bebé. Sabemos que para los autóctonos de Norteamérica el acto de «dar un nombre» es de una enorme importancia y de un alcance capital a todos los niveles. El nombre aparece como un poder, o una serie de poderes, un ser, o un conjunto de grados del ser. Dar a un recién nacido el nombre de un antepasado es decir que esta nueva persona es, de hecho, este antepasado, o que éste se conecta «mágicamente» a la nueva persona, o que está protegida por la línea de los antepasados y tótems.

La importancia de las creencias en la reencarnación en los indios de Norteamérica

En la educación de los amerindios y los inuits la reencarnación ocupa un lugar central. Para ellos la educación está basada en el despertar de memorias que remontan más lejos que la existencia actual. Aprender se vuelve, pues, recordar. Piensan que la observación atenta es el medio. A partir de allí la vida en curso es desarrollo y enriquecimiento. Esto es verdadero para todos los niños y no solamente para el muy reputado por ser la reencarnación de una persona conocida, o para el que declara tener recuerdos de su última vida. Los chamanes son llamados a desempeñar un papel importante, ya que –conociendo la lengua del niño– pueden comprender los deseos de los niños que se conectan a la última vida y así «orientarle» de la mejor manera posible. La educación india e inuit implica, pues, mucho más que una simple programación del cerebro.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Hay, a la vez, numerosas semejanzas y diferencias en el seno de estas creencias de la reencarnación. Todos los numerosos datos relativos a ella ayudan indiscutiblemente a describir y conocer mejor las diversas culturas autóctonas. Pero, paradójicamente, no ayudan realmente a comprender mejor la reencarnación. Ahora bien, somos conscientes de que las ideas autóctonas sobre la misma son esenciales y necesarias para el esfuerzo de comprensión de varias dimensiones de su realidad, por ejemplo: su cosmología, los sistemas de lazos de parentesco, la elección de los nombres otorgados a los individuos, las prácticas funerarias, los conceptos de identidad, del yo, de género, la psicología y la educación, etc. Así, nuestro límite de comprensión de la reencarnación es igualmente un límite para la comprensión de las culturas estudiadas.

De todos los estudios, resulta también que la reencarnación está vinculada íntimamente a la concepción y al conocimiento de la identidad, los principios, la estructura y el funcionamiento del ser humano. También se vincula a la concepción del universo, a las relaciones entre éste y el ser humano y al sentido de la evolución de este complejo conjunto.

¿Cómo comprender mejor estas creencias? ¿Es posible?

Todo esto implica la necesidad de comprender mejor la reencarnación y, en consecuencia, de dotarse de un marco conceptual, suplementario y diferente, que lo permita. Suplementario porque no se trata de sustituir a aquellos que ya existen; diferente porque debería poder integrar y dar cuenta de todas las semejanzas y las diferencias, de todas las dimensiones que fueron y son descubiertas y, especialmente, las que escapan a los marcos conceptuales actuales.

La gran dificultad es que la naturaleza misma del tema (alma, reencarnación, espíritu, paranormal, etc.) implica obligatoriamente un cuestionamiento de las certezas filosóficas y presuposiciones implícitas sobre las cuales vive la civilización occidental.

Comprendemos bien hoy en día que los jesuitas no podían comprender la espiritualidad de los hurones. En efecto, para los jesuitas, el alma es única, indivisible e indisoluble del cuerpo en la vida. Después de la muerte, sigue una trayectoria lineal de la tierra al cielo. ¿Cómo podían acoger las 5 almas huronas y la reencarnación? Nuestro marco conceptual racional moderno, aunque se volvió más complejo y se deshizo de algunos de sus obstáculos, tampoco lo permite. Ganamos en método, en finura de análisis, tenemos teorías más complejas, herramientas más sofisticadas, pero aún no hemos abordado ni nuestras creencias ni nuestros prejuicios.

El corazón del problema y la vía de su resolución están contenidas en la reflexión de este jesuita del siglo XVIII con respecto a las creencias de los hurones y en la reacción de estos últimos: «Es divertido escucharles hablar de sus almas... Piensan que el alma es divisible, y ustedes tendrían toda la dificultad del mundo para hacerles creer que nuestra alma está entera en todas las partes del cuerpo... ¡Dios de verdad, qué ignorancia y estupidez!»; «quédate en silencio; es insensato; preguntas sobre cosas que tú mismo no conoces». Es la distancia entre lo especulativo y lo vivido que se

manifiesta. La resolución implica la experiencia directa de la conciencia, lo vivido global, no solamente la fe racional o la razón analítica.

Así pues, idealmente, este marco suplementario conceptual debería proceder de un corpus de conocimientos que reúnen inteligentemente los resultados de experiencias vividas relativas al ámbito en el cual se inscriben las ideas sobre la reencarnación. Se habla del alma, de sus múltiples dimensiones –el espíritu, los espíritus–, de la evolución de la conciencia más allá de los límites corporales –desdoblamientos, energías sutiles, inmortalidad, distintos mundos–, etc. Se trata necesariamente de un ámbito espiritual, de conocimientos de las dimensiones de lo invisible y de un modo de experiencias y pensamiento específicos, bien adaptados a su objeto.

El esoterismo

Tal corpus existe. Forma lo que se llama hoy «el esoterismo». El rechazo visceral que generalmente esta palabra produce es sintomático de un problema que pertenece más al ámbito del emocional ciego que al de la razón iluminada.

Sea cual sea, esta reacción irracional y compulsiva no debe impedirnos decir que existe un conocimiento muy bien articulado, rico en milenios de experiencias vividas.

Este conocimiento ha sido reunido, en particular, en la obra monumental de Helena Petrovna Blavatsky, a fines del siglo XIX. Aunque la Sra. Blavatsky y su obra han sufrido múltiples ataques calumniosos, grandes personajes supieron reconocer el valor de sus escritos (Albert Einstein, Gandhi, etc.). En nuestros días, la rehabilitación de la Sra. Blavatsky está en curso¹³⁸.

El esoterismo no es el ocultismo. Al igual que lo racional, hay un modo de pensamiento serio, lógico y metódico, fundado en la experiencia y muy adaptado a su objeto. La diferencia es el territorio estudiado. El pensamiento racional estudia las dimensiones visibles, el esotérico las invisibles. Este conocimiento se nos presenta para ayudarnos a ir más lejos y, quizá, hasta para que un día podamos cuestionar sobre cosas que habremos dejado de ignorar.

Sería una lástima perseverar en su rechazo arbitrario e impedir así encontrar inteligentemente este conocimiento que nos permitiría comprender mejor todas estas culturas no materialistas basadas en las dimensiones invisibles. Hacerlo nos conducirá también a comprendernos mejor a nosotros mismos, a transformar nuestras relaciones con nuestros semejantes y con la Naturaleza y a recuperar un cierto sentido del devenir y el destino.

¹³⁸ Richard-Nafarre, Noël. 1991. Helena Petrovna Blavatsky ou la Réponse du Sphinx. Biographie. Paris. Éditions François de Villac.

Existen referencias acerca del alma en la cultura maya ancestral y actual, tanto en fuentes literarias como el Popol Vuh como en las costumbres mortuorias de los actuales pueblos mayas de Yucatán y Guatemala. Es posible profundizar en la relación entre la inmortalidad del alma y su regreso cíclico al plano de la manifestación de la vida utilizando esta misma fuente literaria además de algunos estudios y monografías sobre los pueblos de Yucatán y Guatemala, y testimonios de sacerdotes mayas.

En Guatemala existen actualmente más de 20 etnias consideradas descendientes de los antiguos mayas. Dichos pueblos tienen entre sí diferencias y semejanzas. Muchos de ellos han adoptado una forma de vida completamente occidental y es posible que recuerden muy poco de sus tradiciones ancestrales, pero los habitantes del área rural han conservado con mayor pureza algunos de sus elementos culturales tradicionales a pesar del contacto con los pueblos occidentales.

Entre los elementos que comparten estos distintos pueblos está el conocimiento del calendario sagrado emparejado con el concepto cíclico del tiempo. Asociadas al calendario se encuentran las divinidades astronómicas, los regentes de cada día, con sus características e influencias sobre la actividad humana.

En su forma de vivir y relacionarse tienen una percepción más clara que los occidentales de pertenecer a un sistema universal vinculado a un enorme sentido jerárquico de la vida, que abarca lo natural y lo social. Su percepción de lo divino es cotidiana y cada cosa tiene un lugar y una función que deben ser respetados.

Es conocido el proceso de sincretismo cultural y religioso que se produjo en toda América tras la invasión hispana. Abunda la literatura de la época colonial que describe la forma de vida de los pueblos americanos y sus tradiciones religiosas.

Allí se encuentran referencias claras a las formas de culto, sacrificios, imágenes, fiestas y ritos practicados por los nativos; sin embargo, el profundo sustrato que fundamentaba dichas formas religiosas está apenas esbozado.

Es comprensible tal carencia, pues para los cronistas –religiosos o no– las tradiciones religiosas de los pueblos conquistados eran idolatrías y falsedades, que cuanto antes desaparecieran más grato resultaría a los ojos de Dios. En el prólogo del Popol Vuh, obra literaria, histórica y cosmogónica de los quichés –traducida por el religioso Francisco Jiménez–, se encuentra la siguiente alusión:

«Es verdad que desde su principio empieza a tratar de Dios y dice cosas conformes a la Santa Escritura y fe católica, aludiendo a lo que sabemos por revelación del Espíritu Santo, en las Santas Escrituras, pero como quiera que éstas se hallan envueltas en mil mentiras y cuentos, no se le debe dar más crédito que el que tiene el padre de las mentiras, Satanás, quien fue su autor, sin duda, para engañar, y perder a

estos miserables, saliendo tan impuras las verdades católicas como lo es la fuente de donde proceden, como las que procuró dar por boca de Arrio, Lutero, Calvino, Mahoma y otros heresiarcas para perder el cristianismo; que aunque sea así que envuelvan tantas verdades católicas en sus desatinos, como se hallan viciados de falsas inteligencias y opiniones contrarias a lo que nuestra Santa Madre Iglesia cree y enseña, de allí es que no se puede dar crédito alguno a semejantes embaucadores».

Cosmogonía maya ayer y hoy

Ante el hecho de la conquista, es asombrosa la habilidad con que los pueblos mayas adaptaron sus concepciones religiosas fundamentales a las nuevas apariencias; cómo la Virgen María vino a reemplazar a la abuela Ixmucané, o a la virgen Ixquic, madre de los héroes gemelos, y cómo Jesús, San Antonio, San José, San Juan y tantos otros personajes de la religión de los invasores pudieron ser interpretados como las viejas divinidades tradicionales. No cambió más que la apariencia. La devoción hacia la sustancia divina esencial, presente en las figuras sagradas de cualquier cultura no varió. Cito una anécdota del mayista Eric Thompson, ocurrida durante la celebración de una fiesta de año nuevo. «Señalando hacia el adornado altar, le pregunté a un anciano Kekchí¹³⁹ por qué no ponían allí una imagen de Tzultacah, el dios kekchí de las montañas y los valles, deidad de la tierra. Me replicó que no era necesario, ya que San José, cuya imagen se hallaba en el altar, era el mismo que Tzultacah, gentil ejemplo éste de cómo los mayas han logrado amalgamar las dos religiones¹⁴⁰».

En el área maya, la religión original nunca desapareció. Los ritos fueron escondidos de los ojos de los extranjeros, al igual que sus libros, dioses, y otras prácticas mágicas. Lo maya se mezcló con elementos cristianos y lo cristiano se transformó para hacerse comprensible a la población local.

Algunos conceptos coincidieron: la trascendencia del alma después de la desaparición del cuerpo y la existencia de cielo e infierno. Los trece cielos fueron reemplazados por un único estado de gracia y los nueve infiernos por uno solo, ígneo y colmado de sufrimientos eternos. El lugar al que iría el alma después de abandonar el cuerpo correspondería, según esta nueva cosmogonía, a la conducta observada durante la vida. Entre los mayas el linaje asociado a la realeza, el oficio o la manera de morir decidía dónde iría el alma del difunto.

Hasta hoy, los criterios de los mayistas coinciden cuando se habla de no reconocer la unidad política del pueblo maya prehispánico. En medio de decenas de señoríos esparcidos por Yucatán y las tierras de Guatemala, no se ha encontrado un Carlomagno maya que unificara ese mundo bajo una sola ley civil y militar. Es diferente cuando se trata del sistema religioso; los mitos relatados en el Popol Vuh acerca de la

¹³⁹ Etnia maya que actualmente habita en nororiente del territorio de Guatemala y sur oriente de Yucatán.

¹⁴⁰ Thompson, E. Arqueología Maya. DIANA. México 1965.

creación del universo, el ser humano, y las hazañas de los héroes son reconocidos en todo el mundo maya, al igual que el calendario sagrado¹⁴¹.

Para los mayas, el tiempo es el sustento del universo. Lo conciben de forma cíclica, basado en el eterno movimiento de los cuerpos celestes, los ciclos vitales, el cambio permanente y a la vez recurrente de la Naturaleza. Esta concepción está ligada a un espacio universal en el que ocurre el fluir del tiempo.

La visión prehispánica y actual del universo nos presenta un todo que está sustentado en energías sagradas que se manifiestan en cada uno de los seres que componen su realidad cotidiana. Lo conforman tres regiones diferentes: el cielo, la Tierra y el inframundo. La Tierra es un plano rectangular, que se divide en cuatro sectores a los que se asocian colores: rojo al este, blanco al norte, negro al oeste, amarillo al sur y verde al centro, lugar donde está la gran Ceiba (Ceiba Pentandra) que atraviesa el universo. Sus raíces se asientan en el mundo subterráneo y sus nueve planos inferiores (Belejeb Tikú); sus ramas, en el cielo, con trece planos celestes (Oxlajuj Tikú). Es el Ya'axche' sagrado, el árbol verde de la vida, que atraviesa todos los espacios uniéndolos entre sí. En cada una de las esquinas del mundo están los Bacabes, deidades que sostienen los cielos.

La vida y la muerte son parte de la ciclicidad universal. Los seres celestiales son regentes de la vida, y los infernales, de la muerte. Asumían la muerte como un hecho natural, como un cambio de estado como parte de los ciclos que regían el universo. La divinidad que regía la muerte era Aj-Puch, que se representa como un esqueleto humano.

El alma

Las fuentes escritas del período colonial, códices, enterramientos, objetos cerámicos y otros restos se refieren al alma como la parte inmortal del ser humano. Sin embargo, la referencia precisa acerca de su reencarnación en un nuevo cuerpo se encuentra claramente expresada en el tratado cosmogónico y antropogénico más notable del mundo prehispánico: el *Popol Vuh*.

Para los mayas, el alma humana era un fluido que daba el vigor, la energía, el carácter de cada individuo, la fuerza espiritual y física. Se adquiría en el momento de la concepción y contenía el destino del que la portaba. Sobrevivía a la desaparición del cuerpo físico. El mundo de los vivos, el de los muertos y el de los dioses, estaban siempre comunicados por las ramas del árbol de la vida. A través de ellas transitaban las almas de los difuntos hasta el cielo o el infierno, donde iban a vivir su período de ausencia de la Tierra, y eran el camino de retorno desde su lugar junto a los dioses o los demonios hasta su resurrección en el vientre de las mujeres embarazadas.

¹⁴¹ Ver: Muñoz.P. *Los señores del Tiempo*. Guatemala, 1997.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Las mujeres que morían de parto, los sacerdotes, los gobernantes y los suicidas iban a los estratos superiores del mundo celeste. Los suicidas eran recogidos por Ixtab, diosa del suicidio. Se la representa como una mujer muerta por ahorcamiento mediante un lazo, colgando de un árbol, una ceiba u otro árbol frondoso. En Yucatán se la relaciona con Xtabay, mujer-demonio que se oculta tras una ceiba y seduce a los hombres que tienen debilidad por los placeres sexuales.

El paso de la vida a la muerte era difícil. Las almas de los muertos no abandonaban la Tierra inmediatamente después de desencarnar. Seguían haciendo su vida normal durante un tiempo, hasta que iniciaban el viaje hacia el mundo de los muertos para tomar el lugar que merecían, en alguno de los cielos o los infiernos. El alma de los niños partía más fácilmente que la de los adultos, que sentían temor de recorrer el tortuoso camino¹⁴².

Entre los kekchís el espíritu que anima a las personas es el Xmuhel. Su vínculo con el cuerpo de la persona es sumamente frágil, de tal manera que puede perderse temporal o definitivamente¹⁴³.

La muerte

Si bien los ritos celebrados actualmente a propósito de la muerte de una persona son aparatosos por la cantidad de días que debe rezarse por el alma, las atenciones que deben prodigarse a los acompañantes de la familia del difunto, la actitud de extrema naturalidad ante la muerte y los muertos sorprende a los occidentales.

El Hanal Pixan o «Comida de ánimas» se celebra todos los años el 31 de octubre y el 1 de noviembre en la región maya de Yucatán, México. Los mayas ancestrales dejaban en los enterramientos vasijas con alimentos y bebidas que iban a servir al difunto durante su viaje de ida al cielo o al infierno y de regreso a la Tierra. Fueron reemplazadas por una comida anual instituida como fiesta religiosa.

Actualmente es una celebración familiar donde todos los habitantes de la región se involucran. Las mujeres preparan la comida y arreglan el altar y los hombres hacen otros trabajos relacionados también con la preparación de alimentos para esos días. La familia se esmera en hacer una limpieza profunda de toda la casa y los espacios abiertos, pues sería una ofensa para los visitantes del otro mundo encontrar muestras de descuido o suciedad¹⁴⁴.

La muerte es la separación del xmuhel, la liberación de las limitaciones que surgen de la asociación con el cuerpo. A partir de la separación, el alma tiene tres días para visitar los lugares que le agradaban, incluso para volver a entrar a su cuerpo. Actualmente la ley obliga a sepultar a los difuntos antes de dos días. Sin embargo, hasta

¹⁴² Muñoz. P. Algunas ideas acerca del alma en la cultura maya ancestral y actual. Guatemala 2002.

¹⁴³ Estrada A. Vida esotérica de los maya-kekchís. Guatemala. 1990.

¹⁴⁴ Muñoz. P. 2002.

bien entrado el siglo XX se sepultaban el tercero, pues el alma podía volver. La única señal certera de que el alma se alejó definitivamente del cuerpo es la putrefacción de este.

Sorprende la actitud desaprensiva ante los cadáveres. Durante la época colonial se enterraba a los difuntos en los patios de las casas, en el interior, o en el patio trasero de la iglesia. En el área rural se les enterraba en cuevas o ermitas de las montañas, las mismas que eran utilizadas como refugio de los caminantes que eran sorprendidos por la noche. Transcribimos al respecto: David Sapper (1925) observó esta costumbre: «Durante mis excursiones por cerros y valles casi desconocidos, muchas veces me vi obligado a pernoctar en esas ermitas y confieso que al hacerlo las primeras veces me causó muy mala impresión y no las tuve todas conmigo pensando que iba a descansar sobre la tumba recién abierta de algún indio muerto, particularmente cuando podía verse claramente que el último entierro había tenido lugar pocos días o pocas horas antes.(...)Entonces cuidaba de hacer colgar mi hamaca lo más alto posible y lo más lejos de la última sepultura, mientras que los indios que me acompañaban en mis viajes no tenían inconveniente alguno en dormir, y hasta comer, sobre un viejo petate extendido sobre la fresca tumba de un su semejante¹⁴⁵».

Es muy posible que los mayas ancestrales hayan tenido una actitud similar, a juzgar por los testimonios pictográficos y escritos que los describen como propensos a la guerra, los sacrificios humanos rituales asociados al juego de pelota y a las conquistas territoriales.

En enterramientos del período clásico hallados por la arqueología existen evidencias de complejas ceremonias funerarias, que dan a entender la inmortalidad del alma del difunto. Los esqueletos, frecuentemente, están acompañados de objetos usados en vida por el difunto, y de restos de otros humanos o de animales, particularmente de un perro¹⁴⁶. Los entierros de infantes la mayoría de las veces están en posición fetal dentro de una vasija (¿el vientre materno?) lo que permite asociar este rito a la idea del renacimiento¹⁴⁷.

Diversos objetos de origen vegetal y animal nos llevan a pensar que el alma de esos objetos acompañaba al alma del humano en su viaje; es más, las vasijas de cerámica encontradas en tumbas tienen el agujero que las caracteriza como «matadas», lo que equivale a que su alma ha sido liberada.

Los esqueletos tienen algunas veces sobre el pubis púas, dientes y uñas de felinos¹⁴⁸ y, sobre la cabeza, una vasija invertida, carapachos de tortuga o lajas de

¹⁴⁵ Id.

¹⁴⁶ Se confirma en el área maya la creencia presente en otras civilizaciones de que el perro acompañaba al espíritu hacia su última morada.

¹⁴⁷ De la Garza, M. y otros. *Los mayas del período clásico*. Madrid. 1998.

¹⁴⁸ Estos objetos eran utilizados en vida del difunto para el autosacrificio de sangramiento de los genitales y otras partes del cuerpo como orejas, lengua, muslos. Los dientes y uñas de felino pueden interpretarse como la bajada al inframundo que entraña el proceso de la muerte, pues el jaguar es el sol nocturno, señor del inframundo.

piedra, pues se pensaba que el alma salía por la coronilla y debía ser protegida al inicio de su camino.

El polvo rojo de cinabrio se utilizaba para pintar el cuerpo del difunto. Cuando desaparecía la carne, el polvo quedaba adherido a los huesos. El rojo está asociado a la salida del Sol, el origen de la vida y el renacimiento.

Se observa en los ritos de muerte un paso hacia otra vida, con algunos símbolos de resurrección como el color rojo, la presencia de objetos y personas cuya alma estará junto a la del difunto en otra vida, pero no se percibe con claridad si se trata de una vida en otros planos más sutiles o un regreso del alma a otro cuerpo.

La resurrección

La idea de la dualidad entre seres humanos e infernales, vida y muerte, cielo y Tierra, lleva implícita la de ciclicidad. Sin embargo, en el lenguaje cotidiano y en los rituales mayas actuales no se expresa con claridad la idea de reencarnación. En su lugar se encuentra el concepto de resurrección, que también podría ser un aporte del sincretismo experimentado por las civilizaciones americanas a raíz de la invasión hispana.

Dada la resistencia a eliminar la idea de ciclicidad de las cosas, desde el principio de la época colonial se comenzó a instituir la creencia de que las almas de los difuntos, salvo los que iban al infierno, regresarían una vez al año para visitar a sus familiares y amigos¹⁴⁹.

Las referencias literarias más claras acerca de la resurrección son aportadas por el *Popol Vuh*, obra rescatada durante la conquista y de una antigüedad difícil de determinar.

En la segunda parte de este libro son relatadas las historias de los héroes Hunahpú e Ixbalanqué. Hace mención a otros tiempos lejanos y míticos, donde los dioses Ixpiyacoc y la abuela Ixmucané generan durante la noche¹⁵⁰ a Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú.

Esta pareja de hermanos jugaba a la pelota todos los días, hasta que llamaron la atención de los señores del Xibalbá o inframundo. Estos sintieron rabia y envidia del señorío de los hermanos y de sus instrumentos de juego¹⁵¹. Por medio de sus mensajeros les invitaron a jugar a la pelota con todos los implementos, pero ellos los dejaron guardados en la casa.

Bajaron a los infiernos, donde fueron atormentados y sacrificados por los señores en el campo del juego de pelota. Antes de enterrarlos, el cuerpo de Hun-

¹⁴⁹ Ese día es el 1 de noviembre, en el que se celebra y agasaja a los parientes difuntos.

¹⁵⁰ Id. p 120. Esto quiere decir, antes de que fueran creados el Sol, la Luna y el hombre mismo.

¹⁵¹ Id. pág. 125.

Hunahpú fue decapitado y su cabeza puesta en medio de un árbol de jícaro, que sin haber fructificado jamás, al punto se cubrió de frutos redondos que se confundieron con la cabeza del héroe¹⁵². Este hecho maravilló a los señores infernales, que prohibieron a todos acercarse a este árbol encantado, donde se ocultó para siempre la cabeza de Hun-Hunahpú, confundida entre los frutos.

Ixquic, la hija de uno de los señores, al escuchar este relato mágico sintió una gran curiosidad por ir a ver el árbol y sus frutos maravillosos. Se encaminó al sacrificadero del juego de pelota, donde estaba plantado el jícaro, y cuando llegó al lugar la calavera de Hun-Hunahpú le preguntó si deseaba los frutos de ese árbol. «Sí los deseo», contestó la doncella. «Muy bien –dijo la calavera–. Extiende hacia acá tu mano derecha». «Bien» –replicó la joven–, y levantando su mano derecha, la extendió en dirección a la calavera. En ese instante la calavera lanzó un chisguete de saliva que fue a caer directamente en la palma de la mano de la doncella. Miró esta rápidamente y con atención la palma de la mano, pero la saliva de la calavera ya no estaba allí.

«En mi saliva te he dado mi descendencia –dijo la voz en el árbol–. Ahora mi cabeza no tiene nada encima, no es más que una calavera despojada de la carne. (...) Sube, pues, a la superficie de la Tierra, que no morirás¹⁵³».

De esta manera el alma de los hermanos, que sin duda sobrevivió a la muerte del cuerpo, encarna en Ixquic, habitante del inframundo.

Ixquic fue expulsada del Xibalbá y condenada a muerte cuando los señores constataron su estado de preñez. Ella logró persuadir a sus verdugos de que la liberaran con vida pero se vio obligada a subir a la superficie terrestre.

Allí encontró a Ixmucané, madre de los héroes sacrificados, y se presentó como su nuera diciendo que llevaba a sus hijos en el vientre. La abuela argumentó que sus hijos estaban muertos, a lo que Ixquic respondió: «Es verdad que soy vuestra nuera; ha tiempo que lo soy. Pertenezco a Hun-Hunahpú. Ellos viven en lo que llevo, no han muerto Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú: volverán a mostrarse claramente, mi señora suegra. Y así, pronto veréis su imagen en lo que traigo¹⁵⁴».

Ixquic da a luz a dos criaturas, Hunahpú e Ixbalanqué, que son los mismos que perecieron en otro tiempo en el inframundo. Este pasaje expresa claramente que los niños que la joven ha dado a luz no son solamente la descendencia de Hun-Hunahpú, sino las mismas almas que han salido del inframundo en el vientre de la virgen para habitar en otros cuerpos.

Cuando los hijos de Ixquic llegan a la juventud descubren los implementos del juego de pelota que fueron ocultados por sus padres, que son ellos mismos, y después de limpiar de maleza el campo de juego que hace muchos años no se ha usado, los hermanos comienzan su juego. Los señores del Xibalbá se dan cuenta de que alguien

¹⁵² Éste es un símbolo del potencial de fecundidad de Hun-Hunahpú.

¹⁵³ Id. pág. 134.

¹⁵⁴ Id. Pág. 139.

está jugando en la superficie y los invitan al inframundo a jugar con ellos. Pero esta vez los hermanos no son vencidos pues «recuerdan» los errores cometidos en su viaje anterior y van superando todos los obstáculos puestos por los demonios.

Después de pasar muchas pruebas y de jugar a la pelota con los señores del infierno, estos se reúnen y deciden su muerte, no sin antes consultar a los adivinos acerca de una forma de morir que no les permitiera resucitar.

Dijeron los hermanos: «Tenemos el presentimiento en nuestro corazón de que usarán la hoguera para darnos la muerte. Todos los del Xibalbá se han reunido, pero la verdad es que no moriremos¹⁵⁵». Los demonios hicieron una gran hoguera y los invitaron a jugar saltando por encima del fuego, a lo que los hermanos respondieron: «No tratéis de engañarnos. ¿Acaso no tenemos conocimiento de nuestra muerte, ¡oh, señores!, y de que eso es lo que aquí nos espera? Y juntándose frente a frente, extendieron ambos los brazos, se inclinaron hacia el suelo y se precipitaron en la hoguera, y así murieron los dos juntos¹⁵⁶». Los señores molieron sus huesos, los tiraron al río y la ceniza se asentó en el fondo. Al punto se reconstruyeron los cuerpos de los jóvenes con la misma cara que tenían antes. Tras cinco días volvieron a presentarse y la gente los vio con apariencia de hombres-peces.

Nuevamente aparece con claridad la idea de que el alma trasciende al cuerpo y que vuelve a animar otra vez una vida humana.

Tras la aparición como hombres peces llegaron al pueblo disfrazados de mendigos, bailarines y hechiceros, sin pasado, ni linaje, ni recuerdos. Obraron prodigios tales como despedazar animales y hombres y volverlos a la vida. Finalmente, los señores los llamaron a su presencia, les pidieron que los mataran y les hicieran vivir nuevamente. Los muchachos cumplieron con darles muerte pero no con volverlos a la vida, venciendo así a los demonios que habían atormentado y matado a sus padres, que eran ellos mismos.

Subyace en todo este relato un concepto que es característico de la civilización maya; la vida y la muerte son parte de una sola realidad continua y cíclica, donde el principio de las cosas es el final y viceversa. Vida y muerte están perpetuamente presentes, pues los humanos somos seres efímeros en nuestro sustrato material pero eternos en nuestra realidad espiritual.

Tras la revisión bibliográfica, la observación de la vida cotidiana de los mayas actuales y entrevistas con sacerdotes de la religión tradicional, los conceptos de ciclicidad, inmortalidad, muerte y resurrección resultan vinculados en torno a una sola idea que podría enunciar como el fluir continuo de la vida eterna, a través de múltiples formas.

¹⁵⁵ Id. Pág. 173.

¹⁵⁶ Id. pág 174.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

No se han encontrado alusiones específicas de transmigración de las almas en las fuentes consultadas, con la excepción de algunos sacerdotes mayas, que la mencionan de manera explícita.

La mayoría de los trabajos y estudios sobre la reencarnación se concentran en una serie de ideas básicas más o menos comunes. No obstante, la mayor diferencia se encuentra en las actitudes apriorísticas con las que se enfocan. O bien tratan de «convencer» o probar la existencia de la reencarnación o, por el contrario, de desaprobársela. Se aducen múltiples razones en un sentido o el otro, teniendo como último objetivo, en realidad, la defensa de las posiciones religiosas o filosóficas desde las que se hace el análisis.

Por consiguiente, no nos detendremos en explicaciones con el fin de «probar» la existencia de tal fenómeno porque, al fin y al cabo, a menos que se posea conciencia y memoria de ello –que en todo caso sólo seguiría siendo válida para uno mismo– sería inútil y una forma de convencer a los convencidos.

Hay mucho de fe o de creencia religiosa casi dogmática tanto en los «creyentes» de la reencarnación como en sus detractores e incluso de manipulación del concepto para acomodarlo a los propios deseos personales. Por todo ello una de las preguntas más terribles y difíciles de contestar es aquella de: «¿cree usted en la reencarnación?» La experiencia hace que el interrogado se pregunte a su vez sobre las intenciones del cuestionador que, en muchos casos, sólo espera un sí o un no simplemente para, de esta forma, –consciente o inconscientemente–, añadirle a su lista de gente aceptable o pertenecientes a la misma «confesión».

–¿Pero entonces, cree Vd. o no en la reencarnación?

Para su tranquilidad le diré que sí, pero más como una necesidad y como una de esas llamadas por los científicos «hipótesis fecundas». Una necesidad para que pueda encajar con el resto de mis concepciones filosóficas; yo en eso hago como todos los demás. También una hipótesis fecunda que permite dar explicaciones al mundo que me rodea, aunque a veces uno se pregunta si eso no es una forma de tranquilizar y adormecer la propia conciencia con respuestas que, al fin y al cabo, no pueden desvelar el misterio último de las cosas.

Al menos son respuestas razonables, y precisamente eso es lo que me alerta: son demasiado razonables. Digamos que la hipótesis de la reencarnación ofrece respuestas aceptables para el momento actual de la evolución humana. Aun así, no explicaría otra serie de interrogantes enigmáticos, ni daría plena satisfacción –tal como se formula– al sentido último de justicia y verdad que el hombre despierto trata siempre de encontrar. Pero, antes que nada, tratemos de definir el fenómeno.

En primer lugar tenemos que diferenciar entre reencarnación y renacimiento.

Por reencarnación tenemos que entender la entrada de «algo» en un nuevo cuerpo físico. Esa entrada puede corresponder a un ser inconsciente, consciente o,

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

incluso, súper consciente. En todo caso corresponde, al menos por el momento, a la entrada o expresión en el plano material denso.

Por renacimiento entenderemos la mutación de un ser en algo diferente, pero manteniendo una cierta continuidad con lo anterior. Ello puede ocurrir en cualquier plano viniendo desde otro cualquiera.

Para el budismo Theravadin o Hinayana, tanto la reencarnación como el renacimiento son considerados como fenómenos pertenecientes al Samsara («errar perpetuo») y como causa de sufrimiento, decaimiento, muerte y vuelta a empezar.

«Inconcebible es el comienzo de este Samsara; nunca descubierto el origen primero de los seres, quienes, trabados por la ignorancia y atrapados por el deseo, se apresuran y corren a través de esta ronda de renacimientos».

Incluso, el renacimiento en planos superiores contendría las mismas semillas de sufrimiento, aunque en diferentes grados. Tampoco la «llegada» al nirvana se podría considerar un renacimiento, puesto que al nirvana no se llega ni se conquista pues, por definición, nirvana es seidad, y por tanto es siempre.

Lo anterior nos lleva al siguiente punto, ya que si nada llega al nirvana y el nirvana siempre es, ¿qué es lo que reencarna entonces? Según lo anterior, no puede tratarse de algo que «salió» de algún plano y «llegó» finalmente al nirvana, extinguiéndose así la cadena del Samsara. ¿Sombras ilusorias proyectadas, como los rayos del Sol en un espejo? Entonces, en este caso, ese algo no sería más que una suerte de ilusión pasajera.

El budismo exotérico tropieza aquí con un escollo: el de la doble verdad o realidad, del que otra reencarnación del Buda –Samkaracharya– nos habla, pues, si bien por un lado afirma la no existencia de un «yo» en las cosas y en el hombre –tema del que luego trataremos–, por otro lado afirma la existencia de una cadena de sufrimientos centrados en un yo y la necesidad de escapar de ello. Pero entonces, ¿qué o quién tiene que escapar? ¿Quién alcanza la extinción del sufrimiento?

«Es por causa del no entendimiento, por no percatarme de cuatro cosas por lo que yo, discípulos, así como vosotros, he tenido que vagar tanto tiempo a través de las rondas de renacimientos. ¿Y cuáles son esas cuatro cosas? Son la Noble Verdad del sufrimiento, la Noble Verdad del origen del sufrimiento, la Noble Verdad de la extinción del sufrimiento, la Noble Verdad del Sendero que lleva la extinción del sufrimiento».

¿Qué reencarna?

Responder a esta pregunta sería también responder a la vieja cuestión de la doble realidad en la filosofía india. Unas escuelas abogan por la realidad sustancial de las almas y el mundo y de la posibilidad de la liberación final de aquéllas, mientras que otras sólo consideran real la existencia de Dios, bajo cualquiera de sus formas o

apelativos, considerando las almas y el mundo como meras ilusiones o proyecciones transitorias. Samkaracharya, como otros famosos estudiantes vedantinos, propone la solución de la doble realidad: una última y total que corresponde a la propia divinidad y otra transitoria que nos corresponde a nosotros y al mundo que nos rodea. Quizá la solución a este enigma radique en aquellas famosas palabras repetidas por tantos místicos: «Yo soy Parabrahman».

No olvidemos aquello de la doble realidad, que nos obliga a subir a la montaña para encontrar allí mismo que no hacía falta haber hecho el camino, aunque irremediablemente había que subir hasta allá arriba para descubrirlo... Quizá por esa razón, la más noble enseñanza del Buda es aquella de que la única realidad es el sufrimiento. No importa que sea imaginario –al final no deja de ser sufrimiento– y que, por consiguiente, lo más imperativo es que, creamos en lo que creamos, debemos aprender a no sufrir, eliminando las causas.

«Porque, ya sea que la teoría existe o que no exista, que el mundo sea eterno, o temporal, o finito, o infinito, ciertamente hay nacimiento, decadencia, muerte, aflicción, lamentación, dolor, pena y desesperación, cuya extinción, alcanzable incluso en esta vida, te hago conocer».

Casi me atrevería a resumirlo todo en tres mandamientos: «tú eres Aquello», «ama a tu prójimo porque también eres tú», «evita el sufrimiento inteligentemente, eliminando sus causas, porque si sufres significa que estás haciendo algo erróneamente que te aleja de la conciencia de Aquello». Una nueva forma de formular los tres logos.

Volvamos a la pregunta: ¿qué es lo que reencarna? Básicamente algún tipo de ser, de existencia. Pero para nuestro propósito sólo tendremos en cuenta a un ser que posea «conciencia» de ello. Por consiguiente, reduciéndolo a su mínima expresión, lo que reencarna es una «conciencia», o sea, un núcleo del ser que toma contacto con el plano denso (u otros planos en el caso de renacimiento) y que comienza a ejercer su función en dicho plano: cum scire es decir, tomar conciencia, interactuar con dicho plano.

Sin embargo, la doctrina budista exotérica insiste en que esa conciencia no posee por sí misma existencia, sino que es dependiente de esa interacción con el medio. La existencia de un Yo sería algo, incluso, no considerable. Así, un hombre poseído y doblegado, bien por la ilusión del ser o bien por el escepticismo...

...no sabiendo lo que es digno de tomar en consideración y lo que es indigno de tomar en consideración, considera lo indigno y no lo digno.

E imprudentemente hace las siguientes consideraciones: «¿He existido en el pasado?, o bien: «¿no he existido en el pasado? ¿Qué he sido en el pasado? ¿Cómo he sido yo en el pasado? ¿Desde qué estado a qué estado he cambiado yo en el pasado? ¿Seré en el futuro?, o: ¿No seré en el futuro? ¿Qué es lo que seré en el futuro? ¿Como seré en el futuro?».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Y el presente le llena también de dudas: «¿soy?, o ¿no soy? ¿Qué soy yo? ¿Cómo soy yo? ¿Este ser, desde dónde ha venido? ¿Hacia dónde irá?».

Y con tales consideraciones insensatas, cae en uno u otro de los seis puntos de vista, que entonces se convierten en su convicción y firme creencia: «Yo tengo un ego», o «Yo no tengo ego», o «Con el ego yo percibo el ego», o «Con aquello que no es ego, yo percibo el ego», o «Con el ego yo percibo lo que no es ego».

O cae en una de los siguientes puntos de vista: «Este es mi ego, que puede pensar y sentir, el cual, ora aquí, ora allí, experimenta el fruto de las buenas y malas acciones; éste mi ego es permanente, estable, eterno, no sujeto a cambio, y permanecerá eternamente lo mismo».

Si hubiera realmente allí un ego, habría también algo que pertenecería al ego. Pero dado que, no obstante, en verdad y en realidad, ni el ego ni nada perteneciente al ego puede ser encontrado, ¿no es doctrina de tontos decir: «Éste es el mundo, éste soy yo; después de la muerte seré permanente, persistente y eterno»?

Estas son llamadas meramente opiniones, un bosque de opiniones, un teatro de marionetas de opiniones, un ajeteo de opiniones, una maraña de opiniones; y atrapado en sus cadenas, el ignorante hombre de mundo no será libre de renacimiento, decadencia y muerte, de la aflicción, dolor, pena y desesperación, no será liberado, digo, del sufrimiento.

Hay un reino donde no hay lo sólido ni lo fluido, ni calor, ni movimiento, ni este mundo ni cualquier otro, ni el Sol ni la Luna. A esto yo no lo llamo ni surgir, ni perecer, ni quedarse quieto, ni nacer, ni morir. No hay punto de apoyo ni desarrollo, ni ninguna fundación. Éste es el fin del sufrimiento.

Hay un Nonato, sin origen, increado e informe. Si no hubiese este Nonato, este Sin Origen, este Increado, este Informe, escapar del mundo de lo nacido, de lo originado, de lo creado, de lo formado, hubiera sido imposible. Pero desde el momento en que hay un Nonato, Sin Origen, Increado, Informe, es posible escapar del mundo de lo nacido, de lo originado, de lo creado, de lo formado.

Al nirvana ni se llega, ni se sale de él, ni comienza ni termina.

La realidad del Sol no excluye la existencia de su reflejo. Sin embargo, volvamos al punto importante: la no existencia de un ego y, por consiguiente, cualquier especulación sobre ello resultaría vana, porque obviamente «algo» reencarna, pero no se trata de algo dotado de realidad plena. De hecho, la doctrina budista se alza en contra de las especulaciones brahmánicas de la época que identificaban Atma con la propia egoidad de la personalidad.

Lo que Buda nos viene a decir es que no hay un ser completo, real que encarne, sino «algo» que, aunque está relacionado en su origen con ello –con la fuente del rayo–, es al mismo tiempo transitorio e ilusorio. Podríamos imaginar una especie de foco luminoso nirvánico, eterno, por siempre existente, universal, del que emana una luz que

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

cubre el universo entero. Este universo posee también una especie de plano lleno de agujeros (el Manas universal, la mente universal) que hace que la luz original se divida en muchos rayos individuales.

Cada encarnación individual y el conjunto de todas ellas serían una manifestación del proceso de autoconocimiento de esa luz original; es como si cada vez la conciencia de sí mismo ascendiera un escalón a través de ese rayo de luz, hasta un día «recordar» que siempre estuvo allí, en el origen.

Tomemos un ejemplo. Digamos que una pareja duerme; cada uno de ellos sueña que es alguien diferente, o que ya no se quieren, o que uno de ellos muere, o que está solo, o cualquier otra circunstancia. Imaginemos que ella llora en sueños porque le vio morir y alejarse de su vida. Luego, llega la mañana y aún gimiendo ella despierta para comprobar que nada fue real, que su marido está a su lado y que nunca se separó ni murió. La conciencia viajó lejos durante el sueño, creó mundos distintos; luego, poco a poco, se acercó de nuevo al lugar de donde partió, y gradualmente hizo que el cerebro despertara a la conciencia diaria. ¿»Encarnó» o «renació» ella en otro mundo o no?

La conciencia es la que «encarna», o sea, desciende o asciende, se cree hombre o mujer, este o aquél. Y, sin embargo, todas esas formas no son más que ilusiones temporales. No encarna un yo, no existe un yo, no existe en ningún grupo de cosas un yo real, pero sí una conciencia obnubilada y cercana que toma contacto con el plano material. Una conciencia por lo tanto condicionada y parcial, que todavía no ha aprendido a «conocer» realmente.

La causa fundamental de la reencarnación estaría en que no conocemos todo, en que nos faltan piezas que ajustar.

Por eso, la actitud de renuncia al mundo adoptada por algunos budistas modernos puede ser perniciosa, puesto que no se puede renunciar a lo que no se conoce ni se domina; en caso contrario nos veremos obligados a reencarnar otra vez. En el budismo theravada, el reconocimiento de la «falsa creencia» en la existencia del yo en las cosas percibidas, en otros o en uno mismo, conduce al rechazo de todo ello como meras ilusiones, que aboca a una actitud de negación, de alejamiento del mundo. Sin embargo, en el budismo esotérico la postura es más gradual pues, partiendo del reconocimiento de la existencia de falsas creencias, concluye que éstas pueden ser enmendadas poco a poco hasta llegar a reconocer la «realidad última». O sea, admite la capacidad de la conciencia de llegar a percibir de una forma u otra una realidad absoluta, e incluso que esos errores intermedios serían como una escala que aproxima poco a poco esa verdad última. Otra vez el juego de la doble realidad de la que habla Samkaracharya.

No se puede descartar la realidad hasta conocerla o, dicho de otra manera, el recto conocimiento es lo válido y ello significa también el conocimiento de lo que es cierto e incierto, de lo real y lo irreal. Por consiguiente, no se puede rechazar a priori esta «realidad relativa» del yo y del mundo sin antes haberla conocido profundamente.

Además hay que señalar que el hombre es fundamentalmente un ser mental y la mente, en su propia estructura, posee un designio último, que es el de conocer.

Pero veamos más en detalle todo esto en el siguiente punto.

Las causas de la reencarnación: las 12 nidanas

En el *Abhidamma*, la parte metafísica del Tripitaka –el canon Thera-va-din o Hinayana–, se explican con minuciosidad las causas que conducen al ciclo de reencarnación. Los 12 factores o causas (nidanas o angas) son, pues: Avydia, Sanjara, Viñana, Nama-rupa, Sayatana, Phassa, Vedana, Tanha, Upadana, Bhava, Jati, Jaramarana. O sea, ignorancia, deseo de renacer, nueva conciencia reencarnada, fenómenos mentales y físicos, las bases de los seis sentidos, el contacto (entre los sentidos básicos, los objetos y la conciencia), la senso-percepción, el deseo vehemente, la codicia, el karma productor del renacimiento, renacimiento en vida futura, y el conjunto de dolor y sufrimiento.

Explicación de las relaciones causales o de los orígenes dependientes.

1 AVYDIA PRODUCE SANJARA: LA IGNORANCIA PRODUCE EL DESEO DE RENACER Y VIVIR.

En primer lugar, Avydia designa un tipo de ignorancia fundamental. No consiste en falta de erudición o conocimiento de las cosas de este mundo en su multiplicidad. Más bien se refiere a la ceguera que nos impide ver las cosas tal cual son, que no nos permite percibir la realidad. Ésta es la condición bajo la que nacemos y la razón primera por la que comenzó alguna vez, si hubo comienzo, la rueda del Samsara. Nacemos limitados, siendo hombre o mujer, negro o amarillo, del siglo XV o del XXI, español o italiano, etc. O sea, somos porque dejamos de ser otras cosas, y nuestra conciencia de ello nos hace perseguir lo que nos falta. Y lo que es peor, precisamente porque nos faltan cosas y nos falta conciencia, somos incapaces de encontrar el camino correcto de la reintegración con el todo.

Pero, además, debido a esta ceguera cometemos errores, generamos causas, creamos formaciones kármicas en esta vida que deberán ser satisfechas en el futuro. Entonces, formulado o no, consciente o inconscientemente deseamos vivir (amar, odiar, aprender, poseer, etc.); en definitiva, este plano denso nos atrae, porque la manifestación en el mismo es incompleta y creemos que allí encontraremos lo que nos falta.

2 SANJARA PRODUCE VIÑANA: EL DESEO DE RENACER Y LAS FORMACIONES KÁRMICAS PASADAS PRODUCEN LA CONCIENCIA REENCARNADA EN LA PRESENTE VIDA.

Esa voluntad de renacer para satisfacer las formaciones kármicas producidas, condiciona y restringe de forma concreta la aparición de una nueva conciencia característica en la vida presente. En tanto en cuanto que la vida anterior, o sea, la experiencia de la conciencia anterior, era condicionada y limitada, la nueva conciencia

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

heredará los mismos vicios y virtudes, las mismas habilidades y carencias que llevarán a producir nuevas causas kármicas. El resto de las nidanas no serían más que consecuencias de esta serie y verdad fundamental: Avydia-ignorancia, conciencia limitada y el karma producido por causa de ello.

3 VIÑANA PRODUCE NAMA-RUPA: LA CONCIENCIA REENCARNADA DE LA PRESENTE VIDA CONDCIONA LA APARICIÓN DE LOS FENÓMENOS MENTALES Y FÍSICOS.

Aunque el budismo exotérico habla de fenómenos mentales y físicos (*nama* y *rupa*), sin embargo, se suele comparar a éstos con un hombre que puede ver pero que no tiene piernas (*nama*) y que se apoya sobre los hombros de otro hombre que puede andar pero que no puede ver (*rupa*). Como puede observarse esta definición corresponde en la filosofía india a los conceptos de Purusha y Mulaprakriti, o el espíritu y la raíz de la materia. En todo caso la analogía permanece. El descenso y ascenso del punto de conciencia podría definirse como una serie ininterrumpida de contactos entre estos dos términos en diferentes niveles. El despertar de la conciencia (una idea favorita del budismo) es, pues, el ascenso de nivel del punto de contacto entre estos dos términos, mente y materia, o espíritu y raíz de la materia, como se prefiera llamarlos.

Otra forma de verlo sería la siguiente: el budismo insiste en la idea de que no hay yo en las cosas, de que no hay realidad sustancial en las agrupaciones que designamos bajo un nombre determinado. Así, una «mesa» no tendría existencia real, pues si apartamos las patas y quitamos el tablero horizontal, ¿dónde quedaría la mesa? Este es un punto repetido ampliamente a través de toda la enseñanza budista exotérica.

La palabra «nama» es la raíz de las palabras «nomia», «name», etc., o sea, «el nombre», mientras que la palabra «rupa» corresponde a nuestro término «ropa», o «robbe» en inglés. O sea, la forma, las vestiduras de las cosas. Estamos, pues, hablando de las relaciones existentes entre el nombre o concepto de las cosas y la forma concreta que adoptan. Ahora bien, ¿quién designa?, ¿quién establece esa relación? La conciencia.

A tal grado de conciencia tal grado de definición al nombrar las formas. Lógicamente una conciencia muy limitada establecerá unas relaciones también muy limitadas de la realidad. Por el contrario, una conciencia más amplia está menos sujeta a esas limitaciones, pudiendo concebir otras relaciones superiores entre el nombre y la forma, o entre la mente y la materia, o entre el espíritu y la raíz de la materia.

4 NAMA RUPA PRODUCE SAYATANA: DE LA RELACIÓN EXISTENTE ENTRE LOS PLANOS FÍSICOS (ILUSORIOS) Y MENTALES (ESPIRITUALES) SURGEN LOS SEIS SENTIDOS BÁSICOS.

Dependiendo de en qué nivel de contacto entre materia-espíritu se encuentre el punto de conciencia, una serie de relaciones se establecerán entre la realidad y los sentidos ilusorios adaptados a dicho plano: vista-objeto visual, oído-sonidos, olfato-olores, gusto-sabores, corporeidad-tacto, mente-objetos de la mente. Si bien, tal como la ciencia admite, las sensaciones que percibimos modelan nuestro cerebro y nuestra mente, también lo contrario es cierto, percibimos aquello para lo que estamos condicionados, retroalimentamos la realidad de alguna forma. El universo que nos rodea

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

condiciona nuestra percepción y nuestra percepción modela la realidad de ese universo. Es como un globo que contiene agua: ambos factores, agua y globo, se modelan mutuamente. Obviamente nuevas formaciones kármicas surgirán de esa deformación.

5 SAYATANA PRODUCE PHASSA: LOS SEIS SENTIDOS BÁSICOS CONDICIONAN EL SENTIMIENTO DE CORPOREIDAD.

¿Cómo es posible que los sentidos condicionen la corporeidad? ¿No será más bien al contrario, que la sensación de corporeidad caracteriza y limita los sentidos?

Hemos de decir que no. Hasta ahora no hemos hablado de la existencia de un yo, hemos obviado ese término. Sólo hablamos de un punto de conciencia en cierto plano de contacto entre lo espiritual y lo material. Por ejemplo, en el caso de un mosquito o una hormiga o una ameba desde luego podemos afirmar que poseen una conciencia (si no fuese así simplemente no huirían cuando les doy un manotazo). Esa conciencia interactúa en ese plano gracias a unos sentidos que, dependiendo del tipo y grado de sentido que han desarrollado, generarán una sensación de «estar ubicado y confinado» en algún tipo de espacio determinado o de poseer un «vehículo» (*upadhi*).

6 PHASA PRODUCE VEDANA: LA SENSACIÓN DE CORPOREIDAD O CONTACTO HACE SURGIR LA SENSO-PERCEPCIÓN.

Los sentidos en sí mismos sólo producen la sensación de corporeidad y nada más. Pero es la corporeidad, o sea, el comienzo de definición de una «superficie» limitante (física o mental) la que hace surgir un cierto sentido del yo: mis pensamientos (los que están dentro de mí), mi vista (lo que yo veo con mis ojos), etc. Entonces, esas sensaciones dejan de ser universales o abstractas para convertirse en personalizadas. Ya no es una simple sensación sino una senso-percepción, tal como lo define también la moderna psicología. Existe desde entonces «mi mundo» y el «mundo exterior».

7 VEDANA PRODUCE TANHA: LA SENSO-PERCEPCIÓN HACE SURGIR EL DESEO VEHEMENTE.

El sentido de frío o calor, de lejanía o cercanía de otro objeto, de las distintas formas en cualquiera de los planos, no son por sí mismas generadoras de ningún tipo de deseo. Sin embargo, la senso-percepción, o sea «yo veo esto o aquello, diferente de mí», «yo huelo esto o aquello, diferente de mí», «yo contemplo estos pensamientos, ajenos o propios o parecidos a los míos», genera en el ser que así lo percibe sensaciones de agrado o desagrado, de placer o dolor, según que sean favorables o no a la existencia del ser que lo percibe. Así surge el deseo vehemente por poseer o por alejar algo de uno mismo. El problema es que quien así decide no es el punto de conciencia pura aparecida en cierto plano de contacto entre la materia y el espíritu, sino una nueva formación ilusoria, mezcla de la conciencia original más la ilusión creada en el paso anterior por los sentidos. Debido a la influencia inercial de la materia que le afecta lucha por perpetuarse y sobrevivir, por permanecer inerte en el mismo plano, mientras que, afectado por el movimiento de ascenso de la conciencia original, lucha por arribar a planos superiores ascendiendo progresivamente. Ambas influencias sobre la nueva conciencia ilusoria luchan por conseguir su permanencia y su completud. La conciencia

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

sabe que algo le falta, que necesita algo más para ser completa. Una influencia le hace creer que lo encontrará en el plano material y otra en el plano espiritual ascendente. Sin embargo, ambas se equivocan, porque ambas son condicionadas.

¿Quiere esto decir que el ascenso espiritual de la conciencia es erróneo? ¿No se pretenderá que el progreso de la conciencia se haga hacia el plano material?

Aunque hay doctrinas tántricas que afirman eso, no es eso a lo que me refiero. Simplemente quería apuntar que el símbolo de la sabiduría está formado por dos triángulos, uno apuntando hacia arriba y otro hacia abajo, o uno negro y otro blanco. Es la armonización de los dos tipos de impulsos, el centrado correcto entre los dos lo que permite realmente evolucionar y despertar la conciencia.

8 TANHA PRODUCE UPADANA: EL DESEO VEHEMENTE CONDICIONA EL SURGIMIENTO DEL DESEO DE POSESIÓN O CODICIA.

Tal como apuntábamos más arriba, la sensación dolorosa o placentera, de disgusto o de aceptación de algo, conduce al deseo de permanecer al lado de las cosas que producen placer y agrado y a alejarse de aquellas que producen dolor o disgusto. El sentimiento de corporeidad es la raíz de la existencia del yo ilusorio, genera el deseo de posesión y, al mismo tiempo, produce sufrimiento, porque limita, porque al definirse como un yo determinado la conciencia pierde universalidad. Si soy hombre quisiera poseer la mujer, porque me falta, si soy esto no soy aquello y, por consiguiente, quiero poseerlo.

9 UPADANA PRODUCE BHAVA: EL DESEO DE POSESIÓN O CODICIA CONDICIONA EL SURGIMIENTO DE LOS PROCESOS DE RENACIMIENTO.

Por extensión en calidad, cantidad y tiempo, el deseo de posesión, la necesidad de conquistar lo que nos falta (física y espiritualmente) genera los procesos que conllevan al renacimiento o reencarnación. La reencarnación, en cierta forma, es la consecuencia de un deseo de posesión inacabado e insatisfecho. Las doctrinas budistas exotéricas y modernas hacen hincapié en la renuncia a las posesiones, adoptando, al menos formalmente, una actitud de renuncia y pasividad que si bien beneficia el control mental y espiritual del mundo material, por el otro lado esteriliza a menudo la voluntad para adquirir las necesarias posesiones morales y espirituales. Aquí cabría recordar el verdadero sentido de los 21 pasos del Sendero: «mata la ambición», «trabaja como trabajan los ambiciosos», etc. Si bien el budismo exotérico contempla las reencarnaciones –el Samsara– como un eterno errar lleno de sufrimientos, el punto de vista esotérico afirma que las reencarnaciones son en parte eso, una cadena de errores infinita, pero también una cadena de conquistas progresivas que llevan a obtener lo que realmente falta, las verdaderas potencias espirituales.

10 BHAVA PRODUCE JATI: EL PROCESO DE RENACIMIENTO EN ESTA VIDA CONDUCE AL RENACIMIENTO EN LA VIDA FUTURA.

Los procesos kármicos generados en relación con la reencarnación condicionan la reencarnación futura. Se dice que nuestros últimos pensamientos a la hora de morir

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

condicionan nuestra reencarnación futura. Obviamente eso no significa que el hecho de que cierto pensamiento cruce nuestra mente en el último momento sea suficiente para condicionar la vida futura, sino que el significado real es que las aspiraciones no realizadas o satisfechas, probablemente, en el momento crucial de la muerte, se manifiesten en nuestra mente y que, por lo tanto, estén íntimamente relacionadas con nuestra encarnación futura.

11 JATI PRODUCE JARA-MARANA, SOKA, PARIDEVA, DUKKHA, DOMANASSA, UPAYASA, SAMBHAVATI. LA REENCARNACIÓN FUTURA CONDICIONA EL ENVEJECIMIENTO, LA MUERTE, LA PREOCUPACIÓN, EL LAMENTO, EL DOLOR, LA PENA Y LA DESESPERACIÓN.

Quizá esta cadena negativa de hechos atribuidos a la reencarnación fuese una forma de combatir cierto fatalismo o conformismo en relación con la idea de reencarnación en la India antigua. De igual manera y paralelamente podríamos decir que de la encarnación futura surgirá la juventud, la vida, la alegría, el entusiasmo, el placer de encontrar lo que durante tanto tiempo buscábamos y la esperanza de estar más cerca del despertar.

Cómo filósofo he de concluir que la razón última de todas estas causas relacionadas es Avydia, la ignorancia.

Los Maestros como Buda vinieron a enseñar, o sea, que ellos mismos consideraron que la medicina que podían dar a la humanidad era enseñanza. Y, por lo tanto, lo que el hombre puede y debe hacer es aprender. Como mejor se aprende es enseñando; aprendamos entonces de los demás y enseñemos a otros las perlas que encontremos en el sendero, pues –amigo caminante que asciendes por la montaña– sólo se hace camino al andar.

«Yo soy» es un pensamiento vano; «Yo no soy» es un pensamiento vano; «Yo seré» es un pensamiento vano; «Yo no seré» es un pensamiento vano. Pensamientos vanos son enfermedades, una úlcera, una espina. Mas después de que uno supera todo pensamiento vano se le llama entonces «El Pensador Silencioso». Y ese pensador, el Silencioso, ya no renace más, ni desaparece más, ni duda más, ni desea más. Porque no existe nada en él por lo que tenga que renacer de nuevo. Y si no renace más, ¿cómo puede volverse viejo otra vez? Y si no se vuelve viejo más, ¿cómo puede morir otra vez? Y si no muere más, ¿cómo puede dudar otra vez? Y si no duda más, ¿cómo puede desear más?



La doctrina de la reencarnación es un componente cultural vivo del budismo tibetano. El dalai lama, jefe religioso –y jefe del poder temporal antes de la anexión del Tíbet por China en 1959– se sustituye a sí mismo reencarnándose: después de su muerte física, su alma se introduce en el cuerpo de un recién nacido.

Esta creencia en la reencarnación fue, en el pasado, muy propagada entre una importante población del mundo, y siguió hasta nuestros días. Algunos científicos violan el tabú que la muerte representa en nuestra sociedad, se dedican al tema de la supervivencia del alma de una forma más serena y profunda en el marco del acompañamiento a los moribundos, tema muy estudiado por los budistas, y que se contiene en *El Libro de los muertos tibetano, El bardo Thödol*.

Por lo tanto, la mayoría de los occidentales, muy racionalistas, no solamente no comparten estas creencias, sino que se niegan a abordar el tema de la reencarnación por considerarlo inoportuno, caprichoso y retrógrado.

El estudio que presentamos concierne a la especificidad de la reencarnación aplicada a un ser semidivino, el Buda. En la primera parte del estudio recordamos la vida del Buda histórico, y lo que dicen las enseñanzas esotéricas. En la segunda, presentaremos la doctrina de la reencarnación que enseña que el alma, o el ego, parte inmortal del hombre, deja el cuerpo con la muerte y pasa sucesivamente a otro cuerpo, después de un proceso bien definido de purificación. Por último, en la tercera parte trataremos más específicamente de las reencarnaciones de Buda.

Para desarrollar este tema nos hemos basado, en parte, en la monumental obra de Helena P. Blavatsky, *La doctrina secreta*. Los capítulos que tratan más detalladamente sobre el tema forman parte del último tomo, puesto al día por Annie Besant después de la muerte de la autora, según los manuscritos que había dejado. «En El misterio de Buddha, una nueva dificultad apareció; algunas de estas secciones habían sido escritas cuatro o cinco veces y cada versión llevaba algunas frases que no se encontraban en las otras. He reunido estas versiones en un todo, tomando la completa como base, incluyendo lo que había sido añadido en las demás» (prólogo del tomo 5 de *La doctrina secreta*, edición francesa).

A propósito de Buda

El que llamamos comúnmente Buda vivió en el siglo VI antes de nuestra era en el reino de Sakya, el Nepal actual. Sus padres eran el rey y la reina. Su padre le dio la mejor educación para que pudiese sucederle en el trono.

Su juventud se desarrolló en el fastuoso palacio que el rey puso a su disposición, pero un día, el que se llamaba todavía Siddharta Gautama pidió a su padre visitar la

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

ciudad de Kapilavastu, capital de su futuro reino. Fue para él una oportunidad para descubrir la realidad de la vida, de la cual su existencia dorada le mantenía en la ignorancia. En su camino encontró sucesivamente a un viejo, a un enfermo y, más tarde, a un muerto, que le enseñan la existencia del sufrimiento y el carácter efímero de la vida humana. Comprende, pues, que estos acontecimientos tocan a toda la Humanidad sin excepción, y que él hasta entonces vivió en la engañosa ilusión.

A los veintinueve años, poco después del nacimiento de su hijo único, abandona su reino y se convierte en asceta para buscar repuestas a sus interrogantes.

Durante seis años vaga por el valle del Ganges, preguntando a varios maestros religiosos y practicando una dura ascesis. Pero un día, rompiendo con su voto de abstinencia, decidió alimentarse; así descubre la Vía del Justo Medio, más allá del gusto y del sufrimiento. Abandonando sus prácticas ascéticas, alcanza el estado de vigilia y pasa a ser «el Buda».

Desde entonces y durante cuarenta y cinco años predica la enseñanza del Justo Medio, contenida en las Cuatro Nobles Verdades. Muere a los ochenta años.

En su obra *El budismo esotérico*, A.P. Sinnet nos precisa: «el relato popular de las luchas ascéticas del Buda y sus tentaciones bajo el árbol Bo no es, naturalmente, sino la versión exóterica de su Iniciación».

Según H.P. Blavatsky (Sección XLIII de su obra *La doctrina secreta*), el misterio de Buda emana de lo que Gautama tenía todavía que aprender bajo su apariencia humana hasta ser iniciado en los secretos del mundo, como cualquier otro mortal, hasta el día en que salió de su retiro en los Himalayas y predicó por primera vez en los bosques de Benarés.

La historia de Gautama el Buda es principalmente conocida por el público en su versión popular, por ejemplo, los relatos de su «biografía prenatal» que hace referencia a los 5.000 acontecimientos de vidas anteriores, tratados en su sentido literal y no esotérico. La declaración de que durante esos miles de nacimientos se hizo un camino a través de todas las etapas de la transmigración, desde los más mínimos átomos e insectos hasta los más altos, o sea, el hombre, contiene simplemente el aforismo oculto: «una piedra pasa a ser una planta, una planta un animal, y un animal un hombre».

Según H. P. Blavatsky, Gautama el Buda no habría sido un hombre mortal si no hubiera pasado por centenares y miles de nacimientos.

Según el budismo del sistema místico Mahayana, Buda no es solamente un ser, es un estado. *El Glosario teosófico* nos facilita la siguiente definición: «Literalmente, *el iluminado*, el más alto grado de conocimiento. Para llegar a ser Buda hay que destruir enteramente la esclavitud de los sentidos y de la personalidad; adquirir una completa percepción del verdadero Yo y aprender a no separar éste de los demás yoes; aprender también por experiencia, en primer lugar, la completa falta de realidad de todos los fenómenos del cosmos visible, llegar a un completo desprendimiento de todo lo efímero

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

y finito, y vivir, aun estando en la Tierra, sólo en lo inmortal y eterno, en un supremo estado de santidad».

Estos budistas predicán que cada Buda se manifiesta simultáneamente en tres mundos del Ser:

* En el mundo de Kama (concupiscencia o deseo, el universo sensual o nuestra Tierra) bajo la forma de un hombre.

* En el mundo Rupa (el mundo de la forma suprasensual) tal como Bodhisattva.

* En el mundo espiritual superior, el de las existencias puramente incorpóreas como Dhyani Buddha. Este reina eternamente en el espacio y en el tiempo (de un Mahakalpa a otro).

Es necesario estudiar la doctrina de los budas y tomar en consideración las diferencias sutiles que existen entre los diferentes niveles de la existencia para comprender quién era el que llamamos comúnmente Buda.

Según Blavatsky, «las relaciones entre los diferentes planos son las siguientes: cuando le falta al mundo un Buda humano, el Dhyani Buddha ‘creado’ gracias al poder de Dhyana (meditación, devoción omnipotente), un hijo nacido del mental –un Bodhisattva– que tiene por misión, después de la muerte física de Manuchya-Buddha (Buda humano), perpetuar su obra sobre la Tierra, hasta la aparición del Buda siguiente...

... Así, Gautama, el Buda humano, tenía Amitabha por Bodhisattva y Avalokitesvara por Dhyani Buddha».

H. P. Blavatsky nos precisa: «El Bodhisattva pasa a ser un Buda y un Nirvani por medio de sus esfuerzos personales y sus méritos, después de haber experimentado todas las duras pruebas que sufren los demás neófitos y no en virtud de su nacimiento divino, según creen algunos».

El mundo espiritual superior	Khyanu Buddha	Avalokitesvara
El mundo Rupa	Bodhisattva	Amitabha
El mundo de Kama	Hombre	Gautama

Bodhisattva significa literalmente «aquél cuya esencia (*sattva*) se ha vuelto inteligencia (*bodhi*), aquél a quien falta solo una encarnación más para llegar a ser Buda perfecto, esto es, para tener derecho al nirvana; este, como aplicado a los Budas Manuchi (terrestres). En sentido metafísico, Bodhisattva es un título que se da a los hijos de los Dhyani Budas celestes. (sabiduría suprema o iluminación).

A propósito de la reencarnación

La reencarnación es la doctrina que predica que el alma, o el ego –parte inmortal del hombre– deja el cuerpo a su muerte, y pasa sucesivamente a otro cuerpo, de tal manera que para un mismo individuo se da una pluralidad de existencias.

Si nos situamos desde la óptica del alma inmortal, se puede presentar esta doctrina de la manera que sigue: una existencia única con duración ilimitada, con periodos alternativos de vida objetiva y vida subjetiva, de actividad y de descanso, comúnmente llamados «vida» y «muerte». Este proceso es comparable a los períodos de vigilia y de sueño durante la vida terrestre; cada una de las existencias sobre la Tierra, por así decirlo, un día de la Gran Vida del ego inmortal.

La enseñanza esotérica nos da a conocer que este proceso es perfectamente natural, pero para comprenderlo bien, es fundamental entender sobre lo que se llama un «ser humano». Existen varias concepciones que dan respuesta a la pregunta: «¿qué es el hombre?».

Todas las religiones y todas las enseñanzas tradicionales nos enseñan que el ser humano es complejo: viene compuesto por un cuerpo físico terrestre, pero tiene orígenes divinos y, por consiguiente, inmortales. Además existe en el hombre una esfera intermedia que no es física, ni puramente espiritual, pero que es del dominio del psiquismo y por la cual se expresan los sentimientos. Esta concepción ternaria la encontramos tanto en China y en Grecia como en el Egipto faraónico, en el mundo cristiano, e incluso en América precolombina.

En India se ha desarrollado una concepción septenaria del hombre. La encontramos sobre todo en los textos esotéricos: los Vedas, pero también en los textos exotéricos, los *Puranas*.

En esta visión oriental, el hombre viene compuesto por dos grandes partes; la primera es atemporal y trascendental, sede del «Yo superior», llamada *individuo*; la segunda es mortal, controlada por el «pequeño yo», llamada *personalidad*.

El ciclo de la vida abarca periodos de «vida objetiva» durante los cuales el ser humano está «vivo», encarnado en una personalidad, y periodos de «vida subjetiva» durante los cuales el ser humano no está físicamente encarnado.

«Según las tradiciones milenarias, el alma del hombre es inmortal y le falta un gran número de reencarnaciones para completar su experiencia en el gran ciclo vital....sobre la Tierra es donde hemos recibido la chispa de la conciencia que ha hecho de nosotros seres humanos» (Jorge Á. Livraga).

El proceso técnico de la encarnación consiste en la bajada del punto de conciencia, una vez terminada la experiencia parcial del descanso celeste.

El alma humana empieza a penetrar en el feto en el cuarto mes del embarazo, el momento que corresponde al desarrollo. Así, poco a poco, el alma se introduce en un nuevo cuerpo. Con su nacimiento, el alma está totalmente encarnada en él; es un largo

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

proceso. Aunque a partir de los veintiún años se puede decir que el alma está efectivamente encarnada, a las superiores les hace falta más tiempo, y existen algunas que no se manifiestan plenamente hasta los treinta y tres o treinta y cinco años, periodo de madurez del individuo.

El proceso de la muerte es también, excepto eventual accidente, progresivo. La muerte es generalmente seguida por un proceso de sueño hasta que el alma se despierta en un nuevo nivel de conciencia. En la vida celeste –o devachánica, según la llaman los hindúes– el alma se purifica de las contaminaciones del mundo y vive en compañía de las demás almas con las cuales tiene afinidades.

El progreso incesante de millones de egos humanos hacia la perfección sólo se puede cumplir por medio de las sucesiones de nacimientos, que llamamos reencarnación. El tiempo y las cualidades especiales de estas encarnaciones están determinados por el Karma, la ley universal de la justicia y de la retribución.

«El Karma no castiga ni recompensa; es simplemente la ley única, universal, que dirige infalible y ciegamente todas las leyes productoras de ciertos efectos a lo largo de los surcos de sus causaciones respectivas. Cuando el budismo enseña que el Karma es el núcleo moral de todo ser, lo único que sobrevive a la muerte y continúa en la transmigración o reencarnación, quiere decir simplemente que después de cada personalidad no quedan más que las causas que ésta ha producido; causas que son imperecederas...» (*Glosario teosófico*).

Según Blavatsky después de la muerte el alma «de un simple mortal» queda en el cuerpo aéreo (*astral*) hasta que esté purificada de todas las pasiones coléricas y carnales; luego abandona, por medio de una segunda muerte, el cuerpo aéreo (cuando sube en *devachán*), como se hubo abandonado el cuerpo terrestre, y alcanza al fin su cuerpo celeste. En cambio, un adepto (el que ha alcanzado el nivel de Iniciación, y se ha convertido en un Maestro en la ciencia de la filosofía esotérica), cuyo cuerpo aéreo (*astral*) ha sido purificado de todas las impurezas naturales durante su encarnación física, no tendrá que experimentar esta segunda muerte.

Para un «hombre ordinario», los principios encerrados en sí, en su alma inmortal, no son más que los reflejos, más o menos brillantes, de los siete principios cósmicos y de los siete principios celestes, la jerarquía de los seres suprasensibles.

En el caso de Buda, son casi los mismos principios: «el Bodhisattva sustituye al Karana Sharira (cuerpo causal), el principio del ego y el resto de una manera correspondiente» (*Doctrina secreta*).

Las reencarnaciones de Buda

«Un Bodhisattva puede alcanzar el nirvana y seguir viviendo, tal como lo hizo Buda, después de su muerte; puede rechazar la reencarnación objetiva o aceptarla y emplearla libremente para el bien de la Humanidad, que puede predicar de diferentes

maneras, quedando en las regiones devachánicas en el campo de atracción de nuestra Tierra.

Pero una vez que ha llegado al Paranirvana (o el nirvana sin restos) no vuelve hasta el comienzo de un nuevo manvántara, puesto que ha pasado más allá del ciclo de los nacimientos» (*La doctrina secreta*, tomo 6).

Según H. P. Blavatsky, «como cualquier Iniciado en los Misterios, Gautama había jurado un secreto inviolable en lo que se refiere al tema de las enseñanzas esotéricas que le habían sido transmitidas. Pero a causa de la inmensa piedad que le afectaba viendo la ignorancia de la Humanidad y los sufrimientos que genera, y a pesar de que estaba deseoso de no violar nunca estos votos sagrados, no supo mantenerse en los límites prescritos».

Cuando Buda dictó su filosofía exotérica, basándose en la verdad eterna, no pudo callar algunos dogmas, y traspasando los límites legítimos, fue la causa de que éstos fueran mal interpretados. Su nueva doctrina, tal como fue predicada, produjo un sublime código de moral y la incomparable filosofía de las cosas exteriores del cosmos visible, pero nunca fue correctamente comprendida porque llevó a creer, erróneamente, que no había nada bajo el aspecto exterior del sistema, de lo cual se ha cogido solamente la forma, la letra muerta.

«Una inmensa filantropía, una caridad y un amor ilimitado por todas las criaturas habían servido de base a su error involuntario; pero Karma no da ninguna consideración a las intenciones, malas o buenas, si quedan estériles».

En *El budismo esotérico* A. P. Sinnet nos precisa que durante su existencia, en tanto que Gautama Buda, su misión fue doble: tuvo que reformar y sanear la moral del pueblo, así como la ciencia de los adeptos, porque el discípulo está sujeto a cambios cíclicos y le faltan nuevas impulsiones periódicas. Gracias a él, la reforma del mundo oculto fue realmente el fruto de su enorme sacrificio, de la abnegación que le incitó a renunciar a las beatitudes del nirvana, a las cuales tenía pleno derecho después de su camino terrestre como Buda.

Según A. P. Sinnet, Gautama Buda sufrió nuevas encarnaciones para llevar a cabo su tarea, y confirió al mismo tiempo un beneficio a la Humanidad. Después de su existencia como Gautama Buda se reencarna en la persona de un gran filósofo al que poco se hace referencia en las obras exotéricas: Sankaracharya.

Sankaracharya, la segunda parte de cuyo nombre es *achary*, instructor, apareció en la India aproximadamente sesenta años después de la muerte de Gautama Buda. La enseñanza esotérica afirma que Sankaracharya era realmente el Buda, en todas las manifestaciones, excepto que apareció en un nuevo cuerpo. Esta versión no es aceptada por las autoridades hindúes no iniciadas, que dan una fecha posterior a la aparición de Sankaracharya (siglo octavo), y lo consideran como un Maestro absolutamente independiente, y aun opuesto al budismo.

Según Blavatsky, «Sankaracharya era, sin duda alguna, un Buda, pero nunca fue una reencarnación del Buda, aunque el Bodhisattva de Gautama pueda haber sido asociado, de una manera misteriosa, con Sankaracharya. Sí, era quizá el ego Gautama, bajo nueva apariencia más adaptada, aquella de un Brahma de India del sur. Pero el Atman, el Yo superior que los animaba a ambos, era distinto del Yo superior del pasado Buda, que se encontraba, de aquí en adelante en su propia esfera del cosmos».

El objetivo de la encarnación de Buda en la persona de Sankaracharya habría sido corregir los errores e incomprendiones que habían originado sus enseñanzas anteriores. Se encargó de apaciguar las disensiones nacientes entre brahmanes y budistas.

«Se ha dicho que a los treinta y tres años, Sankaracharya, cansado de su cuerpo mortal, ‘se despojó de él’ en la cueva donde se había retirado y el Bodhisattva que le servía de personalidad inferior fue liberado, cargado por el peso de un pecado que no había cometido» (*La doctrina secreta*).

Blavatsky cita comentarios antiguos según los cuales el Buda sería encarnado en algunos seres cuya personalidad no es revelada al público; «el Bodhisattva eligió a Tiani-Tsang, luego el Sougata (Buddha) pasa a ser Tsong-ka-pa, que pasa a ser De-Zhin Shags-pa (Tathagata: el que sigue el camino o la vía y los procedimientos de sus predecesores)» (*La doctrina secreta*).

Tiani-Tsang, en tanto que persona, no parece ser conocido por H. P. Blavatsky, que nos señala: «¿Tiani-Tsang está puesto aquí por Apolonio de Tyana? Es una simple hipótesis».

En cambio, Tsong-Ka-pa es un reformador muy conocido. A. P. Sinnet nos señala: «El Buda hizo una tercera aparición en la persona de Tsong-Ka-pa, el gran reformador tibetano del siglo XIV. Su estancia en esta personalidad fue dedicada exclusivamente a los asuntos de la fraternidad de los adeptos, que en este momento se concentraban en el Tíbet sobre todo» (*El budismo esotérico*).

En esta época, la ciencia y los poderes ocultos se propagaban mucho y se había decidido que no era prudente para la seguridad de la Humanidad. Tsong-Ka-pa se encargó de ponerlos bajo el control de un sistema de leyes severas y reglas rígidas. Sin restablecer el antiguo sistema sobre la base de la exclusión de las castas, elabora un código para servir de guía a los adeptos, cuyo efecto fue excluir de la cofradía oculta a todos aquellos que no aspiraban al estudio de la ciencia oculta en su espíritu de devoción absoluta a los principios de la moral más sublime.

La reforma de Tsong-Ka-pa había llevado a la formación de la secta de los Ge-Lugs-Pa, llamados por chinos y europeos los bonetes amarillos. Estaban dotados de una sólida organización y una disciplina rigurosa. Eran dirigidos por jefes no hereditarios, pero que se sucedían por medio de la encarnación. Al principio se quedaron al margen de las contiendas políticas.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Sin embargo, a finales del siglo XV su influencia les obligó a implicarse en los asuntos públicos, y para superar su oposición, el tercer jefe supremo de los bonetes amarillos encontró apoyo en el príncipe mongol Altan-Khan, que le concedió el título mongol de Dalai-Lama.

No obstante, las intervenciones mongoles sólo contribuyeron, en un primer tiempo, al crecimiento de la confusión; los bonetes amarillos conocieron situaciones críticas. Fue en 1642, gracias a la ayuda de los jefes mongoles, cuando nació realmente el poder temporal de los dalai-lamas.

Según Blavatsky: «Es extraño constatar la gran importancia que los orientalistas europeos dan a los dalai-lamas y su entera ignorancia de todo lo que se refiere al Tda-Shou (o Teshou) Lama, pese a que por medio de estos últimos, con los cuales era vinculado Tsong-Ka-Pa, se inició la serie jerárquica de las encarnaciones de Buda ... los dalai-lamas han sido creados por Nabang-Lob-Sang; él mismo es la sexta encarnación de Buda» (*La doctrina secreta*).

Con Tsong-Ka-Pa se inició, pues, el sistema regular de las encarnaciones lamaicas de Buda.

Actualmente, Su Santidad el dalai-lama precisa: «Me consideran como la reencarnación de cada uno de los dalai-lamas que me han precedido –el primero nació en 1351– y que, por su parte, son considerados como manifestaciones del Bodhisattva de compasión.... Me consideran, pues, la septuagésima cuarta manifestación de una línea que sube hasta un hijo brahmán que vivió en la época del Buda Shakyamuni, hace dos mil quinientos años» (Samsâra).

Conclusión

Según S.S. el dalai-lama, el Buda es ante todo un guía. Es, pues, un maestro y no un dios creador. «Nos enseña el camino de causa a efecto. Nuestro destino depende de nosotros, no depende de Dios ni de Buda».

En un tantra, el Buda dice: «De todos los budas, nunca han alcanzado el estado de vigilia, ni uno lo ha alcanzado, sin tener confianza en un Maestro; de miles de budas que aparecerán en este eón, ni uno alcanzará el estado de vigilia sin tener confianza en su Maestro».

El tema de la transmisión del conocimiento es muy frecuente y presente en el Buda: la noción de Maestro-discípulo es omnipresente. Determinan al discípulo los «cuatro objetos de la confianza»:

- Fíjense en el mensaje del Maestro, no en su personalidad.
- Fíjense en los sentidos, no únicamente en las palabras.
- Fíjense en su sentido absoluto, no en el sentido relativo.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

- Fíjense en su espíritu de sabiduría, no en su espíritu común que juzga.

La puesta en práctica de la enseñanza por medio de la acción, es también un elemento fundamental. Pero, desgraciadamente, lo cotidiano nos revela que el camino por recorrer es todavía muy largo, porque «el código simple, humano y filosófico de la vida diaria que nos ha sido dejado por los nunca conocidos y más grandes reformadores del hombre debía algún día ser adoptado por toda la Humanidad, pues una buena y feliz era de paz asomaría sobre ella» (Blavatsky).

«Los seres van y vienen, pero la llama de la vida, el impulso generador que anima todas las existencias y que yace implícito en el fondo de toda creación, no va ni viene; arde eternamente, sin principio ni fin. Radiantes con esta consciencia iluminada podemos morir, como alguien que se embarca en una tentadora aventura» (textos tibetanos budistas).

El presente trabajo tratará de presentar algunas preguntas y respuestas que puedan aclarar al lector la ley de la reencarnación, que desde el punto de vista del budismo, y en particular el budismo tibetano, está considerada como un renacer y no como un reencarnar.

¿Cuál es la finalidad de la existencia para el pensamiento budista?

Lo que busca un budista es la liberación del dolor y de las frustraciones de innumerables vidas, de la interminable rueda de renacimientos, tanto para sí como para los demás. El renacer no es el fin de la existencia, sino el lograr un estado no condicionado de conciencia pura.

Lo que impulsa a renacer una y otra vez es el deseo, el anhelo, la voluntad de tener otro cuerpo, aunado a la noción firmemente arraigada de que somos una entidad separada.

El renacimiento es la consecuencia inevitable de no haber alcanzado el despertar absoluto y la integración total a la vida. Sólo a través de la vida en un cuerpo humano se puede alcanzar la Iluminación. Por eso la vida humana es tan preciosa, el «reexistir» es un albergue temporal en el camino hacia el verdadero hogar.

Diferencia entre renacimiento y reencarnación

Las doctrinas de la transmigración y la reencarnación implican la existencia de un alma. La doctrina de renacimiento budista niega la existencia de «un alma» en el sentido que otras doctrinas filosóficas la consideran, sobre todo en Occidente.

Un erudito budista, Francis Story, nos explica: «Gran parte de las malas interpretaciones de la doctrina budista sobre el renacimiento en Occidente, se debe al uso de las palabras «reencarnación» y «alma».

Occidente considera que el término *alma* es, en general, la suma de la personalidad de un individuo, una entidad del ego perdurable que existe en forma más o menos independiente del cuerpo físico y sobrevive a la muerte. El «alma» es considerada el factor que distingue a un individuo de otro y se supone que consta de

conciencia, mente, carácter y todo aquello que integra el aspecto psíquico, inmaterial del ser humano.

El Buda negó categóricamente la existencia de un «alma» en el sentido antes descrito. Reconoció que todo fenómeno condicionado y compuesto es no permanente, y esto, nada más, hace que la existencia del concepto «alma» antes expuesto sea imposible.

La reencarnación implica una naturaleza del alma independiente, migratoria, que encarna en una nueva forma. La enseñanza del renacimiento o de la continuidad de la vida no acepta tal idea.

Según el budismo, el renacimiento significa que después de la muerte surge una serie de nuevos estados, condicionados por los estados previos.

Si la vida es una secuencia de momentos enlazados en una cadena de causalidad, el instante que sigue a la muerte es el siguiente eslabón de la cadena.

Así como existe un sentido de continuidad y, empero, no hay un yo continuo, nada hay de sorprendente en que ese sentido de continuidad se extienda más allá del momento de la muerte. La vida es una serie de acontecimientos, dando origen a otro suceso. De esta forma no renace un yo, sino que hay una continuidad del «ser otra vez». En cada momento de la vida el individuo nace y muere; sin embargo, continúa. Lo mismo se aplica al momento de la muerte.

Así el renacimiento o el «otra vez ser», no implica la transferencia de una sustancia. Puede describirse mejor como la continuación del proceso que ocurre en cada momento de la consciencia, el cual sigue operando tanto para influir como para efectuar nuestro renacimiento.

Según el budismo la energía del karma del último pensamiento en esta vida es la causa determinante de la siguiente. La vida presente proporciona el fundamento para la calidad de nuestra muerte, la cual, a su vez, condiciona la naturaleza de nuestra siguiente vida.

¿Qué es lo que renace?

Ponerle un nombre según el budismo es deformar la verdad. Un Maestro budista dice: «no es el mismo y, sin embargo, no es otro». Es un simple estado material e inmaterial que surge cuando ha alcanzado sus condiciones, no es un ser permanente, no es un alma».

Entonces, ¿qué sucede con todas las fuerzas y energías que dieron origen al cuerpo?

La energía encarnada en nosotros no desaparece simplemente con la muerte del cuerpo físico. En cada persona reside una enorme energía que fluye libremente, una

fuerza que puede influir no sólo en esta vida sino también en las posteriores. Desde un punto de vista espiritual se la puede denominar la fuerza del karma. Esta energía sobrevive a nuestra muerte física, es el germen del proceso de renacimientos y la principal determinante de la naturaleza de nuestra próxima encarnación.

Pero aunque el karma está ligado al renacimiento, no es el karma en sí lo que nos lleva a renacer. Es el anhelo de perpetuar el yo o, más precisamente, la ilusión del yo.

¿La fuerza que continúa después de la muerte puede llamarse poder de la voluntad?

Una parábola ilustra la pregunta: un hombre estaba decidido a vaciar toda el agua de un enorme lago para rescatar una perla de incalculable valor que se encontraba en el fondo. Después de varios días de sacar cubetas de agua apareció un dragón enorme que cuidaba el lago y le dijo: «Soy el señor de este lago. ¿Qué haces?» El hombre respondió que buscaba una perla perdida y que pretendía vaciar hasta la última gota del agua del lago con tal de encontrarla.

El dragón se burló de él y dijo: «Nunca la hallarás. Es imposible que vacíes toda esa agua, aun si no hicieras otra cosa el resto de tu vida». Mas el hombre insistió en su intento. «Te equivocas –contestó el hombre–. Lo lograré, porque aun si no alcanzo a vaciar este lago en esta vida, moriré teniendo en mente sólo el deseo de conseguir esa joya. En mi próxima vida regresaré al lago y continuaré trabajando. Cuando muera, volveré a renacer y persistiré una vez más. Aun si han de pasar cien, mil o diez mil vidas, algún día tendré éxito y la perla será mía». El dragón comprendió que nada podría detener a este hombre y que él perdería, a la larga, no sólo la joya sino también su lago, así que entregó la perla al hombre.

De todas nuestras necesidades, ninguna se compara con la voluntad de desarrollarnos espiritualmente para liberarnos y liberar a otros del sufrimiento. Sin embargo, se requieren innumerables vidas de esfuerzo y firme determinación para desarrollar al máximo nuestro potencial y llegar a la meta.

Como la voluntad para vivir de nuevo está condicionada por una necesidad de desarrollo personal, un individuo se sentirá atraído, sin duda, hacia el estado de la existencia más favorable para esta actividad. Es el deseo o anhelo de continuar la vida y el apego a la idea de una individualidad separada lo que nos impulsa, una y otra vez, hacia nuevos ciclos de renacimiento y muerte. Por eso, cuando el rey Milinda preguntó al sabio budista Nagasena si renacería o no después de la muerte, éste respondió: «Si muero anhelando la existencia en mi corazón, sí, renaceré; si no es así, entonces, no».

«La voluntad de vivir hace al hombre re-vivir».

El reino intermedio

Según las enseñanzas de sabios budistas, nuestra existencia de transición se inicia en el momento de morir. Es un reino intermedio entre la muerte y el renacimiento.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

En *El Bardo Thodol* se habla de tres etapas primarias en el estadio de transición. La primera etapa consiste, principalmente, en sensaciones físicas de libertad y su duración es bastante breve. En este punto persiste un débil enlace con el cuerpo físico y se puede estar muy consciente de lo que sucede en los alrededores del cuerpo muerto. Lo sorprendente de esta etapa parece ser la idea de cuán sencillo es morir. A diferencia del –en ocasiones– prolongado acto del morir que puede ser difícil o doloroso, la muerte misma es tan simple, sencilla y natural como la caída de la hoja de un árbol.

La segunda etapa abarca diversas experiencias sensoriales producidas por nuestra mente y está muy influida por el estado mental de la persona en el momento de morir. También son muy importantes las experiencias de la vida del individuo, así como la orientación que recibió en el estado inmediatamente posterior a la muerte.

En la tercera etapa el ser es llevado según su karma hacia un determinado renacimiento. La experiencia de la transición difiere de una persona a otra y está coloreada por el karma de cada persona.

Es necesario hacer énfasis en que estas doctrinas insisten en que el impulso de renacer carece de todo conocimiento o reflexión consciente. Es más bien una atracción ciega hacia los futuros padres, una fuerza gobernada por nuestro karma.

El cuerpo puede describirse como la cristalización de patrones de pensamiento condicionados por nuestro karma, un proceso que empezó antes del nacimiento y que continuará después del mismo en una expansión infinita de vida.

Para concluir dejamos esta reflexión: el nacimiento y la muerte pueden compararse con las olas del mar; cuando crecen se nace, cuando caen, se muere. El tamaño de cada ola está determinado, en parte, por la fuerza anterior, fuerza que es generada por las corrientes de aire, los desniveles del suelo, la lluvia, la Luna y, tal vez, otros elementos. Este proceso que se repite interminablemente es el de nacimiento-muerte-renacimiento. La rueda de la existencia.

Así, en nuestra naturaleza esencial no hay idas o venidas, no hay nacimiento, cambio o muerte. El problema consiste en trascender el nacimiento y la muerte y encontrar un lugar donde no hay nacimiento ni muerte. Ese lugar es el reino mismo del despertar.

Todos aceptamos los ciclos de la Naturaleza como algo básico y fundamental que afecta a todos los órdenes de la vida. Así hablamos de forma natural de los ciclos que afectan a los planos físicos –desde el microbiológico al galáctico–, de una sucesión, una repetición que marca los días y las noches, las estaciones climáticas, el sueño y la vigilia, de los periodos menstruales, de las fases del Sol y la Luna, de las fases de la vida –nacimiento, crecimiento, madurez, vejez y muerte–, del ciclo de la lluvia, de las estructuras cíclicas de los átomos y sistemas solares; incluso hablamos de lo cíclico en otros planos de actividades, como el psíquico, el energético y aun el mental, con sus movimientos de ascensos y descensos, de exaltaciones y depresiones.

Así es. Pareciera que todo está sometido a ese proceso de ida y vuelta, de tal modo que, sin temor a equivocarnos, podríamos afirmar que nos encontramos ante una de las leyes de la Naturaleza.

¿Qué pasa entonces? ¿Por qué tanta polémica y controversia? ¿Por qué lo que parece claro en tantas y tantas cosas, cuando se trata de aplicarlo al ser humano deja tanto que desear en nuestro comportamiento?

Quizás porque cuando se habla del ser humano, su evolución, la posibilidad de que su parte más sutil, consciente y espiritual, su alma, pueda –siguiendo esa ley de los ciclos– seguir viviendo y tomar otro cuerpo después de abandonar el presente en el momento de la muerte, nos volvemos un poco ciegos y nos cuesta aceptarlo

Esta situación es también cíclica. Hay que reconocer que si la historia humana también está inmersa en este movimiento, la parte de ciclo que vivimos ahora es bien diferente a la que se vivió milenios atrás.

A decir de los viejos filósofos hindúes con sus teorías cíclicas o yugas, ahora nos encontraríamos en la época de Kali Yuga o Edad de Hierro (un gran yuga tiene 4 fases: oro, plata, bronce y hierro), que viene a ser lo mismo que exceso de materialismo y, por lo tanto, ese interés por lo material trae parejo el alejamiento de todo lo demás. En definitiva, estamos en una parte del ciclo donde lo metafísico –que incluye todo lo que está más allá de lo físico, no sólo lo intelectual– no se encuentra en su mejor momento. No hace falta ser un sociólogo para darnos cuenta de ello: un espectacular aumento del interés por lo corporal –gimnasia, masajes, medicina, cirugía estética, trasplantes, es decir, todo lo relacionado con alargar la vida física–, y un desinterés por lo religioso, filosófico, artístico, etc.

Decíamos que no siempre ha sido así. Si echamos una mirada al pasado nos daremos cuenta inmediatamente de que hubo también épocas donde nos interesábamos por la filosofía, la religión o el arte. Acordémonos de cualquier ciudad de la Grecia clásica como ejemplo.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La inmortalidad, la vida después de la muerte y la posibilidad de volver a este mundo tomando otro cuerpo, es decir, reencarnando, fue algo naturalmente aceptado en la gran mayoría de los pueblos de la Antigüedad –egipcios, aztecas, mayas, persas, chinos, griegos–, y sobre todo las filosofías y religiones de origen hindú –hinduismo, jainismo, budismo...–. Algunas de ellas siguen vigentes en nuestros días.

Contra esto nos encontramos con un rechazo provocado por la dogmática posición de algunos credos predominantes, sobre todo en el mundo occidental, es decir, del judaísmo, cristianismo e islamismo en su vertiente oficial u ortodoxa. A pesar de estas posturas intransigentes, la investigación de textos antiguos y su traducción nos aportan datos distintos sobre los primeros tiempos de estas creencias, cuando la reencarnación no era negada. Entre los casos más recientes se encuentra la Pistis Sofia de los primeros cristianos.

Como suele decirse, «las verdades, igual que las mentiras, no pueden ocultarse». Sin haber tenido como finalidad su descubrimiento, hace unos años salió a la luz el conocimiento de vidas pasadas y su consiguiente estudio, gracias a los métodos de regresión hipnótica aplicados a pacientes psiquiátricos. De algún modo, lo que de manera espontánea no se podía recordar, salía a flote y muchas personas empezaron a hablar de sus vidas pasadas o a expresarse en otras lenguas, y se comprobó que no era fruto de la imaginación, sino que los datos aportados eran ciertos.

Reencarnación en el islam

La posición ortodoxa en el islam es la de negarla, aduciendo que sus fuentes doctrinales no hablan de ello. Dado que la única fuente aceptada por todas las corrientes –ortodoxia, sectas y órdenes– es el Corán, sería bueno recordar que, al igual que en las otras obras sagradas reconocidas «reveladas», sus enseñanzas distan de ser exclusivamente literales, ya que tienen una fuerte carga simbólica y distintos niveles de comprensión, en concreto siete claves. En «el libro» se encuentra esta cifra profusamente difundida. Esto lleva a entrever en numerosas aleyas coránicas referencias al asunto que nos ocupa, y, por supuesto, también son motivo de polémica y de numerosas acaloradas discusiones sobre su significado.

Últimamente, ante la evidencia de tantos casos de recuerdos de «vidas pasadas» incluso en países de fe musulmana, (como es el caso de Turquía, donde hay numerosos casos registrados y comprobados en una región limítrofe con Siria, de nombre Hatay) se está empezando a decir que estos sucesos son obra de los «jins», o Elementales de la Naturaleza y que, por tanto, el islam no tiene nada que ver.

Pero dentro del islam hay distintas corrientes no oficialistas o sunnitas, como la sufí y la chií, conocidas a través de distintos grupos u órdenes como los: ismailitas, batinies, hurufíes, mevlevies, derviches o alevitas. En casi todos ellos se vislumbra una postura «reencarnacionista» más clara, expresada tanto en la tradición oral –muchas veces guardada por el secreto– como en distintas obras poético-filosóficas.

Tipos de reencarnación

Basándonos en estas fuentes citadas anteriormente, se podrían distinguir tres tipos o variedades de «reencarnación» de las almas:

- Hulul: la reencarnación periódica de la divinidad; doctrina de los Avataaras o enviados.
- Ric'at : el regreso del imán o dirigente espiritual después de su muerte.
- Tenasuh : la reencarnación del alma para el común de los humanos.

La situación de Hulul viene a indicarnos la presencia de la energía divina en un ser humano, algo así como «Dios en el hombre». Esto concuerda con la más conocida teoría de los Avataaras en la India. Viene a decir que la divinidad en sus tres vertientes o matices, Trimurti, se manifiesta periódicamente entre los seres humanos para renovar los mensajes de unión religiosos que ayudan a la Humanidad en la situación decadente e injusta en la que está sumida. Así, se habla de Avataaras o enviados de Vishnu, –2.^a divinidad de la Trimurti– refiriéndose a Rama y Krisna, o Avataaras de Shiva –3.^a divinidad– como Manu. Estos enviados, por supuesto, se pueden encontrar también en otras regiones del mundo, por ejemplo, Buda, Orfeo, Menes, Hermes Trimegisto, Vyasa, Numa, Minos, Quetzalcoatl o Jesucristo.

En el islam se reconocen la totalidad de sus profetas en este tipo, entre otros, Adam, Abraham, Isaac, Jacob, Noé, Lot, Moisés, Aarón, David, Salomón, Juan el Bautista, Jesucristo o Mahoma (el último).

En esta aleya del Corán podemos leer: «Cada comunidad tiene un enviado. Cuando venga su enviado se decidirá entre ellos con equidad» (C 10 47).

La clase Ric'at se encuentra extendida fundamentalmente en el chiísmo (seguidores de la Chia y de Ali, esposo de la hija del Profeta –Fátima– y su hijo Husein) donde es un dogma el hecho de las encarnaciones de sus líderes e imanes. Reconocen 12 imanes y esperan la encarnación del decimosegundo, Muhammed al-Muntazar, para restablecer el orden en la Tierra. Algunas órdenes y grupos que siguen estas creencias son los zaidies, los drusos del sur del Líbano, los nusaries y los ismailitas, a los que perteneció Hasan Ibn-Sabbah, conocido como «el viejo de la montaña», de la secta de los «assasins», grupo del que se dice tuvo relación con la fundación de la Orden del Temple en los Santos Lugares.

Pero es la «Tenasuh» el tipo mayoritariamente conocido y del que más pruebas podemos encontrar. Además –por supuesto– del Corán, hay numerosas citas en la literatura filosófica sufi, como es el caso del conocido fundador de la orden de los derviches giróvagos, Mevlana-Rumi, que en sus Odas místicas nos habla claramente de la reencarnación como evolución que sigue las escalas de la creación:

«Siendo mineral morí y me hice planta.
Siendo planta morí y accedí a animal.
Siendo animal morí y llegue a ser hombre.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Siendo así, ¿a qué se debe el miedo a la muerte?
En ninguna ocasión me he visto en peor situación o convertido en malo.
Un día, muriendo como hombre, seré una criatura de luz, un ángel bendito.
Pero aun siendo ángel continuaré el camino.
Aparte de Dios todo se perderá.
Seré algo que no ha visto ni oído nadie.
Siendo una estrella sobre las estrellas,
brillaré sobre el nacimiento y la muerte».

Haci Bektas, el fundador de la orden alevi de la Bektasilik, –orden implantada en territorio del imperio otomano y de origen anatólico–, escribe así:

«Muchas veces he ido y venido a este mundo extinto en Dios.
He venido con la lluvia y he crecido con la hierba.
He conducido con rectitud al país de Anatolia.
Soy Bektas, que viene del Horsan».

Ya en el Corán, en algunas aleyas aparece el tema de la reencarnación, haciendo alusión a más de una vida o a la resurrección:

– «¿Cómo podéis no creer en Dios, siendo así que os dio la vida cuando aún no existíais, que os hará morir y os volverá a la vida, después de lo cual seréis devueltos a Él?» (2-28).

– «Tú haces que la noche entre en el día y que el día entre en la noche. Tú sacas al vivo del muerto y al muerto del vivo. Tú provees sin medida a quien quieres» (3-27).

– «Dios hace que germinen el grano y el hueso de dátil, saca al vivo del muerto y al muerto del vivo. ¡Ése es Dios! ¡Cómo podéis ser, pues, tan desviados!» (6-95).

– «Dios os ha creado y luego os llamará. A algunos de vosotros se les deja que alcancen una edad decrepita para que después de haber sabido terminen no sabiendo nada. Dios es omnisciente, poderoso» (16-70).

– «Han jurado solemnemente por Dios: ¡Dios no resucita a quien muere! ¡Claro que sí! Ése es un derecho que le obliga, es verdad. Pero la mayoría de los hombres no sabe» (16-39).

– «Él es quien os dio la vida; luego, os hará morir; luego, os volverá a la vida. El hombre es, ciertamente, desagradecido» (22-66).

– «Dirá: ¿veis algo desde ahí arriba?

–Mirará abajo y le verá en medio del fuego de la gehena.

–Y dirá: ¡por Dios, que casi me pierdes!

–Si no llega a ser por la gracia de mi Señor, habría figurado yo entre los réprobos.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

–Pues qué, ¿no hemos muerto?

–Sólo una vez primera sin haber sufrido castigo» (37- (54-59)).

– «Dirán: ¡Señor! Nos has hecho morir dos veces y vivir otras dos. Confesamos, pues, nuestros pecados. ¿Hay modo de salir?» (40-11).

– «¿Qué os pasa, que no esperáis de Dios magnanimidad, habiéndoos creado en fases sucesivas?

¿No habéis visto cómo ha creado Dios siete cielos superpuestos y puesto en ellos la Luna como luz y el Sol como lámpara?

–Dios os ha hecho crecer de la tierra como plantas.

Después, os hará volver a ella, y os sacará» (71 (13-18)).

Creo que estas aleyas, hablan por sí solas.

Es una tarea positiva intentar buscar elementos de unión, de comunión del ser humano consigo mismo, con los demás y con la Naturaleza. Hoy, cuando se habla tanto de globalización en las comunicaciones y el comercio, se debería también trabajar por que las reconocidas leyes de la Naturaleza, los conceptos y valores tradicionales y, por tanto, válidos para vivirlos, sean conocidos por la mayor cantidad de seres humanos.

No se trata de defender unas creencias contra otras, ni de hacer valer más unos libros sobre otros; se trata, más bien, de llegar a esas verdades-leyes que están tan cerca y nos parecen a veces tan lejanas, utilizando todos los medios a nuestro alcance: la razón, los sentimientos y la intuición. En esta tarea la Filosofía es una herramienta muy útil.

La reencarnación, o el camino cíclico de evolución de la Naturaleza, es una de esas leyes, junto a la ley del Karma (acción-reacción). Su conocimiento permite conocernos y liberarnos de tabúes, nos fortalece para romper las barreras de ignorancia que nos oprimen, empuñan y nos hacen sentir encarcelados.

Sentirnos dentro de la Naturaleza y de sus ritmos nos permite liberarnos de muchos miedos y trabas. Es saber que aunque en esta vida no nos sentimos realizados completamente a pesar de haberlo intentado, tendremos otras oportunidades, que no estamos en manos de un caprichoso y cruel poder, que la vida no es un gran absurdo, que hay metas y caminos para llegar a ellas, que formamos parte de un maravilloso plan divino y que debemos participar conscientemente y con responsabilidad en el mismo.

Saber todo eso, desde esta Edad de Hierro o Kali Yuga hace sonreír al alma, y escuchar el batir de sus alas volando hacia la libertad.

La reencarnación se encuentra en todas las religiones antiguas y tradiciones filosóficas, en unas, de manera descubierta y clara; en otras, más escondida. Pero siempre es considerada como un sistema purificador para elevar el alma y que nuevamente se merezca sumergirse en Dios.

En la literatura judaica clásica (también llamada rabínica) no se encuentran referencias claras a la reencarnación, aunque sí insinuaciones. En la literatura cabalística la reencarnación es un hecho. Este breve trabajo tratará de iluminar el desarrollo de algunos conceptos al respecto y exponer las bases de la reencarnación tal cual se encuentran en la mística judía. Para ello nos basaremos en uno de los investigadores más importantes de la cábala en la era moderna: Gershom Scholem, y en una de sus obras: *Elementos de la cábala y su simbolismo*.

Primera etapa: orígenes, «Sefer Habahir» (siglo XII)

¿Fueron los mismos cabalistas los que desarrollaron el concepto de la reencarnación, o quizás el primer impulso vino de una tradición antigua u otros círculos, aunque más tarde fuera desarrollada por ellos a su manera especial? Esta pregunta surge por las circunstancias en las que se encuentra por primera vez el concepto de reencarnación en los textos antiguos de la cábala.

El primer texto cabalístico que se encuentra en nuestras manos, Sefer Habahir¹⁵⁷ –El libro de claridad– habla sobre la reencarnación como un hecho muy claro que no necesita ninguna explicación. Esto causa extrañeza, dado que en la época de su publicación la teología judía oficial¹⁵⁸ negaba la teoría de la reencarnación. Esta teoría se encontraba sólo en ciertos grupos religiosos cuyas fuentes fueron, aparentemente, antiguos grupos gnósticos.

Por otro lado, nos llama la atención que esta teoría sobre la reencarnación se encuentra en la cábala por primera vez en el mismo tiempo y lugar que los cátaros en el sur de Francia. En ella hasta se cree en la posibilidad de encarnar en animales. Según los cátaros, el alma cesa de reencarnar sólo al hacerlo en uno de los «completos» o «buenos cristianos» de esta secta.

Pese a la proximidad temporal de ambas corrientes no se puede encontrar ninguna conexión clara entre ellas. Es posible que haya influencia de una en otra, pero

¹⁵⁷ Sefer Habahir: El primer texto cabalista, que se encuentra en el año 1180 en el sur de Francia. No se sabe quién lo escribió. Se enfrenta a la tradición rabínica porque habla de forma mítica sobre Dios y su mundo.

¹⁵⁸ La teoría de la reencarnación era negada no sólo por el judaísmo en esa época, sino también por el cristianismo católico y el islam.

eso no responde a la pregunta sobre los orígenes históricos de la teoría de la reencarnación, aunque existen ciertos párrafos en el libro llamado *Raza Raba* de una tradición judía-gnóstica muy antigua, que fueron recogidos por los recopiladores del *Sefer Habahir* y llegaron a ellos de una manera aún desconocida.

En la literatura del *Talmud* y sus comentarios no se encuentra nada sobre la reencarnación. En el *Sefer Habahir* existen artículos cabalísticos que traen nuevas ideas (quizás muy antiguas) acerca de la reencarnación, que aún no es llamada con ese nombre.

El concepto de reencarnación es introducido mucho más tarde por cabalistas posteriores. En uno de los párrafos, en el cual se habla sobre la medida divina del sábado, se cuenta que en el sábado llega la «Nefesh¹⁵⁹» al cuerpo humano hasta mil generaciones. Uno de los escritores hace uso de este comentario como prueba del concepto de la reencarnación. Cuando se pregunta cuál es la razón, la respuesta es una alegoría¹⁶⁰: una persona plantó un viñedo. No obtuvo uvas sino agraces. Al ver que no tuvo éxito lo arrancó, y volvió a plantar. Como obtuvo los mismos resultados, lo plantó de nuevo por tercera vez. Así mil veces. Esto es interesante pues simboliza la oportunidad que se ofrece repetidamente a los pecadores (agrace) para que se conviertan en piadosos (uvas).

Otro comentario sobre el versículo «Generación viene y Generación va¹⁶¹», explica que la misma generación es la que viene y va; quiere decir que las almas que reencarnan son, por lo general, las mismas y no nuevas. En otro lugar se hace un paralelo del alma con vestimentas reales que son dadas a esclavos. Ellos las deterioran¹⁶². El rey las limpia y se las entrega a otros. Esta comparación asocia al alma con vestimentas que se ensucian y se deben limpiar para devolverlas. En el *Sefer Habahir* aparece esta alegoría sobre la reencarnación en lugar de la teoría de la recompensa y penitencia en el otro mundo.

Otra idea interesante sobre almas nuevas y almas viejas se encuentra en la alegoría siguiente: un rey trajo de comer mucho pan a sus soldados. Ellos, por pereza, no lo comieron ni lo guardaron. El pan se enmoheció. Cuando el rey vino a visitarlos les preguntó si tenían de comer, y si comieron lo que les había enviado. El rey encontró el pan con moho y vio que los soldados tenían vergüenza de pedir otro. Recogió todo ese pan, ordenó a sus sabios limpiarlo lo mejor posible y dijo: «os enviaré otro pan sólo cuando se termine este». Estas dos parábolas introducen la idea siguiente: existen almas nuevas que todavía no bajaron al mundo y solamente bajan cuando la Humanidad se lo merece. Por lo general, son las mismas las que reencarnan de generación a generación.

¹⁵⁹ Nefesh es la parte más densa del alma. En hebreo la raíz Nafash tiene significado de descanso, reposo. Ésta es la base de que en el sábado se descansa del trabajo cotidiano para dejar lugar al trabajo divino, lo cual se cumple con una medida más grande de Nefesh (alma).

¹⁶⁰ Muchas veces las respuestas en el *Sefer Habahir* son indirectas, a través de alegorías.

¹⁶¹ Eclesiastés 1, 4

¹⁶² En otros lugares se cuenta que parte de los esclavos –los inteligentes– la usan sólo en fiestas y las devuelven impecables. Otros –los tontos– las usan para trabajar. El rey los castiga haciendo que las entreguen para lavar y a ellos se los arroja a la cárcel; posiblemente simboliza la reencarnación.

Segunda etapa: de un secreto al debate abierto (siglo XIII)

La forma que toma la teoría de reencarnación entre los cabalistas de España del siglo XIII es muy extraña. Se encuentran tendencias contradictorias no solo sobre el contenido sino también en su forma de exposición. En el *Sefer Habahir* no hay ninguna oposición a hablar sobre la reencarnación, aunque no lo hace de manera clara sino a través de alegorías. Entre los primeros cabalistas de Gerona, en España, esta teoría se trata como si fuese un gran secreto y sólo a través de insinuaciones. Esto es extraño por dos razones. La primera es que en el judaísmo no existía ninguna institución religiosa oficial con poderes políticos que se opusiera a esta teoría. La segunda es que la única explicación que existía sobre el mal que sufren los piadosos (Libro de Job) se encontraba sólo en la teoría de la reencarnación.

Una de las alusiones más directas a la reencarnación aparece en la explicación sobre la razón de la orden («*mitzva*») del «*Ybum*¹⁶³»: el casamiento del cuñado con la viuda sin hijos de su hermano. El primogénito de este matrimonio sería el hermano fallecido reencarnado en el cuerpo del hijo. Solamente el que tiene suficiente cercanía podría ayudar al muerto a volver al mundo, como el hijo de su viuda. Ésta es la primera vez que se alude a que la proximidad de almas interviene en la reencarnación. A fines del siglo XIII se explica con más amplitud en el Zohar y se encuentra por primera vez el término «*gilgul*¹⁶⁴».

En el desarrollo de la teoría de la reencarnación en esa época se notan dos tendencias. Una de ellas –alejada de lo que aparece en el *Sefer Habahir*– limita la reencarnación a ciertas personas y actos, especialmente relacionados con la descendencia. Así, reencarnarían, por ejemplo, los que no tuvieron hijos –especialmente los que decidieron no tenerlos–, pues serían condenados al sufrimiento de la reencarnación para poder cumplir con el deber de la reproducción. También reencarnarían los que violaron una de las 36 prohibiciones¹⁶⁵ que merecen castigo divino (*Karet*)¹⁶⁶, pues de este modo pueden purificarse y conectarse nuevamente a su origen místico del cual fueron separados.

La otra tendencia –opuesta a la primera– ampliaba el ámbito de la reencarnación. Al principio, se dividió su aplicación según la clasificación tradicional de la gente en piadosos, tibios y pecadores. Los piadosos no estarían sometidos a la ley de la reencarnación, sino que merecerían directamente la vida en el otro mundo. Los primeros cabalistas estaban de acuerdo en que los pecadores –la mayoría de los seres humanos– reencarnan. De esta forma se expresa la compasión divina hacia las almas de los pecadores al otorgarles nuevas oportunidades. Los tibios serían condenados al infierno, preferible según ellos a la reencarnación.

¹⁶³ Existe la posibilidad del cuñado de negarse a este procedimiento (normalmente es lo que pasa en estos tiempos). En ese caso debe pasar un rito llamado «*Halitza*», en el cual se desata la obligación del cuñado y la viuda es libre de casarse con quien quiera.

¹⁶⁴ *Gilgul* en hebreo deviene de la palabra raíz *gal*, que significa algo que viene una vez tras otra. Por ejemplo: *gal* significa ola, *galgal* significa rueda.

¹⁶⁵ La mayoría de estas 36 prohibiciones se refiere al incesto.

¹⁶⁶ *Karet* significa cortar, separar.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

No pasó mucho tiempo hasta que los cabalistas extendieron la aplicación a los tibios y más tarde también a los piadosos, no por sus pecados sino para cumplir labores que dejaron inacabadas en su primera vida, o bien para el beneficio de todo el mundo; también reencarnarían por pequeños pecados, pero en ese caso por un breve periodo y morirían jóvenes.

Por lo general, el número de reencarnaciones fue limitado a 3. Si el alma no aprovechó estas oportunidades, es condenada al infierno. Sin embargo, la reencarnación del alma del piadoso no es limitada, puesto que el fin no es sólo beneficiarse él mismo sino beneficiar a todo el mundo. En los textos posteriores del Zohar encontramos una idea interesante sobre la reencarnación de los piadosos: solamente los «piadosos completos» son liberados de la reencarnación, igual que el Iluminado en la tradición budista, pero pueden regresar, si quieren, por compasión a los seres humanos, como el Budisatwa en la corriente Mahayanica de los budistas.

Tercera etapa: textos posteriores al Zohar (siglos XIV y XV)

En estos textos se encuentran ideas que surgieron por primera vez entre los cabalistas de Gerona, pero llegaron a su máximo desarrollo aquí.

Paralelamente a la corriente general, que encuentra en la reencarnación la respuesta a la justicia divina en el mundo, surge otra: la de concebir la reencarnación como llave para entender los cuentos bíblicos y las relaciones escondidas entre ellos. No se habla sólo del concepto general de reencarnación, sino sobre las relaciones entre los personajes de la Biblia. El principio de una dinastía se encuentra en Caín y Abel. ¿Por qué asesinó Caín a Abel?

Los cabalistas propusieron que cuando Abel hizo ofrendas a Dios, no guardó las distancias adecuadas y se acercó demasiado, de tal manera que su relación con lo divino quedó corrompida. Ésa fue la razón por la cual tuvo que encarnar en Moisés, el cual, cuando fue pastor en Madián, tuvo una revelación de Dios. Esta vez lo que fue dañado en la primera ocasión, se corrigió. De manera similar, el alma de Caín fue reencarnada en Itro. Su gran enemigo se transformó en su mejor consejero.

Otro ejemplo se encuentra en la conexión entre Adán, el rey David y el Mesías, que son las iniciales de ADaM. Esto alude a que los tres son la reencarnación de una misma alma. A veces se encuentra en ellos también Moisés. Según la tradición cabalística, todo este mundo es producto del daño causado por el pecado del primer hombre (Adán), cosa que fue corregida por Moisés dando la Torah, por David plasmando un reino en favor de lo divino y por el Mesías concluyendo la corrección.

Ante la pregunta: «si el alma reencarna en varios cuerpos, ¿cuál vivirá en la resurrección de los muertos? ¿Qué pasa con los demás cuerpos?» se explica que el alma es como una vela de Dios. Se dividirá para revivir en diferentes cuerpos como una vela puede encender otras. Encontraríamos dos tipos de almas encarnadas: una que

reencarna y la otra que es concebida¹⁶⁷. En cierta situación las chispas pueden llegar a una realidad propia, antes del fin de los días y la resurrección de los muertos. Surge una nueva idea sobre la conexión profunda entre estas chispas-almas, que más tarde se transformará en la simpatía entre ellas.

Esta idea se encuentra ya en el siglo XIII. Se habla de que un ser humano, en cierto estado, lleva en sí chispas de varias almas. Con esta idea los cabalistas podrían explicar fenómenos como la personalidad múltiple. Todos los hombres corrientes, en cada encarnación reciben un alma nueva. La concordia del alma se guarda porque las chispas encarnadas están tan relacionadas que la conciencia no puede diferenciar entre ellas. El alma propia es la nueva, que al encarnar atrae otras viejas. Esto se puede tornar problemático, debido a que es posible que las almas reencarnadas (viejas) puedan arrastrar a la nueva, tratando de obtener lo que les faltaba en vidas anteriores.

El alma se subdivide en tres: Nefesh (más o menos, ánima), Ruaj (espíritu) y Neshama (alma). Sólo los que cumplen con todos los mandamientos de la Torah y sus secretos tienen las tres. Todos los estados psíquico-físicos se encuentran en el más bajo nivel, llamado Nefesh. Ruaj y Neshama son recibidos por el cabalista de forma acorde con sus meditaciones sobre la Torah y su aplicación. Cada persona nace con Nefesh, pero si se desarrolla espiritualmente puede recibir también las dos partes más altas.

La primera imagen del humano («Adam Rishon») es del mismo valor que Dios. Cada una de sus 248 partes y 365 tendones es paralelo a una de las luces superiores, en la misma formación que Dios. El destino del hombre es formar esta estructura divina en él, cumpliendo con 248 órdenes de hacer, y 365 órdenes de no hacer, cada una de ellas relacionada con una luz superior. Quien cumple con ellas de manera completa transforma su cuerpo en morada para lo divino. De lo contrario reencarnará hasta lograrlo. Esta forma de ver el destino del ser humano pone en el centro de la teoría de la reencarnación el pecado del primer hombre («Adam Rishon»). Este dañó tanto esa primera imagen que tiene que pasar muchas encarnaciones para arreglarla hasta llegar a su estatura original.

No todas las almas encarnadas entran en el cuerpo humano al nacer. Existen casos en los cuales una persona recibe (en momentos especiales en su vida) otra alma que se concibe en él. Esta alma no está relacionada con su organismo psico-físico desde su nacimiento, pero puede seguir con él hasta su muerte, o dejarlo antes. Según el Zohar, los piadosos pueden concebir almas de otros piadosos (que vivieron en el pasado). Esto pasa antes de hacer algo importante, para fortalecer el alma hacia ese hecho sagrado. Es claro que para que suceda esto, las almas tienen que tener cierta cercanía, o que los hechos sean similares. Por lo general se dice que se conciben solamente almas de piadosos. De esta manera el alma del piadoso puede lograr un mínimo arreglo o ayudar a otros. Más tarde se habla sobre concepción de almas «malas». En ese caso, esto puede destruir el alma principal¹⁶⁸.

¹⁶⁷ El alma que vuelve de nuevo a encarnar es la que pasa «gilgul». El alma que es por concepción es la de «ibur»: como la vela que prende otras.

¹⁶⁸ En la jerga popular esto es llamado «Dibuk».

La idea que encontramos aquí sobre grupos de almas se relaciona con el casamiento del cuñado con la viuda sin hijos de su hermano. Esto es para que el árbol de vida de esa familia celeste no se corte. En la cábala luriana, este grupo de almas no se refiere sólo a relaciones biológicas, sino entre las chispas de almas de la misma raíz.

Una última idea en el desarrollo de la cábala en el Medioevo se refiere a la reencarnación en animales o en formas inferiores de vida. En Sefer Habahir se habla sobre reencarnación sólo en cuerpos humanos. Cien años después los cabalistas siguen con esa idea. La idea de que el alma descienda a formas inferiores parece imposible a los cabalistas de esa era, que se refieren a la reencarnación como un proceso de purificación y mejoramiento del alma. Pero a fines del siglo XIII se comienzan a encontrar textos que lo mencionan como perdón a faltas muy graves. Se menciona pasar del ser humano a animal y no al revés. Hay quienes explican con eso el sentido de las órdenes de matanza de animales para la alimentación. En el Zohar no se menciona reencarnación en animales. En sus textos posteriores sí se habla de ello, pero éstos no son verdaderos animales, sino animales divinos de la «Mercaba de Ezekiel».

Cuarta etapa: La cábala de Rabí Isaac Luria (Ari), siglo XVI, Safed.

La teoría de la reencarnación según Rabí Isaac Luria se basa en que el primer hombre (Adam Rishon) incluye a todas las almas de todas las generaciones y de todos los pueblos. Este primer hombre era una entidad cósmica manifestada en todos los mundos de la existencia. Es la gran alma que Dios creó. Este hombre es el reflejo de «Adam Kadmon» (hombre arcaico en el mundo superior).

Según Rabí Isaac Luria existen cinco mundos: Adam Kadmon, Atzilut, Manifestación, Creación y Acción. Cada uno de estos mundos es subdividido en 5 caras. La espiritualidad (alma) del hombre también se divide en 5, que devienen de estos mundos: Nefesh, Ruah, Neshama, Jaia, Yejida¹³. De este modo el ser humano vive en armonía completa con todos los planos de la realidad. Esta armonía fue destruida (no del todo) por el pecado del hombre primero (Adam Rishon).

Para entender mejor las implicaciones de este pecado, veremos cómo esta constituido el primer hombre. Tiene 613 órganos, igualmente el alma. Éstos se llaman raíces grandes. Cada órgano es como una unidad primaria que se subdivide nuevamente en 613 (pequeñas raíces o grandes almas que se subdividen en las chispas de almas humanas), los cuales están muy bien armonizados. Si el primer hombre no hubiera pecado, esta unidad armónica primordial de ese «gran alma» no sería quebrada. El destino de la manifestación del Adam Rishon fue arreglar la rotura de los vehículos que le sucedió al Adam Kadmon¹⁶⁹. El pecado del primer hombre causó que todos los

¹⁶⁹ Según la mística cabalista, la manifestación comienza con que Dios se reduce a Sí mismo para manifestarse. Él se refleja en Adam Kadmon (es el Dios que actúa como creador). Los vehículos formados para captar la luz divina (que surge de los ojos de Adam Kadmon), no pueden resistir la intensidad de esas luces y se quiebran. Esto es llamado «Rotura de los vehículos» (o instrumentos). Nada

mundos retrocediesen al caos y alejase el arreglo de esos vehículos quebrados. ¿Qué le sucedió al alma de Adam Rishon después de pecar? Parte de sus raíces altas regresaron al mundo superior, pero parte quedó en este mundo y ayudó a reconstruir al ser humano. Esta vez no con la estatura cósmica que tenía al principio, sino con la terrestre de hoy. La mayoría de sus órganos cósmicos se desprendieron de él, con todas las chispas de almas en ellos, y cayeron en la materia. Se pueden elevar cumpliendo con los mandatos de la Torah.

Resumiendo, existen cuatro niveles de almas: la completa de Adam Rishon, 613 raíces grandes que son sus órganos, las pequeñas raíces o grandes almas, y las chispas que son las almas individuales de los seres humanos. Hay dos temas interesantes en relación con estas almas: cada generación salen del alma grande unas cuantas chispas de su cautividad, para purificarse del pecado de Adam Rishon y así alzar su alma (y luz) a su estatura primera. Al nacer, sólo la parte inferior del alma (Nefesh) penetra en el ser humano (es la base del individuo en sí). Si ese alma se lo merece, puede atraer las partes superiores de su alma raíz. Si no lo logra, reencarna hasta que arreglen todas sus partes. Segundo tema: todas las chispas individuales que devienen de la misma raíz (la misma «familia») están relacionadas con una simpatía especial. Solamente almas de la misma raíz pueden relacionarse en la reencarnación y concepción; sólo ellas pueden fortalecer una a la otra. Por esta simpatía entre ellas, si una sufre sufren las demás, una puede hacer uso del beneficio de las otras¹⁷⁰.

Existe otra clase de almas raíces, almas que fueron dañadas por el pecado de Adam Rishon y necesitan arreglo, pero no cayeron en la materia. Las chispas de almas de estas raíces son de naturaleza muy especial, por su capacidad de resistir la rotura y no caer en la materia. Ellas no pasan reencarnando, sino que se traspasan cuando el ser humano está vivo. Cuentan que Adán (Adam Rishon) les traspasó estas almas a Caín y Abel al nacer. Por eso la dinastía de las almas de origen de Caín y Abel reciben un tratado especial en los textos de Rabí Isaac Luria.

El ser humano cumplirá con su destino sólo cuando purifique y arregle todas las chispas que pertenecen a su alma, en todos los planos de la existencia. Entonces recuperará la unidad de la raíz pequeña (gran alma).

En partes del texto de Luciano se encuentra que en una encarnación pueden reencarnar hasta 3 almas viejas y una nueva. A éstas se les pueden juntar hasta 4 por concepción. En otras se menciona que todas las chispas del alma, las que fueron «arregladas» y la que todavía debe arreglarse, no se separan hasta la muerte. La corriente hasídica tiende a apoyarse en esta última descripción que soporta mejor la cuestión de la simpatía entre las almas, que es tan central para el pensamiento hasídico.

Los textos lurianos casi no hablan de las partes superiores del alma, Jaia y Yejida, sino que se concentran en las bajas. Sólo mencionan que el que llegó a arreglar su parte de Yejida se libera de la reencarnación. El «arreglo» de la «gran alma» es

queda en su lugar original después de esta rotura. Ella debe ser arreglada por el primer ser humano bíblico (Adam Rishon), que tampoco lo logra por su pecado en el paraíso.

¹⁷⁰ Esto es similar al Karma general.

logrado sólo por el «Mesiah». Este último tema introdujo muchos problemas a través de hombres que creyeron «Mesiah» (por ejemplo, Shabtai Tzvi). En la teoría luriana encontramos que las almas deben trabajar juntas para llegar a liberarse. Por eso se habla sobre la simpatía especial y magia que existe entre las almas, cuestión central en el pensamiento hasídico.

Resumen y fundamentos del Hasidismo

No se puede terminar esta breve obra sin mencionar el problema que surge por la búsqueda tras el Mesiah y su solución en el Hasidismo.

La doctrina de la reencarnación ampliamente aceptada es la de Rabí Isaac Luria. La palabra clave es el «arreglo» (tikun), regresar todas las cosas a su posición y estatura original, según el plan divino. Este programa no fue realizado nunca por el «quebrar de los vehículos» en el plano teológico y por el pecado de Adán en el plano antropológico. La redención está en terminar este proceso del arreglo. Toda la religión esta dirigida a este proceso. Todo acto de «arreglo» es un acto de redención, especialmente por el Mesiah. Para descargar este problema de la búsqueda tras el Mesiah se formó una corriente que disminuye la importancia del «arreglo» y pone en su centro la unión directa del individuo con Dios¹⁷¹. Esa es la manera de alzar sus chispas y devolver su altura original. La Hasidut pone en su centro al individuo y su relación mística con Dios más que en la búsqueda tras el Mesiah redentor. De esta manera todo acto del ser humano se transforma en un rito.

¹⁷¹ En hebreo Dvekut significa apego, unión, éxtasis.

Japón es muy conocido por su alto nivel económico y sus éxitos en el campo de la tecnología. Los productos de su industria vanguardista abundan en los escaparates del mundo entero hasta el punto de que la misma palabra Japón o japonés ha venido a ser sinónimo de progreso industrial y comercial.

Algo se conoce de obras representativas de su literatura moderna, de algunas expresiones culturales como el Ikebana, el teatro No y la poesía haiku, y varias artes marciales como el judo, el kendo o el kárate.

Sin embargo, muchas veces su pensamiento religioso y filosófico pasa desapercibido. Las visitas turísticas no suelen ir más allá de lo monumental, atrayente y fácilmente accesible: monte Fuji, templos de Nikko, jardines de Kioto, teatro Kabuki... Pero todas estas maravillas, dignas de verse, tienen un trasfondo religioso e ideológico que una mirada superficial no puede captar.

La historia de la religión japonesa ofrece una panorámica exuberante porque, a pesar de su insularidad, Japón ha sido siempre un pueblo religioso, de muchas tradiciones, buscador de novedades con que enriquecer su patrimonio cultural.

En este proceso de acogida de elementos culturales foráneos –llevada a cabo desde sus primeros pasos como pueblo civilizado hasta los progresos alcanzados en nuestros días–, Japón ha mantenido criterios propios de selectividad y ha sabido imprimir en los datos importados un sello típico de su identidad nacional. Por eso, a la hora de aceptar elementos advenedizos, sólo ha acogido de buen grado lo que concordaba con sus necesidades y aspiraciones. Es decir, a Japón ningún país le impuso nunca a la fuerza patrones culturales extraños, sino que ha sido él mismo quien ha adoptado de otras culturas lo que más le ha convenido. Y cuando –como huéspedes no invitados– han llegado a su costas elementos culturales no solicitados, su arraigo en el país ha sido efímero y problemático. Así se explica que su forma cultural y religiosa haya mantenido, contra viento y marea, sus características propias, que, al fin y al cabo, es lo más profundo que posee, pues constituye la piedra angular en que se apoya el entramado del patrimonio cultural.

Las religiones actuales –sintoísmo y budismo– se han mantenido, generalmente, en pacífica convivencia, hasta el punto de que, desde el periodo Nara (s. VIII) hasta el periodo Meiji, compartieron la misma fe en algunas deidades y budas. Dado el pluralismo religioso y filosófico de Japón, son escasos los choques doctrinales a nivel extremo.

La búsqueda, el encuentro con eso llamado Absoluto Inmanente, el mundo de los espíritus, el de los dioses y sus relaciones con la Naturaleza y el hombre, ocupa un lugar prioritario en la historia de la religión japonesa, en la cual el protagonista es el hombre situado en un marco cultural propio y preocupado por los eternos enigmas de la

vida humana, el hombre visto en sus existencias más que en su esencia: ¿de dónde vengo?, ¿dónde estoy?, ¿hacia dónde voy?, ¿existe la vida después de la muerte?

A estos interrogantes y preocupaciones el antiguo pueblo japonés ha sabido responder a su modo, con presupuestos enraizados en convicciones religiosas, con su lógica propia y los recursos dialécticos que le ha proporcionado la milenaria sabiduría oriental.

El periodo Jomon (11000 a. C.-300 a.C.)

Es difícil, en el actual estado de nuestros conocimientos, llevar el estudio de la prehistoria más allá de 11.000 años antes de la era cristiana. La historia antigua hace referencia a la formación de Japón hace más o menos unos 11.000 años. En aquel entonces el actual archipiélago estaba con sus placas terrestres vinculado al continente asiático, cuya separación –con violentos movimientos sísmicos– hizo nacer una isla independiente que con el correr de los tiempos sería conocida como Nippón.

Se han hallado jarras funerarias y grandes cerámicas ocre con cuerdas entrelazadas. Sin duda, son obra de las primeras tribus que poblaban las islas de Ryukyu y Hokkaido. El descubrimiento en estratos profundos de piedras talladas, luego pulidas, de cerámicas de formas y motivos humanos, ha llevado a establecer, tan sólo en el periodo Jomon, seis subdivisiones que permiten seguir la evolución y los desplazamientos de pueblos sometidos a las erupciones volcánicas y a los temblores de la tierra.

Estas subdivisiones ponen de relieve la existencia de, al menos, dos tipos de población: una hacia el norte y el este, proveniente de Siberia por Sajalín; la otra, hacia el sur, procedente de China y Corea.

Estos descubrimientos nos revelan el estudio de los arpones, flechas, joyas en forma de ganchos y rastros de cultos.

Ya más tardío, en el periodo Yayoi (300 a. C.-300 d. C.) la población que ocupaba Japón se sedentariza. Cultiva el arroz, utiliza herramientas de madera reforzadas con hierro y hace los primeros tejidos. Los muertos son inhumados en grandes jarras, rodeados de objetos familiares, como se acostumbraba a hacer en China. Las excavaciones y posteriores investigaciones han arrojado descubrimientos de obras en bronce que datan del s. I antes de la era cristiana, espejos, brazaletes, armas, así como campanas llamadas dotaku, decoradas con curiosos motivos geométricos, símbolos o figuras humanas y animales, todo ello vinculado a ritos agrarios destinados a obtener la protección y el beneficio de las divinidades de la Naturaleza.

Otro dato histórico, rescatado de la antigua China, nos dice que hace más de 2200 años, en el periodo de la dinastía Shin, ocurren diversos cambios de múltiples características: religiosos, ideológicos, sociales, políticos, etc. Muchos emigraron hacia aquella isla (Japón), en donde se comenzaron a asentar los orígenes. Los precursores

eran de una elevada formación moral, personas impregnadas por un fuerte espíritu de progreso civilizatorio, con sentimientos sinceros y bondadosos en la convivencia, el trabajo y la vida diaria, además de unidos e identificados con sus dioses, según nos relata Confucio.

Ya en otras épocas más tardías vendrían a completar este mosaico étnico-cultural otros pueblos, provenientes de diferentes puntos de la geografía asiática.

Los primeros documentos escritos que pueden informarnos sobre el primitivo pensamiento y sentir religioso japonés fueron compilados en el siglo VIII, aunque en ellos se ofrecen datos de épocas anteriores. Es, en primer lugar, Kojiki (*Crónica de sucesos antiguos*), compilado por O-no-Yasumaro en el año 720. A esta obra le sigue Nihonki (Anales de Japón) que, redactado por varios compiladores, fue terminado también en el año 720. Estas obras fueron redactadas varios siglos después de que el taoísmo, el confucionismo y el budismo entraran en Japón hacia el siglo V, los cuales influyeron en la sistematización del Shinto como culto nacional. El budismo llegó hacia el año 538 a través de Corea inicialmente, e infundió en el panorama religioso una visión más interiorizada sobre la vida humana.

Tanto el Kojiki como el Nihon-Shoki son, pues, posteriores a la llegada de estas religiones, pero su contenido se refiere a acontecimientos prehistóricos, hoy considerados mitológicos. Son las primeras fuentes escritas y de ahí que, aun siendo mitológicas, es innegable su importancia como testimonio de un sentimiento religioso y de una reflexión filosófica elemental pero reveladores del trasfondo espiritual del pueblo japonés primitivo, siendo más tarde sistematizado por el sintoísmo.

Mitología y sentimiento religioso

La *Crónica de cosas antiguas* no es un libro mitológico, como hasta ahora se creía, sino una descripción en forma mitológica de realidades históricas. Según esto, las deidades shintoicas son, estrictamente hablando, antepasados o personajes relacionados con la familia imperial. Son también reencarnaciones de espíritus protectores, demonios o genios constructores y destructores. Tanto la *Crónica* como los *Anales* –hoy tenidos como libros mitológicos– vendrían a ser meros documentos secretos o relatos de acontecimientos históricos bajo la forma de mitología. En ellos se habrían registrado genealogías de familias nobles interesadas en justificar y mantener su predominio.

La mentalidad que se revela en las fuentes mitológicas está íntimamente vinculada a las creencias de un pueblo que se sentía hijo de los dioses, o sea, de la Naturaleza en cuanto a manifestación de los infinitos espíritus que la animan, vivifican y mueven con su hálito divino.

El hombre se sentía y se comportaba entonces como un ser ligado por vínculos vitales a las fuerzas naturales, a veces propicias y a veces adversas. Porque, efectivamente, en el cielo de los ochenta mil dioses había de todo, dioses benignos y dioses perversos. La divinidad se manifestaba de ochenta mil maneras y no todas eran

del agrado del hombre. Éste se veía inmerso en un mundo movido y en ocasiones agitado por tantos espíritus como fenómenos naturales se contemplan en el universo, desde el Sol, la Luna, los árboles, las piedras y los animales, hasta las turbulencias climatológicas o geológicas como los tifones, terremotos, volcanes, inundaciones, etc.

La divinidad aparece antropomorfizada y encarnada en el cosmos bajo innumerables apariencias. Pues bien, la «trinidad» divina que preside el cielo vendría a ser una personificación de un concepto abstracto inspirado en la cosmogonía china, más que un ser digno de adoración. Pero el verdadero objetivo tanto de la Crónica como de los Anales fue justificar la supremacía política de la familia imperial, presentando la geneología divina del Mikado o casa imperial que tiene su origen propiamente en la diosa Amaterasu.

En el Kojiki se relata la creación de Japón por obra y gracia de la pareja divina Izanagi e Izanami, pero no se trata de un acto creador sino únicamente de la formación de las islas del Japón por vía de generación o, según la mitología china, mediante la unión del yin y el yang.

No sabemos hasta qué punto esta idea es original de Japón o en qué medida refleja la mentalidad del pueblo japonés. Lo cierto es que la tradición popular reflejada en aquellos documentos se mueve a un animismo elemental que posteriormente fue tomando formas refinadas de culto a los espíritus latentes en los seres del universo hasta adquirir las estructuras propias del llamado Shinto o *camino de los dioses*.

La forma de encarar la religiosidad del japonés en sus diferentes niveles de clases sociales se caracteriza por su vinculación y una creencia en los fenómenos intrínsecos del Shinto, también descritos en la mitología y, sobre todo, por una fe en los Kami (elementos de la Naturaleza), que unas veces son manifestaciones de la divinidad en los fenómenos naturales, espíritus de la Naturaleza como el dios Sol, el dios Luna, etc., y otras veces son deidades personificadas o antropomorfas como Amaterasu, Izanagi e Izanami, etc.

De todos modos, es una fe tanto en los poderes misteriosos de la Naturaleza como en los antepasados mitológicos de las familias nobles y poderosas de la sociedad primitiva.

En torno a esta fe giran todos los acontecimientos de la vida ordinaria que, por lo mismo, está impregnada de un sentido religioso. Así se explica cómo durante el transcurso del año, numerosos devotos y creyentes de las diferentes sectas que existen en el Japón actual, ejecutan los multifacéticos actos de culto destinados a alegrar a los dioses, conseguir y agradecer sus favores —especialmente las buenas cosechas de los campos y las oportunidades exitosas en los negocios—, y averiguar la suerte futura mediante la adivinación. No hay que olvidar que el jefe supremo de todos estos actos de culto sigue siendo el sumo sacerdote, como reflejo del emperador.

Una de las teorías populares de concebir el otro lado de la vida es la «horizontal», teoría que han mantenido los países vecinos a Japón: filipinos, indochinos,

etc., y esto tiene relación con viejos pueblos asiáticos cuya vida se desarrolla en las cercanías del mar.

La teoría vertical se daría en países del norte como Mongolia, Corea, sur de Rusia, en donde el primer plano sería de una Divinidad o Dios en los cielos, luego un mundo medio que correspondería a los hombres y un tercer mundo subterráneo que sería una suerte de infierno.

Si bien es cierto que en Japón se tiene como deidad superior a la diosa Amaterasu Omikami (Shinto), descendiendo en la escala se encontraría como nexo de unión, entre el cielo y la tierra, o entre el mundo celestial y el mundo terrenal, al emperador.

Este sistema de creencias religiosas fue hábilmente impuesto por los emperadores para, de forma secreta, ostentar el poder, y conseguir la unificación, la fe y la sumisión de los diversos pueblos y clanes familiares que en ese momento se encontraban separados por continuas guerras internas. Todo esto ocurría a finales de la era Meiji.

Volviendo a la teoría horizontal, que en la práctica del pueblo medio japonés mantiene fuerte arraigo, se dice en relación al espíritu del difunto que, una vez dejado su cuerpo, se va a establecer a un lugar detrás de las montañas, a la otra orilla del mar, en un plano invisible. Sin embargo, el espíritu podría ser llamado o invocado hacia la zona donde, originalmente, se encontraba su familia terrenal.

En la historia pasada se nos dice que al japonés medio lo único que le importaba, una vez fallecido algún pariente o amigo, era el espíritu y, por consiguiente, los cuerpos de los muertos eran lanzados a lugares montañosos o sectores campestres alejados de la urbe. Estos cuerpos simplemente se dejaban a la intemperie hasta que desaparecían por sí mismos. Pero, con el correr del tiempo y ante el acelerado crecimiento demográfico y la escasez de tierra, se debieron tomar fuertes medidas de prevención y finalizar con dichas prácticas.

Fue en las postrimerías del siglo X, cuando el budismo comenzaba a arraigarse en la mentalidad japonesa, cuando los sacerdotes de las sectas tomaron como iniciativa cremar los cuerpos humanos fallecidos.

Transcurrido un siglo, la clase noble adoptó este sistema, añadiendo después la normativa de que las cenizas deberían ser depositadas en un templo budista situado en lo alto de las montañas. En siglo XII se adoptó esta política para el país y para todas las clases sociales.

Así como el concepto de divinidad estuvo mediatizado por los relatos mitológicos, también la idea de la muerte y el mundo de ultratumba estuvo influenciada por el fenómeno mítico. El relato de la muerte de la diosa Izanami y de la visita que su esposo Izanagi realiza al país de las fuentes amarillas, es decir, al infierno, es significativo porque nos da a entender que aquel no es lugar de castigo ni se encuentra muy lejos del mundo de los vivos. Por otro lado, los ritos funerarios nos revelan una

mentalidad optimista y hasta una cierta familiaridad no exenta de temor reverencial. Según la interpretación de Motoori: «cuando el hombre muere su cuerpo queda en el mundo visible pero el espíritu revolotea en el ámbito humano de manera invisible. Lo cual revela también la familiaridad existente entre el hombre y los espíritus de la Naturaleza».

Es claro, no obstante, que la religión japonesa revela más bien un sentimiento, una marcada fe animista, y ofrece unas bases elementales para suscitar sumisión, veneración y subordinación a los espíritus divinos, actitudes expresadas en fórmulas y actos de culto tanto exótericos como esótericos.

Esto no significa que en la religión Shinto, así como en su mitología, no haya elementos de reflexión filosófica que han influido de manera decisiva y constante en la formación y desarrollo de la espiritualidad y mentalidad del pueblo japonés. Se da una filosofía de la vida y de la muerte que ha sido siempre característica del sintoísmo, así como del budismo. A la luz de esta filosofía «del más allá», el sintoísmo ha visto siempre la vida y la muerte como cara y cruz de una sola moneda de forma más optimista y simple que el budismo, ya que la muerte se reduce a un estado de mancilla del que se puede salir con un rito de purificación, idea que sugiere una especie de resurrección y que fue dominante en Japón antes de la entrada del budismo.

Desde la más remota Antigüedad los japoneses han creído que los dioses venían en primavera a sembrar y en otoño a ayudar en las cosechas. De modo que toda su actitud frente a la vida estaba centrada en las labores agrícolas y en la ayuda que pedían a los dioses con fórmulas rituales durante la siembra y la recolección. De hecho, hoy en día, uno de los pocos ritos solemnes en que participa el emperador como sacerdote supremo del Shinto es la plantación y primera recolección del arroz.

En relación con una doctrina budista esotérica japonesa, que haga mención del estado post mórtem, existe, sin duda alguna. Sin embargo, este tipo de enseñanzas habrían quedado reservadas y aceptadas por un muy reducido grupo de personas y sectas, posiblemente con marcadas tergiversaciones de las escrituras originales provenientes de la antigua India.

Veamos una breve versión de un monje shingon, señor Okamura (Kioto), en relación con el yo y el destino del espíritu después de la muerte.

Okamura no niega la existencia de un yo persistente hasta el fin de la vida terrestre con una apariencia de unidad. Creado por efecto del encadenamiento de las causas y –como el cuerpo que se pudre– combinación de los 6 elementos, «el psiquismo individual puede pasar después de la muerte terrestre a una existencia de otra naturaleza, de duración igualmente limitada, en otro estado o plano del universo. Es bajo la forma de la doctrina de los seis elementos como debe entenderse la transmigración, que no es más que una interpretación popular. Originariamente puro, parcela de la esencia primordial celeste, el psiquismo, o más bien su núcleo, es afectado por el mal por efecto de la ley de causalidad (karma). Debe buscar la purificación y la misericordia de Buda, que procurará la potencia mágica de los ritos shingon,

particularmente del dordie (elemento ritual) que sirve para transmitir el socorro del Buda.

Infierno y paraíso son mitos imaginados para asustar o seducir al fiel y llevarlo por el camino de la purificación: los dos (infierno y paraíso) en verdad están en nosotros en esta vida. Y todo se termina por el regreso a la vacuidad, Shunyata. Para acelerar este proceso, el shingon celebra, como todas las sectas budistas, los ritos funerarios de los cuarenta y nueve días, con el fin de orientar el psiquismo y llevarlo a la disolución en la esencia nirvánica.

Para el shingon el altruismo está bien, pero no es esencial, porque sólo importa la comprensión y la contemplación del mandala. Después el hombre reformará sus pasiones trasmutadas en voluntad benéfica, y el amor a sí mismo se dirigirá necesariamente hacia el prójimo. Así, por efecto de la ley de encadenamiento causal que conduce al individuo a la comprensión del mandala, su purificación proporciona ayuda al prójimo».

Como vemos, en torno al destino póstumo del hombre, el budismo japonés ofrece un muy complejo cuerpo doctrinal del que entresacamos algunos datos representativos acerca del destino de la existencia «pecaminosa»; este conocimiento, que se basa más bien en una enseñanza exotérica, no deja de ser interesante.

El pensamiento budista, llegado a Japón hacia el año 538, vino a infundir en el todavía rudimentario pero fuerte sentimiento religioso del pueblo japonés una nueva forma de ver el mundo y un nuevo tipo de espiritualidad más centrado en la conciencia de la propia debilidad humana. El sintoísmo y el confucionismo se habían fijado más en el mundo exterior. El budismo, en cambio, venía a centrar la atención en la interioridad del ser humano. Si el hombre adicto al sintoísmo se había considerado a sí mismo impotente ante la fuerza de los espíritus o dioses de los fenómenos naturales y obligado a aplacar sus iras mediante oraciones y ritos purificatorios, la religión búdica venía a enseñar que la fuerza reside en el ser humano, pero es necesario que éste se domine y se niegue a sí mismo.

Si el sintoísmo había creado un panteón de dioses, el budismo venía a negar toda divinidad y hacer del yo humano un absoluto. Sin perder de vista el mundo natural y sin negar la pertenencia del hombre al gran cosmos, el budismo venía a insistir en la introspección o mirada del hombre hacia sí mismo. La diferencia entre el optimismo creado por la visión animista y sintoica de la Naturaleza y el pesimismo entrañado en la visión budista de la vida humana era evidente, pero no fue impedimento para que, en menos de un siglo, el budismo arraigase profundamente en Japón: un mundo de existencia efímera y cambiante, en donde nada muere sino que todo se transforma.

Una de las ideas contenidas en el budismo japonés y expresada en sus manifestaciones de arte y en la idiosincrasia del japonés, se refiere a que todos los seres del universo fluyen y son impermanentes. El universo entero, con sus infinitas manifestaciones orgánicas e inorgánicas, está sujeto a un incesante cambio, a un inexorable proceso de mutación que desemboca en la destrucción, desvinculación y

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

aniquilación de lo manifestado, incluido el hombre mismo, porque, en primer lugar, ya en el orden del tiempo, todos los seres llevan la marca de la transitoriedad y, a través del camino de un tiempo más o menos largo, van a parar a la muerte y a la destrucción.

En las grandes leyendas de la época Heian (794-1192) tales como Taketori M., Ise Monogatari y sobre todo Genji, se detectan repetidas alusiones a la tristeza que inspiran las cosas, precisamente por su mutabilidad y existencia efímera. Esta apreciación de lo transitorio destaca no sólo en lo religioso, sino particularmente en las grandes colecciones poéticas a través de su larga historia. En ellas abundan los sentimientos de desilusión, melancolía, lo transitorio de los encantos de las cuatro estaciones, de la amistad, de la vida, del amor humano. Todo aparece efímero, todo es como un sueño: no sólo la flor del cerezo y la nieve del monte Fuji sino también la noche y el día, el amor y el dolor, la vida y la muerte.

La rueda de transmigraciones está en continuo movimiento y representa seis formas de existencia escalonada: infierno, espíritus, animales, hombres, asuras o semidioses y devas o dioses. Según la ley del Samsara o de la transmigración, todos los seres vivientes están sometidos al continuo renacer, pero la transmigración de los espíritus sólo aparece a nivel de la existencia humana.

Las fuentes del pensamiento budista acerca de los sufrimientos de la existencia humana reencarnada en el infierno proceden de la India a través de China. En el siglo V y más aún en el VI, muchas traducciones de libros sagrados búdicos describían detalladamente el niraya –infierno en sánscrito–.

A mediados del siglo VII un bonzo chino compiló una enciclopedia del budismo, dedicando tres capítulos al infierno, valiéndose además de otros documentos antiguos.

Una parte de esta literatura sirvió de base a Geinshin (942-1017, de la secta Tendai) para elaborar su tratado Ojō-Yoshū (doctrina fundamental de la salvación), una obra representativa del budismo japonés sobre la vida de ultratumba. Geinshin describe el paraíso después de exponer los horrores del infierno y lo hace de manera más escueta, haciendo hincapié en los diez gozos que integran la vida beatífica en el cielo budista.

«Las diez prerrogativas de que gozan los bienaventurados van desde la acogida que le dan los budas tras la muerte hasta la plena vivencia del camino búdico, y se especifican del modo siguiente: goce de la luz suprema, adquisición de la verdad, sublimación de los sentidos externos, perseverancia en la felicidad, adquisición de poderes divinos tales como el conocimiento del pensamiento de otros, la multilocación, la incorporación al grupo de los budas, visión de la budeidad, satisfacción de todos los deseos y plena felicidad en el cielo de los dioses».

El problema de la vida después de la muerte, vinculado a diversas teorías y sectas del budismo japonés, ha suscitado una conciencia religioso-moral centralizada en inquietudes soteriológicas más o menos accesibles a todos los estratos sociales. Las dos grandes líneas generales del budismo popular japonés sostienen la búsqueda de la

salvación del espíritu mediante el esfuerzo personal y la búsqueda de salvación en el camino de la confianza plena y absoluta en otro.

Los conceptos de claridad, limpieza, sinceridad e intimidad respecto a la Naturaleza han dominado siempre en la religiosidad shintoica pero no han cristalizado en formas ascéticas y místicas como las que aparecen en el budismo en general y en las ramas zen-budismo y Jódó-Shinshu.

La creencia popular budista sobre la reencarnación

La secta «Nitiren shoshu», secta conformada por un diez por ciento de la población japonesa.(según estadística del año 1995) expone que la vida manifiesta tiene diferentes aspectos o atributos que revelan su carácter único: cuerpo-acción-percepción-concepción y conciencia.

El budismo, según esta secta, enseña a hacer las cosas correctamente durante la vida que tiene el ser humano, ya que una vez que el cuerpo manifiesto muere, no tiene forma de corregir o cambiar su karma.

Así, hecho lo correcto, el alma nacería en la próxima reencarnación con las mejores cualidades.

Nitiren Daishonin (1222-1282, época de Mapo) fue un buda japonés del cual todos sus seguidores de aquella época creían que era la misma reencarnación del buda de la India, Sakyamuni, y cuando obtuvo su iluminación fue debido a la profunda meditación, abstinencia y concentración en las palabra escrita en sánscrito «namyohorenguekyo». Posteriormente, sus discípulos directos propagaron sus enseñanzas, una de las cuales decía en relación a este mantra que recitado de continuo, así como concentrando su mente en Buda, podrían alcanzar la iluminación.

Muchos discípulos creían que recitando aquel mantra las personas agonizantes tendrían acceso, incluso después de muertas, a lograr alcanzar el estado de iluminación. Además, el alma lograría llegar a un estado medio, sin tanto sufrimiento, conservando «la imagen», y la repetición de dicho mantra podría proteger de espectros-demonios que llenan el camino que conduce al mundo superior o de «los cielos». De esta forma también, al regresar a la Tierra, podrían nacer más saludables y con mejores oportunidades de vida que en la anterior.

Por eso los japoneses tradicionales, que entienden de ciertas leyes que rigen la vida y la muerte, respetan la vida, la Naturaleza, los animales y a los seres en general que habitan en la Tierra.

Los jóvenes, actualmente, han perdido la fe y la creencia en sus dioses y en lo que sus antepasados profesaban como forma de vida y cultura.

Las nuevas generaciones, al visitar los templos en épocas de festivales, por ejemplo en año nuevo, creen que arrojando dinero frente a los altares, podrán obtener el

beneficio de una «suerte mejor», hasta alcanzar un nivel mucho más elevado en su próxima vida.

Japón ha llegado a ser una nación próspera gracias a haber conservado muchos de sus valores tradicionales con respecto a la Naturaleza y a las relaciones familiares, que han mantenido su identidad. Esta forma de pensar de antaño se transmite todavía a los niños a través de leyendas. En ellas, el saber popular se muestra mediante las aventuras mágicas, divertidas o enternecedoras donde la honradez, la generosidad y el valor siempre atraen la buena fortuna.

Hemos visto en este pequeño y rápido recorrido del pensamiento la forma de encarar que tiene el japonés contemporáneo el tema de la vida más allá de la muerte. Es difícil intentar describir la tan rica, desconocida (muchas veces) y olvidada faceta del mundo post mórtem que aún se conserva en la memoria de las primitivas manifestaciones tradicionales folclóricas, como también en el mismo shinto y el budismo. La andadura en este pedregoso camino de las sombras de la «muerte» guarda muchos velos por descorrer al aventurero que se atreva, con un corazón puro y portando la espada iluminada del conocimiento real, a descubrir este pequeño tesoro postergado en los tiempos. Pero así como en otras épocas de oscuridad, confusión y estorbos al progreso de la cultura y espiritualidad, la actualidad ofrece también barreras tales como el espíritu de consumo, el culto al hedonismo, el apego a lo material y otras lacras sociales que bloquean el camino recto y ascendente de lo natural, lo religioso y la armonía con nosotros mismos y con los seres espirituales «kami», protectores de la Naturaleza.

Ante este panorama, urge una aceleración de la verdad en todas sus escalas, sin miedo ni tabúes, con las armas del trabajo serio y el estudio amplio y profundo del ser humano y las infinitas leyes que rigen el proceso mágico llamado vida-muerte.

No siempre en Japón hubo tanta libertad para desplegar las velas de su pensamiento tradicional, que aflora de continuo en sus tradiciones; pero en estos inicios del tercer milenio corre el peligro de que esa larga y pródiga tradición histórica caiga en redes de esclavitud, ideas ajenas a la dignidad y religiosidad del hombre. Pero como pueblo que mira al futuro sin olvidar el pasado, Japón seguirá teniendo mucho que decir al mundo, no sólo en el campo de la tecnología, sino también en el terreno de la mística y de la profundidad de la vida y sus leyes internas.



En una ocasión, un discípulo preguntó a Confucio sobre el significado de la muerte, a lo que el maestro contestó: «Si aún no comprendes el significado de la vida, ¿cómo puedes comprender la muerte?».

En el pensamiento chino no existen referencias directas a la teoría de la reencarnación, excepto en el budismo. Sin embargo, su concepción cósmica no es contraria a tal idea; para los chinos la continuidad de la vida después de la muerte es una consecuencia natural. Existe, no obstante, un matiz, que es el no ver la trasmigración del alma como un proceso separado de la propia vida; nuestra condición futura es un resultado continuo de nuestras acciones actuales (idea de Karma, ley de acción).

En la concepción cósmica china se ve a cada acción siguiendo unas precisas leyes de mecánica natural: la acción siempre polarizada positiva o negativamente, un aumento o declinación que –llegada a su máxima expresión– deriva en un cambio, al principio infinitesimal, y luego cambiando progresivamente a su opuesto, la vida y la muerte mutuamente dependientes. Cada acción vital es una «menos muerte», y cada muerte una «menos vida», inexorablemente concatenadas. Todo lo que nace, muere. La muerte es un tránsito hacia otra forma de vida, teniendo como telón de fondo una «vida» de la cual lo que llamamos vida y muerte es una expresión temporal.

En las leyes del cambio referidas en el *I Ching* se manifiesta claramente este pensamiento. Algunas especulaciones taoístas posteriores incluso plantean el alcance de la inmortalidad o prolongación de la vida más allá de lo normal. Los chinos afirman que un hombre debería vivir normalmente hasta los cien años. También creen que un hombre, al morir, se transforma en fantasma (*kuei*) o espíritu (*zhen*), dependiendo de su comportamiento y circunstancias de su muerte.

Las ideas de reencarnación, karma y libre albedrío aparecen claramente expuestas en la literatura y filosofía chinas, pero generalmente referidas a la sociedad en su conjunto, a la Historia y a la estructura del mundo.

Una idea, libertad y capacidad de resolución de situaciones difíciles a través del ingenio, está reflejada en el siguiente relato: «El señor Tsing Ping, quien alcanzó el más alto grado en el año 1661, tuvo el infortunio de perder su alma, que escapó un día y no pudo hallar el camino de regreso a su cuerpo. El alma perdida encontró a un sacerdote taoísta sentado al lado de una carretera, quien le hizo la recomendación –como hombre de letras que era– de que se dirigiera a Confucio. Este, como dios de la literatura, presidía las necesidades intelectuales y morales de la gente, y refirió el caso a Buda, quien finalmente dio un guía al señor Ping para que le enseñara dónde se hallaba su cuerpo».

«La vida seguida de la muerte es el curso de la Naturaleza, y el hombre debe seguir ese curso calmadamente» (Lao Zi).

Para el pueblo chino la diferencia entre la vida y la muerte es que «aquella está en ésta, como el día en la noche».

Algunas creencias en la vida post mórtem

Según los taoístas, el hombre posee varias almas: tres superiores y siete inferiores, los *houen* y los *p'o*, que constituidas de materia sutil se dispersan en el momento de la muerte, siendo ésta justamente la consecuencia de dicha dispersión. Las almas superiores de la mayoría de los muertos descienden a la región subterránea de las «fuentes amarillas», donde permanecen confinadas en una estancia oscura y lúgubre, sufriendo la falta de su cuerpo físico, pues aún no liberadas de deseos están imposibilitadas para actuar. En cuanto a las almas inferiores, vagan en los alrededores de las tumbas y lugares domésticos, amargadas e irritables, y pueden convertirse en fuerzas malévolas y hostiles hacia los vivos.

No pudiendo subsistir en la región de las «fuentes amarillas», las almas superiores tratan de volver a ocupar un cuerpo físico. También existe entre los chinos el rito de la sustentación de las almas de los antepasados, mediante la ofrenda de alimentos y dinero de papel.

Estas almas, sin embargo, no pueden alcanzar la inmortalidad sino durante su vida física y mediante un sistema y disciplina exactos.

La ciudad del cuerpo

Existe en el taoísmo una curiosa creencia: ver al cuerpo humano como una ciudad real con sus habitantes y su corte. El cuerpo está habitado, además de por las diez almas, por diferentes dioses, personajes y gentes de su corte. Todo el modelo de ciudad corresponde al estilo chino: amplias avenidas, calles y cruces, palacios, pabellones, templos, salas, etc. Tiene su personal administrativo, guardias y sirvientes.

Bajo este símbolo topográfico, los chinos vislumbran una anatomía y fisiología bien precisas. Existen dioses amigos que le conservan y el candidato a la inmortalidad debe conocerlos bien: su ubicación, tendencias, medios de acción y grado de poder. Estos dioses son fuerzas de la Naturaleza, los mismos que actúan en los diferentes planos y reinos naturales, siguiendo la ley y la Vida Una que gobierna al mundo y se manifiesta en múltiples formas.

Sin embargo, los dioses que habitan el cuerpo no permanecen estáticos, sino que circulan por el cuerpo, luchan con otros de temperamento opuesto, se evaden e, incluso, pueden ser expulsados fuera.

También algunos visitantes se presentan a las puertas de la ciudad, siendo recibidos o detenidos por los guardianes que permanecen alerta para no dejar penetrar a huéspedes malévolos o peligrosos. Ciertos síntomas, como estornudos, zumbidos de oídos o mareos, los denuncian.

Los huéspedes malévolos son tres: los tres cadáveres o gusanos, que existen en el cuerpo antes de su nacimiento contra su deseo y han sido introducidos ahí sin su cooperación. Estos gusanos deben ser destruidos, pues si se les expulsa deambularán convirtiéndose en fantasmas y espíritus maléficos. Para ello existe una serie de prescripciones y prácticas higiénicas:

1 Un régimen alimenticio, absteniéndose de ingerir cereales (trigo, cebada, mijo, arroz, guisantes y habas), carne, vino, ajo y cebolla. Se cree que los gusanos se alimentan especialmente de cereales, incluso son creados por ellos.

2 Alimentarse de aire¹⁷². Asimilar la energía vital que impregna el mundo, desarrollando la respiración embrionaria o fetal (ver similitud con otros sistemas como el yoga); respirar profundamente –hasta los talones, al decir de los taoístas–, luego hacer circular el aire a través del cuerpo, siguiendo un recorrido preciso con detenciones en los principales centros vitales (cerebro, corazón y bajo vientre). Este ejercicio ayuda a la vivificación de los órganos y tejidos, y purifica el cuerpo librándolo de los dioses enemigos y formando en el interior del cuerpo uno nuevo que será indestructible y devendrá inmortal¹⁷³.

Para los chinos instruidos todas estas especulaciones son, obviamente, simbólicas y se entregan a estas prácticas como una disciplina heredada de sus padres con fines higiénicos y de salud.

También recomiendan no realizarlas sin un guía adecuado y comenzarlas en la juventud. Lugares especiales y horas indicadas son condiciones favorables.

Finalmente, el despertar del hálito embrionario conduce al denominado «retorno a las raíces» o «retorno a la vida», enseñado por Lao Zi, la disolución del hálito en el espíritu.

La inmortalidad

Sobre la inmortalidad dice Lao Zi: «el poder de la simiente, como el cielo y la Tierra, está sujeto a la muerte, pero el espíritu primordial está más allá de los dos polos opuestos. La inmortalidad taoísta no es la eternidad y el inmortal taoísta vivirá tanto como el mundo. Así, cuando el mundo sea absorbido por el caos, de donde ha salido, el inmortal se desvanecerá con él».

¹⁷² «Alimentarse de aire» se refiere a servirse de él, utilizarlo.

¹⁷³ «devenir inmortal» no implica necesariamente una prolongada existencia del cuerpo físico; sino elevarse por encima de la naturaleza, facultades como encerrarse a voluntad dentro del cuerpo (Nada de *La voz del silencio*) expandirse como el propio hálito, ser capaz de proyectar innumerables emanaciones.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La mayoría de los chinos cree en la reencarnación, en que un principio personal inmaterial abandona el cuerpo en el momento de la muerte, y en la estancia post mórtem en lugares más o menos desagradables de acuerdo con sus obras en vida, así como en la encarnación del difunto en un nuevo cuerpo.

Existía en el taoísmo una poderosa doctrina original por la cual sus adeptos realmente no intentaban alcanzar la inmortalidad. Más bien se sentían eternos, tratando de alimentar no sólo el cuerpo, sino también el espíritu, manteniendo, además de una disciplina física –por ejemplo la dietética–, la práctica de la reflexión y la meditación filosóficas, a saber:

- El juego natural de las cosas determina su comportamiento. Ningún poder externo a ellos los rige; el hombre no debe inmiscuirse en este orden natural.

- En el plano mental existe la misma periodicidad y devenir que en los otros planos de la Naturaleza, siendo la sucesión de las estaciones, las mareas y los movimientos de los astros su manifestación cíclica.

- El espíritu debe permanecer en su estado natural de quietud.

- No «buscar» la unión con el Todo-Uno, estar consciente de que esa unión no se debe lograr como un resultado causal, sino que existe y existió siempre, es un darse cuenta, un «despertar».

- Los antiguos sabios y filósofos chinos instituían ritos para mantener este orden y música para establecer la armonía.

«La música imita la armonía del universo; los ritos imitan el orden del universo. Existen el cielo arriba y la tierra abajo, y entre ellos están las cosas con diferentes rangos y dignidad. Existe la incesante corriente de la evolución, en la cual las cosas están en armonía y de acuerdo. Esto proporciona al hombre el modelo de la música. En la primavera todas las cosas surgen a la vida; en el verano las cosas crecen; en el otoño todas las cosas maduran; en el invierno todas las cosas reposan. Esta es la rectitud. El corazón humano está relacionado con la música, la rectitud con los ritos» (Li Chi, *Libro de los ritos*).

La teoría de la reencarnación en Tíbet, creencias populares

En Tíbet encontramos una serie de creencias derivadas de la primitiva religión autóctona, una suerte de taoísmo llamado Bon. La llegada del budismo aportó nuevas ideas al respecto y en cada secta del lamaísmo se adoptó una peculiar teoría. Sin embargo, existen unas ideas generales populares que expondremos.

Primeramente, se dice que aquello que reencarna de una vida a otra es el Namshés, forma abreviada del término Namparshéspa, término que significa «el conocedor de todo», un principio que «conoce», que se da cuenta de qué son los objetos con los cuales nuestros sentidos se ponen en contacto, los diferencia y clasifica. Existen

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

seis namparshés, cinco relacionados con los cinco sentidos y un sexto ligado al espíritu (Yid Ki: Yid significa Manas en sánscrito¹⁷⁴). Este espíritu es considerado el alma individual que emigra de un cuerpo a otro de acuerdo con unas leyes particulares.

1 El namshés no tiene libertad para elegir a su gusto el nuevo cuerpo donde habrá de residir. Ese cuerpo le es impuesto por el juego automático de causa-efecto: el «juego de la acción» (Karma).

2 Las causas que determinan la naturaleza de su reencarnación son los actos que llevó a cabo por intermedio del individuo al que estuvo unido en el curso de muchas existencias pasadas.

3 El propio namshés es quien, en el curso de su unión con el cuerpo material, ha tejido y confeccionado la vestimenta que se halla preparada para recibirlo. Este procedimiento de «confección» es continuo. De cuando en cuando el namshés da algunos retoques a la obra hecha anteriormente. Modifica el aspecto de la vestimenta, agregándole distintos trozos de tela o recubriéndola con otros adornos que se incorporan a la propia tela y la transforman. De este modo, la incesante actividad del cuerpo, la palabra y el espíritu forjan el destino del individuo en su existencia, prosiguiendo de reencarnación en reencarnación., mediante la sucesión de muertes y nacimientos.

El juicio del alma

Algunos imaginan la existencia de un juez de los muertos. Sin embargo, los tibetanos no atribuyeron a este juez la facultad de estimar el valor de los méritos o deméritos de los difuntos que se presentan ante él. El juez carece de facultades para pronunciar sentencias basadas en su apreciación personal. Los actos de los difuntos no le afectan para nada; no experimenta hacia ellos ni benevolencia ni animosidad. Su único papel consiste en anunciarles la suerte que ellos mismos se prepararon.

A veces esas acciones están representadas por guijarros blancos y negros colocados en los platillos de una balanza. El resultado del pesaje indica cuál es la sentencia que debe pronunciar.

En otra de estas concepciones fantásticas, dos caminos conducen a la sala del juicio. Uno de ellos desciende hacia los mundos donde reina el sufrimiento, es decir, los diferentes infiernos; el otro se eleva hacia los diferentes paraísos.

¹⁷⁴ Los tibetanos tienen tres términos para designar al espíritu y éstos no son en absoluto sinónimos. Yid es la facultad intelectual, el poder de percepción. Lo (blo) es la facultad afectiva, las disposiciones naturales; expresa también los términos sánscritos *buddhi*, *prajnâ*. Séms encierra una vasta gama de significaciones y representa los términos sánscritos *citta*, *manas* y *satva*. En lenguaje culto estas tres palabras se designan con el vocablo *thugs*.

El destino del alma

El destino del alma depende de las acciones en la vida. Hay una teoría relativa a las acciones que no producen resultados capaces de afectar la naturaleza de la reencarnación siguiente: los actos «estériles». Se trata de actos que obedecen a causas que correspondían a una encarnación anterior, actos que son «resultados» y no provienen de una voluntad consciente. Estas manifestaciones puramente mecánicas pueden compararse, en cierta medida, con los movimientos reflejos.

Sin embargo, algunos tibetanos no admiten la existencia de esos actos «estériles». Objetan que esta teoría se basa en una concepción moral del Karma considerado como agente que retribuye las acciones «buenas» y «malas» realizadas por el individuo, y no en la sola consideración de una sucesión impersonal de actividades, prescindiendo de su valor moral. Toda acción, afirman estos últimos, produce inevitablemente efectos, grandes o pequeños, inmediatos o de largo plazo, visibles o imperceptibles para nosotros. El mundo es movimiento.

La teoría de los actos «estériles» puede conciliarse con dos concepciones relativas al destino de los difuntos. Ambas corresponden a un nivel poco elevado de la religión tibetana.

Según una de ellas, el hombre que preparó en esta vida las condiciones de su vida futura sufrirá pasivamente en esta nueva encarnación los efectos de sus actos pasados, hasta el agotamiento de la eficacia de esos efectos, sin agregar nada mediante una actividad desplegada en la condición en que estaba situado.

De acuerdo con la concepción opuesta, la voluntad y los sentimientos permanecen activos –aunque con distintos grados de intensidad– en los habitantes de todos los mundos; esa voluntad y esos sentimientos son capaces de producir efectos no sólo en su vida futura sino también en su vida actual.

Un cuento muy popular en el Tíbet ilustra esta creencia:

«Después de los actos abominables que había cometido, un criminal renació bajo forma de caballo y, como tal, fue enganchado junto con otros dos a un carro muy pesado. El suplicio infligido a estos desdichados consistía en arrastrar el carro a lo largo de un camino terriblemente escarpado para llevarlo a la cumbre de una montaña. A pesar de todos sus esfuerzos, los tres animales juntos no lograban avanzar con el pesado vehículo y los demonios los fustigaban sin piedad. En ese momento, un sentimiento de profunda compasión surgió en el corazón del ex criminal convertido en caballo en uno de los infiernos.

–Suelten a mis compañeros –les dijo a sus verdugos–; déjenlos libres, yo arrastraré solo el carro.

–Miserable animal –gritó enfurecido uno de los demonios–. Los tres juntos no podéis mover el carro, ¿cómo te atreves a querer hacerlo tú solo?

Y en un acceso de furia, asestó un terrible golpe con el mango de hierro de su látigo sobre el cráneo del caballo compasivo. Este cayó muerto, e inmediatamente renació en un paraíso».

Teoría esotérica de la reencarnación de acuerdo con el Bardo Todol

El Bardo Todol es un tratado del Mahayana, proveniente de la secta Ningmapa (primitiva, no reformada) de probable origen Bon antes del surgimiento del lamaísmo.

La doctrina tibetana del alma se basa en que la creencia en un alma inmortal ata al hombre a la rueda incesante de nacimiento y muerte (Samsara: literalmente devenir condicionado). La liberación de esta rueda llega con el correcto conocimiento que hace trascender esa creencia. La liberación (nirvana: más allá del ser condicionado) llega en virtud de ese conocimiento y logra la conciencia supramundana, macrocósmica (nirvana).

Sin embargo, existe un principio impersonal –representación del macrocosmos como la chispa lo es del fuego–, que subsiste a los estados condicionados dentro de la rueda de Samsara. Existe un símil que ilustra esta doctrina: así como la Luna refleja sólo una mera fracción de minuto de la luz del Sol, de igual manera la conciencia normal refleja sólo una mera fracción de minuto de la superconciencia, que es la raíz subliminal del ser ilusorio del hombre. Y al igual que la luz de la Luna, la conciencia humana común es, ante los ojos del hombre no sofisticado, concreta y real en sí misma, pues ignora su fuente oculta. Así, desde la juventud a la vejez y de la vejez al momento de la muerte en este mundo, pasando por el estado post mórtem hasta el renacimiento, existe un proceso causal, mas la personalidad es sólo su creación ilusoria.

Mientras exista el deseo, la mente continuará en su ciclo de renacimiento y muerte. El supremo objetivo de la doctrina budista (Dharma) es lograr la liberación de la mente: «Y por lo tanto, discípulo, el logro de la Santa Vida no consiste en limosnas, ni en honor, ni en fama, ni en las virtudes de la orden, ni en la beatitud del Samadhi, ni en la claridad de la percepción, sino en la fija e inalterable liberación de la mente. Esta es discipular, la finalidad de la Santa Vida; éste es un núcleo central, es su meta».

La doctrina del Bardo (estado post mórtem)

Consiste en tres partes:

I Primera Realización¹⁷⁵ del Estado de la Clara Luz del Dharma-Káya (cuerpo divino de la Verdad).

¹⁷⁵ En este contexto, «realización» implica, además de su sentido ordinario, el hacer correcto uso de esa preparación iniciática como la efectuada en el mundo humano por los difuntos antes de morir.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

II Segunda Realización del Estado del Sambhoga-Káya (cuerpo divino del don perfecto).

III Tercera Realización del Estado del Nirmána-Káya (cuerpo divino de la encarnación o asumir el nacimiento como Tulku. encarnación divina).

Estas tres secciones que aparecen en El Bardo Todol están relacionadas con el Dharma-Kaya, el Sambhoga-Kaya y el Nirmana-Kaya. Las tres vestiduras divinas del Buda son tres realizaciones a través del proceso de la muerte describiendo diferentes estados de conciencia, tanto para los hombres comunes como para aquellos con una mayor realización y dominios espirituales, que le permitirán alcanzar la liberación, incluso en la existencia desencarnada, al ser ésta de igual naturaleza transitoria e ilusoria que la encarnación.

En la primera parte (realización del Dharma.Kaya) llamada la «realización de la clara luz», leemos:

«La luz mengua y lo burdo mengua,
los pensamientos menguan y lo sutil mengua;
tras el menguar adviene el estar-en-casa.
Entonces aparece la Clara Luz Primera,
Y, tras ese amanecer, los Dos Cuerpos como Uno».
«Del conocimiento enseñado y no-enseñado,
la fusión de lo enseñado en lo no-enseñado
ha sido llamado el Logro del Fruto».

La «luz mengua» se refiere al desvanecimiento de la percepción del mundo físico, provocando un periodo de inconsciencia de tres a cuatro días; luego, despierta en el Bardo (estar en casa). Lo burdo es el cuerpo físico y la respiración; lo sutil, la conciencia.

La luz simboliza la claridad supranormal del poder visual, que llega como primera experiencia consciente del estado post mórtem; la duración de esta experiencia inicial se llama ignición, pues simboliza la combustión, o despertar de la divina conciencia innata por medio de la luz; y el «logro» se refiere al beneficio espiritual alcanzado al experimentar la muerte. El grado del logro depende por completo del karma del difunto.

Luego se visualizan dos tipos de luz. Seguidamente hay un proceso de cambio relativo a los cinco elementos (agua, fuego, aire, éter –conciencia–, tierra). Todos se sumergen finalmente en la conciencia (éter). Luego, sigue el llamado tiempo de ignición: cesan los deseos y la ira (los treinta y tres impulsos de la ira, según la escuela de Padma Sambhava).

Se sumerge, por fin, en el llamado «tiempo del logro inmediato», en el cual cesan los cuarenta impulsos del deseo. Esta etapa está simbolizada por el llamado Rahu (cabeza de dragón), representación mitológica de la Luna cuando produce un eclipse de Sol; ésta es la llamada etapa del «logro inmediato». Finalmente llega un estado en el

cual cesan las funciones mentales. Aparecen, incluso, prácticas para el momento de morir, de modo que el difunto puede pasar por estos diferentes estados de conciencia post mórtem liberado de temor, deseo y apego.

En la segunda parte (realización del Sambhoga Kaya –realización del estado del cuerpo divino del don perfecto–) se describen algunas dificultades que pueden aparecer, como incapacidad para reconocer la clara luz del nuevo estado mental, renacimiento de apegos y pasiones, facultades que ahora posee este nuevo cuerpo, llamado «cuerpo bárdico» –como por ejemplo flexibilidad de movimientos, capacidad de ver a otros que tienen el mismo nivel de conciencia–, en general, unas características relacionadas con el mundo de deseos y un mundo paradisiaco.

Si se continúa en el Sendero con la conciencia de estar en el estado bárdico se alcanza finalmente el Sambhoga-Kaya, logro reservado a quien murió en un estado de lucidez y unión interior llamado estado «yóguico». De no ser así se cae en un estado fantasmal llamado «preta», retardándose indefinidamente. En esto no favorece nada la evocación de sus parientes y amigos, que quedaron en su vida pasada. El que muere iluminado deviene en el estado de completa comprensión y ubicación en la «clara luz» (en la mística tibetana la iluminación implica la comprensión del mantram *Ah-nu-ta-ra-hum*, llamado estado de Dorje-Chang –Vajra-Dhara–, supremo gurú divino de la dinastía blanca de los gurús de la escuela Kargyüpta).

En la tercera parte, (realización del Nirmana Kaya) –«realización del estado del renacimiento como encarnación divina o estado de Nirmána Káya»– se describen las diferentes maneras y lugares de renacimiento del difunto que ha fracasado en el logro del estado de iluminación descrito en el punto anterior (Sambhoga-Kaya) «Dorje-Chang» y que debe continuar vagando por estos Bardos hasta volver a renacer.

Según esta sección, renacerá en tres posibles mundos: como deva, como fantasma o como morador de un medio infernal de purgación (llamados precipicios blanco, rojo y negro). Menciona también que existe la posibilidad de renacer en cuatro posibles continentes: oriental, occidental, norte y sur. Sigue la elección de diversos tipos de vientres maternos, para nacer en diferentes condiciones de sabiduría, incluso como encarnación divina (Tulku) hasta Bodhisattva, y con la recomendación última de mantener un estado de quietud e indiferencia hacia las predilecciones en el momento de elegir un vientre materno para renacer.


Es interesante destacar que en esta doctrina no se contempla la posibilidad de reencarnar en formas inferiores de vida, por ejemplo, como animal, y aunque en los Sutas aparecen algunas referencias en este sentido no han de ser interpretadas literalmente, sino de modo simbólico.

Finalmente señalaremos que en estas doctrinas se ve la reencarnación, además de como una ley de la Naturaleza reflejada en el microcosmos, como algo a superar, como una cadena que debe ser cortada, una lección largamente repetida y que, sin embargo, debemos volver a estudiar constantemente. Vida y muerte, dos caras de una misma moneda, se entremezclan y alternan al ritmo de nuestro deseo y sed de vida, el

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

cual conduce inexorablemente a la muerte, la oscuridad, la penumbra del Bardo, luz crepuscular o auroral que precede a cada nueva vida...

«Conocer que todas las cosas son no-nacidas es sabiduría» (Prajna Paramita)



Este trabajo es un resumen de la interpretación esotérica del *Bardo Thödol* en relación con la doctrina del renacimiento o de la reencarnación, al que hemos agregado algunos elementos de otras referencias doctas en la materia, señaladas al final de este artículo.

Nos hemos limitado a esbozar alguno de los comentarios dictados por el Lama Kazi Dawa Sandup –primer traductor de este manuscrito tibetano– al editor, el doctor Evans Wentz, durante su trabajo en común con Gangtok Sikkim.

Remitimos al lector al texto del *Bardo Thödol* que, afortunadamente, se encuentra editado en numerosos idiomas.

«Los fenómenos de la vida pueden compararse a un sueño, a un fantasma, a una burbuja de aire, a una sombra, al rocío reluciente, al resplandor del rayo, y de esta forma deben ser contemplados» (El Buda, en el Sutra Inmutable).

Los Maestros de sabiduría según el esoterismo tibetano

Todas las tradiciones filosóficas orientales y occidentales consideran la relación Maestro-discípulo como una de las relaciones humanas más constantes y prolíferas.

En el *Bhagavad Gita* vemos que la relación discipular con Krishna conduce a Arjuna a comprender las leyes del «karma-yoga» –yoga de la acción– en un campo de batalla, en donde cumplirá con su destino. El discípulo percibe el sendero que su Maestro ya ha recorrido y que él debe recorrer por sí mismo.

Sócrates incitaba sus discípulos a la duda. Les proponía preguntas sobre temas esenciales. Las respuestas eran, a menudo, rápidas y superficiales, pero Sócrates les conducía a tomar conciencia de su ignorancia. Una vez conseguido esto, ya estaban preparados para comenzar a recibir la ayuda imprescindible que les permitiría encontrar la verdadera respuesta por ellos mismos.

También hemos aprendido pronto que la filosofía no es la sabiduría sino un sendero que tomamos cuando la sabiduría nos atrae, cuando nos seduce como una cumbre inaccesible: el filósofo es el que está enamorado de la sabiduría, precisamente porque no la posee.

Sócrates, Pitágoras, no se consideraban sabios (Maestros en la sabiduría) sino simplemente filósofos y, por lo tanto, es justo preguntarse lo que la tradición nos dice al respecto, es decir, si verdaderamente existen Maestros de sabiduría.

Una de las posibles respuestas a esta pregunta la encontramos en la tradición oriental, tanto en India como en Tíbet.

Apariciones divinas

Los *Vedas*, los *Upanishads* y muchos otros textos de la tradición hindú hablan de los dioses que vienen a nuestra Tierra y se mezclan con los hombres. Lo pueden hacer bajo apariciones de formas sobrenaturales, a veces resplandecientes, a veces humanas, a veces perfectamente anodinas. Indra, Agni, Varuna, Yama, Krishna, se encarnan bajo la forma de reyes, de brahmanes, de ascetas, de mendigos, de guerreros. Pueden nacer como lo hacen los hombres, de un padre y de una madre, y también pueden unirse a los humanos para procrear. Los hindúes los llaman, en general, los «avatars», las encarnaciones divinas.

Para Sri Aurobindo, el avatara es también «todo ser consciente que por su altura entra en contacto con la esfera divina y puede fundirse en ella». «Un avatara existe verdaderamente cuando lo divino, en su consciencia y su poder, toma la forma humana que se ha transfigurado por la fuerza de su propia consciencia individual (alma) y que ha alcanzado los Campos Elíseos».

«Las palabras inscritas en el *Bhagavad Gita* –nos dice Aurobindo– muestran que el nacimiento divino es el de la Divinidad consciente en nuestra humanidad, esencialmente el opuesto del nacimiento ordinario, aunque el proceso sea similar, dado que ese nacimiento no es el de la ignorancia sino el del conocimiento, no es un fenómeno físico sino el nacimiento de un alma. Es el alma quien nace como ser existente por sí mismo, gobernando conscientemente su porvenir y de ninguna manera perdido en la ignorancia de su verdadera naturaleza. Se trata del alma nacida en un cuerpo, del Señor de la Naturaleza, siempre encima de ella y operando libremente sobre ella, por su voluntad y liberado de los mecanismo incesantes y automáticos de la Naturaleza. Y ello porque el Señor actúa por conocimiento y no como lo hace la mayoría, por ignorancia».

Según la tradición tibetana budista esotérica, el término genérico «avatara» se aplica en particular a los hombres completamente despiertos, iluminados, los que han alcanzado la cumbre de la evolución humana y que se integran en la conciencia divina. Algunos pueden, indefinida y voluntariamente, guardar los atributos personales (psíquicos y mentales) para poder encarnarse y ayudar así a los hombres, tal como dice Krishna en el *Bhagavad Gita*: «Cada vez que el Dharma desaparece y que sube la injusticia, entonces Yo encarno».

Estos son, precisamente, los Maestros de sabiduría, los más grandes Maestros que dirigen los asuntos humanos a través de una pirámide de Maestros y de discípulos conscientes de su existencia y de su poder.

Helena Petrovna Blavatsky, y más tarde el Lama Kazi Dawa Samdup (a quien debemos la traducción del manuscrito del Bardo Thödol) han explicado esta idea de la existencia de una «Jerarquía Blanca» o «gobierno espiritual» de la Humanidad.

El Tri-Kaya

El *Bardo Thodol* envuelve en lenguaje simbólico muchas de las doctrinas esenciales del budismo Mahayana. Entre ellas, la doctrina del Tri-Kaya, o de «los tres cuerpos» nos interesa particularmente en este artículo.

En efecto, los hombres que han alcanzado la cumbre de la evolución se liberan de la rueda de encarnaciones. No tienen que regresar al sangsara (los mundos del nacimiento y de la muerte) y entran en nirvana. Sin embargo, algunos deciden voluntariamente quedarse en los mundos psíquicos y mentales, a partir de los cuales pueden continuar ayudando a los hombres y, a veces, nacen como nos dice el verso IV.7-8 del *Bhagavad Gita*:

«Cada vez que el Dharma desaparece y que sube la injusticia, entonces Yo encarno. Para la liberación de los buenos, para la destrucción de los que hacen el mal, para poner en el trono la Justicia, vuelvo a nacer de edad en edad».

Los tres cuerpos: esos estados psíquicos-mentales son los que también se conocen como los «cuerpos del Buda» y de todos los seres que han alcanzado la iluminación perfecta. El más elevado de los tres es el Dharma-kaya. Los otros dos son el Sambogha-kaya o «cuerpo divino perfectamente dotado», y el Nirmana-kaya o «cuerpo divino de la encarnación».

El Dharma-kaya se simboliza por un océano infinito, tranquilo, sin olas, del que se elevan algunas brumas, nubes y el arco iris, que corresponden al símbolo del Sambogha-kaya; esas nubes iluminadas por la gloria del arco iris se condensan y la lluvia que cae simboliza el Nirmana-kaya. (tres en uno y uno en tres).

El Dharma-kaya, que es la sabiduría primordial, la esencia del universo, incluye el Sangsara y el Nirvana. Él es el increado, el sin forma, el no modificado.

Lo que toma la forma de todo lo sabio y todo lo amante dentro del Dharma-kaya es lo que se llama el Sambogha-Kaya. El Sambogha-kaya da forma a la sabiduría esencial en tanto que sabiduría reflejada.

La condensación del único cuerpo en la multiplicidad es el Nirmana-kaya o encarnaciones divinas entre los seres animados y sensibles, es decir, los seres sumergidos en la ilusión llamada Sangsara, en los fenómenos y en la existencia del mundo. Todos los seres iluminados que renacen en este mundo o en otro, con plena consciencia, para trabajar en la mejora de sus semejantes (en lugar de gozar del reposo del Nirvana) se dice que son encarnaciones del Nirmana-kaya. Nirmana-Kaya es, por lo tanto, el cuerpo divino de la encarnación. Es la sabiduría práctica.

El Lama Kazi Dawa Samdup consideraba que la doctrina del Tri-Kâya se había transmitido a través de una cadena ininterrumpida de Iniciados, algunos indios, otros tibetanos, desde los tiempos del Buda. Pensaba que el Buda la había redescubierto y transmitido simplemente a partir de otros budas precedentes, que esta doctrina se transmitía oralmente de Maestro a discípulo y que solo tomó una forma escrita en tiempos recientes con la decadencia del budismo, cuando empezaron a faltar Maestros vivos verdaderos y capaces de transmitirla a la manera antigua.

La doctrina de los tres cuerpos contiene la enseñanza esotérica relativa al Sendero de los Maestros, su descenso del nivel superior al inferior, desde el umbral del nirvana al Sangsara y su evolución en el sentido inverso, desde este al nirvana.

Antes de la aparición (para el Occidente) del manuscrito del *Bardo Thodol*, en 1919, H. P. Blavatsky. había transmitido la enseñanza de los Maestros de sabiduría en la *Doctrina secreta* vulgarización para el Occidente del *Libro de Dzyan*, que a su vez, guarda los comentarios de los siete volúmenes sagrados del *Kiu-te*.

Mientras que la mayoría de los especialistas siguen negando la existencia de esos textos de referencia de H. P. Blavatsky., otros investigadores los han llegado a encontrar en las bibliotecas de los monasterios de diversas sectas budistas, como los Kargyupda, Ningmapa y Sakyapa, todas pertenecientes a la más pura tradición tibetana. Estas sectas consideran esos textos como la transcripción por excelencia de la doctrina del Buda.

La importancia del *Bardo Thodol*

Como contribución al estudio de la muerte, de la existencia después de la muerte, y del renacimiento, el Libro de los muertos tibetano, llamado en ese idioma Bardo Thodol (liberación por entendimiento en el plano que sigue a la muerte), es una obra única entre los libros sagrados. Como explicación resumida de las principales doctrinas de la escuela budista Mahayana, tiene una gran importancia religiosa, filosófica y esotérica.

Como tratado basado esencialmente en las ciencias ocultas del Yoga, que era la base de la enseñanza de la universidad budista de Nalanda, sin duda alguna es una de las obras más ilustres que el Occidente ha recibido del Oriente. Como manual místico de conducta a través de los diferentes reinos ilusorios cuyas fronteras son la vida y la muerte, este libro se asemeja suficientemente al Libro de los muertos egipcio como para suponer una relación de cultura entre ellos.

La doctrina del renacimiento

La cuestión de la doctrina del renacimiento no está resuelta por los pueblos orientales que mantienen esta doctrina, y debemos aceptar que sigue siendo muy discutida. Vamos a intentar considerar las dos interpretaciones –esotérica y exotérica–

para intentar una conclusión lo más objetiva posible teniendo en cuenta las enseñanzas del *Bardo Thodol*.

La interpretación exotérica, que considera la posibilidad de que «el flujo vital humano» puede reencarnarse en otros seres subhumanos o incluso animales, es comúnmente aceptada por los budistas y los hinduistas, que consideran indiscutibles las Escrituras y, por lo tanto, aceptan su valor literal. Ello vale también para las enseñanzas contenidas en el *Bardo Thodol*.

Desde el punto de vista esotérico recordamos que, tanto en el budismo como en el jinduismo, ninguna doctrina se considera indiscutible si no ha sido experimentada personalmente. En ese sentido podemos resumir la evolución humana como sigue:

La forma humana es una herencia directa de otras formas de vida inferiores, resultado de una evolución guiada por un flujo vital, una potencialidad de la consciencia que crece y cambia continuamente y que se puede considerar como la semilla de la fuerza vital. Así es el principio de la evolución, de la continuidad, el principio capaz de adquirir el saber y la comprensión de su propia naturaleza, el principio cuyo finalidad es la Iluminación.

Esta semilla la considera el Bardo comparable a la de una planta que sólo puede desarrollarse para convertirse en planta. La semilla humana sólo puede dar un ser humano, así como el «flujo vital invisible» que proviene de un ser humano (nosotros diríamos nuestro cuerpo causal) no puede encarnarse en un cuerpo distinto del que le corresponde por evolución, tanto en este mundo como en cualquier otro de la existencia sangsárica. Así es la ley natural que gobierna la evolución, tan inviolable como la ley del karma que la pone en marcha.

Para la ciencia occidental tampoco es posible que una semilla de trigo se convierta en manzana o zanahoria, ni que la semilla de gatos pueda convertirse en canguros o pandas.

Es imposible, por lo tanto, que un «flujo vital humano» pueda entrar en la forma de un insecto, un perro o cualquier otro animal de una encarnación a otra, así como es imposible –dirían los hindúes– trasvasar de un golpe las aguas del océano Índico en el cauce del Ganges.

Todo ello no contradice lo que los orientales, defensores de la interpretación esotérica, llaman la progresión y la regresión, ambas posibles siempre y cuando se pase por todos los estados intermedios.

Tanto la regresión como la progresión dependen del tiempo. Nuestro planeta, antes de conseguir su forma actual, ha pasado por infinidad de etapas desde ese remoto estado ígneo de sus orígenes, y un Iluminado es el rarísimo fruto proveniente de miríadas desconocidas de encarnaciones. Sin embargo, si el «flujo vital humano» entra en un proceso de regresión prolongado, podría llegar a cambiar de estado: los componentes o atributos que lo definen se atrofian, pasan a un estado latente por falta de ejercicio, tal y como un órgano del cuerpo se atrofia cuando no ejerce la función que le

corresponde. En este sentido la enseñanza contenida en el Bardo nos dice que, efectivamente, si el «flujo humano» pasa y no se traduce por una dinámica humana, puede regresar, en general, a los reinos subhumanos considerados en el Bardo, a partir de los cuales podrá volver a elevarse hacia el estado humano o continuar retrocediendo incluso por debajo del estado del «bruto».

Según el lama Kazi Dawa Sandup «la doctrina de la transmigración del humano al subhumano se aplica solamente a los elementos inferiores constitutivos de la personalidad, puesto que el «Conocedor» no se encarna ni se reencarna, siendo sólo el espectador silencioso del proceso». En el *Bardo Thodol* el difunto se representa como retrocediendo paso a paso hacia estados de conciencia cada vez más bajos, estados intercalados con periodos de inconsciencia que resultan de la interacción del «flujo vital» con los componentes de su antigua personalidad terrestre que se han ido separando durante el proceso de desencarnación. «Tal vez, –añade el lama–, son precisamente esos componentes «vacíos» los que pueden integrarse (encarnarse) en formas subhumanas o inferiores». En la *Doctrina secreta* se considera también esta eventualidad, es decir, que haya reencarnación de formas mentales y psíquicas vacías de principios trascendentes.

Esta idea coincide con la interpretación esotérica de los sacerdotes egipcios, relatada exotéricamente por Herodoto¹⁷⁶, y que nosotros podemos resumir como sigue:

El alma humana, se decía, permanece 3000 años en el «más allá». El cuerpo humano precedente se desintegra poco a poco después de la muerte y sus componentes van a integrarse a los planos respectivos para formar parte de los cuerpos de animales y plantas, todo ello a través una transmigración de 3.000 años. Al final de este periodo, el alma vuelve a recoger todas las partículas de materia que constituyeron su cuerpo terrestre anterior y construye con ellas el nuevo cuerpo que le servirá para renacer de nuevo como ser humano.

Todo esto es muy similar a las interpretaciones y relatos contenidos en muchos de los *Vedas*, en el budismo y, por supuesto, en el *Bardo Thodol*.

La enseñanza esotérica contenida en los párrafos precedentes se puede resumir como sigue: lo que es común al mundo humano y subhumano es la materia en todos sus aspectos, y sus componentes transmigran eternamente. Lo que es específicamente humano o subhumano permanece tal cual en concordancia con las leyes de la Naturaleza: lo parecido atrae a lo parecido y produce lo parecido; de tal manera que todas las fuerzas siguen la ley de la menor resistencia y los componentes mentales altamente evolucionados –como los que constituyen la conciencia humana–, tardan mucho más en desintegrarse, lo cual les preserva en sí de poder ser utilizados por otros flujos kármicos aparte de haber adquirido una naturaleza propia ajena a los otros planos de la existencia sangsárica.

¹⁷⁶ Herodoto, II, 171 y II, 122, nos cuenta cómo el rey Rhampsinitus desciende al Hades y cómo regresa al mundo de los humanos, en donde es recibido con todos los honores por los sacerdotes egipcios, que le ofrecen un «festival del renacimiento».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

En definitiva, los esoteristas consideran que un «flujo humano» o principio de consciencia no puede encarnarse en una criatura subhumana o animal después del periodo fijado por el Bardo, lo que equivale a decir que un ser humano, cuando acaba completamente de morir, es decir, cuando agota su experiencia post mórtem y comienza a nacer, no puede encarnarse en una forma inferior.

Ya hemos dicho que la justa interpretación de las enseñanzas contenidas en este manuscrito se encuentra apoyada por otros textos, y conviene volver sobre algunos de los que tienen mayor autoridad, en particular el que se encuentra descrito por Platón en La República y que se refiere a Er, quien volvió a la vida doce días después de su muerte en el campo de batalla.

Er cuenta que, cuando su alma salió de su cuerpo, muchas otras la acompañaban, y que todas llegaron a un lugar en donde varios jueces indicaban a los justos subir al cielo por la entrada derecha con sus sentencias atadas en sus pechos, y a los injustos bajar por la entrada de la izquierda, con sus sentencias atadas en sus espaldas.

Algo más lejos, Platón describe cómo las almas de los guerreros griegos se preparan en el «Sidpa Bardo» para volver a encarnarse : «Era un espectáculo curioso, triste y extraño, dado que la elección de las almas se hacía, en la mayoría de los casos, de acuerdo con la experiencia que ha-bían tenido en su vida precedente. Vio cómo el alma que había sido Orfeo se decidió por nacer bajo la forma de un cisne, por enemistad con la raza de las mujeres que le habían asesinado en su vida anterior (...). Vio también cómo el alma que había obtenido el lote número 20 se decidió por la vida de Ajax, que no quería volver a ser hombre por la injusticia que le habían hecho en su juicio de armas (..) Y, por fin, llegó el turno de Odiseo, que era el último que quedaba y que no tenía ninguna ambición, sino todo lo contrario; buscaba la vida de un hombre sencillo y sin grandes preocupaciones, lote que todos habían despreciado... Cuando hizo su elección, Odiseo dijo que estaba contento y que si hubiera sido el primero en elegir, habría elegido esa misma vida».

De nuevo nos encontramos con un texto que puede traducirse literalmente o bajo su aspecto simbólico o esotérico. La alegría de Odiseo por llevar la vida que todos los héroes descartan se comprende bien, dado que, en definitiva, a cada cual le corresponde elegir la vida futura consecuente con el propio karma. Sin mayores dificultades podemos comprender que Orfeo, instructor divino enviado a los hombres por Apolo, elija la vida de un cisne –que siempre ha simbolizado el canto y la música–, lo que implica que Orfeo se encarnará como un gran poeta o músico. Y qué decir de Ajax, el más bravo de los griegos sólo detrás de Aquiles mismo, sino que elija la vida de un león, que para todos los pueblos es el símbolo de la bravura sin miedo.

Así como el *Bardo Thodol* enseña bajo otra forma, insistiendo en la necesidad del saber justo del adepto que sigue el camino budista, Platón nos dice: «Cuando un hombre, al entrar en este mundo, se dedica desde el comienzo a la Filosofía, basta con que haya tenido una fortuna moderada en su lote para que encuentre la felicidad en esta

tierra y en el más allá, y su regreso entre nosotros, en lugar de ser rudo y subterráneo, será fácil y celeste¹⁷⁷».

Sin lugar a dudas, con la ayuda de símbolos y metáforas, Píndaro, Empédocles, Pitágoras, Sócrates, Platón y tantos otros filósofos occidentales han enseñado la doctrina del renacimiento.

Un simbolismo muy parecido al de Platón en el mito de Er ha sido utilizado por los escritores budistas en los relatos del nacimiento del Buda. El del Vinaya Pitaka tibetano o Dulva¹⁷⁸ nos relata esto: «El futuro Buda estaba en el cielo Tushita; sabiendo que había llegado su tiempo, hizo los cinco exámenes preliminares: 1.º de la familia más propicia (en la que iba a renacer); 2.º del país; 3.º del momento; 4.º de la raza; 5.º de la mujer. Y, habiendo decidido que Mahamaya era la madre propicia en la víspera de medianoche, penetró en su seno bajo la apariencia de un elefante. Entonces, la reina tuvo cuatro sueños. En primer lugar vio un elefante blanco con seis colmillos penetrar en su seno; en segundo lugar, ella se encontraba flotando en el espacio; en tercer lugar, escalaba una gran montaña rocosa; por último, soñó que una gran multitud se inclinaba ante ella».

Los Jatakas, recopilación del folclore, creencias y leyendas populares relativas al Buda y a sus numerosas encarnaciones durante el tercer siglo después de su muerte¹⁷⁹, atribuyen al Buda numerosas formas anteriores subhumanas y de animales, asunto que – para el esoterista – tiene valor de símbolo y no como interpretación literal, tal y como lo pretenden los Theravadistas. El Bardo Thodol, que ha recibido la influencia de esa tradición popular, ha intentado establecer un equilibrio entre las dos interpretaciones aunque prevalezca el esoterismo original.

Podemos citar como ejemplo de esto último los tronos de animales que presiden los cinco Dhyani Budas comenzando con el trono del león, asociado a Vairochana; el del elefante con Vajra-Sattva; el del caballo con Ratna-Sambhava; el del pavo real con Amitaba; y el de las harpías asociado a Amogha-Siddhi. El león simboliza el coraje y la potencia; el elefante, lo inamovible; el caballo, la sagacidad y la belleza de las formas; el pavo, la belleza y el poder de transformación; la harpía, la potencia y el dominio sobre todos los elementos.

No vamos a detallar la interpretación que se puede hacer de todas las formas animales que aparecen, en particular en el Sidpa Bardo, pero las podemos resumir como sigue:

1.º La forma del perro (así como la del gallo en la rueda de la vida) simboliza la sexualidad o sensualidad excesivas y, en ocasiones, los celos. La perrera representa el espacio o condiciones favorables a la sensualidad.

¹⁷⁷ Diálogos de Platón, *República X*, 614-20.

¹⁷⁸ La sección más antigua y verídica del *Bkah-kyur*, folio III, 452a, del ejemplar de la Oficina del Este en Calcuta.

¹⁷⁹ Los Theravadistas, al contrario, creen que los Jatakas datan de la vida del Buda y que los versos, en particular, son sus propias palabras.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

2.º El cerdo simboliza la ignorancia y la estupidez dominados por el egoísmo y la suciedad. La pocilga representa la existencia del mundo regida por esas características.

3.º La hormiga simboliza el trabajo y la codicia por los bienes de este mundo, así como el hormiguero representa esas condiciones de vida.

4.º El insecto o el gusano, simboliza una disposición tierra a tierra o rampante.

5.º El becerro, el cabritillo, el cordero, el caballo, las aves de corral, van a simbolizar también esas características propias a esos animales, pero igualmente representadas en el más elevado de todos ellos, el hombre.

En consecuencia, los símbolos animales del Sidpa Bardo pueden interpretarse como sigue:

De acuerdo con su propio karma, un principio de consciencia humano –a menos que no haya ganado la emancipación– continuará bajo condiciones normales kármicas de progresión gradual naciendo bajo una forma humana y con las características simbolizadas por los animales considerados. Bajo condiciones kármicas excepcionales o anormales de regresión, ese principio puede, por otro lado, perder gradualmente su naturaleza humana y caer en los reinos subhumanos.

Si –sobre el plan de la incertidumbre– la influencia de las tendencias innatas o kármicas del deseo de las sensaciones groseras de la existencia sangsárica puede controlarse por el ejercicio más potente del saber justo, se obtiene la victoria del principio consciente capaz de alcanzar algún día la liberación total o estado nirvánico.

El difunto, en lugar de sumergirse en las alucinaciones terribles de los espectros de su naturaleza más animal y burda, pasa el intervalo entre su muerte y su renacimiento posterior en uno de los reinos paradisíacos, en lugar de quedarse en el Bardo. Un ser humano con un desarrollo espiritual muy elevado puede ganar los niveles superiores del «paraíso» y reencarnar en la Humanidad siguiendo los poderes de los «Señores del Karma», quienes son descritos por los lamas Iniciados como seres infinitamente superiores a los humanos, aunque sigan sometidos a la existencia sangsárica. En estos casos, dirigido por los «Guardianes de la Ley», el que regresa a la Tierra se dice que lo hace por compasión para ayudar a la Humanidad. Se convierte, por lo tanto, en un Maestro, una encarnación del Nirmana Kaya.

En otros muchos casos, sin embargo, el renacimiento se realiza a partir del mismo Bardo (nuestro purgatorio), el mundo de deseo en donde los hombres vulgares han pasado toda su experiencia post mórtem. Ello lleva a un nacimiento casi exclusivamente controlado por las tendencias animales, pero ello no significa –como ya hemos especificado– que se produzca un nacimiento en reinos subhumanos o bajo formas animales, asunto que ha sido tergiversado por la interpretación literal de los textos.

Dentro de la cultura alemana el arte escénico y la poesía encierran muchas veces mensajes filosóficos, y el aspecto del desarrollo de la conciencia como sendero iniciático es un elemento empleado muy a menudo por los poetas y músicos alemanes. En muchas obras se desarrollan las grandes leyes de la Naturaleza que representan la base del sendero.

Pero, en el arte alemán, ¿cómo se representa la ley más grande y antigua, una ley natural de la que dependen todas las almas, una ley que dirige el desarrollo de la conciencia, es decir, la reencarnación?

No se encuentran frecuentemente ejemplos de este pensamiento, y este trabajo quiere mostrar algunos referentes a esta ley universal en el arte alemán.

Probablemente, el ejemplo más conocido se encuentra en el poema *Selige Sehnsucht, Nostalgia bienaventurada* –1814–, de Johann Wolfgang von Goethe. Al final de esta poesía Goethe pronuncia la ley del cambio eterno entre muerte y nacimiento:

*Und solange du das nicht hast,
Dieses: Stirb und werde!
Bist du nur ein trüber Gast
Auf der dunklen Erde.
Y mientras esto no tengas,
¡Muere, y que así sea!
Sólo eres un triste huésped
sobre la sombría Tierra.*

Según Goethe el que no «tiene» esta ley, el que no puede entenderla e integrarla en su vida, tiene que quedar sin conciencia en su interior. Es sólo «un huésped turbado en esta tierra oscura». Se puede percibir que Goethe, poeta conocido por elegir sus palabras con mucha conciencia, no habla de «llegar a ser y perecer». Es decir, Goethe no habla del proceso mortal en el sentido corriente. Él permutó las palabras intencionadamente y así ha definido el proceso de renacimiento como «perecer y llegar a ser».

De modo diferente, Goethe menciona el tema en el *Gesang der Geister über den Wassern, El canto de los espíritus sobre las aguas* –1779–:

*Des Menschen Seele
Gleicht dem Wasser:
Vom Himmel kommt es,
Zum Himmel steigt es,
Und wieder nieder*

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

*Zur Erde muss es,
Ewig wechselnd.
El alma humana
al agua se asemeja:
del cielo viene,
al cielo asciende,
y nuevamente
a la tierra ha de ir
y así, eternamente.*

Aquí el poeta compara el alma del hombre con la circulación eterna del agua: cae a la tierra, aquí peregrina por su sendero terrestre y asciende al cielo para descender de nuevo. En esta imagen, el viento es el que mueve las aguas, simbolizando así el destino que mueve el alma del hombre de manera suave o turbulenta:

*Wind ist der Welle
Lieblicher Buhler,
Wind mischt vom Grund aus
Schäumende Wogen.
Seele des Menschen,
Wie gleichst Du dem Wasser!
Schicksal des Menschen,
Wie gleichst Du dem Wind!
El viento de la onda
es amoroso pretendiente,
del fondo arremolina
espumosas olas.
Alma del hombre:
¡cuán semejante al agua!
Destino del hombre:
¡cuán semejante al viento!*

Como última cita de los poemas de Goethe mencionamos *Warum gabst Du uns die tiefen Blicke, Por qué me has lanzado estas miradas tan profundas* –1776–, que quizás es la poesía de amor más bella, pero también la más difícil en la literatura alemana. Está dedicada a Charlotte von Stein, amiga del alma de Goethe. En esta poesía, Goethe quiere comprender los sentimientos del fenómeno de un «amor del alma» fatal. Es una forma de amor que se diferencia del vulgar y más superficial por su profundidad (es decir, alegría y dolor), y en la forma de entender al otro. Esta coincidencia espiritual tan profunda tiene su explicación en el centro de la poesía, en la idea de una vida anterior conjunta:

*Sag, was will das Schicksal uns bereiten?
Sag, wie band es uns so rein genau?
Ach, du warst in abgelebten Zeiten
Meine Schwester oder meine Frau.
Kannstest jeden Zug in meinem Wesen,*

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

*Spähtest, wie die reinste Nerve klingt,
Konntest mich mit Einem Blicke lesen,
Den so schwer ein sterblich Aug durchdringt;
Di, ¿qué nos ha de deparar el Destino?,
¿por qué tan juntos nos unió?
¡Ah, tú fuiste en tiempos ya vividos
mi hermana o mi esposa!
Conociste todos los rasgos de mi ser,
escrutaste el son del nervio más puro,
y pudiste leer mi ser con una mirada,
que ningún ojo mortal puede atravesar.*

Algunas partes del *Fausto* de Goethe pueden interpretarse como símbolo de la idea de la reencarnación. Hay intérpretes que quieren ver la reencarnación del Humunculus (2.º acto) en la persona del Euphorion (3.º acto) y el proceso de la encarnación está descrito al final del 2.º acto. Algunos piensan incluso que el Fausto de la 2.ª parte es una reencarnación del de la primera. Todas estas interpretaciones no son infundadas, pero no se deben sobrevalorar. El único momento en el *Fausto* en el que Goethe habla directamente de reencarnación es al final de la primera parte, la pequeña canción enigmática que Margarethe, canta en el cárcel:

*Meine Mutter, die Hur,
Die mich umgebracht hat!
Mein Vater, der Schelm,
Der mich gessen hat!
Mein Schwesterlein klein
Hub auf die Bein´
An einem kühlen Ort –
Da ward ich ein schönes Waldvögelein;
Fliege fort, fliege fort!
Mi madre, la ramera que me mató,
mi padre, el bribón que me comió.
Mi hermanita pequeña los huesos guardó
en un fresco lugar,
y allí en un bello pajarito del bosque me convertí.
Echo a volar, a volar.*

Es una versión resumida de un viejo cuento: el cuento sobre el *Machandelbaum* (enebro). Se habla del enebro que en tiempos antiguos fue el árbol de rejuvenecimiento, es decir, el árbol de renovación espiritual. Su leña menuda ardió en los altares del sacrificio de los sacerdotes germánicos. El olor del sacrificio ascendió al mundo de los dioses.

Este cuento habla de un niño muerto a manos de sus padres. Sus hermanas toman sus huesos y los llevan al enebro, donde ya está enterrada la madre del niño muerto. En este sitio, los restos mortales del niño se transforman en un bello pájaro.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El cuento, reducido a una pequeña canción que canta Margarethe, es lo primero que oye Fausto acercándose a la cárcel para liberar a su amante. Simbólicamente es la puerta del alma que él tiene que pasar. Por fin, en la persona de Margarethe, Fausto debe liberar una parte de su propio ser interior. Sería su prueba: entender el mensaje de esta canción y tener la oportunidad de liberarse. Sólo después de comprender el mensaje, Fausto puede continuar su sendero. Pero, ¿cuál es este mensaje?

Evidentemente, el cuento enseña el mito del ave fénix, rejuveneciéndose y ascendiendo, renacido de sus propias cenizas. Así, el símbolo del enebro (rejuvenecimiento espiritual, renacimiento) se une con el del ave fénix (reencarnación) hacia «la resurrección». Este motivo se encuentra en la obra entera: la muerte –en su significado simbólico, dejar «morir» una cosa, sobreponerse a una cosa– dirige hacia la resurrección, el renacimiento –en significación simbólica: hacia nuevo comienzo, hacia desarrollo, hacia «vida nueva». En este sentido el motivo de la reencarnación está presente constantemente en el Fausto entero.

La obra *Fausto* en su 2.^a parte nos dirige directamente a una época en que la idea de la reencarnación fue un parte indispensable para el arte poético: el Romanticismo. Esta época es el punto final de la gran fase artística del Idealismo alemán. También es la única corriente artística que tiene como parte sobrentendida de la filosofía la idea del renacimiento del alma. Casi en todas partes 2en las narraciones pequeñas y grandes de esta época– se puede encontrar el motivo de la transmigración de las almas y el del renacimiento. Se habla del apego fatal entre personas, que se puede entender por encarnaciones pasadas.

Sólo unas palabras sobre la figura más grande y mágica de la poesía alemana: el archivero Lindhorst, en la narración *Der goldene Krug, El jarrón dorado* de E.T.A. Hoffmann. Lindhorst tiene reminiscencias de preexistencias, empezando con el origen de la creación (tercer capítulo). Y como poder de la magia blanca de la Naturaleza, contribuye esencialmente a la perfección del sendero iniciático del estudiante Anselmus. Esta perfección se muestra en la resolución de todas las polaridades, tanto en la visión interior de la «unio mystica» como en una vida en la consciencia de la «armonía sagrada de todos los seres».

Serpentina! –der Glaube an dich, die Liebe hat mir das Innerste der Natur erschlossen! –Du brachtest mir die Lilie, die aus dem Golde, aus der Urkraft der Erde noch ehe Phosphorus den Gedanken entzündete, entspross –sie ist die Erkenntnis des heiligen Einklangs aller Wesen, und in dieser Erkenntnis lebe ich in höchster Seligkeit immerdar. –Ja, ich Hochbeglückter habe das Höchste erkannt –ich muss dich lieben ewiglich, o Serpentina! –nimmer verbleichen die goldnen Strahlen der Lilie, denn wie Glaube und Liebe ist ewig die Erkenntnis.

«¡Serpentina! ¡Mi fe en ti, el amor, me han revelado lo más interno de la Naturaleza! Tú me trajiste el Lirio, que surgió del Oro, de la fuerza primigenia de la Tierra, aun antes de que Phosphorus encendiera el Pensamiento: es la consciencia de la sagrada armonía de todos los seres, y en este conocimiento vivo por siempre en la más elevada felicidad. Sí, yo, el más afortunado, he reconocido lo más elevado. Por siempre

te he de amar, ¡oh, Serpentina! Jamás palidecen los dorados rayos del Lirio, porque, al igual que la fe y el amor, es eterna la sabiduría».

Pero los poderes de amor más elevados del estudiante Anselmus sólo pueden alcanzar la salvación conjunta con este poder de la Naturaleza personificado en el archivero Lindhorst. Éste puede elevarse sobre la ilusión de espacio y tiempo, puede reconocer todas las encarnaciones hacia la primera procreación y tiene la capacidad de dirigir la multiplicidad hacia la unidad.

Terminamos nuestras consideraciones en el campo del arte poético y vamos al arte musical. La reencarnación es una ley que sólo puede entrar en la consciencia del hombre sobre el plano del pensamiento. Por eso tenemos que buscar en estos campos musicales en los cuales el compositor ha agregado el medio del lenguaje a la música, es decir, en la obra dramática musical, la ópera.

Primero queremos mencionar una colaboración muy feliz y fecunda entre dos artistas: Hugo von Hoffmannsthal y Richard Strauss. El sensible poeta vienés y el compositor exitoso nacido en Munich han creado seis grandes óperas. La mayoría de estas obras hablan de alguna manera del misterio de la transformación. En la comedia *Der Rosenkavalier*, *El Caballero de la Rosa* encontramos una señal del motivo de la reencarnación.

El joven noble Octavian está enamorado de Sophie, que es la hija del villano señor Faninal. Circunstancias extrañas –aparentemente mucha casualidad– han reunido a estas dos personas. En una escena muy conocida, Octavian tiene que entregar a Sophie una rosa persa de plata, porque tiene que hacer la petición de mano en nombre del novio. En esta escena los dos pasan por una experiencia desconcertante de déjà-vu, que se puede interpretar como reminiscencia inconsciente de un encuentro en una vida anterior.

En este trabajo sólo podemos indicar el hecho de que esta interpretación no es producto de la fantasía: el olor de esencia de rosas goteado sobre la rosa de plata tiene un parte muy importante en esta situación. La esencia de rosas trabaja sobre el chakra del corazón como abridor y activa los sentimientos más altos, por ejemplo, un amor fatal que viene de una encarnación pasada.

La esencia persa de rosas en la rosa de plata obra sobre los jóvenes y, súbitamente, despierta su amor mutuo. En el mismo instante la música, tras un pequeño motivo de trompetas, habla de una llamada de un mundo lejano. Como una reminiscencia de muy lejos, penetra ligeramente en la conciencia de los dos amantes.

*Wo war ich schon einmal
und war so selig?
¿Dónde estuve ya una vez
y fui tan feliz?*

La melodía con que se cantan estas palabras es la del motivo de las trompetas. Podemos llamarlo motivo del destino o de reminiscencia. Y si se conoce la delicadeza

de la lengua de Hoffmannsthal, hay que admitir la verdadera posibilidad que el poeta ha tenido de señalar la reminiscencia de dos almas de una vida pasada.

Las dos citas más importantes de la reencarnación en la historia del arte alemán vienen de Richard Wagner, que ha creado la música y los textos de sus obras.

En la gran tetralogía *Der Ring des Nibelungen*, *El anillo del Nibelungo*, con la ayuda de la simbología atemporal de los mitos antiguos, Wagner desarrolla una cosmogénesis y una antropogénesis extendiendo la narración del estado primordial inmóvil del Uno innombrable (el comienzo de la obertura de la obra primera: *Rheingold*, *El oro del Rhin*) hacia el final de un ciclo de evolución (final de la 4.ª parte: *Götterdämmerung*, *El ocaso de los dioses*). Al final de esta, el orden antiguo del mundo, marcado por los dioses, está destruido. ¡Pero los dioses no perecen sin dejar su gran mensaje para los hombres, el impulso prometedor de toda la vida: el amor!

El amor va a ser el poder con que el hombre puede reconstruir el nuevo orden del mundo. La diosa Brunilda es la portadora de este mensaje. Ella se ha unido con el mundo humano en amor y en dolor. Así ha madurado por el más grande amor y el dolor más intenso hasta el conocimiento y sabiduría más elevados (monólogo final de *Götterdämmerung*). Con el último mensaje sobre el poder del amor su misión está cumplida. Es el final de una era. La conciencia de esto, que se simboliza con el anillo, va a ser retomado en los elementos purificadores primordiales (fuego y agua). La conciencia de Brunilda también recorre el mismo sendero. Pero antes ella habla con don profético del mundo viejo y nuevo, del mensaje del amor y del fin del gran ciclo de la vida de su propia alma: liberada de todos los deseos e ilusiones es liberada del Samsara. Para poder de llegar a esta meta ella ha recibido las experiencias del amor profundo y doloroso.

*Verging wie Hauch der Götter Geschlecht,
lass´ ohne Walter die Welt ich zurück:
Meines heiligsten Wissens Hort weis´ ich der Welt nun zu. –
Nicht Gut, nicht Gold, noch göttliche Pracht;
Nicht Haus, nicht Hof, noch herrischer Prunk;
Nicht trüber Verträge trüglicher Bund,
Nicht heuchelnder Sitte hartes Gesetz:
Selig in Lust und Leid läßt die Liebe nur sein.
Des ew´gen Werdens off´ne Tore schließ´ ich hinter mir zu:
Nach dem wunsch- und wahnlos heiligsten Wahlland,
Der Welt-Wanderung Ziel, von Wiedergeburt erlöst,
Zieht nun die Wissende hin.
Alles Ew´gen Sel´ges Ende, wisst ihr, wie ich´s gewann?
Trauernde Liebe, tiefstes Leiden schloss die Augen mir auf:
Enden sah ich die Welt.
Si se desvanece como un hálito la estirpe divina,
al mundo dejo sin guía.
Mi más sagrado conocimiento al mundo dejo como refugio.
Ni bienes, ni oro, ni pompas divinas,*

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

ni casas, ni cortes, ni fastos señoriales,
ni turbios contratos de engañosas alianzas,
ni la dura ley de la moral fingida:
solo el amor permite ser feliz en la dicha y el sufrimiento.
Las abiertas puertas de la existencia eterna cierro detrás de mí:
hacia la tierra adoptiva más sagrada, libre de deseos y vanidades,
hacia el fin del peregrinaje eterno del mundo, libre de renacimientos,
marchad ahora, los que sabéis.
¿Sabéis cómo alcancé el fin de todo lo eterno y venturoso?
El amor doliente, el más profundo sufrimiento, me abrió los ojos:
vi terminar el mundo.

En la versión final de *Götterdämmerung* se buscan estas palabras infructuosamente, porque Wagner ha renunciado a su composición. Estaba convencido de que la música y la escena expresan la idea.

¡Pero la historia del «Ring» continúa! Empieza una nueva época en que la humanidad marchará hacia una misión nueva y más alta. Sigfrido, el héroe del *Ring des Nibelungen*, ha incorporado el mensaje de amor de Brunilda. Pero él no tiene el poder de mantenerla en su consciencia durante la corrupta vida cotidiana. Por eso la olvida y, en su ingenuidad, fracasa por la avidez, envidia y odio de la fuerza sin amor. Sólo en el momento de su muerte regresa la chispa divina del amor. Pero Sigfrido no ha logrado inflamar al mundo con ella.

Por eso Wagner ha tenido que crear otra obra en la cual el héroe actúa en una nueva época de evolución: *Parsifal*. Él perfeccionará la obra de Sigfrido. Él reconocerá el mensaje divino de amor en el Santo Grial y lo mantendrá puro en su interior a pesar de las tentaciones del mundo de los instintos y su obsesión de poder (Klingsor y su jardín de magia). Parsifal vivirá como rey del Grial. En este sentido se puede ver a Parsifal como reencarnación de Sigfrido, es decir, que esta gran obra de Wagner es la continuación evolutiva del *Ring des Nibelungen*.

En el ejemplo de Brunilda en el «Ring» Wagner habla de la gran liberación del alma del Samsara. En el *Parsifal* nos muestra un carácter de implicación kármica y describe un caso estremecedor de cautiverio en una reencarnación. ¡Se trata del carácter más misterioso, interesante e inmenso creado por Richard Wagner: Kundry!

En una encarnación muy lejana, en el tiempo de Cristo, Kundry ha visto al Salvador crucificado... y ha reído. Desde entonces Kundry está condenada a buscar al Salvador en cada vida para ser absuelta de su poderosa naturaleza instintiva, porque esa naturaleza fue responsable de la burla al Más Santo. Pero esta naturaleza, simultáneamente, está obligada a tentar a cada hombre con el gozo de la vida sensual y a alejarle de la vida espiritual (con la ayuda del mago Klingsor, porque Kundry tiene que servirle). Kundry tiene que conseguir que los hombres caigan en el mundo de los instintos. Una y otra vez supone que su víctima del momento es el Salvador anhelado. Pero una y otra vez tiene que reconocer que su deseo ardiente de salvación por el Santo

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

no puede ser calmado por esta adicción al amor sensual. Sólo este hombre que no cae en los encantos de Kundry y resiste su arte de seducción puede dar la salvación.

Seit Ewigkeiten harre ich deiner, des Heilands, ach! So spät!

Den einst ich kühn geschmäht.

Kenntest Du den Fluch, der mich durch Schlaf und Wachen,

Durch Tod und Leben, Pein und Lachen,

Zu neuem Leiden neu gestählt,

endlos durch das Dasein quält!

Ich sah ihn - ihn - und lachte... .

Da traf mich sein Blick.

Nun such ich ihn von Welt zu Welt,

ihm wieder zu begegnen.

In höchster Not wahn ich sein Auge schon nah,

den Blick schon auf mir ruhn.

Da kehrt mir das verfluchte Lachen wieder,

Ein Sünder sinkt mir in die Arme!

Da lach´ ich – lache

Kann nicht weinen, nur schreien, wüten, toben, rasen

In stets erneuten Wahnsinns Nacht,

Aus der ich büßend kaum erwacht.

Den ich ersehnt in Todes schmachten,

Den ich erkannt, den blöd verlachten,

Laß´ mich an seinem Busen weinen,

Nur eine Stunde mich dir vereinen,

Nnd, ob mich Gott und Welt verstößt,

In dir entsündigt sein und erlöst!

Desde hace una eternidad he anhelado encontrarte, ¡mi salvador!,

–¡oh!, demasiado tarde!–,

al que una vez, atrevida, injurié.

¡Ah! ¡Si supieras la maldición que me empuja, despierta y en sueños, atravesando vida y muerte, penas y alegrías,

a nuevos sufrimientos,

torturándome sin fin a través de la existencia!

Le vi –a Él– y reí...

Entonces su mirada me penetró.

Y ahora intento, de mundo en mundo,

encontrarlo nuevamente.

En momentos de máxima angustia noto su mirada cercana

y sus ojos posarse sobre mí.

Entonces vuelve a mí la maldita risa;

¡un pecador cae en mis brazos!

Entonces río, y río,

y no puedo llorar, sólo gritar, enfurecerme, encolerizarme y rabiar,

en la siempre renovada locura de la noche,

de la que, mortificada, apenas despierto.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Tú, al que anhelé con mortal añoranza,
al que reconocí a pesar de mis estúpidas risas,
¡deja que junto a su pecho llore
y que sólo una hora me una a ti,
y, aunque Dios y el mundo me repudien,
encontrar en ti perdón y redención!

En relación con nuestro tema son interesantes las declaraciones sobre las encarnaciones intermedias de Kundry (tomado de su resurrección mágica realizada por Klingsor).

Klingsor:

*Im Todesschlafe hält der Fluch sie fest,
Der ich den Krampf zu lösen weiß. - Auf denn! Ans Werk!
Herauf! Herauf! Zu mir!
Dein Meister ruft dich Namenlose,
Urteufelin, Höllenrose!
Herodias warst Du, und was noch?
Gundryggia dort, Kundry hier:
Hieher! Hieher denn! Kundry!
Dein Meister ruft: herauf!*

A un sueño semejante a la muerte le ata mi maldición,
que sólo por mi poder se levantará.
¡Adelante, pues! ¡Manos a la obra!
¡Arriba, arriba! ¡Hacia mí!
Tu Maestro te llama. ¡Innombrable,
diablesa primigenia, rosa del infierno!
Herodías fuiste, ¿y qué más?
Ahí Gundryggia, aquí, Kundry:
¡Ven aquí!, ¡ven aquí, Kundry!
Tu Maestro te llama. ¡Sal!

Klingsor denomina a Kundry como «diablesa primigenia» y «rosa del infierno». Son símbolos de la obsesión sensual en la cual pueden ser encerrados los poderes naturales del espíritu del hombre. Pero «Herodías» y «Gundryggia» son existencias concretas que muestran intensamente la actuación de los poderes sensuales. «Gundryggia» es un carácter creado por Richard Wagner. El significado del nombre es «la que hace la guerra». En el lenguaje germánico *gunn* significa *guerra* y *dryggia* significa «activar, preparar». De este nombre se desarrolla el nombre de la encarnación actual: Kundry. Herodías, pidiendo la cabeza de San Juan, fue enemiga mortal del Santo, instrumento terrible de los poderes antagónicos de Cristo.

También es muy interesante el elemento psicológico de un carácter kármicamente roto y descontento de sí mismo, pues por un lado Kundry ha caído en su propia naturaleza sensual, y por otro desea ardientemente la salvación del Santo. Sobre todo eso –obsesión y esperanza, sed de existencia y deseo de pureza, castidad, santidad– se encuentra una forma esquizofrénica de vida: en la región santa del Santo Grial

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Kundry sirve como mensajera degenerada, pero fiel y casta. Y también sirve a Klingsor, el enemigo demoníaco del Grial, como seductora sensual y corruptora de los caballeros del Grial. En el paso entre los dos imperios Kundry cae en un sueño parecido a la muerte y se despierta empavorecida. Eso recuerda a un cambio entre encarnaciones opuestas y existencias intermedias en un Kamaloka sin purificación, sin depuración, sin reposo para el alma. Pero también se puede explicar psicológicamente esta forma esquizofrénica de vida: Kundry anhela las dos esferas y sirve a ambas: la esfera sensual y la espiritual. La «maldición» que la tiene encarcelada entre el mundo santo del Santo Grial y el mundo demoníaco de Klingsor tiene su raíz en Kundry misma: en la naturaleza doble del hombre.

Kundry es símbolo de los poderes instintivos de la naturaleza sensual del hombre, que tienen que ser superados. «La rosa del infierno» tiene que transformarse en la flor casta. Los poderes sensuales tienen que volver a su origen, es decir, a los poderes creadores naturales del hombre.

La salvación de Kundry será realizada por Parsifal, que es el único que resiste a su arte de seducir y no cae en los poderes sensuales que descubre en sí mismo.

Aquí se muestra de qué forma se puede resolver una maldición kármica. La «maldición» de Kundry es su obsesión instintiva sensual. Esta obsesión impide el desarrollo de la conciencia hacia lo más alto, espiritual, hacia lo santo. Paraliza su anhelo el vivir los instintos, y al mismo tiempo lo refuerza hasta el furor. Kundry se halla en un círculo vicioso. Si el karma del hombre está en un extremo en que el endurecimiento hace imposible el desarrollo, se necesita un incidente extraordinario para romper este hechizo. El incidente aquí es el «salvador» Parsifal.

¿Qué pasa si resiste al arte de seducir de Kundry? Parsifal, por un instante, llega a conocer la sensualidad de Kundry por un beso. Reconoce el ser de Kundry y hace que su sensualidad falle. Los poderes instintivos sensuales ahora no tienen efecto porque no encuentran medio de cultivo. Es como un flechazo que falla. La flecha pierde su eficacia sin herir de nuevo. En este instante el círculo vicioso está roto y el ser entero de Kundry se vuelve como un cáliz.

En el último acto de la obra encontramos a Kundry completamente transformada: ahora es casta, suave y benéfica, una servidora casi santa en la región del Santo Grial. El milagro está realizado: la gran pecadora se ha transformado en la gran penitente. Kundry se ha transformado en una forma de María Magdalena. La mirada del Salvador que ilumina los ojos de Parsifal ahora cae en suelo fructífero. Y desde una cadena de encarnaciones muy largas Kundry puede llorar por primera vez. La risa desesperada ha cedido ante el llanto de conmoción por el Santo. Kundry vive el misterio y el encanto del milagro de Viernes Santo: la resurrección. En esta mañana santa de su resurrección, en este mañana de Viernes Santo del 3er acto de la obra Parsifal Kundry sólo dice dos palabras... En realidad, sólo es una palabra:

«Dienen... Dienen!» (servir)

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Kundry ha entendido su propio Ser. «La rosa del infierno» se ha transformado en la flor casta y suave, y de «la diablesa primigenia» se ha desarrollado la servidora santa. El beso sensual en la boca de Parsifal (2.º acto) se transforma en el beso santo del Salvador. Parsifal besa a Kundry en la frente como signo de liberación de la maldición. Es el signo de consagración de su Ser.

Con esta consideración del caso más impresionante de reencarnación en el arte alemán queremos terminar este tema. Pero parece necesario señalar el hecho de que los ejemplos mencionados no son los únicos. El investigador encuentra un campo de actividades muy rico si separa el tema de renacimiento del pensamiento concreto de la reencarnación del alma: el tema del hombre o «héroe» que toma un camino de desarrollo lleno de pruebas. Tras su superación vive un gran despertar espiritual y consigue una consciencia más alta... Es como un segundo nacimiento. Este tema se encuentra en la poesía y la música de la cultura alemana en inagotable exuberancia. En cierta forma es su quintaesencia.

Victor Hugo, descubrimiento de un esoterista

Durante el año 2002, año del bicentenario del nacimiento de Victor Hugo, Francia ha rendido homenaje a este artista de renombre internacional. Fue a la vez novelista, poeta, dramaturgo, panfletista y dibujante, así como luchador político, defensor de los pobres, adversario de la pena de muerte, militante de la República y del laicismo. Además, ¿no es considerado también como el patriarca de la literatura francesa?

Victor Hugo fue también defensor de los esoteristas de su tiempo y él mismo fue esoterista. Confiaba más en los grupos esotéricos que en los deterministas, positivistas y científicos de su época. La búsqueda del centro y de lo divino son el corazón de su pensamiento. Sus sentimientos metafísicos lo alejan de toda Iglesia. Si bien profundamente creyente, él es extranjero a las religiones establecidas. Las opciones que toma permiten comprender la hostilidad que suscita entre la Iglesia y los materialistas. ¿No fue llamado «el terror del Vaticano»?

Los versos de Victor Hugo son bellos por sí mismos, y, además, forman una verdadera doctrina filosófica con conceptos precisos, ordenados y enlazados.

A pesar de sus defectos gigantescos, es un poeta inmenso que, a su manera, continúa la línea de genios universales: Homero, Dante, Shakespeare, Goethe.

Su alma está fuertemente impregnada por el sentimiento de lo sagrado, que resalta en toda su obra.

Victor Hugo afirma la soberanía de la consciencia, la inmortalidad del alma, la existencia de un dios personal garante del sentido moral de los destinos individuales y colectivos.

Para el filósofo Renouvier y el profesor de letras Saurat, es una extraña reaparición del «genio de la India original extraviado en la Francia del siglo XIX».

«Yo no veo el mundo de aquí abajo, sino el mundo invisible». Las voces interiores.

La reencarnación en la obra de Victor Hugo

La doctrina de la reencarnación es central en la obra de Victor Hugo. Se encuentra en el corazón final de *Las contemplaciones*, que se titula *Lo que dice la boca de Sombra*, verdadero testamento espiritual del poeta. Victor Hugo consideraba que su obra *Las contemplaciones* era su «pirámide».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Él concibió esta pirámide para ayudar a la Humanidad a recobrar la memoria espiritual refundida en el inconsciente colectivo.

El poeta quiso despertar a la gran nación francesa del odio, los intereses particulares y las guerras; combatió el materialismo con todas sus fuerzas. Quería proponer a Francia una renovación espiritual en un siglo prisionero del materialismo. Victor Hugo quiso reformar el pensamiento religioso y filosófico de la Francia del siglo XIX. Pretendió servir al genio de su país y convertirse en el campeón de las fuerzas populares de Francia; elevó la antorcha sagrada de todos los hombres enamorados de la justicia, de la verdad. Pertenece al panteón de la Fraternidad que alumbró el camino del mundo y que hace progresar a la humanidad. Fue un héroe nacional.

La idea de la reencarnación es una doctrina según la cual el alma puede animar sucesivamente varios cuerpos: «con la muerte, cambiamos de vestimenta», dijo.

A fin de aprehender mejor este concepto, vamos a estudiar tres partes:

- La concepción del mundo según Victor Hugo y del alma que se reencarna – todo es alma– así como la concepción cíclica.
- Las grandes preguntas filosóficas alrededor de la reencarnación: respuestas de un esoterista del siglo XIX.
- El destino final: la vía de la realización heroica.

Victor Hugo presenta la reencarnación como una doctrina según la cual todo lo que está vivo está dotado de un alma que se reencarna después de la muerte.

Victor Hugo afirmaba en su vejez:

«Ustedes dicen que el alma no es más que la expresión de las fuerzas corporales: yo sé que mi alma será más luminosa cuando las fuerzas corporales me abandonen. Yo sé que no envejeczo, sino, al contrario, que crezco, y es en esto donde siento la cercanía de la muerte. ¡Qué prueba del alma! Mi cuerpo declina, mi pensamiento crece; bajo mi vejez hay una eclosión, me siento subir hacia la aurora desconocida. Mi carne se va, mi espíritu aumenta».

La concepción del mundo según Victor Hugo: «todo es alma»

Victor Hugo es un primitivo (según Saurat). Para él, todo está poblado de almas. Las piedras, las plantas, los astros, los árboles están vivos y habitados por una multitud de espíritus. Así, las almas migran sin cesar.

La Naturaleza es una gran familia. Los hombres, los animales, las plantas, las piedras son hermanos. Los espíritus de los ancestros pueden habitar en pedazos de

madera, de piedra. Así lo encontramos en ciertas tribus animistas –como las de los australianos– que transportan los espíritus de sus ancestros en pedazos de madera.

El poeta, orgulloso de su originalidad, declaraba: «En este siglo, yo soy el primero que ha hablado no solamente del alma de los animales, sino también del alma de las cosas».

«Todo habla. Y ahora, hombre, ¿sabes por qué todo habla? Escucha bien. Es que vientos, ondas, llamas, árboles, cañas, rocas, ¡todo vive! ¡Todo está lleno de almas!»
(*Las contemplaciones*).

Para Victor Hugo, la imaginación es reveladora de la realidad. Las imágenes no son adornos para el poeta, sino la expresión de la esencia de las cosas.

Uno de los poemas de *Las contemplaciones*, «El resucitado», es muy conocido en el folclore francés. En este conmovedor poema, Victor Hugo expone la felicidad de una madre y de su hijo, la desesperación de ésta cuando muere su pequeño y el milagro del regreso del niño que se reencarna en un hermanito.

En Ariège, existe un dicho todavía: «niño perdido, después de un año, niño resucitado».

Victor Hugo es el heredero del folclore natural de Francia y en su obra resurgen estas viejas ideas anteriores al cristianismo, la fe en la magia primitiva.

Probablemente ha heredado conocimientos ancestrales de su madre de La Vendée y de su padre de La Lorraine. Hay posibles resurgimientos celtas y germánicos en este poeta romántico.

¿No es notable que la palabra *Hugo* en el dialecto de La Lorraine signifique «inspiración»?

Él fue gran amigo durante mucho tiempo de un cabalista judío que le enseñó la cábala. Esta doctrina le inspiró mucho.

El hombre es el alma: es portador de un destello divino

Para Victor Hugo, el hombre no es sólo una sombra de Dios, es de Su misma sangre, ya que posee una parte de Su fuerza infinita. Sólo hay una luz. Podemos prender millones de luces; todas juntas son sólo partes, muchas chispas de la misma y única luz. El alma, esa chispa de Dios, regresa adonde salió.

Victor Hugo escribió: «El hombre está atado a Dios con un cordón de fuego que llamamos alma y que no es más que una chispa salida de la gran luz central, chispa retenida y sostenida por una estela de otras chispas y otros intermediarios». «La materia no es y sólo el alma existe».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Por medio de versos admirables, Victor Hugo evoca el misterio humano y la acción de Prometeo, que roba el fuego mental a los dioses para dárselo a los humanos. El hombre fue así dotado del poder extraordinario de la inteligencia creadora. Gracias a Prometeo, al hombre se le concede un poder divino pudiendo así igualar a los dioses.

Estos versos están sacados de su obra *Dios*, «El océano de arriba».

*Prometeo quiso salir de esta noche,
iluminar al hombre introducido en el fondo del misterio;
laborar, enseñar, civilizar, y hacer
del globo una viva y radiosa esfera;
y fundar en el corazón de los hombres iluminados,
a fin de que la razón lo acabe y lo edifique,
un templo; y remplazar a Atlas por la justicia...
Lo que hizo Prometeo está hecho; la llama fue tomada;
está sobre la Tierra; ella está en alguna parte; el hombre puede
encontrarla, crecer, vivir, ¡existir, si él quiere!
Si él sabe pensar, escalar, cavar, agarrar, abrazar,
si no deja jamás apagarse la santa antorcha,
si se acuerda que puede, ya que fue su idea,
alumbrar algo en él más que él,
que debe luchar, que el alba es una liberación,
y que tener la antorcha es tener esperanza...*

El hombre es portador de un templo, de un fuego sagrado. Victor Hugo, en *Las contemplaciones* sigue con su visión de la condición humana, que es una ilusión con respecto a una realidad íntima real y atemporal.

*Él siente que la aventura humana
no es más que una aparición.*

Para Hugo, «lo verdadero, es el centro». Por medio de esta búsqueda del centro en la intimidad de la naturaleza humana, Victor Hugo afirma su calidad de esoterista. Dice :

*Lo verdadero, es el centro.
El resto es apariencia o ruido.
Él siente más que el hombre al nacer;
él siente, hasta en sus sueños,
de resplandor en resplandor, en su ser,
la infiltración de soles.*

Todos estos seres son almas, fragmentos del alma divina que constituyen la creación.

Para Victor Hugo, la creación de nuestro mundo, de mundos visibles e invisibles, comprende varios planos, varios niveles de realidad. La creación está compuesta de esferas diferentes, de niveles de conciencia diferentes. Hay una pluralidad

de mundos. Nuestro propio sistema solar está animado por una vida múltiple intensa de varios grados. Pero hay otros planetas, otras formas de vida. Existe una escala de seres.

La escala de los seres: evolución y ciclos

Victor Hugo insiste mucho sobre la existencia de la escala de seres. Según nuestros méritos y nuestro progreso espiritual, subimos o bajamos en esta escala. Para él, por debajo de la Humanidad existen igualmente almas en los animales, los vegetales y las cosas. Asimismo existen seres por encima de los hombres, que llamamos dioses. Los mundos que nos rodean están poblados de seres invisibles a nuestros ojos, pero reales para Victor Hugo. La escala sube hacia la luz lentamente y por grados.

En *Las contemplaciones*, escuchemos lo que dice «La boca de Sombra»:

*La escala que tú ves, ¿crees tú que se rompa?
¿Crees tú –de quien los sentidos superiores están iluminados–
que la creación que, lenta y por grados,
se eleva a la luz, y su marcha entera
que va de la roca al árbol y del árbol a la bestia,
y de la piedra a ti sube insensiblemente,
para en el abismo, al hombre, escarpadura?
No, ella continúa, invencible, admirable.
Puebla lo alto, lo bajo, los bordes y el centro,
y en las profundidades se desvanece en Dios.*

Aboga en favor de la existencia de dos evoluciones: una ascendente y una descendente. Hay una corriente de evolución que parte de la materia hacia Dios y, a la inversa, una corriente que parte de Dios hacia la materia. Las faltas envían al alma hacia abajo de la escala, viniendo a reencarnarse en formas inferiores.

Hugo se indigna cuando se quiere hacer descender al hombre del mono y cuando ve a los partidarios de Darwin empujarnos hacia el materialismo.

«Para Victor Hugo, como para muchos ocultistas, la evolución de la especie animal no ha hecho más que preparar los cuerpos. Las almas que venían a animar esos cuerpos estaban en caída. Así, no es cierto que el hombre desciende del mono; el cuerpo del mono, preparado por la evolución, ha recibido en su caída un alma de ser superior. Es el mono el producto de la degradación del hombre, y no el hombre producto de la evolución del mono; y, sin embargo, el cuerpo del hombre desciende del cuerpo del mono». explica Denis Saurat en *La religión de Victor Hugo*.

Denis Saurat precisa que para Victor Hugo, «la evolución humana no se explica solamente con los reinos inferiores; el ocultismo revela una historia humana anterior a la Historia y que Hugo conoce bien..., como en la teosofía, donde después de los seres asexuales, se encuentran los hermafroditas, los lemurianos y los atlantes. Hugo retoma a menudo esos elementos».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El poeta creía la sucesión de humanidades. Para él, la Humanidad es una y pasa por formas diferenciadas y múltiples, pero su destino es la reunificación.

En *Las contemplaciones*, «Llantos en la noche», escribe:

«Las razas van hacia la meta que aquí abajo todo revela».

La escala de seres continúa en una escala de mundos. La reencarnación puede entonces hacer caer a las almas en planetas o en mundos más abajo aún que el nuestro, y el mérito puede elevar el alma hasta el Sol, que es Dios (Denis Saurat, p. 190).

En el centro de su reflexión filosófica, Victor Hugo introduce el mérito, la noción de esfuerzo.

La vida es un combate para ganar la luz original oculta en la materia. El combate consiste en extraer la luz de todo lo que existe. Tal es la vía heroica descrita por Victor Hugo, vía de expansión de la conciencia y de la conquista de la luz interior.

Esto nos lleva a considerar la posición filosófica del poeta en cuanto al sentido de la vida, el porqué del sufrimiento, de la pérdida de la memoria de los orígenes, de la duda para llegar a una idea de la responsabilidad individual y a la noción de una justicia divina.

Los grandes interrogantes existenciales: la búsqueda heroica del centro y el combate por la libertad interior

¿Cuál es el objeto de la existencia y de la evolución para Victor Hugo? ¿Por qué existe el mal?

Su explicación es la siguiente: sin la existencia del mal, el hombre no tendría conciencia de sí mismo, de la facultad de crear, de elegir, de la inteligencia.

Antes de la caída, «el alma no se conocía como fuerza divina, no conocía sus propias leyes, era incapaz de crear».

Al final de la evolución, el mal aporta a Dios seres libres y conscientes; esos seres evolucionados acompañan a Dios. Esos seres están separados de Él, pero están purificados. Así, en todo mal, hay una liberación posible. El ángel Libertad es hijo de Satán.

¿Por qué el sufrimiento?

El sufrimiento del hombre no es un castigo, sino una corrección que le eleva para sacar el bien del mal, hacerlo consciente de la divinidad escondida en él mismo, lo empuja a realizarse y a reintegrar su origen celeste, sinónimo de Bien para Victor Hugo.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El dolor del hombre es necesario: es por medio del dolor como el mal puede volver a ser el bien, sin duda porque el dolor quiebra el yo. Así rompe el obstáculo que separa el alma de Dios, sin por lo tanto dejar el alma absorberse en Dios. El dolor conserva la individualidad y toma solamente los elementos que hacen obstáculo a la divinidad: el orgullo –mostrándole su impotencia–, la crueldad –haciéndole sufrir–. Así, el sufrimiento es la condición para la ascensión.

*El hombre es oscuro; que sufra, y brillará, Dios bueno
modela el diamante con el vil carbón (Cuatro vientos).*

En el poema *A Villequier*, Victor Hugo expresa el dolor que siente el hombre que ha perdido a su hijo y que se interroga. Él mismo sufrió mucho en su vida, sobre todo con la muerte de su hija Leopoldina, que murió ahogada en Villequier. Aquí vemos un extracto significativo de la interrogante del poeta.

*Yo digo que la tumba que sobre los muertos se cierra
abre el firmamento;
y que lo que aquí abajo tomamos por el fin
es el comienzo. (...)
Yo sé que ustedes tienen otras cosas que hacer
que oírnos quejarnos a todos,
y que un niño que muere, desespero de su madre,
no nos hace nada a nosotros.
Yo sé que el fruto cae cuando el viento lo sacude,
que el pájaro pierde su pluma y la flor su perfume;
que la creación es una gran rueda
que no puede moverse sin aplastar a alguien.*

El dolor aporta la consciencia, según Hugo. Por lo tanto, es indispensable para la evolución del hombre.

Denis Saurat explica: «Si Dios juega su rol viniendo a buscar, recreando los seres hasta el fondo del abismo, de la materia, el hombre debe jugar ese rol posible aportando el elemento que permite a Dios esta transformación: el sufrimiento».

El «*Puede ser*» de *Las contemplaciones* encuentra aquí su respuesta:

*Puede que usted haga cosas desconocidas,
en las que el dolor del hombre entra como elemento...*

Pero, ¿por qué olvidamos el mensaje del sufrimiento? ¿Por qué el hombre pierde la memoria? ¿Memoria de su divinidad? ¿Memoria de sus vidas anteriores? ¿Memoria de sus orígenes?

*Él siente crecer en él, de hora en hora,
la humilde fe, el amor acogido,
y la memoria anterior
que lo llena de un largo olvido.*

*Hay sedes insatisfechas,
en su pasado vertiginoso
él siente revivir otras vidas,
en su alma cuenta los nudos.
Él busca en el fondo oscuras cúpulas
bajo las formas que tiene;
escucha a sus propios fantasmas
que hablan detrás de él.
«El hombre es el único punto de la creación
donde, para vivir libre siendo mejor
el alma debe olvidar su vida anterior».
«El hombre debe ignorar.
Tiene que ser cegado por todo el polvo.
Sin lo cual, como el niño guiado por el lindero
el hombre viviría, caminando directo a la visión».*

Platón en el mito de Er cuenta el episodio en que las almas de los muertos deben beber el agua del río del olvido: «Apenas bebemos, lo olvidamos todo» dice Er. Esta agua es tomada antes de renacer en la próxima vida.

El olvido de las vidas anteriores es necesario para el hombre

¿Por qué? Porque el olvido puede producir la duda que permite al hombre ser creador.

*Dudar es su poder y su castigo,
¿dónde estaría el mérito de encontrar su ruta
si el hombre, viendo claro, rey de su voluntad,
tuviera la certidumbre, teniendo la libertad?*

Para Victor Hugo, el hombre debe merecer encontrar su ruta, aceptando la incertidumbre, la duda. Es responsable de sus elecciones. La responsabilidad individual es esencial.

Para Victor Hugo, cada cual forja su propio destino. El mal que hacemos a otros o alrededor de nosotros regresa un día hacia aquel que lo comete. Hay una justicia divina escondida en nuestra conciencia. Encontramos la noción de karma de los hindúes.

La noción de justicia: «todo ser es su propia balanza»

«Todo ser es su propia balanza». Esta expresión elocuente muestra que cada cual lleva en sí la llave de su propia evolución interior. Hemos visto que el sufrimiento del hombre, sobrepasando los límites de su yo, le muestra a Dios; cuando el sufrimiento es libremente aceptado o hasta ofrecido, acerca al hombre a Dios.

Cuando la balanza eterna haya pesado el castigo justo, el alma liberada volverá a ser humana, olvidará, volverá a comenzar. Pero la lección de este largo sufrimiento quedará en ella bajo la forma de la intuición. El alma se acordará vagamente de ese Dios que ella vio en el sufrimiento, lo suficiente para orientarse, no lo suficiente para ser empujada al bien. Así ella atravesará de nuevo la zona elegida, la espantosa aventura. Denis Saurat precisa también (p.188) que si la lección no es suficiente, si vuelve a cometer crímenes, regresará a la prisión, donde le serán mostrados de nuevo su iniquidad y Dios. Así el hierro candente del sufrimiento terminará por grabar en la sustancia misma del alma, por debajo de la inteligencia consciente, las intuiciones indispensables de la existencia de Dios, de la necesidad de ser bueno. En *Dios*, «*El océano de arriba*»:

*Y cuando se dice justicia, se supone medida (...)
El infinito que en el hombre entra, se convierte en justicia;
la justicia no es más que la relación secreta
de lo que el hombre hace a lo que Dios haría.
En Las contemplaciones:
Sea bueno o malo: todo está dicho. Lo que hicimos
crimen es nuestro carcelero, o virtud, nos libera.
La escala vasta está ahí
según que el alma amante, humilde, buena, serena,
aspire a la luz y tienda hacia el ideal,
o se haga pesada, inmunda, al peso creciente del mal,
en la vida infinita subimos y avanzamos,
o caemos; y todo ser es su propia balanza.
Dios no nos juzga. Viviendo todos a la vez
pesamos, y cada quién desciende según su peso.
El hombre camina sin ver lo que hace en el abismo.
El asesino palidecería si viera a su víctima:
es él.*

La reencarnación alcanza a todos los seres. Aquellos que han subido todos los escalones de la escala y que poseen el corazón tan liviano como una pluma ya no reencarnan en la creación inferior; han sufrido lo suficiente. Se convertirán en arcángeles, dioses, almas solares.

Final del periplo: los héroes victoriosos, almas solares y su papel unificador para con la Humanidad

Llegadas a cierto punto de su evolución, las almas ya no son sometidas a las reencarnaciones purificadoras. Alcanzan la liberación final, y a aquellas que se elevan por encima de la Humanidad, Victor Hugo las llama «las almas solares». Estas almas son liberadas de los planetas inferiores. Ayudan a la Humanidad menos avanzada que ellas.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Es más, cuando sube una forma del mal, Dios designa a algún gran atleta, a algún héroe, a la medida de la plaga. Esto se acerca mucho a la noción de avatara hindú que viene de era en era cuando se manifiesta la injusticia en la Humanidad.

*Si, gracias a esos hombres supremos,
gracias a esos poetas vencedores,
construyendo altares y poemas
y tomando por piedras los corazones,
como un río de alma común,
del blanco mazo a la áspera runa,
del brahma al flamino romano,
del hierofante al druida,
una especie de Dios fluido
pasa por las venas del género humano.
Ellos están aquí, altos de cien codos,
Cristo a la cabeza, Homero en el centro,
todos los luchadores de ideas,
todos los gladiadores de Dios;
cada vez que agitando la espada
una forma de mal se levanta
como un presidiario en su patio,
Dios, en su falange completa,
designa a algún gran atleta
de la estatura de la plaga (Las contemplaciones)*

No obstante, la liberación será el premio de toda la Humanidad. «Las almas se acercan a Dios sin cesar... Así un día vendrá en que ellas lo alcanzarán y se fundirán en Él... Es esta ascensión sin fin, esta perpetua persecución de Dios que, para el alma, es su inmortalidad». «Todos son llamados y todos serán elegidos». Así es como Victor Hugo describe esta unificación final de la humanidad en *Todo el pasado y todo el futuro*:

*Los mundos, que hoy el mal habita y ahonda,
cambiarán su alegría a través la sombra feliz
y el espacio silencioso;
ningún ser, alma o sol, estará solo;
el futuro es el himeneo de los hombres sobre la Tierra
y de las estrellas en los cielos.*

Conclusión

Victor Hugo estaba convencido del inmenso destino de Francia, su patria que veneraba. Como todas las almas, el de ciudades y países se reencarnan también. París sería la reencarnación, a la vez, de Atenas, de Jerusalén y de Roma.

El destino de Francia la conducirá a irradiar y propagar una fraternidad universal hacia el mundo.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Eres tan grande que ya, tu no serás más. Ya no serás Francia, serás Humanidad. Ya no serás nación; serás ubicuidad. Estás destinada enteramente a disolverte por irradiación... Resígnate a tu inmensidad (París).

El poeta se había fijado como misión «encender el futuro», para que los hombres, prisioneros de lo inmediato y obsesionados por sus actos, no olviden su grandioso destino colectivo.

El continente fraternal, tal es el futuro. Tomen su partido, esta inmensa felicidad es inevitable (París).



En la marina inglesa, todo el cordaje de las naves, sin excepción, es recorrido por un hilo rojo que indica su pertenencia a la Corona; la vida humana, en todo y sin excepción, es recorrida por un hilo invisible que indica que pertenecemos a Dios. En mí, esta convicción está siempre viva y yo estoy penetrado de ella. El arte de la poesía ha de ayudarnos a encontrar este hilo rojo en todo y sin excepción; en nuestra propia vida y en todo lo que nos rodea (Hans Christian Andersen).

Cuando se menciona el nombre de Hans Christian Andersen, por lo común nos viene a la mente alguno de sus cuentos. Sentimos en la piel el roce de algo extraordinario, singular... Andersen no figura entre los escritores corrientes; su narración llega muy profundamente al corazón de las personas. Sus cuentos a menudo son muy ásperos y es recurrente en ellos el motivo de la muerte y el sufrimiento; su desarrollo es inesperado, lleno de vuelcos y muchas veces el desenlace es sorprendente. En ocasiones, uno se queda con la impresión de que el misterio sigue ahí, de que no ha sido desvelado...

¿Por qué Hans Christian Andersen escribía sus obras de esta manera? ¿Qué clase de hombre era y por qué se esforzaba en la vida? ¿Era un sabio, un Iniciado o «sólo» un hombre con talento de narrador y poeta? ¿Contiene su obra algo más que la imaginación de autor? ¿Son todas las singularidades y elementos inesperados de sus narraciones simbólicos, o son sólo intentos de impresionar al lector? ¿Quién de nosotros no se habrá planteado alguna vez estas preguntas sobre alguno de sus libros?

No pretendemos que un trabajo tan poco extenso aporte respuestas a todas ellas, pero queremos intentar asomarnos al mundo interior de las obras de Andersen y centrarnos en aquellos elementos de sus cuentos que pueden ayudarnos a buscar aquel «hilo rojo» que atraviesa el universo y al hombre y que, envueltos en imágenes simbólicas, responden a aquellas preguntas fundamentales que nos acompañan desde la Antigüedad: ¿quiénes somos nosotros, los seres humanos?, ¿cuál es el objetivo de nuestras vidas?, ¿qué sigue después de la muerte?

Emprendamos, pues, juntos el camino tras las huellas del gran poeta y escritor del siglo XIX y escuchemos con atención su historia.

Hans Christian Andersen

Hans Christian Andersen nació en Odense, Dinamarca, el 2 de abril de 1805, y murió en Copenhague el 4 de agosto de 1875. Procedía de una familia humilde; su padre fue zapatero y su madre, lavandera. El camino de Andersen hacia la instrucción fue muy largo y tortuoso. Toda la vida tuvo que luchar contra los prejuicios sociales y el menosprecio de su talento a causa de su origen social.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Él mismo cuenta cómo sintió, desde la niñez, un deseo irreprimible de ser poeta. Poco a poco fue desarrollando este anhelo y alimentando su tenacidad, que le ayudó a vencer muchos obstáculos y a realizar su sueño. A través del teatro, la poesía, sus obras dramáticas y novelas llega, finalmente, al cuento, que constituye la mejor parte de su obra y que tuvo una difusión universal.

A los catorce años de edad parte rumbo a Copenhague, en busca de suerte y realización. Aun cuando a menudo se hallaba en una situación de miseria extrema, siempre hubo personas, pensadores o artistas, que le brindaron apoyo y, paso a paso, le ayudaron a conseguir su meta. Gracias a su gran austeridad y a las modestas ayudas financieras, pudo comenzar a viajar.

A lo largo de su vida realizó numerosos viajes por Europa. En todas partes encontraba amigos y comprensión, a veces mucho mayor que en su propia patria, a la cual, sin embargo, amó profundamente y fue para ella un patriota leal. Poco a poco, gracias sobre todo a sus cuentos, fue haciéndose famoso y conocido por toda Europa; le abrían sus puertas personas de todas las capas sociales, incluso los reyes. Así se colmó su sueño de niño, tras años de arduo trabajo, abnegación y superación de obstáculos, y sus cuentos hasta el día de hoy siguen entrando en los corazones de niños y adultos.

Los cuentos

Como él mismo indica, sus cuentos se inspiran ante todo en las tradiciones populares, pero también en su propio mundo interior. Andersen era un hombre muy sensible y receptivo a todos los fenómenos presentes en la Naturaleza y al comportamiento humano.

A lo largo de toda su vida mantuvo su modestia, y su talento lo percibía más como una «inspiración de las musas» que como una cualidad propia y resultado del esfuerzo de toda una vida. Hasta el final de sus días se entusiasmaba con cada manifestación de admiración; todo signo de popularidad se convertía para él en un compromiso de seguir desarrollándose interiormente.

Hacia mi corazón fluían raudales de luz solar; sentía valor y alegría, mi alma rebosaba un deseo ferviente de alcanzar en este sentido un desa-rrollo mucho mayor, para penetrar aún más en la esencia del cuento, para percibir con más fuerza aún las ricas fuentes que oculta la Naturaleza y en las que debía inspirarme. (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

De este modo, sus argumentos dejan de ser mera fantasía y adquieren una cualidad de imaginación pura, la capacidad de dominar y formar activamente sus ideas de tal manera que armonicen con el acontecer y el entorno de nosotros. La imaginación puede ayudar al hombre a penetrar en lo profundo de los procesos y acontecimientos para, de esta forma, extraer inspiración para su trabajo ulterior. Seguramente también por eso en cada uno de los cuentos de Andersen encontramos un intenso mensaje moral y un reflejo casi palpable de las leyes de la Naturaleza.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El propio arte de la poesía y la narración, igual que el arte en sí, Andersen lo percibe como medio que purifica al hombre, como ayudante en el camino del saber.

Cuando nos encontramos con el arte, reímos, lloramos (...), nos hacemos mejores (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

Por esta razón su actitud hacia el trabajo fue sumamente responsable, y no concebía escribir a cambio de dinero, incluso en los tiempos de extrema pobreza, cuando cualquier ingreso le habría venido muy bien. Cada cuento lo concebía como su propio hijo, como un ser vivo en el cual había depositado mucho esfuerzo, reflexión, abnegación y victorias. Para él, el cuento era la forma de comunicación más comprensible para niños y adultos; lo concebía como un lenguaje universal que habla al corazón humano y que, con ayuda de símbolos y parábolas, penetra en las dimensiones más profundas del interior humano.

Hoy ya todos sabemos que las comparaciones no debemos tomarlas al pie de la letra, sino por el sentido depositado en ellas, por el hilo invisible que también encontramos aquí. Sabemos que cuando escuchamos el eco de una pared, de un campo o de una colina, no es la pared, el campo o la colina los que hablan, sino que es el eco de nuestra voz; de la misma manera debemos intentar encontrarnos en el cuento, en la comparación, a nosotros mismos, encontrar el sentido, la moraleja y la alegría que de él podemos extraer. Así, el arte del poeta va hombro con hombro con la ciencia y nos va abriendo los ojos para la belleza, la verdad y la alegría (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

Así, Andersen nos incita a que en la lectura de sus cuentos también escuchemos el eco que suena en nuestro interior, el eco que puede ayudarnos a descubrir una nueva dimensión de su obra, una dimensión simbólica y profundamente humana, el eco que puede ayudarnos a comprendernos mejor a nosotros mismos y, de esta manera, a todo lo que nos rodea, a todas las personas, animales, plantas, minerales, procesos y leyes naturales.

Andersen concibe su deseo de escribir como misión, como deber al que no puede ni debe renunciar. Lo concibe como un don que no ha de quedar desaprovechado y que él mismo ha de convertir en un regalo auténtico para el resto de los seres humanos. No escribía para ganar popularidad ni dinero; escribía porque el escribir lo consideraba su misión. Con ello nos muestra un ejemplo de auténtica nobleza y generosidad humana, además de tenacidad y perseverancia en el camino en busca de su sueño. Y justo de la misma manera en que lo confirma Andersen en el ejemplo de su propia vida, describen los sabios antiguos la actitud humana correcta: actuar por deber y sin derecho a una recompensa, actitud que en el hombre mana de la conciencia de su lugar y de su papel en la vida. Para entonces, todo lo que hace el ser humano ya no es sólo trabajo, sino esfuerzo sagrado dedicado del todo y en absoluto a los demás.

¡He comprendido la santidad del arte..., el cómo el hombre ha de olvidarse de sí mismo, poniéndose al servicio de algo superior! (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

Así, conocemos a un Hans Christian Andersen como hombre de grandes profundidades interiores, quien con ayuda de su esfuerzo toca valores sagrados y eternos. Precisamente ello le permite colmar con este conocimiento también su obra, como si de su interior brotara un manantial de aguas eternas, que canta a los demás hombres sobre el amor y la guerra, el éxito y el fracaso, pero, ante todo, sobre el esfuerzo que, en la vida, pese a todos los obstáculos, siempre conduce al objetivo anhelado.

La Naturaleza como inspiración

En los cuentos de Andersen nos fascina la viveza y la capacidad del narrador de dotar de vida y de misión vital no sólo a lo que denominamos «seres vivos» –ya sea un hombre, un animal o una planta– sino también a las llamadas «cosas», que para nosotros son inanimadas: el soldadito de plomo, los juguetes, los enseres de cocina, una vieja farola... Ante nuestros ojos el mundo, de repente, se convierte en un inmenso escenario en el que cada ser, cada cosa tiene su misión, sus sufrimientos, sus alegrías. Andersen nos enseña a ser perceptivos y sensibles hacia todo lo que nos rodea, nos incita a buscar aquel misterioso «hilo rojo de nuestro interior» que une de forma mágica todo en un conjunto armónico en constante cambio, donde hasta el más diminuto grano de arena tiene su porqué, su tarea, su papel y su importancia. Este aspecto de su obra es hoy, acaso, aún más actual que en su época. Hoy, cuando a menudo descubrimos con asombro cuántas cosas guardan relación mutua en la Naturaleza, lamentablemente lo descubrimos después de haber alterado o destruido alguna de estas relaciones.

Andersen fue un admirable observador de la Naturaleza y de sus procesos. Sentía un vínculo muy poderoso con ella; literalmente, experimentaba cómo sus leyes penetran al hombre y cuán profunda es la relación entre las leyes que rigen el interior humano y las que rigen la Naturaleza. No fue un sabio singular, fue un hombre sencillo que, gracias a su mundo interior –nada complicado–, encontraba el camino conducente a los sitios más interiores y profundos y a las relaciones más delicadas. Y consiguió compartir todo esto con el mundo entero.

Cuando habla en su autobiografía de sus experiencias de los viajes, es fascinante observar su descripción de la Naturaleza, su capacidad de observar y estar atento a todo aquello que, por lo común, para nuestros ojos queda oculto, justamente por ser sencillo y cotidiano. Para él, sin embargo, es la parte más esencial de la vida. Observa intensamente los cambios del tiempo, el murmullo del follaje de los árboles, el color de las flores, el vuelo de cada ave, la forma y el movimiento de sus alas, los cambios de la atmósfera a la salida o caída del Sol..., percibe la armonía que constantemente muestra la Naturaleza, pero sólo a aquellos que son capaces de percibirla. Precisamente, el mensaje de esta armonía nos lo ofrece en las parábolas de sus cuentos, igual que la posibilidad de sumergirnos y penetrar en los secretos de la Naturaleza por medio de las cosas más cotidianas.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

En los silenciosos lagos del bosque, en los verdes prados, donde correteaban los animales y paseaba la cigüeña sobre sus largas patas, no escuché ninguna política ni polémica (...), la Naturaleza a mi alrededor y dentro de mí hablaba sobre mi misión (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

De su autobiografía también conocemos el inmenso amor por la esencia humana, el esfuerzo por encontrar y destacar los mejores aspectos de las personas con las que entraba en contacto, la sincera admiración por sus virtudes y condescendencia hacia sus debilidades. Descubría en las personas cierta unidad, manifestaciones de las leyes que aparecen ante nuestra vista en el momento en que olvidamos todo lo material, todo lo físico, lo cotidiano que nos divide. Se esforzó por centrarse en el hombre real, en su esencia real –su mundo interior–.

Toda esta vida en diferentes círculos me impresionó mucho; en los príncipes, en la nobleza y en el hombre más humilde encontraba la misma noble humanidad; en lo bueno y en lo mejor, todos nos asemejamos (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

De este modo, Andersen señala que precisamente las buenas cualidades humanas son aquello que tienen en común todos los hombres; son nuestro puente hacia una comprensión mutua y profunda.

Lo cíclico y la reencarnación en los cuentos de Andersen

En este trabajo pretendemos centrarnos, ante todo, en el elemento cíclico y el de la reencarnación, presentes en los cuentos de Andersen. El propio autor, en su autobiografía, no dice expresamente que concibe la vida humana como algo cíclico. Tampoco dice expresamente que después de la muerte comienza otra vida, como lo preconiza la idea de la reencarnación. Andersen fue educado en el espíritu de la tradición cristiana que, como sabemos, en nuestros tiempos rechaza la idea de la reencarnación.

Con todo, él distinguía perfectamente entre la verdadera fe y los dogmas o creencias que la Iglesia divulgaba en su propio provecho y beneficio. En muchos cuentos critica aquello que despoja a la Iglesia de su carácter espiritual: la lujuriosa vida de sus dignatarios y el deseo de lucro. Concibe la fe en Dios y la vida póstuma más bien como cierto grado de la madurez del individuo y no como dogma dictado por la institución eclesiástica. Él mismo tenía firme convicción de la existencia del alma humana y también de que la muerte no es el fin de la vida sino sólo un cambio de imagen.

A lo largo de su vida –en varias ocasiones– sufrió la pérdida de algún ser cercano, y justo estos momentos de dolor ante la pérdida del ser querido fueron para él los escalones que le conducían a una comprensión cada vez más profunda de la muerte en tanto que proceso natural en el ciclo de las leyes de la Naturaleza, de modo que para él, la muerte no significa el final sino un nuevo comienzo.

El motivo de la muerte

En los cuentos de Andersen el motivo de la muerte es muy recurrente y aparece en muchas formas, en diferentes situaciones, en innumerables ángulos de visión. Esto podría causar una impresión de morbosidad si no fuera porque Andersen introduce la muerte en los cuentos como un elemento natural, como otra cara de la moneda de la vida, inseparable de ésta. Muestra su cara más amable, más comprensible, y consigue exponer la importancia y la utilidad de la muerte como parte integrante de las leyes que rigen la vida del hombre y la Naturaleza. Expone ante el lector la idea de la muerte de manera muy ingeniosa y le obliga a asimilarla y, ante todo, a comprenderla. Como decían los sabios de la Antigüedad: nuestra actitud hacia la muerte es fuertemente influida por nuestro modo de vida y viceversa, nuestro modo de vida influye fuertemente en nuestra actitud hacia la muerte.

En el cuento *El ruiseñor* se narra el momento de la muerte tal como la describen numerosas tradiciones antiguas y las investigaciones modernas: como el momento en que en la mente del moribundo aparecen diferentes acontecimientos de su vida, momentos importantes que, acaso, ya había hasta olvidado o los había relegado a un sitio muy profundo de su memoria. Y pese a ello estos momentos fueron importantes, fueron instantes decisivos en que el hombre se había comportado correctamente o, por el contrario, incorrectamente; son experiencias que se inscribieron en el invisible libro de nuestras vidas de una vez y para siempre.

El pobre soberano ya apenas podía respirar; era como si algo le oprimiera el pecho. Abrió los ojos y vio frente a sí a la muerte. Ella se había colocado su corona de oro. En una mano sostenía el sable dorado del soberano y en la otra, su hermoso estandarte. De entre los pliegues de las amplias cortinas de terciopelo asomaban caras extrañas. Algunas muy deformadas, otras amables y deliciosas: eran los buenos y malos actos del soberano. Ahora, cuando la vida abandonaba su cuerpo, venían a verle todos. «¿Recuerdas?», preguntaban susurrando uno tras otro. «¿Recuerdas?». Y le contaron tantas cosas que su frente se cubrió de un sudor frío como el hielo (EL RUISEÑOR).

La vida después de la vida

El inagotable interés por la observación de los procesos de la Naturaleza llevó a Andersen aún más lejos, y la percepción de los fenómenos recurrentes –que es la base para la aplicación de cada una de nuestras experiencias, y que de esta manera se convierte en instrumento del conocimiento–, le conduce a la comprensión de lo cíclico como fenómeno que penetra todos los fenómenos naturales.

También se proyecta en la cuestión de la vida y la muerte, pues a un observador tan atento como lo fue Andersen no se le escapó el hecho de que las mismas leyes que rigen la Naturaleza también rigen al hombre. De las páginas de la autobiografía es difícil interpretar si Andersen llegó, en su fuero interno, a la convicción de la existencia de la reencarnación, si la asimiló en su pensamiento y convicción. Es un hecho, sin

embargo, que su «musa» marcó numerosos de sus cuentos justo con la descripción de la reiteración y de los ciclos, y estos tienen que ver con la reencarnación como ley natural que, según conceptos antiguos, no sólo rige las estaciones del año, la marea alta y baja, los días y las noches, sino también a la vida como tal, con sus dos caras: la que llamamos vida y aquella que denominamos muerte.

Mas las flores dijeron: «Gracias, muchas gracias, pero nosotras ya no podemos seguir viviendo. Mañana estaremos completamente muertas. Pero dile a la pequeña Ida que nos entierre en el jardín (...) Allí vamos a crecer de nuevo, en el verano, y seremos mucho más hermosas... (del cuento LA PEQUEÑA IDA).

Para Andersen, igual que para numerosos filósofos que describen la reencarnación, el renacimiento siempre va estrechamente vinculado al perfeccionamiento. No lo describe como mera reiteración sin un fin determinado, sino siempre en relación con el logro de algo mejor, de mayor calidad, más perfecto, más noble. Un hermoso ejemplo lo encontramos en el conocido cuento La pequeña ondina.

La pequeña ondina no tenía la sensación de estar muriendo. Veía el claro Sol muy alto, encima de ella flotaban centenares de hermosas criaturas transparentes y a través de ellas divisaba las blancas velas de las naves y las rojas nubes en el cielo. Sus voces eran una bella melodía, tan noblemente tierna que el oído humano sería incapaz de percibirla, igual que no sería capaz de ver a aquellas criaturas transparentes... La pequeña ondina vio que su cuerpo era igual que el de ellas y sintió que se iba elevando de entre las espumosas olas cada vez más y más... Mi desdichada ondina, tú que te esforzabas con todo tu corazón en tener un alma inmortal, que sufrías y penabas, ahora te has elevado al mundo de los espíritus de los aires... (del cuento LA PEQUEÑA ONDINA).

Así, se abre ante nuestros ojos una nueva dimensión, un nuevo escalón en el camino de ascenso hacia la perfección.

El lino

De manera hermosa describe Andersen el camino de la gradual transformación y perfeccionamiento en el cuento EL LINO. Cuenta sobre el lino que crecía en el campo, y que, cuando llegó el tiempo de la cosecha, pensó que su vida había llegado al fin, que «su canción terminaba». Mas pronto descubrió, sin embargo, que después de que fue a parar a la rueca y luego al telar, sus plantas se transformaron en doce sábanas blancas. De modo que se dijo que ésa era su verdadera misión, que sólo ahora había encontrado la verdadera felicidad, que su canción no concluía sino que, por el contrario, acababa de comenzar.

Y llegó el momento en que las sábanas se desgastaron, y él volvió a pensar que había llegado su hora. Mas esta vez las sábanas viejas quedaron convertidas en un hermoso y fino papel blanco. «Esto es más de cuanto había soñado mientras era una flor del campo. Cada vez que pienso: «¡Se terminó la canción!», me encuentro elevado a una

condición mejor y más alta ¡Soy el más feliz del mundo!». Luego, también el papel, del que estaban hechos los libros, se había desgastado y un día lo echaron a la chimenea. El papel se convirtió en una gran llama, que se elevó mucho más de lo que hiciera jamás la flor azul del lino.

Así, convertido en multitud de seres minúsculos, iguales en número a las flores que había dado el lino pensó: «¡Ahora subo en línea recta hacia el Sol!», mas de pronto escuchó la vieja cantaleta: «Ronca que ronca, carraca, ¡se terminó la canción!» Pero los minúsculos seres invisibles decían a coro: «¡La canción no ha terminado, y esto es lo más hermoso de todo! ¡Lo sé, y por eso soy el más feliz del mundo!» Y así, cada final se convierte en un nuevo comienzo.

En su autobiografía, Andersen cuenta que EL LINO fue el cuento más popular entre la gente. En muchas ocasiones lo leyó ante numeroso público, cosechando todas las veces fuertes aplausos y un entusiasmo que experimentamos aún hoy día cuando, leyendo el cuento, nos acercamos al Sol con todos esas diminutas criaturas invisibles.

El sapo

Sobre el descubrimiento de dimensiones nuevas y cada vez superiores habla el cuento *El sapo*. Narra la historia de un sapo que vivía con su familia en el fondo de un pozo profundo. Todos los sapos creían llevar en su cabeza una piedra preciosa y ser muy sabios. Sólo uno pensaba diferente. Y era justo el sapo que deseaba con todas sus fuerzas asomarse fuera del pozo. Se pasaba largos ratos mirando el redondel del borde del pozo, por el que entraba la luz del día, y no lograba conformarse con lo que decían los demás: que el pozo es el mundo entero. Un día se decidió y saltó al balde y dejó que lo sacaran junto con el agua. Y entonces descubrió que el mundo es mucho más grande que el que conocía en el pozo, y también más alegre y hermoso. Echó a andar por el mundo y vivió muchas historias y aventuras.

Un día se fijó en el Sol y en la Luna, que parecían dos círculos luminosos en el cielo y que le recordaron el redondel del borde del pozo. De nuevo sintió su antiguo deseo de conocer más y mirar más alto y más lejos, de asomarse a otro mundo, el que está más allá del Sol y de la Luna, dos círculos por los que penetra la luz. Fue éste el sapo que llevaba la piedra preciosa dentro de la cabeza: el eterno deseo de subir, de seguir subiendo siempre. Este deseo brillaba alegremente en su cabeza, fulgurando lleno de placer. Dejó que una cigüeña lo cazara, y muriendo atrapado en su largo pico voló tras su sueño. «¿Y qué fue de la piedra preciosa de la cabeza de nuestro sapo? ¡Búscala en el Sol! ¡Mírala si puedes! El resplandor es demasiado vivo. Nuestros ojos no tienen aún la fuerza necesaria para mirar la magnificencia que Dios ha creado, pero un día la tendrán...».

¡Con qué palabras y comparaciones tan hermosas describe Andersen el camino del saber! ¡Y cuán semejante es esta historia al conocido y profundo mito de la caverna de Platón! La realidad en nuestro alrededor vibra, y nosotros, al menos por un instante, también anhelamos traspasar nuestra propia sombra, encontrar los límites de nuestro

propio encierro, romperlo y comenzar a ascender hacia las alturas, hacia la luz, por mucho que los demás sapos traten de disuadirnos.

El jardín del paraíso

Cuenta sobre un príncipe, cuyo mayor anhelo era ver el jardín del paraíso, que sólo conocía por lo que le habían contado. Sus libros hermosos y sabios no contenían ni una palabra acerca del lugar donde se hallaba el paraíso terrenal, y éste era precisamente el objeto de sus constantes pensamientos. Se lamentaba de que el hombre fuera expulsado del paraíso y se decía que si él hubiese tenido al alcance de la mano la manzana del saber, si él se hubiera visto en esa tentación, jamás habría cedido, sabiendo adónde conduciría su acto, y los humanos aún estarían viviendo en el paraíso.

Un día, paseando por el bosque, encontró en lo profundo de una gruta a una anciana y sus cuatro hijos, los cuatro vientos de la Tierra. Les contó su deseo de visitar el jardín del paraíso, y el viento del Este le prometió llevarle a ese lugar, al lugar donde gobierna la reina de las hadas y donde se halla la isla de la bienandanza a la cual la muerte no tiene acceso. Sobrevolaron el mundo y llegaron al jardín del paraíso.

El príncipe paseaba junto al palacio del paraíso, y en cada una de sus ventanas veía imágenes vivas del pasado que se movían. Mostraban todo cuanto había acontecido en la historia del mundo. En todas partes se escuchaban hermosos cantos que confluían en una sola melodía. El príncipe vio y conoció en un solo instante el mundo entero y deseó permanecer en ese jardín el resto de su vida.

La reina de las hadas le dijo que podría quedarse, siempre que no cediera a las tentaciones que le aguardaban en el jardín. Le dijo: «voy a agitar los brazos, voy a llamarte: «¡acércate, ven conmigo!» Pero tú no vayas. Esto tengo que hacerlo noche tras noche, y todas las veces que logres vencer la tentación, tu fuerza aumentará, de modo que no pensarás más en ello».

Al príncipe la prueba le pareció muy fácil, pero ya la primera noche cedió y se dejó llevar por el hada al árbol de la sabiduría. «De repente se escuchó un trueno tan terrible y estruendoso como jamás se había escuchado, y todo se desplomó. El hada y el paraíso en flor fueron hundiéndose muy profundo ante los ojos del príncipe».

El príncipe se encontró en el bosque. Sobre él se inclinaba el ángel de la muerte diciéndole que no podría volver al jardín del paraíso sino cuando fuera bueno; mientras sus pensamientos siguieran siendo malos, tendría que persistir y perfeccionarse. Cada mil años el ángel vendría a comprobar si el príncipe había mejorado.

Una vez más encontramos la idea de la reencarnación, la idea del gradual perfeccionamiento del alma, que conduce a un objetivo noble y elevado. En este cuento tal objetivo es el jardín del paraíso. Una vez más encontramos el eco de las tradiciones antiguas que describen la reencarnación como perfeccionamiento y camino gradual hacia un estado puro y perfecto.

El mensaje del gran escritor

Nuestras vidas y todo lo que nos rodea son una obra completamente milagrosa. Todo lo mantienen y todo lo rigen las leyes naturales, las leyes de la razón, las leyes que estriban en la omnipotencia, la sabiduría y la bondad divinas (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

Hemos visto tres breves ejemplos de la producción cuentística de Andersen, en los que aparece el motivo de la reencarnación y el gradual perfeccionamiento. Un cuento hablaba de una planta, otro de un animal y el tercero de un hombre. Tres manifestaciones diferentes de la vida unidas por un mismo objetivo: el perfeccionamiento, el desarrollo y el camino hacia un estado más noble de la conciencia por medio de pruebas y experiencias vitales. Otros cuentos de Andersen también contienen este motivo de desarrollo paulatino y búsqueda de la perfección o la inmortalidad, como, por ejemplo, *La reina de las nieves*, *El soldadito de plomo* y otros.

Además de que los cuentos de Andersen brotan de la antigua tradición popular, en la cual se ocultan tan a menudo grandes verdades y conocimientos envueltos en símbolos, también la propia obra del autor es extraordinariamente simbólica, y podemos constatar una vez más que la fuerza de su inspiración –emanada de las leyes de la Naturaleza– ha creado obras inolvidables penetradas por valores morales importantes no sólo para el desarrollo del niño, sino para todo hombre sin distinción de edad. Porque cada uno de nosotros puede encontrar en los cuentos de Andersen una moraleja, una inspiración o un tema para la reflexión. El propio autor dice:

Y es que la Naturaleza y el corazón humano son los que menos cambian con el andar de los años, y son los que mejor comprendemos todos (EL CUENTO DE MI VIDA, autobiografía).

Porque aquello que todos sentimos como propio y común, y sin embargo difícilmente accesible, son justamente los valores eternos, invariables e imperecederos: la sabiduría, la belleza, la justicia, el bien...

Hans Christian Andersen tituló su propia autobiografía *El cuento de mi vida*, y realmente, su vida rebosa de momentos difíciles, obstáculos y pruebas. Parece un cuento en el que, finalmente, vencen la tenacidad y la decisión de colmar su misión.

¿Y cómo terminar esta breve exposición sobre la vida de un gran escritor y artista sino con uno de sus propios pensamientos?

Pero ¿no tenemos la obligación, los que vivimos en la Tierra, de ofrecer a los demás lo mejor que hay en nosotros, todo aquello que podemos ofrecerles? (del cuento EL CARACOL Y EL ROSAL).

Tensar las fuerzas y ofrecer lo mejor. Hans Christian Andersen es ejemplo de hombre que lo consiguió y que enriqueció al mundo con numerosos tesoros, de los que extraen conocimiento y alegría generaciones enteras. Él consiguió darle al mundo «la canción que nunca termina».

Desde hace casi treinta años investigadores científicos exploran distintos ámbitos que hasta ahora eran desconocidos. En efecto, ante las numerosas experiencias acerca de la muerte (NDE, *Near Death Experience*), los múltiples testimonios que entre ellos están de acuerdo, los testimonios de niños concernientes a sus supuestas vidas anteriores y sus marcas de nacimiento o malformaciones congénitas, eminentes investigadores se comprometieron en una búsqueda de la verdad, donde el término reencarnación toma todo su valor y su significado.

La experiencia de muerte inminente (*Near Death Experience*, NDE) es un fenómeno que se produce entre la vida y la muerte. En las investigaciones efectuadas se llama «experimentadores» a los que han vivido una de estas experiencias.

Entonces se plantea la cuestión del concepto de la muerte: ¿qué pasa cuando el ser humano en un momento dado vive lo que se llama una muerte inminente?

Desde el punto de vista científico ignoramos todo o casi todo de este instante intermedio. Sin embargo, conocemos el desarrollo típico de un NDE: partida del cuerpo, paso por un túnel, aparición de una luz brillante y atrayente, encuentro con un ser luminoso, sentimiento de una felicidad infinita, encuentro con parientes difuntos, visión de una ciudad de luz, revisión de toda la vida, acceso a un conocimiento absoluto, certeza de formar parte de un conjunto universal, representaciones de fronteras y regreso a la vida deseada o impuesta.

Todos los «experimentadores» describen un desarrollo más o menos idéntico y experimentan emociones muy similares.

Desde el principio de estos estudios, hubo una investigación para saber si puede haber vínculos entre los textos de las grandes tradiciones espirituales sobre el tema del paso de la vida a la muerte y los datos científicos. La relación es evidente, nos dice Kenneth Ring¹⁸⁰. Muchos elementos coinciden en lo que se refiere a la transición de la vida a la muerte, pero las investigaciones científicas sobre los NDE no pueden hablar de lo que pasa después de la muerte como lo hace el *Libro de los muertos* tibetano. Las coincidencias se sitúan en el momento de la transición, pero no pueden indicar lo que pasa realmente después de la muerte, puesto que los experimentadores vuelven a la vida.

Una pregunta se impuso a los investigadores: ¿por qué algunas personas viven un NDE y otras no? Las investigaciones continúan sobre este tema, pero ya aparece una primera respuesta. Las personas que son más susceptibles de estar conscientes de su NDE en el momento en que se produce son aquellas que en su infancia se volvieron muy sensibles, en particular, debido a traumas, situaciones estresantes y enfermedades,

¹⁸⁰ Kenneth Ring, profesor de Psicología de la universidad de Connecticut.

y que respondieron a estas situaciones con una disociación del mundo físico ordinario para entrar en contacto con realidades diferentes. El estar demasiado anclado en el mundo físico da una tendencia a borrar esta experiencia, lo cual hace decir a Kenneth Ring que es necesario intentar eliminar en la vida todos los filtros, lazos, miedos y cegueras que bloquean el acceso a las dimensiones de lo imaginario.

Esta comprobación –nos dice él– permite comprender mejor lo que Platón enseñaba: la importancia de preparar al ser humano para la muerte en una repetición general continua durante la vida, con el fin de entrar en el otro mundo sin demasiados sustos.

Lo que debemos abordar en primer lugar es la cuestión de los escépticos, que explican que estas experiencias no serían otra cosa que el deseo de los experimentadores de ver sus creencias como realidades.

Esta hipótesis es eliminada inmediatamente por los NDE de imágenes espantosas, o los NDE vividos a raíz de tentativas de suicidio de personas que desean creer que después de la muerte no hay más que aniquilamiento, o también por los NDE de niños (que nunca han imaginado antes la otra dimensión).

Pero también existe la hipótesis de que los NDE serían un delirio causado por una falta de oxígeno en el cerebro.

En el conjunto de las investigaciones actuales hay, efectivamente, casos en los que ha habido disminución de oxígeno en la sangre. Pero numerosos casos han demostrado –por los registros obtenidos de monitorizar al paciente continuamente con instrumentos de control– que no era el caso y, sin embargo, los sujetos han vivido igualmente un NDE.

Así, la falta de oxígeno es una variable frente al NDE, que es una constante; por tanto, no puede ser una explicación suficiente para validar la tesis del delirio.

Impacto de los NDE en la vida de los experimentadores

En el NDE, el experimentador toma conciencia de la trascendencia, de su unidad con el cosmos, de su inmortalidad. El NDE parece ser la experiencia de la muerte del ego. Allí estaría la llave que abre el mundo trascendental y muestra así la verdadera naturaleza de las cosas. Ésta es la razón por la que estas experiencias próximas a la muerte son importantes por los cambios que provocan en la vida de los experimentadores. Un estudio revela que hay un 78% de ellos que creen en una determinada forma de reencarnación después de su NDE, contra un 34% que creían antes. El cambio se hace sentir en su confianza en la vida, en el hecho de entender su sentido, de experimentar un sentimiento de amor hacia su prójimo, una ausencia de miedo frente a la muerte, una sed de aprender y de comprender, un desinterés muy marcado hacia los bienes materiales, etc.

Hipótesis sobre la experiencia de dejar el cuerpo

Durante el proceso de abandonar su cuerpo, los experimentadores ven a éste inerte por debajo de ellos y no comprenden cómo pueden estar muertos físicamente y sentirse enteros a la vez en su percepción psicológica. Entonces, ¿qué es lo que puede sobrevivir después de la muerte?

La hipótesis de los investigadores es que la esencia del Yo perdura después de la muerte física. Kenneth Ring hace una distinción entre la esencia, que es según él nuestra identidad permanente, y la personalidad, que no sería otra cosa que la expresión temporal y limitada de esta identidad. Así, a su modo de ver, la personalidad o el ego termina por morir y sólo subsiste la verdadera esencia del individuo. Tomando de nuevo el significado de la palabra personalidad –que viene de la palabra latina «mascara»–, se explica que todos llevamos una máscara, como lo encontramos en los grandes textos filosóficos. Y cuando habla de la esencia, dice que es lo único en nosotros que puede cruzar las fronteras de la muerte. ¿Es que esta esencia podría llamarse «alma»? A su modo de ver, es un término posible entre otras posibilidades.

¿Se puede entonces hacer vínculos con la reencarnación?

Todos estos estudios llevan a algunos investigadores a constatar que el único elemento que parece reiterarse en muchos relatos de experiencias es la idea de la reencarnación, que supone permanecer quizás durante un determinado período en un estado intermedio y que, a continuación, una parte de nosotros podría reencarnarse.

Marcas de nacimiento y malformaciones

Otras investigaciones en el ámbito de la salud se efectuaron sobre niños que declaraban acordarse de una vida anterior. Se realizó una investigación escrupulosa sobre 2600 casos de marcas y malformaciones de nacimiento. El doctor Ian Stevenson¹⁸¹2 constató que tales casos no podían prestarse fácilmente a otras explicaciones que la de la reencarnación.

El objeto de estos estudios era determinar, según un método riguroso, las causas posibles que hacen que algunas personas tengan malformaciones de nacimiento cuando la mayoría no las tiene, especialmente con respecto a marcas bien localizadas y a los posibles vínculos con una personalidad difunta de la que el niño se acuerda.

Además de la identificación de varias causas objetivas para estas malformaciones, tales como factores genéticos, infecciones virales y productos químicos, las causas desconocidas varían entre el 43 y el 70% ,según los casos.

Según Ian Stevenson el enfoque actual mecanicista de la medicina moderna casi siempre atribuye una malformación a la casualidad.

¹⁸¹ Ian Stevenson, profesor en Psiquiatría, titular de la cátedra de Carlson y director del Departamento de Estudios de la Personalidad en el centro de las Ciencias de la Salud de la Universidad de Virginia.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La investigación empieza a partir del testimonio del niño, que comienza a hablar de «su vida anterior» entre los dos y los cuatro años y seguirá hablando hasta a la edad de siete u ocho años. Después, los recuerdos comienzan a esfumarse.

El contenido de las declaraciones del niño se refiere siempre a un relato de la muerte en una «vida anterior», particularmente si la muerte fue violenta. Si el niño se acuerda de la forma en que murió también se acuerda de su asesino –en el caso de un homicidio– y expresa entonces una fuerte enemistad o actitud de venganza. El niño habla de sus «verdaderos padres», de su familia anterior.

Las fobias que están vinculadas a la manera de morir en la vida anterior ocurren en un 35% de los casos y se toman en cuenta. También se estudian los comportamientos inusuales del niño, que se manifiestan en preferencias con respecto a la comida, al vestido y habilidades que son extrañas a su medio evolutivo actual.

Tenemos el ejemplo de un pequeño nacido en la India, que se puso a hablar de su vida anterior entre tres y cuatro años. Decía que se llamaba Arthur y que fue un soldado muerto durante una guerra (Primera Guerra Mundial). Su familia estaba aún más sorprendida por su conducta, ya que no quería llevar las prendas de vestir de los hindúes y prefería llevar shorts y jugar a juegos desconocidos para su familia. Pedía siempre pan con mantequilla, quería carne cuando su familia era vegetariana, no le gustaban las especias tan utilizadas en la cocina india, y no quería comer con las manos sino con cubiertos. Ésta es la descripción de un caso entre muchos.

Los testimonios-recuerdo de estos niños han sido clasificados según cuatro características: la edad a la cual el niño empieza a hablar de su «vida anterior» (de dos a cuatro años); la edad a la cual deja de hablar de ello (entre cinco y ocho años); el alto índice de muerte violenta en la vida anterior; la mención de la manera de morir en la vida anterior.

Las investigaciones se hacen a partir de las malformaciones congénitas de los miembros, el cuello, la cabeza, enfermedades internas, de anomalías en la pigmentación de la piel, de la apariencia física, las posturas, los gestos y movimientos involuntarios, la forma de la cara y sobre casos de gemelos.

Desde el principio del estudio, se reitera un vínculo evidente entre una muerte violenta y los casos de niños que dicen acordarse de vidas anteriores. Las investigaciones son metódicas y basadas en documentos que tratan de heridas de las personalidades anteriores y de las causas de sus muertes –cuando el niño habla de su vida anterior, se acuerda llamarla «personalidad anterior»–.

Estos documentos son de origen médico, como informes de autopsia, expedientes de hospitales o notas tomadas por médicos. Para un 88% de los casos los resultados fueron satisfactorios; en cuanto al 12% que resta, las informaciones no fueron comprobables.

Las marcas de nacimiento corresponden a heridas de una persona difunta (la personalidad anterior) e implican de inmediato la siguiente pregunta: ¿existe un vínculo

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

entre el estado de conciencia en el cual se encontraba la personalidad anterior en el momento de su muerte y la marca sobre el cuerpo del niño?

Esto exige hablar de efectos que las imágenes mentales pueden producir sobre las funciones corporales. Por ejemplo, hay investigaciones que han sido hechas para determinar si el alcohol pudiera inhibir el proceso de las marcas de nacimiento por una reducción de las facultades conscientes en el momento de la muerte. Hasta ahora no tenemos nada concluyente. Pero existen, sin embargo, pruebas de que un determinado grado de conciencia es necesario en el momento de la muerte para que la mayoría de las marcas de nacimiento aparezcan.

Por lo que se refiere a los casos de malformaciones congénitas, algunas causas son conocidas, como los factores genéticos, las enfermedades infecciosas, algunas drogas o toxinas y las condiciones de vida uterina. Pero fuera de estas causas un gran número de malformaciones de nacimiento pertenecen a la categoría de las desconocidas. Aquí el objetivo de la investigación consistió en llamar la atención sobre el hecho de que las causas conocidas no bastan para explicar las malformaciones, y que está bien fundada la necesidad de ampliar nuestros conocimientos en este ámbito.

Según Ian Stevenson, los conocimientos actuales en genética, así como la influencia del medio ambiente uterino y postnatal, no pueden explicarlo todo.

El hecho de aceptar la reencarnación como uno de los factores que contribuyen a la manifestación de las marcas de nacimiento y malformaciones, tiene necesariamente algunas implicaciones.

La idea de la reencarnación está íntimamente ligada a la existencia del espíritu asociado al cuerpo durante nuestra vida, y también a un espíritu independiente que sobrevive a la muerte del cuerpo y que se asociará a continuación de nuevo a otro.

La pregunta planteada en adelante es: ¿cuáles son las características que pueden transmitirse de una vida a otra?

Las investigaciones llevaron a pensar que, a través de la muerte, se perdía una gran parte o casi toda la personalidad anterior, y que es necesario, pues, hacer una distinción entre personalidad e individualidad. Por individualidad se entiende el conjunto de las características desconocidas o potenciales, y por personalidad se entienden los aspectos expresados y vinculados con las circunstancias de la vida.

Otro hecho constatado es que existen sólidas relaciones afectivas entre la personalidad anterior y los padres del sujeto, que pudieron llevar a esta personalidad anterior a reaparecer en una familia precisa y no otra.

Si admitimos la reencarnación, ¿cuál es el proceso que deja estas marcas sobre el cuerpo? Una de las respuestas surgió al constatarse la elevada frecuencia de muertes violentas en los recuerdos.

En la investigación se analizó el intervalo entre la herida fatal y la muerte de la personalidad anterior. En un 58% de los casos el intervalo es de cinco minutos y para el

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

27% había menos de veinticuatro horas. Eso permite concluir, por el momento, que la muerte violenta y la herida fatal tienen una influencia importante sobre la presencia de las marcas de nacimiento. Esta muerte violenta llama la atención de la conciencia sobre la parte afectada. Es esta atención concentrada –justo antes de la muerte de la personalidad anterior– la que afectaría considerablemente al nuevo cuerpo. El *Libro de los muertos* tibetano nos indica cuán importante es el estado de ánimo en el momento de la muerte, ya que es este estado el que condiciona la futura encarnación.

Pero la correspondencia morfológica entre las imágenes mentales y las partes del cuerpo afectadas plantea aún otra pregunta con respecto a las heridas que la víctima no puede ver (por ejemplo, si la persona resulta herida en la espalda no puede tener su atención visual sobre esta herida y eso supondría, pues, otra forma de imaginación).

Todas estas investigaciones no tienen como objetivo imponer la reencarnación como sustituto de las causas genéticas y las basadas en las influencias del medio ambiente. Su objetivo apunta a aportar una tercera posibilidad de respuesta a todas estas preguntas aún no resueltas.

Podríamos concluir destacando que algunas tradiciones espirituales mencionan que la transmisión de las características físicas y particularidades mentales es el modo elegido por la Naturaleza con el fin de proveer a la inteligencia que se encarna del instrumento y del ambiente convenientes en los cuales puede continuar su trabajo.

Para estos investigadores la cuestión de la vida después de la muerte es la más importante que un científico se pueda hacer. Explorar e intentar comprender de manera sincera tal tema, pone de manifiesto que la ciencia no es tan distante del planteamiento filosófico. Buscar lo esencial de la vida y de la muerte: he aquí un puente entre la ciencia y la teoría de la reencarnación.



Sin pretender ofrecer una explicación sobre la doctrina de la reencarnación, trataremos de mostrar el impacto que dicha concepción tuvo y tiene sobre la teoría y la práctica médicas.

Si no se tiene en cuenta la reencarnación, pueden observarse –entre las más habituales– dos actitudes básicas: una posición materialista (negación de la muerte y del dolor, y una posición religiosa ortodoxa de abandono ante el destino, de inacción en aras de un poder superior.

El primer tipo es el que predomina en la actualidad. La ciencia médica moderna se caracteriza por la negación de cualquier fenómeno suprasensible e, incluso, reduce la psicología del ser humano a una mera cuestión de bioquímica cerebral. Como consecuencia, la medicina adopta una actitud de negación ante los fenómenos de vida y muerte, así como ante el sufrimiento, que siempre es considerado negativo y nunca se contempla como consecuencia de errores personales o de origen kármico.

Por consiguiente, el ideal de la medicina moderna consiste en la prolongación de la vida a toda costa y la supresión inmediata de todo dolor o de cualquier perturbación fisiológica. Podemos observar cómo las más recientes investigaciones se dirigen en busca de las causas genéticas del envejecimiento, la clonación, etc.

Algunos modernos equipos de investigación científica proponen que, ya que el alma se considera como no existente, la experiencia y la memoria humanas personales podrían «almacenarse» en dispositivos cibernéticos, de forma que cabría la posibilidad de transferirlas a otro nuevo cuerpo clónico, consiguiendo finalmente realizar el «ideal» médico moderno: un perfecto robot humano, reemplazable y siempre «puesto al día» a través de la información suministrada.

Evidentemente, aquí no hay lugar para ninguna explicación religiosa o filosófica del ser humano. Aunque estas investigaciones nos parezcan fantásticas, en estos momentos varios equipos en Inglaterra y Estados Unidos cuentan con fondos públicos para desarrollarlas. En palabras de uno de los máximos científicos responsables de este tipo de proyectos en Inglaterra, «los computadores son nuestros hijos, y debemos contemplarlos como la siguiente generación humana».

Si bien es cierto que existen movimientos públicos que abogan por una cierta eutanasia y evitar así la prolongación artificial de la vida, no se basan sin embargo en una actitud ética profunda, sino más bien en que hoy en día todavía no existen medios adecuados que permitan «disfrutar» de esa situación. En realidad, no se protesta contra la extensión artificial del periodo de vida, sino contra el tipo de supervivencia rudimentaria del que hoy disponemos.

Paralelas a este tipo de investigaciones, se desarrollan aquellas que se encaminan a la búsqueda de centros neuronales que, al ser estimulados, no sólo hagan desaparecer

de forma absoluta el dolor, sino que asimismo sean capaces de producir sensaciones placenteras prolongadas. Reciente-men-te se ha dado publicidad a la aparición de nuevos aparatos que permitirían, mediante cables colocados sobre el cuero cabelludo, experimentar tantos orgasmos como se quieran.

Obviamente, las investigaciones dirigidas a encontrar medios para paliar el dolor en casos terminales de cáncer u otras enfermedades incurables, son beneficiosas.

Pero aquí no nos referimos a esa utilidad indiscutible, sino a lo que se persigue en muchos casos: una forma de hedonismo sin límites. En un mundo comercializado y consumista, podemos imaginar las consecuencias que esto tendrá: las drogas tradicionales desa-parecerán en aras del último modelo electrónico de placer.

La supresión inmediata del dolor ha llevado a crear una cultura dependiente de los calmantes y los tratamientos antidolor, que en múltiples ocasiones conduce a reacciones aún más dolorosas –inmediatas o futuras–, sin corregir en profundidad las causas del mismo, a la par que debilitan cada vez más la respuesta natural ante el dolor por parte del ser humano. No nos referimos ni siquiera al desinterés por reconocer las causas kármicas o profundas del dolor, sino incluso las fisiológicas, debidas a hábitos incorrectos: es más fácil tomar una pastilla que corregir una mala costumbre. «Pan para hoy y hambre para mañana», parece ser el lema de la medicina moderna con respecto al dolor y su origen.

Por otra parte, están las actitudes pseudorreligiosas que contemplan la enfermedad y el dolor como un castigo divino, como algo inevitable, ante lo que sólo cabe resignación ante la voluntad suprema. Por ejemplo, en el ámbito árabe estamos asistiendo al resurgimiento de técnicas médicas más o menos primitivas o tradicionales, basadas en la creencia de que uno u otro profeta las utilizaba con éxito; o también a la moda de leer mantrámicamente oraciones y libros sagrados en la esperanza de que Dios escuchará esas plegarias y curará al enfermo, y en caso contrario, si muere o sufre, será porque tal es el designio divino. En América aumentan las sectas cristianas y cultos afines en los que se ofrece la curación como un acto de fe, y también se consideran la enfermedad y el dolor como pruebas o castigos divinos.

Pero ¿cuál fue y es la actitud de la medicina tradicional, basada en un conocimiento filosófico y esotérico del ser humano? ¿Cómo veían los antiguos el papel de la medicina en relación con la vida y la muerte, la salud y la enfermedad y la reencarnación?

Las medicinas tradicionales y la reencarnación

En las medicinas clásicas, a diferencia de las actitudes ya vistas –de negación en un caso, y de sumisión o resignación a un poder externo en el otro–, la postura es principalmente «posibilista».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La medicina clásica sólo considera la vida-una, en sus dos fases de vida y muerte y, por ende, la reencarnación constituye un elemento esencial en sus concepciones. Sus mismos símbolos, tales como la serpiente, indican la idea de continuidad de la vida a través de diferentes periodos. Y dado que la reencarnación sería una de las consecuencias del karma acumulado, también considera la ley de acción y reacción como un factor fundamental al analizar la enfermedad y el dolor.

De hecho, de acuerdo con estos criterios, se podría afirmar que la enfermedad es un estado intermedio entre la vida y la muerte, pues participa de ambos a la vez, y que la medicina se centra, toma posición, precisamente en el punto intermedio entre las dos caras de la vida-una. Sus símbolos y mitos así lo atestiguan.

Esta actitud posibilista es la que vemos reflejada en códigos médicos tan antiguos como el egipcio. Allí se señala que ante la enfermedad se pueden dar tres posibles situaciones: no actuar, actuar de acuerdo con los métodos reconocidos en busca de la curación, e intentar la curación. Se reconocen, pues, en la enfermedad, factores inamovibles, curables e intermedios.

La medicina clásica como umbral entre la vida y la muerte: sus mitos fundacionales

Para analizar esta posición intermedia de la medicina clásica y, por ende, relacionada con la reencarnación, nos basaremos en el análisis de los mitos y símbolos clásicos de la medicina.

EL MITO DE ASCLEPIOS

En la antigua Grecia hay varios mitos más o menos relacionados con Asclepios y con la medicina. El primero y más importante es el del propio Asclepios, que incluimos aquí de forma resumida:

Asclepios fue engendrado de la unión de Apolo y Coronis. Esta traicionó a Apolo con Ischys, y Artemis vengó a Apolo matando a flechazos a la infiel y a su amante. Cuando Coronis ya estaba en la pira funeraria y su alma descendía al Hades, Apolo recordó la existencia de un hijo concebido en la madre. Entonces pidió a Hermes que lo rescatase; este, sirviéndose del fuego de la pira que le abría paso, rescató el cuerpo del niño Asclepios.

En este mito fundacional, los actores representan los elementos fundamentales de la medicina:

Apolo es el Sol o Fuego de Vida.

Coronis significa «cuervo», y en esta leyenda los cuervos que la vigilaban fueron castigados a ser negros a partir de entonces. Representa el alma humana que cae enamorada de Ischys (la «fuerza física», un dios menor del cuerpo físico).

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Artemis, la «sanadora», es la que destruye la parte física y el alma caída para dar nacimiento a Asclepios.

Asclepios («cortar» «separar») nace, pues, de algo divino e inmortal en conjunción con algo humano y caído en la materia, de donde es «extraído» o «separado».

Posteriormente el mito caracteriza a Asclepios por su habilidad para resucitar a los muertos. Por haber recibido pago por resucitar a Hipólito, Hades se queja a Zeus de que Asclepios estaba rompiendo el orden establecido. Zeus entonces lo fulmina, pero dándose cuenta de la importancia de su ciencia para los hombres, lo rescata y lo hace inmortal.

Platón, en sus diálogos, hace notar que aquí se esconde otro significado, y que Asclepios, siendo divino, no podía haber incurrido en tal inmoralidad. Evidentemente, el mito refleja una limitación impuesta a la medicina, y desde entonces, a todos los asclepiades: la de dejar que el curso de la muerte permanezca inalterado, la de no sobrepasar los límites que únicamente le corresponden a Hades. La resurrección de los muertos sólo fue, desde entonces, asunto divino.

EL MITO DE QUIRÓN

Asclepios fue educado en medicina por Quirón, el centauro. La leyenda cuenta que cierto día, encontrándose Quirón en compañía de Hércules en su cueva, les atacaron unos centauros. Hércules, furioso, tomó su arco con flechas envenenadas y lo disparó contra los centauros. Por error hirió a Quirón en la pierna; este, siendo inmortal, sufría indeciblemente sin poder morir; entonces suplicó a Zeus que le dejara partir. Zeus permitió que intercambiara su inmortalidad con Prometeo y de esta manera pudiera morir, siendo ascendido entonces al cielo como la constelación de Centauro.

Otra vez nos encontramos con el tema del intercambio entre la mortalidad y la inmortalidad. Los centauros intervienen en la historia y las flechas están presentes, tal como en el caso de la leyenda de Asclepios, en la que Artemisa, siempre acompañada de centauros o ciervos y de su arco, es la que mata la parte mortal o inferior.

A este propósito cabría recordar que el símbolo médico por excelencia en el Antiguo Egipto era la flecha, y que Sekhmet, diosa de la medicina, arrojaba flechas causando enfermedades o matando a los enemigos de sus protegidos.

SIMBOLISMO DE SERAPHIS

Seraphis no solo fue dios de la medicina, sino también de los Misterios, igual que Asclepios y otros dioses relacionados esta ciencia. Se le identifica también con Plutón y, por consiguiente, nuevamente con el traspaso al otro mundo. En Alejandría se le sacrificaban dos gallos: uno de color claro y otro de color oscuro. Puesto que Seraphis representaba todo el ciclo solar, el gallo blanco se le ofrecía en su aspecto de Sol resplandeciente, dios de la vida manifiesta, mientras que el gallo negro se le ofrecía como símbolo del Sol en la Duat o inframundo, como dios de la vida oculta.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El bastón de Seraphis poseía tres cabezas. Éstas estaban relacionadas con el triple concepto del tiempo: pasado, presente y futuro. La cabeza del medio era un león (el Sol o ciclo solar diurno), y las otras dos eran una cabeza de un chacal y de un lobo. Se referían a Uapuaet y a Anubis, es decir, el chacal del sur y del norte, o el solsticio de verano e invierno, o la puerta de los hombres y la de los dioses.

Una vez más aparece el puesto intermedio ocupado por el simbolismo de la medicina: el paso de una vida a la otra.

La relación de Seraphis y Asclepios con un perro es frecuente, y a veces se lo ve echado a sus pies. La idea fundamental es la misma que se refleja en el can Cerbero, y también en Anubis: «el que abre los caminos», no sólo a la otra vida, sino también en esta vida. Así, Anubis, en el Antiguo Egipto, era el protector de la matriz y la vagina, como formas de acceso al mundo.

LA SERPIENTE

Sin abundar en un tema tan rico y sugerente como el que nos ofrece este símbolo, baste con recordar su asociación con la idea de «dadora de vida y muerte», y su simbolismo relacionado con los ciclos de reencarnación y el ciclo del tiempo infinito. A menudo la serpiente aparece alrededor del árbol de la vida, o sea, el propio hombre; otras veces está enroscada alrededor de la tau, emblema que nos lleva al símbolo de la vida por excelencia: el Ankh.

EL ANKH

Es un jeroglífico que significa «vida», «vivir». Se relaciona con muchos otros símbolos y significados, pero aquí queremos destacar la idea de «puerta de la vida». La zona circular que figura encima de la cruz representa, precisamente, esa puerta de la vida, a través de la cual se penetra en este mundo o en el otro. Isis la porta en sus manos, y hasta la época de Galeno se atribuían a esta diosa muchas curaciones mágicas, e incluso, la existencia de cierto remedio «curalotodo» llamado Isis. Otra vez vemos que la ciencia médica se relaciona a través de sus símbolos con la puerta entre los dos mundos.

PTAH

Según H. P. Blavatsky, es equivalente a Asclepios. Es la divina sabiduría, o la inteligencia creativa. Su nombre tiene un significado similar al de Anubis, «aquel que abre». Él es quien recibe al alma, y él es también el Anima Mundi, de donde todas las almas proceden. Como Logos creador es Imhotep (Imhot-pou), quien siempre se representa con el casquete de Ptah. Ptah, dios médico y alquímico es, pues, también quien abre las puertas a la creación y quien recibe a las almas.

IESUS-CHRISTOS

En realidad, este nombre era el que se le daba al que penetraba en los Misterios de Asclepios.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Iaso, la hija de Asclepios, era la diosa de la curación, bajo cuyo patronazgo estaban los candidatos a la Iniciación en el templo de su padre (los novicios o «chrestois», llamados los hijos de Iaso).

El Iniciado Jesús, que aprendió entre los esenios y los terapeutas adscritos al templo de Seraphis en Alejandría, se hizo famoso por sus milagros curativos. En los Evangelios cristianos puede observarse que algunos enfermos lo están a causa de errores cometidos en vidas anteriores («por causa de los pecados de los padres»).

Conclusión

La medicina, en sus símbolos fundacionales, se relaciona íntimamente con misterios del alma en sus retornos cíclicos. Es la ciencia de la vida y la muerte, o de la vida-una, y se sitúa precisamente en el umbral entre los dos mundos.

La enfermedad en sí misma puede ser considerada como un estado intermedio entre la muerte y la vida o, dicho de otra manera, la enfermedad, como la misma muerte, no es más que un accidente o mutación de la vida-una. El concepto pues de reencarnación es inherente e inseparable de la medicina tradicional.



Una vida al servicio de los hombres

«Una vez hecho todo el trabajo para el cual hemos venido a la Tierra, tenemos derecho a dejar atrás nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo aprisiona a nuestra alma como el capullo a la futura y bella mariposa. Y cuando el tiempo lo vuelve maduro, podemos dejarlo detrás. Luego, estaremos libres de dolores, de miedos y preocupaciones, libres como una mariposa libre y bella, y podremos regresar a Dios. Algunas flores existen solamente unos días, admiradas y amadas por todos como signo de esperanza y de primavera. Después se mueren, pero han cumplido lo que tenían que hacer...» (Cita del libro *Una carta para un niño que tiene cáncer*, de Elisabeth Kübler-Ross).

Con estas sencillas palabras, la extraordinaria médica ha tratado de describir el sentido de la existencia humana e indicar que nosotros, los seres humanos, tenemos un alma inmortal que sigue viva en el más allá y que participa de lo espiritual.

Esa imagen de la mariposa, Kübler-Ross la descubrió por primera vez en el campo de concentración de Majdanek, en Polonia, cuando se dedicaba como adolescente a la reconstrucción del país, en el marco de la IFD (*Internationaler Friedens-Dienst*, servicio internacional para la paz). Allí encontró las murallas de las barracas cubiertas de esbozos de mariposas. Durante muchos años se había preguntado qué significarían. Finalmente, podía comprender e interpretar estos mensajes de los desesperados en los lugares de tortura, después de miles y miles de entrevistas con moribundos y con personas que habían tenido experiencias cercanas a la muerte.

Vida y obra de Elisabeth Kübler-Ross

La primera de trillizos, nació en las cercanías de la ciudad de Zürich, en la Suiza alemana, el 8 de julio de 1926. Fue muy pequeña y pesó solamente un kilo. Nadie previó en aquel entonces que se iba a desarrollar como una luchadora incansable hacia una medicina más humana y en la asistencia de los moribundos.

Tuvo en su niñez un gran amor por la Naturaleza y por todos los seres, un amor que aumentó a través de sus numerosas excursiones a los Alpes suizos.

Cada uno de nosotros tiene un potencial de bondad que trasciende nuestra imaginación; un potencial de dación que no busca recompensa; un potencial de escuchar sin juzgar; un potencial de amor incondicional.

Como adolescente, rechazó a los representantes dogmáticos e inhumanos de las iglesias oficiales y fue una defensora intachable de la justicia. Quedó muy impactada por los crímenes de los nacionalsocialistas en Alemania, crímenes que también tenían

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

repercusión en Suiza a través de olas de refugiados y situaciones dramáticas con los refugiados en la frontera alemana-suiza. Por ello, participó después de la Segunda Guerra Mundial en una acción de ayuda en Polonia para el IFD, el famoso servicio internacional para la paz. En este servicio de ayuda, Kübler-Ross trabajó intensamente y con una entrega enorme en el campo médico.

Kübler-Ross decidió estudiar medicina, a pesar de la resistencia de su padre. Se financió sus estudios a través de actividades en laboratorios y asistiendo a enfermos. Terminó su carrera de medicina con gran éxito, aunque en aquel entonces estudiar medicina para una mujer era mucho más duro que hoy.

Durante su periodo universitario, Kübler-Ross cuidó permanentemente de estudiantes extranjeros, organizando para ellos ayudas económicas. En este tiempo conoció a su futuro esposo, Emmanuel Ross, un americano que también estudió medicina en Suiza. Después de terminar los estudios, emigró a los Estados Unidos con él.

Los primeros éxitos de Kübler-Ross durante su fase de aprendizaje para ser médico especialista tuvieron lugar en una sección psiquiátrica en la cual pudo reeducar socialmente a más del 90% de los casos de esquizofrenia. Lo logró a través de su capacidad de escuchar, de delegar en el enfermo la responsabilidad sobre sí mismo y sobre el conjunto, y a través de su gran amor hacia los hombres.

Este hecho demuestra su papel como pionera de una psiquiatría más humana, un ejemplo para todos nosotros para que practiquemos también estos valores en nuestra propia vida: sin amor hacia los hombres tampoco nosotros podremos afianzar nuestros ideales en este mundo, sea donde sea. Lo mismo con el servicio: sin servicio a la Humanidad tampoco podremos afirmar nuestros ideales en este mundo, estemos donde estemos.

La capacidad de discernimiento ayudó a Kübler-Ross a reconocer lo que ella podía hacer para ayudar a los enfermos psíquicos a reintegrarse nuevamente en la sociedad.

En su tercer año de estudios como especialista, Kübler-Ross se encontró cada vez más ante pacientes moribundos. Descubrió que los moribundos son ignorados y descuidados en nuestros hospitales. Constató que nuestra sociedad huye del tema de la muerte. Los moribundos ya eran casi muertos, tanto para los médicos como para el personal de los hospitales. La fe profunda de Kübler-Ross en lo divino e inmortal del hombre y su fe en el valor de un proceso de la muerte con más dignidad, facilitaban a los moribundos el despedirse de su vida de una manera más humana. Pero no solamente esto: Kübler-Ross tuvo la idea de publicar las experiencias de estas personas siempre y cuando éstos dieron su permiso para que los demás pudieran aprender de ellas.

También en su propia vida, Kübler-Ross aplicaba su forma de ver las cosas. Cuando, por ejemplo, su padre estaba muriéndose, ella luchó con el hospital de Suiza en el cual estaba ingresado para obtener el permiso de trasladarle a su propia casa, rodeado de su familia más cercana, para dejarlo morir en paz y feliz. Kübler-Ross aplicó este mismo criterio más tarde para cuidar a su propia madre después de un ataque de

apoplejía que la causó una paralización completa. Logró que su madre fuese atendida en una casa de asistencia cristiana con personal sanitario de alto nivel humano.

Un aspecto interesante surgió en estos tiempos: Kübler-Ross llegó a la convicción íntima de que no hay que ayudar a los moribundos para evitar sus dolores, o sea, que ella rechazó la eutanasia. Kübler-Ross tenía la opinión de que cada dolor que sufre un ser humano tiene su sentido. También en el budismo, Siddharta Gautama lo enseñó en sus «Cuatro Nobles Verdades», diciendo que los hombres estamos enfrentados en este mundo al dolor y que podemos aceptarlo y transformarlo en sabiduría.

Kübler-Ross siempre dijo «no» a la eutanasia. En esto se refleja también su actitud combativa hacia la vida, una actitud que nos recuerda al Mahabharata con la descripción de la lucha mítica entre los Kuravas y los Pandavas –defectos y valores–, una lucha que nadie puede evitar.

En este contexto, Kübler-Ross dijo una vez: «Cada uno tiene que luchar contra las dificultades de su vida. Cuanto más pases por estas dificultades y luchas, más aprenderás y crecerás. Los impedimentos te fortalecen. Cuando aprendes tus lecciones, desaparecen los dolores».

En otra oportunidad dijo: «Si protegieramos las cañadas ante las tormentas –como por ejemplo el Gran Cañón en el oeste de los Estados Unidos–, nunca podríamos ver su belleza».

En el *Mahabharata*, el dios Krishna manda a su discípulo y amigo, Arjuna, tomar su arco nuevamente y luchar contra los Kuravas, o sea, contra sus propias debilidades y vicios, fortaleciendo así sus virtudes y puntos fuertes. Elisabeth Kübler-Ross tiene también la opinión de que no debemos ser pasivos, sino que tenemos que trabajar con nosotros mismos y con nuestro entorno para hacer este mundo un poco más bello y digno.

Después de sus primeros éxitos, Kübler-Ross se trasladó junto a su marido, su hijo y su hija, a Chicago para dedicarse a una vida profesional muy exigente como especialista psiquiátrica.

En este tiempo empezó sus investigaciones y entrevistas con personas que sabían que iban a morir. Repetidas veces relataron, en el marco de sus cursos académicos sus sentimientos, pensamientos y experiencias con su entorno. A través de estos testimonios, logró que los médicos y el personal sanitario desarrollaran más comprensión y compasión hacia los moribundos. Todos ellos sufrían bajo la ignorancia e indiferencia de nuestra sociedad frente a la muerte.

Kübler-Ross descubrió que los hombres pasan, principalmente, por cinco fases como moribundos:

1 Primeramente son impactados; rechazan su proceso de acercamiento a la muerte.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

2 Después se vuelven agresivos y furiosos.

3 En la siguiente fase tratan de regatear con Dios o con el destino.

4 Cuando toman conciencia de que no sirve para nada, se vuelven depresivos.

5 Finalmente, logran aceptar su destino cuando los demás, o sea, su entorno, les ayudan adecuadamente con amor y simpatía. En caso contrario, caen en la resignación.

Kübler-Ross también descubrió que una vida llena de sentido es una llave muy importante para una muerte en paz. Dice: «¡Que vivas de tal manera que no mires el pasado y no te arrepientas porque no has utilizado la vida adecuadamente! ¡Que vivas de tal manera que no tengas que arrepentirte de cosas que has hecho o que querías no haber hecho! ¡Que vivas sincera y enteramente! ¡Que vivas!».

Esto es la esencia más importante de la vida para los moribundos; éste es el mensaje que los moribundos siempre han repetido a Kübler-Ross y a nosotros también. Significa que tenemos que lograr una actitud ante nuestra vida que implique la «recta acción», como enseña Krishna a Arjuna en la *Bhagavad Gita*.

Poco a poco, Kübler-Ross comenzó a escribir libros sobre sus experiencias. Uno de los primeros fue Entrevistas con moribundos (*Interviews mit Sterbenden*).

A lo largo de los siguientes años se afirmó la fama de Kübler-Ross como pionera del siglo XX en el campo de la tanatología o investigación de la muerte, sobre todo, a través de sus artículos y libros. Pero, al mismo tiempo, aumentaban ciertos problemas con sus colegas en el hospital donde trabajaba: médicos y personal acusaban a Kübler-Ross de que sólo quería ganar dinero con sus investigaciones y publicaciones. La situación en la clínica de Chicago se volvió insoportable, y Kübler-Ross dio el paso para trabajar independientemente.

Posteriormente, la prioridad de sus investigaciones se concentró alrededor de experiencias cercanas a la muerte.

Descubrió la existencia de cuatro fases en una experiencia cercana a ella:

1 En la primera fase, los hombres salen de su cuerpo físico, tienen una forma más sutil y observan su entorno físico.

2 En la segunda fase descubren que ningún ser humano tiene que morir solo. Encuentran a sus ángeles protectores, a sus líderes espirituales. Pueden «volar» a cualquier lugar en un momento.

3 En la tercera fase pasan por una forma de túnel o de puerta de traspaso. Detrás de este túnel o puerta distinguen una luz brillante que emana calor y energía espiritual. Se llenan de paz, tranquilidad y de la noción de un «retorno a casa» definitivo. Reconocen el amor incondicional como sentido verdadero de su existencia en la Tierra y experimentan esa luz como Dios, Buda, Cristo, como experiencia religiosa muy profunda.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

4 En la cuarta fase se afirman estas impresiones aún más. Saben que están en el origen supremo, que están en Dios. Los moribundos reconocen que están rodeados de un conocimiento universal que contiene pasado, presente y futuro. En esta fase hacen una retrospectiva de su propia vida. Por fin, se encuentran ante la pregunta de qué han hecho de bueno para los demás durante su vida.

«Durante nuestra vida recibimos una y otra vez indicaciones que nos recuerdan en qué dirección tenemos que ir. Cuando no estamos atentos, no nos decidimos correctamente, lo que es finalmente la causa de la miseria. Cuando nos mantenemos atentos aprendemos nuestras lecciones y disfrutamos de una vida llena, buena, lo cual nos lleva a una muerte buena. El don más grande que Dios nos ha otorgado es la voluntad libre. Dios pone en nuestras manos la responsabilidad para la opción óptima».

En esta cita, Kübler-Ross menciona lo que los antiguos filósofos de la India llaman la ley de causa y efecto: Karma. Nosotros producimos karma a través de nuestros actos, y por ello somos responsables de nuestro propio karma, decidimos qué sendero queremos seguir.

Los moribundos, a través de Kübler-Ross, reconocieron: «Cuando consideramos todo lo vivo como regalo que fue creado por Dios para que lo disfrutemos, respetemos y protejamos para las próximas generaciones, y cuando lo tratamos con la misma solicitud y asistencia que a nosotros mismos, entonces tenemos el derecho de alegrarnos ante el futuro y no debemos tener miedo».

Respeto, amor y entrega hacia todo lo vivo fueron actitudes importantes para estos hombres cuando regresaron a la vida, y estas actitudes impregnaron sus vidas hasta el punto de traspaso al otro mundo.

Los libros de Kübler-Ross sobre las experiencias cercanas a la muerte afirman las investigaciones de Raymond Moody, que es, quizás, el especialista más famoso en las experiencias cercanas a la muerte.

Kübler-Ross empezó a organizar gran cantidad de conferencias y seminarios en con muchísimos participantes. Tuvo la oportunidad de trabajar en una cárcel escocesa. Paralelamente, su marido se separó de ella.

En California fundó su primer centro de asistencia y actividades. Más tarde se trasladó a Virginia, pero allí fracasó ante la intolerancia de su población, que no aceptó que Kübler-Ross construyera allí, en su «rancho», una casa de cuidado para pequeños niños enfermos de SIDA. Después de un atentado a su casa, que fue destruida por el fuego y que destruyó la mayoría de sus documentos, Kübler-Ross se retiró a Scottsdale. Después de algunos ataques de apoplejía, se acercaba a su propia muerte.

Epílogo

Elisabeth Kübler-Ross es un ejemplo para nosotros en diferentes aspectos:

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

1 Primeramente, contribuyó a revalorizar la muerte en la conciencia de la sociedad, a establecerla como lo que es: un umbral hacia el más allá, siendo quizás la oportunidad más grande de transformación como seres humanos.

2 También trató de otorgar nuevamente a la vida su posición verdadera, para que la vivamos conscientemente con amor plasmado en obras hacia todos los seres vivos, sirviendo con inteligencia a la Naturaleza.

3 Finalmente, mostró a través de su propia vida la importancia de aplicar sus conocimientos, de ponerlos a disposición de los demás siendo ejemplo.

Kübler-Ross puso su vida al servicio de la Humanidad. Luchó por un mundo más humano, más bello y más justo. En este camino tuvo muchos errores y también muchos éxitos. Fue famosa en el siglo XX, su propio siglo, y se granjeó simpatizantes y enemigos, pero durante toda su vida trató de poner más luz en este mundo a través de sus descubrimientos y trabajos científicos, y de su servicio altruista a la Humanidad con su gran amor por todos los seres vivos.

Que sea esta mujer extraordinaria un ejemplo para los hombres nobles, para continuar en este camino: forjar un mundo nuevo y mejor.



UNA APROXIMACIÓN AL ENTE QUE
SUBYACE MÁS ALLÁ DE LA EXPERIENCIA FÍSICA

Morir es una de las experiencias más significativas que pueda sufrir cualquier persona. Ver morir a los seres queridos, así como atravesar el propio proceso de la muerte, son acontecimientos traumáticos que desa-fían nuestra forma de ver y entender el mundo.

Darle una explicación a qué es la muerte, la vida, la conciencia, si existe o no el alma o el espíritu, etc., es un tema que suele caer en lo religioso, en lo filosófico o en lo científico.

En su obra *Dying, Mourning, And Spirituality: A Psychological Perspective* (Muriendo, estando de luto, y espiritualidad: una perspectiva psicológica), Robert Marrone expone que para la ciencia –tal como impera en nuestros días gracias a las influencias del conductismo de Watson– el fenómeno de la conciencia o de los estados mentales es excluido frecuentemente a fin de lograr que la Psicología pueda someterse a estudios comprobables y objetivos, y que con Freud, el fenómeno religioso y espiritual es la respuesta infantil a las sensaciones de desamparo y de inseguridad. Lo anterior ha traído consigo que el fenómeno religioso y espiritual –al igual que el fenómeno de la conciencia– haya sido excluido de las ciencias, a pesar de su importancia en la experiencia humana.

Sin embargo, gracias a la revolución cognitiva de los últimos treinta años, la Psicología y la Psiquiatría han ampliado el campo de sus investigaciones incluyendo asuntos del espíritu, el sentido de la vida y las creencias religiosas.

Desde estos elementos realizamos un acercamiento al fenómeno de la reencarnación, por cuanto es relevante para el fenómeno de la vida y la muerte y para el conjunto de decisiones que se toman a diario pensando en que no existe vida después de la vida.

¿Existe o no la reencarnación? ¿Hay cómo probar su existencia? ¿Hay hechos investigables o medibles que permitan «objetivamente» comprobar la existencia de la reencarnación?

La reencarnación, el proceso por el cual los entes que conforman la actual Humanidad pasan de un cuerpo carnal a otro, conlleva en primer lugar la existencia de dichos entes con independencia del «aparato» sensorial. Dichos entes son los que tradicionalmente se entienden como el «alma» o el «espíritu» del ser humano.

Para acercarnos al fenómeno del alma o el espíritu, así como al fenómeno de la conciencia y su vinculación con el cuerpo biológico, primero hemos de indagar si el ser humano posee alma o espíritu; hemos de indagar si el fenómeno de conciencia existe independientemente del cuerpo biológico sobre el que se apoya. Hay que investigar si el

ser humano puede o no percibir solamente con sus órganos de percepción —como los ojos, el tacto, el oído—, y si puede llegar a percibirse visión, sonidos, etc., sin ellos.

Lo primero será preguntarnos: ¿qué es el cerebro?, ¿cuál es su relación con la conciencia?, ¿cómo se desarrolla el cerebro?, ¿el cerebro y la conciencia son lo mismo o es el resultado una del otro?, ¿qué importancia tiene la percepción espiritual en todo esto?

Recientes trabajos de investigación muestran un interesante fenómeno en la conformación del cerebro físico en los seres humanos, que se inicia, incluso, antes del nacimiento.

Cada niño nace con un cerebro formado por aproximadamente 100 billones de células (100.000.000.000) neuronales más un trillón de células gliales, que son fundamentales para que se puedan dar las uniones entre neurona y neurona (conocidas como las sinapsis neuronales). Este cerebro, en el momento del nacimiento, surge con una estructura y una interconexión básicas.

Dichas células requieren de una experiencia sensorial previa que permita definir cómo quedará la estructura final del cerebro¹⁸² y, gracias a una coordinada actividad de ondas neuronales, se irán conformando los «circuitos cerebrales» que, con el tiempo, permitirán al ser humano percibir su entorno.

Esta estructura de billones de células y trillones de sinapsis cerebrales ha de desarrollarse en pocos meses a fin de estar apta para procesar un conjunto extraordinariamente complejo de información, que se reflejará como una dinámica cambiante en la actividad eléctrica de tiempo, frecuencia y espacio¹⁸³.

Pero, si es la experiencia la que desarrolla el cerebro y la experiencia neuronal la que establece la estructura del mismo, ¿cómo pudo dicho complejo celular manejar su propio fluido eléctrico en cuanto a tiempo, frecuencia y espacio? ¿Cómo lo desarrolló en nueve meses de gestación?

Y, si el cerebro es desarrollado por la experiencia, ¿qué es lo que dirige el proceso de desarrollo si no es el propio cerebro? ¿Qué es lo que percibe la experiencia y la conduce al cerebro?

A lo anterior hemos de añadir que las emociones también juegan un papel fundamental en la conformación de los patrones cerebrales —como descubrió la psicóloga Geraldine Dawson de la universidad de Washington—: de la percepción de estados depresivos de conciencia, los niños desarrollan ondas cerebrales semejantes y depresivas.

¹⁸² Las conexiones entre los órganos de percepción y el cerebro requieren de un impulso que defina la estructura nerviosa, como es el caso del nervio óptico, que recibe impulsos eléctricos espontáneos de los ojos del feto y permiten conformar la visión.

¹⁸³ *Brain electrical activity analysis using wavelet based informational tools* O.A. Rossoa,., M.T. Martinb, A. Platinob. *Physica A* 313 (2002) 587 - 608.

¡El cerebro capta no sólo realidades físicas sino que, cual si fueran antenas de radio, también capta ondas cerebrales u ondas emotivas! ¿Habrá algo más que esto?

En este punto es interesante reflexionar sobre los descubrimientos efectuados por el equipo de investigadores dirigido por el doctor Michael Persinger, de la Laurentian University, en Sudbury, (Ontario, Canadá): un conjunto de campos electromagnéticos aplicados sobre ciertas áreas específicas del cerebro induce al ser humano a un «acercamiento» a Dios, a la experiencia mística.

Si lo anterior ha sido demostrado científicamente –y no ha faltado quien ha dicho que Dios está en el cerebro–, la pregunta obligada sería: ¿cómo es posible que el cerebro humano haya generado las sinapsis neuronales, la estructura neuronal requerida para captar a Dios o la experiencia mística? Si –como se ha dicho– es la experiencia neuronal la que permite conformar las sinapsis y el patrón del cerebro físico, ¿qué se requiere para las posteriores captaciones de Dios o experiencia mística?

Obligadamente hemos de entrar en el terreno de la Psicología para poder preguntarnos entonces: ¿qué es la conciencia?, ¿qué relación tiene la conciencia con el cerebro físico?, ¿conciencia y mente son lo mismo?

Hasta hace pocos años la ciencia ha contado con aparatos que pueden estudiar los fenómenos cerebrales e indagar en la relación entre el cerebro y la mente, o el cerebro y la conciencia. Entendiendo el papel que dichos estudios puedan desempeñar en los problemas mentales que se conocen –como el mal de Alzheimer, la depresión, la esquizofrenia y otros–, los proyectos de investigación han proliferado.

Hubo autores que llegaron a decir que la mente es «creada» por el cerebro (Antonio Damasio y su obra *Descartes's Error*), si bien posteriormente han cambiado de opinión y han escrito que la conciencia es un misterio que todavía no podemos entender (Antonio Damasio cuatro años más tarde en su obra *The Feeling of What Happens*).

Las preguntas fundamentales, a pesar de las investigaciones hechas hasta ahora, todavía no tienen una respuesta plenamente satisfactoria para los cultores de la ciencia o de la psicología, y en la actualidad, el tema es tratado por filósofos, psicólogos y neurocientíficos de forma coordinada. Probablemente la respuesta esté en lo mejor de todas estas ramas del saber.

Güven Güzeldere, profesor asistente de Filosofía de la universidad de Duke, ha señalado que la conciencia posee ricos y diversos contenidos, desde las experiencias sensoriales –como la visión y las corporales (el dolor, por ejemplo)– hasta los aspectos no sensoriales como la voluntad, las emociones, la memoria y el pensamiento.

Para Giulio Tononi y el premio Nobel Gerald Edelman, estudiosos del sustrato neurológico de la conciencia, la búsqueda de la experiencia concienical debe darse en la

investigación de los procesos neurales que producen los elementos claves de la experiencia de la conciencia¹⁸⁴.

Después de diversas observaciones, estos estudiosos plantean su hipótesis por la cual sostienen que la conciencia se apoya en subconjuntos de grupos neuronales y no en todo el conjunto cerebral. Esta hipótesis ha sido llamada *The Dynamic Core Hypothesis*.

Lo más interesante de dicha hipótesis son los factores de apoyo a la misma:

1 Los estudios clásicos de lesión y estimulación sugieren que diversas estructuras talamocorticales no influyen directamente en la experiencia de la conciencia.

2 Estudios neurofisiológicos indican una posible disociación entre la experiencia consciente y la actividad neuronal en curso en diversas porciones del sistema talamocortical.

3 En los estudios magnetoencefalográficos se encontró que solo algunas áreas del occipital, temporal y frontal se correlacionaban con la percepción consciente de los estímulos. Otras áreas mostraban respuestas a estímulos que no eran conscientes.

4 Una gran cantidad de los procesos neuronales, responsables de las rutinas automatizadas –tales como hablar, escuchar, leer, escribir, etc., de forma rápida y con poco esfuerzo–, parecen no contribuir directamente a la experiencia de concienciación, si bien son esenciales para determinar el contenido de dicha experiencia.

Para que la experiencia de la conciencia se pueda dar –señalan Tononio y Edelman– han de existir unos conjuntos de neuronas que puedan lograr una alta integración –en fracciones ínfimas de tiempo– de la alta dosis de información que implica dicha experiencia concienical integrada.

Asimismo, para que la experiencia de la concienciación pueda mantenerse, se requiere que estos conjuntos neuronales estén en condición de manejar y diferenciar las grandes complejidades que conllevan las altas dosis de información.

Elaboran estos científicos –Tononio y Edelman– un conjunto de predicciones que habrán de demostrarse con el tiempo, por las cuales se podrán encontrar diversas correlaciones entre las actividades de la conciencia y las de diversos grupos neuronales. La conciencia se verificará por un conjunto de procesos neuronales, no por ninguna propiedad intrínseca de las células neuronales.

Queda claro, de lo anterior, que la experiencia concienical es un enorme misterio para los más aventajados científicos de nuestra época. Sus estudios han tenido que partir del reconocimiento de la conciencia y de sus elementos claves para poder indagar qué parte del cerebro es capaz de manejar dichos procesos, sin que todavía hayan podido «dar en el clavo».

¹⁸⁴ *Neuroscience: Consciousness and Complexity*. Volume 282, Number 5395, 4 Dec 1998, pp. 1846-1851. The American Association for the Advancement of Science.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

También queda claro que será a través de la Psicología o la Psiquiatría como podremos acercarnos científicamente al fenómeno de la conciencia, pues la neurología todavía no logra arribar a una respuesta plenamente satisfactoria «desde abajo».

La psicología, en su sentido etimológico, es la «disciplina que tiene por objeto el alma», haciendo del alma el equivalente de la psiquis humana.

A través de la Psicología o la Psiquiatría podemos encontrar diversas formas de acercarnos al fenómeno de la conciencia y su relación con los órganos de percepción así como su capacidad de percibir sin dichos órganos, en lo que se ha venido a llamar la percepción extracorporal.

Es el caso de las llamadas *Out of the body experiences* (OOB u OBE por sus siglas en inglés), o «experiencias fuera del cuerpo», así como de las llamadas *Near Death Experiences* (NDE, por sus siglas en inglés) o «experiencias cercanas a la muerte».

El ser humano, tal como señalan numerosos estudios, ha vivido experiencias fuera de su cuerpo y será este conjunto de experiencias el que nos permita desarrollar el tema de la conciencia con una aproximación «desde arriba».

Las experiencias fuera del cuerpo u OBE son un conjunto de experiencias vividas en situaciones variadas y que brindan conocimientos que nos aproximan a las dudas anteriormente planteadas.

Estas experiencias se dan en los seres humanos sin necesidad ni participación de drogas o alcohol y suponen un traspaso del plano físico a otros planos más sutiles; con lo que apuntan a la existencia de múltiples planos en la Naturaleza.

A través de las experiencias extracorporales u OBE el ser humano puede percibir con la conciencia su mundo circundante como «fuera del cuerpo» y sin depender de los órganos de percepción corporales. Las OBE implican la separación del sujeto (el que conoce y percibe) del cuerpo (el órgano de percepción) y la existencia de otros órganos extracorporales de percepción.

Las OBE suelen ser experiencias en las que la persona se puede observar a sí misma salir de su cuerpo y puede observar y oír el medio circundante desde una posición «fuera de sí». A veces, incluso, se trata de experiencias que no se habrían podido dar «dentro del cuerpo».

Existen innumerables anécdotas de personas que han tenido OBE, y hoy día se dirigen estudios en diversas instituciones para poder recabar información que permita certificar la veracidad de la experiencia y sus patrones comunes.

En Suiza, el doctor Olaf Blanke y sus colegas de los hospitales universitarios de Ginebra y Lausanne hallaron, en septiembre del año 2002, una región en la parte derecha de la corteza cerebral –llamada circunvolución angular– que interviene en la cognición espacial y que propicia el llamado «desdoblamiento».

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

El Dr. Blanke y sus colegas estimularon varias veces a una paciente que obtuvo diversas OBE, lo que permitió confirmar clínicamente que el fenómeno existe y que hay fórmulas para inducir dicho fenómeno.

Según otros estudios, existirían OBE espontáneas y OBE autoinducidas. Ambos tipos de OBE producen distintos tipos de experiencias, como la percepción o no de un «cordón de plata» que une al cuerpo biológico con otro «cuerpo sutil», que es el que «sale» del cuerpo biológico (esta experiencia suele darse en las OBE autoinducidas y no en las espontáneas).

Lo que sí se puede destacar de las OBE, en general, es la percepción de energía, de vibraciones, de sonidos fuertes¹⁸⁵, una parálisis corporal posterior a la OBE¹⁸⁶ y la convicción de la existencia de «algo» distinto al cuerpo que puede separarse del mismo.

Las OBE más significativas, desde una perspectiva clínica y científica, son las relacionadas con las «experiencias cercanas a la muerte» (NDE).

El día 15 de diciembre del año 2001 el diario médico *The Lancet* publicó un estudio que fue desarrollado durante trece años en diez hospitales holandeses sobre las experiencias cercanas a la muerte de numerosos pacientes. Este estudio fue hecho sobre pacientes que fueron reanimados debido a un cese de la actividad cardíaca y/o respiratoria, diferenciando a quienes habían percibido un NDE de quienes no lo habían percibido.

El estudio llega a diversas conclusiones que explican por qué los NDE no son producto de la actividad cerebral.

Una de esas conclusiones consiste en que las llamadas NDE no son el resultado de una alucinación por pérdida de oxígeno en el cerebro, por cuanto todos los pacientes sufrieron dichas pérdidas, mas sólo el 18% tuvo este tipo de experiencias. Si la hipótesis de la alucinación fuese correcta todos los pacientes habrían percibido la experiencia cercana a la muerte.

Otra conclusión del estudio holandés es que las NDE no se deben tampoco al uso de drogas, por cuanto todos los pacientes que experimentaron las NDE fueron tratados de diversas maneras y con drogas diferentes.

Con ese y otros numerosos estudios que se han hecho durante los últimos 20 años¹⁸⁷ (entre los que se citan: Blackmore, 1983; Kastenbaum, 1991; Marrone, 1997, 1998; Noyes & Kletti, 1976, 1977; Oakes, 1981; Sabom, 1982; Sabom & Kreutziger, 1977) los investigadores han aislado un conjunto de fenómenos perceptivos, afectivos y cognoscitivos que ocurren durante los llamados NDE.

¹⁸⁵ Gabbard, G. O. and Twemlow, S. W. *With the eyes of the mind* (New York: Praeger, 1984).

¹⁸⁶ Salley, R. D. *REM Sleep Phenomena During Out-of-Body Experiences* (Journal of the American Society for Psychical Research, 1982, 76, pp. 157-165); *Out-of-Body Experiences and Dream Lucidity: Empirical Perspectives in Conscious Mind, Sleeping Brain* (ed. Gackenbach, J. and LaBerge, S. New York. Plenum. 1988, pp.353-371).

¹⁸⁷ *Death Studies*, 23: p. 508, 1999, Taylor & Francis.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Con las NDE, los supervivientes a la muerte llegan a describir una dimensión de trascendencia espiritual, descrita como la elevación de la mente sobre las limitaciones terrenas, lo que les permite entrar durante un tiempo en otro espacio, en otra era o en otro lugar.

Las experiencias trascendentes suelen ser descritas incluyendo lo siguiente:

- Un encuentro con seres místicos o espíritus invisibles.
- Cercanía a una barrera de no retorno cuyo traspaso implicaría la muerte.
- Conversaciones con Dios o alguna fuerza superior, simbolizada frecuentemente por una intensa luz blanca.
- Sentimientos de gran comprensión, armonía, revelación, unidad y gozo.
- Una grandiosidad que la vuelve inefable.
- El reencuentro con conocidos que ya murieron.
- Una revisión de los sucesos de la propia vida que está por terminar.

En los diversos estudios resulta sorprendente el nivel de detalles y la similitud de los mismos por parte de quienes intervinieron en dichas experiencias.

El estudio holandés, finalmente, reveló que, en aquellos pacientes que fueron reanimados, la actividad eléctrica de sus cerebros se fue a cero antes del proceso de reanimación. Esta revelación es significativa en cuanto que el aparato que ha de registrar las experiencias no estaba «conectado», no estaba funcionando y, sin embargo, la experiencia fue registrada y «vivida».

Para algunos científicos dichas experiencias son el resultado de un cerebro enfermo o agonizante que produce sus propias alucinaciones, que busca rellenar con experiencias ficticias la ausencia de experiencias reales durante el periodo de cese de su actividad.

Habiendo visto sumariamente lo que es el cerebro, resulta curioso –por no decir paradójico– que un conjunto de materia biológica organizada, gracias a la casualidad evolutiva, busque evitar por algún motivo el dolor o el vacío del proceso de morir y por ello se brinde a sí mismo una suerte de autoconsuelo final al lograr una desconexión paulatina y autoprogramada para evitar el dolor autoimpuesto por haber adquirido autoconciencia.

Estaríamos frente al verdadero «creador» del «fenómeno humano»: su cerebro, con capacidad de imponerse una «realidad virtual» en el momento cumbre de la vida. Quizá toda la vida sería una simple ficción inventada por semejante demiurgo celular.

Significan las anteriores hipótesis que el cerebro logra inventarse su propia historia para evitar caer en el vacío o por simple reacción que logra evitar dicho vacío (¡sabe el cerebro!). Esta hipótesis presenta un dilema: ¿cómo puede el cerebro, que

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

antes no ha estado frente al vacío, poseer un mecanismo que le previene de dicho vacío? A pesar de que el cerebro nunca se ha enfrentado a dicha situación, previa o posterior a su conformación neuronal definitiva, ¿cómo pudo producir un mecanismo que le evite el dolor de la aniquilación o del cese de la actividad? Este camino especulativo parece ser eso: especulación basada en hipótesis.

Sin poder ahondar en tan corto espacio en todo lo expuesto, podemos sacar diversas conclusiones en limpio:

1 La conciencia existe.

2 El cerebro humano es moldeado en base a la experiencia, lo que implica que dicha experiencia es transferida por «algo» que percibe y que no emplea el cerebro para percibir.

3 La experiencia de la conciencia existe y no se apoya necesariamente en el cerebro, si bien en él podremos hallar una actividad funcional semejante a la descubierta en la experiencia concienical.

4 El ser humano puede percibir aunque posea un cerebro eléctricamente inactivo.

5 El ser humano puede percibir situaciones y circunstancias que implican la existencia de órganos de percepción no corporales.

6 Hay mecanismos voluntarios e involuntarios que producen la separación de la conciencia del cuerpo físico.

Hay, por lo visto, más evidencias científicas de la existencia de un «algo» (llamémoslo alma, o espíritu, o como nos convenga) que existe independientemente del cerebro o del cuerpo físico y que sobrevive a la muerte del cerebro y del cuerpo físico.

En cuanto a la reencarnación, son diversos los estudios que tratan sobre su existencia. Se pueden citar, entre otros, los siguientes:

- Los trabajos del doctor Ian Stevenson de la universidad de Virginia, por los cuales ha investigado las experiencias de más de doscientos niños en todo del mundo, centrándose en el tema de los defectos de nacimiento y las marcas de nacimiento que se relacionan con aparentes vidas anteriores¹⁸⁸.

- El profesor de Psicología, Erlendur Haraldsson, de la universidad de Islandia, ha desarrollado diversas investigaciones en el campo de la Psicología y de los fenómenos de la reencarnación, habiendo publicado diversos artículos y obras al respecto¹⁸⁹.

¹⁸⁸ *Reincarnation and Biology: A Contribution to the Etiology of Birthmarks and Birth Defects* by Dr. Ian Stevenson. Praeger Publishers, 1997. 2 volume set, 2080 pages.

¹⁸⁹ *Children who speak of memories of a previous life, case studies and psychological characteristics.* Erlendur Haraldsson (1991). *Children claiming past-life memories: Four cases in Sri Lanka.* Journal of

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

- Todd Murphy, investigador asociado al doctor Michael Persinger, de la Laurentian University, desarrolla su hipótesis por la cual el proceso de revisar la propia vida en las experiencias cercanas a la muerte (NDE) es el primer paso en el «viaje sin retorno» que implica la muerte. Este proceso de la revisión de la vida buscará, según su hipótesis, revisar cómo se han vivido las distintas experiencias a fin de lograr una síntesis que nos sirva en una vida futura¹⁹⁰.

Estará en cada cual ahondar en la percepción de sí mismo, de forma que sea la propia experiencia, el propio criterio razonador el que disponga el valor y la existencia del «alma» o del «espíritu» frente a la vida material.

La ciencia actual no dispone de técnicas psicológicas o espirituales que permitan tomar «conciencia» de la vida antes o después de la vida. Si dichas técnicas han existido alguna vez, tampoco es la ciencia la que se preocupa de ello hoy.

El tiempo seguirá brindando herramientas al estudioso, en cuanto el fenómeno de la conciencia siga siendo estudiado; de igual forma el tiempo nos brindará la evidencia o no de la vida más allá de la vida y de la reencarnación, en cuanto tomemos contacto con ese mundo que se abrirá con la muerte.

Scientific Exploration, 5(2), 233-262. *Psychological Characteristics of Children Who Speak of a Previous Life: A Further Field Study in Sri Lanka* Transcultural Psychiatry, 37, 525-544.

¹⁹⁰ *The Structure And Function Of Near-Death Experiences: An Algorithmic Reincarnation Hypothesis based on Natural Selection.*

En los años 70 Jorge Ángel Livraga escribió un artículo sobre la reencarnación de las formas en el que introdujo la idea del retorno arquetípico de las formas.

Las *Vidas paralelas* de Plutarco de Queronea son un ejemplo que vincula a los actores principales de la historia grecorromana con la similitud de roles y actitudes. No podemos asegurar explícitamente que sean casos de reencarnación de los mismos, pero es un ejemplo de reencarnación de eventos.

Ante la imposibilidad de encontrar información que pudiera aportar elementos nuevos sobre la reencarnación humana se optó por adaptar un trabajo destinado a publicarse entre analistas de gestión y ámbitos empresariales referido al retorno cíclico de los eventos, la caracterización de los sucesos en 8 paradigmas sistémicos de acción y su relación con los trigramas del *I Ching*.

Los objetivos de este trabajo son establecer la presunción de una posible relación entre los paradigmas sistémicos ya publicados en textos de administración y los ocho trigramas del *I Ching* y explorar la repetición cíclica de los diferentes paradigmas en la Historia.

Si bien son objetivos un tanto obvios puede ser interesante estudiarlos en forma comparativa.

Paradigmas sistémicos; procesos implícitos

Estos paradigmas contienen procesos arquetípicos implicados:

a. RETROALIMENTACIÓN: el mejor ejemplo es el incendio. El calor seca los materiales combustibles, provoca vientos y facilita la propagación del fuego.

Ejemplo: el pánico genera rumores y los rumores, pánico.

Ejemplo histórico: el desarrollo de la máquina de vapor para extraer agua de las minas de carbón. El carbón mineral se convierte en el combustible ideal para las máquinas de vapor.

b. REFORZADOR: se aplica esfuerzo a un proceso lineal. Se le adjudican recursos o tiempo.

Ejemplo: un producto se vende bien, se le otorga más personal, más publicidad, se escucha más a los que están involucrados en el mismo, etc.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Ejemplos históricos: Irlanda encontró que el cultivo de patatas era muy bueno y rendía más que los otros cultivos, así que se le adjudicó la totalidad de los terrenos disponibles. Después llegó la enfermedad de la patata, el hambre y la emigración.

Roma encuentra un recurso interesante en la expansión territorial, los patricios se apoderan de las nuevas tierras y aportan fondos a la República. Salvo excepciones no se reparten las tierras entre los ciudadanos ni entre los legionarios. Administrativamente es más sencillo. Con el paso de unos siglos el sistema produjo una deficiente integración de los territorios a la República. Cuando Mario y, más tarde, César intentan revertir esta situación fue más fácil agredirlos a ellos que cambiar el proceso reforzado.

c. LIMITACIÓN: sistemas naturales de freno, por agotamiento de recursos, por acción externa, resistencia del medio o por decrecimiento del impulso.

Ejemplo: un incendio se extingue cuando no hay más combustible, cuando se agota el aire disponible o cuando llueve.

Ejemplos históricos: la campaña napoleónica en Rusia o el fin de todas las epidemias.

d. DEMORA EN LA PERCEPCIÓN DE LOS PROBLEMAS: por diversas causas se lentifica la constatación de la realidad.

Ejemplo: una empresa que no sabe lo que pasa con sus clientes puede tener que enfrentar una demanda súbita de productos a la que no podrá hacer frente, o lo contrario. Si se enteran tarde, no pueden cumplir los requerimientos.

Ejemplos históricos: Darío III nunca pudo entender de qué se trataba la invasión de Alejandro, ni la peligrosidad de la misma.

Mussolini figura en muchas fotografías recogiendo trigo con una hoz, era el líder de una nación industrializada, pero soñaba con conquistas territoriales propias de una época ya superada.

Hitler estaba en la misma situación, agravada por el hecho de dirigir a la nación más avanzada de su época guiándola con los paradigmas de siglos pasados. Soñaba con espacio vital en vez de mercados.

e. DEMORA EN LA APLICACIÓN DE LAS ACCIONES: el problema se conoce, pero no se aplica la solución a tiempo, sino en un momento inadecuado.

Ejemplo: arreglar la calefacción a finales del invierno.

Ejemplos históricos: en la batalla de Isandwana, el mando británico conduce a un ejército poderoso, técnicamente superior a su enemigo y, sin embargo, pierden ante los zulúes armados de lanzas por demora en la aplicación de las medidas y darle más importancia a cuestiones burocráticas que a la batalla.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

En 1930 Argentina poseía los recursos necesarios para industrializarse. Francia e Inglaterra estaban endeudadas con ella, tenía los recursos tecnológicos y los planes de expansión industrial. Pero se demoró en la aplicación. Siguió insistiendo en los procesos reforzados de agro y comercio, permitiendo que sus enemigos se acomodaran a la crisis e iniciaran su desmantelamiento.

f. CONFUSIÓN ENTRE EL MAPA Y EL TERRITORIO: se utiliza un sistema de creencias como marco de referencia. Se buscan los símbolos del poder en detrimento del verdadero poder o se adjudica valor a síntomas accesorios confundiendo con lo esencial.

Ejemplo: una empresa líder que ve mermar sus ventas y participación en el mercado, puede incrementar la presión sobre el personal, afirmar la autoridad interna o gastar más en publicidad.

Ejemplos históricos: cuando el zar Nicolás II planificó la participación en la Primera Guerra Mundial, su superioridad era aplastante en los mapas y en los números también, pero no conocía el estado real de sus tropas.

Bizancio, sumido en su grandeza y aparente invulnerabilidad, se refugia en la valoración de los ángeles, los santos y los rituales como respuesta a una invasión.

El Tíbet ante la invasión china en 1950 sólo opone un ejército ínfimo, poco entrenado y sin equipamiento. Sus relaciones internacionales eran nulas.

Los diferentes paradigmas sistémicos

a. PROCESO Y DEMORA. Se toman acciones correctivas con retardo, lo cual implica un exceso en las mismas y algunas veces ni siquiera se corresponden con la realidad del momento.

Ejemplos: Cuando se aprende a andar en bicicleta, que se va zigzagueando exageradamente.

La ducha que demora en responder a los movimientos de los grifos, y se pasa de muy caliente a muy frío sin poder encontrar el equilibrio, sólo porque se corrige a diferente velocidad de la respuesta del medio.

Esta actitud se puede advertir en las empresas para responder al mercado y, como veremos posteriormente, en las naciones para enfrentar los desafíos.

b. LÍMITES DEL CRECIMIENTO. El crecimiento es satisfactorio durante un tiempo, luego se crece más lento y más tarde se empieza a decrecer.

Es una conjunción de dos procesos, uno reforzador (produce el crecimiento) y otro limitador (frena).

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Por lo general, se insiste en volver a «lo que siempre funcionó», tratando de activar el proceso reforzador sin percatarse del limitador.

Ejemplos: cuando se arranca un coche con el freno de mano puesto y el primer instinto es acelerar más.

Donde más se observa este fenómeno es en los cambios tecnológicos, por ejemplo: ante el impacto del correo electrónico las empresas de correo intentaron reforzar los beneficios de enviar papel, en vez de adaptarse a los envíos que no pueden hacerse vía electrónica, como objetos, o complementarlos entregando físicamente lo que se pide electrónicamente.

El progreso deportivo tiene estas características. El primer progreso suele ser importante pero se llega a un límite. En los niveles de alta competición olímpica se manejan con pequeñas diferencias.

En todo progreso físico se puede encontrar una curva creciente, que llega luego a ser asintótica con el eje del tiempo. Por el contrario, en todo crecimiento espiritual se da la curva contraria con una tendencia a ser asintótica con el eje de progreso.

c. DESPLAZAMIENTO DE LA CARGA. Ante un exceso de carga se suelen aplicar soluciones sintomáticas, que pueden responder en el momento, pero no cambian la esencia del problema, e incluso lo enmascaran permitiendo que crezca.

Ejemplos: la medicina alopática en vez de la homeopática.

Las respuestas monetaristas que se aplicaron en ciertos países para frenar diversas crisis, y luego se tomaron como única solución olvidando los procesos fundamentales.

d. DESPLAZAMIENTO DE CARGA CON INTERVENCIÓN EXTERNA. Es lo mismo que el anterior pero se obtiene una ayuda externa que produce el mismo efecto. Lo característico es que se debilita el poder de respuesta interno. Paralelamente se cae en los mismos problemas que en el caso anterior.

Ejemplos: los sistemas de asistencia gubernamental que no hacen decrecer la pobreza, sino que la incrementan. El fracaso rotundo de los experimentos de ingeniería social.

Intentar equilibrar la balanza de pagos con préstamos.

Ejemplos históricos: el imperio otomano utilizando a los venecianos para el comercio exterior, los griegos para la administración y los jenizaros para la guerra.

e. EROSIÓN DE METAS. La decadencia paulatina. Se frenan los objetivos como medio de poder lograrlos.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Ejemplos: empresas y países que realizan ajustes estructurales, ahorros dictados desde el libro de caja, pero sin considerar la posibilidad de incrementar los procesos reforzadores.

El ejemplo de la rana en agua fría que se calienta paulatinamente. Nunca llega a saltar de la olla.

Asumir un nivel aceptable de calidad (producto o servicio) sin incrementar la autoexigencia. Se va cayendo a nichos de mercado cada vez más bajos. El caso típico fue el calzado deportivo en uso hasta la década de los 60. Las nuevas tecnologías (aunque enormemente costosas en comparación a lo que había sido habitual) se impusieron en todo el mundo.

f. ESCALADA. Dos o más individuos o grupos que, para competir, elevan la apuesta, incrementan el esfuerzo y tratan de desplazar al otro del espacio. El juego es: uno gana, los otros pierden o desaparecen.

Ejemplos: la carrera armamentista.

Guerras de precios entre marcas. Campañas de publicidad en competencia hasta agotar los recursos.

Existen modelos matemáticos que demuestran la imposibilidad de ganar en estos escenarios.

g. ÉXITO ASIMÉTRICO. Apoyos reforzadores a los individuos o procesos que demuestran éxito. Esto implica su crecimiento inmediato y también la anulación de los procesos o individuos que no aparecen como prometedores.

Este tipo de acciones es tan común que parece apropiada. Lo que suele ocurrir es que se apunta a eliminar la diversidad. En cierto modo, se favorecen las tendencias aparentemente prometedoras, dejando de lado otras que podrían ser más apropiadas si se les dieran las oportunidades adecuadas.

Ejemplos: el 10% de los alumnos suelen tener inteligencia superior a la normal. Al mismo tiempo suelen ser incómodos, por lo que los docentes se aplican a los que les resultan más dóciles con el resultado de provocar fracasos estudiantiles en los mejores e incrementar la mediocridad.

El monocultivo de especies de rendimiento económico inmediato.

El apoyo a los proyectos que prometen resultados inmediatos sin percibir que se está matando toda posibilidad de gestión creativa.

h. LA TRAGEDIA DEL TERRENO COMÚN. Ante un recurso limitado se esfuerzan todos por apropiárselo. El resultado es que todos terminan perdiendo.

Ejemplos: la competencia por obtener un único puesto.

El agotamiento de recursos naturales: pesca, petróleo, energía.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

La desertificación de los lugares más fértiles de la Tierra por acción de la competencia, la medialuna verde (actuales Jordania, Irak, Irán), el agotamiento de los bosques ingleses en el s. XVII, la tala actual en Indonesia y Brasil o la destrucción de la biodiversidad del bosque austral chileno.

Ejemplo histórico. Al ser considerado Jerusalén un terreno sagrado por tres religiones militaristas y excluyentes la Ciudad de Paz se convirtió en el terreno más sangriento del mundo.

Los ocho trigramas



LI

Este, lo adherente, lo luminoso, la llama, el fuego.



K'AN

Lo abismal, peligroso, sangre y angustia. El agua, el segundo hijo.



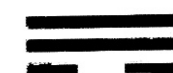
K'UN

Norte (en el hemisferio norte), invierno, lo receptivo. La tierra abnegada.



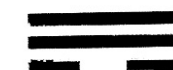
CHEN

Noreste (en el hemisferio norte), que suscita. El trueno que moviliza.



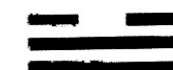
SUN

Sudoeste (en el hemisferio norte), lo suave. El viento penetrante, la madera. La 1.^a hija.



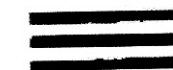
KEN

Noroeste (en el hemisferio norte), el aquietamiento. La montaña. Tercer hijo.



TUI

Sudeste (en el hemisferio norte), lo sereno. El lago, lo regocijante. Tercera hija.



CH'IEN

Sur (en el hemisferio norte), lo creativo. El cielo, lo fuerte.

Relación entre los trigramas y los paradigmas sistémicos

Es difícil hallar la correspondencia exacta, y siempre hay que considerar que los trigramas constituyen un sistema arcaico sustentado por el comentario y recopilación de sabios Maestros. Los paradigmas sistémicos son un transitorio sistema de análisis de gestión sólo útil en lo inmediato.

1 Proceso y demora	chen
2 Límites del crecimiento	ken
3 Desplazamiento de la carga	tui
4 Desplazamiento de carga con intervención externa	sun
5 Erosión de metas	k'un
6 Escalada	ch'ien
7 Éxito asimétrico	li
8 El terreno común	k'an

La reencarnación de los eventos

Meditando en la naturaleza íntima de los eventos y acontecimientos, podemos entrever que la repetición cíclica es siempre un reflejo de la vitalidad de la Historia.

Como en la reencarnación humana, los eventos no se extinguen, sólo pasan a diferentes planos de manifestación; muchas veces solo se atenúan pasando desapercibidos.

La mente unidireccional nos llevaría a creer en una ciclicidad mecánica regida por una suerte de ecuación de onda.

Más allá de los ciclos de la Historia, que en sí mismos son reencarnaciones arquetípicas de eventos, existen determinados procesos repetitivos que coincidirían con cada uno de los paradigmas sistémicos detallados más arriba.

No podemos en este espacio analizarlos todos, pero usaremos uno de ellos como ejemplo.

Ejemplo1. Límites del crecimiento:

Los griegos continentales. El terreno disponible para los cultivos estaba severamente limitado. Cada ciudad-estado tomó diferentes medidas para superar el desafío.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

Los espartanos desarrollan un proceso de expansión territorial, para lo que deben sacrificar mucha calidad de vida en aras de la eficiencia guerrera. Incorporan a los vencidos como ilotas y se expanden en el mismo territorio. Con el tiempo algunos se emplearán como mercenarios y aportarán dinero a la familia en la patria.

Otras ciudades optan por enviar emigrantes a formar nuevas colonias dando nacimiento a la Magna Grecia.

Atenas escoge el comercio desarrollando una marina mercante y, como consecuencia, una fuerza naval.

Roma. Se consideró durante mucho tiempo –en realidad, casi toda su historia– una ciudad extraordinariamente próspera, que administraba el mundo. No llegaron a asumirse como un imperio hasta tiempos muy tardíos. La necesidad de recursos les obligó a desarrollar sistemas de comunicaciones y acumulación de poder. Adoptaron la solución espartana.

Alemania. Alcanza varias veces en su historia el límite de sus recursos; adopta también la solución espartana. Al final de la Segunda Guerra Mundial se ve obligada a hacer suya la solución ateniense, alcanzando un poder superior al obtenido en tiempos pasados por la expansión territorial.

Inglaterra. En un principio asume la propuesta espartana, avasalla a los galeses, escoceses e irlandeses, invade parte de Francia provocando la Guerra de los Cien Años. Llegados a sus límites adoptan la solución colonial, y luego experimentan la solución ateniense.

Estados Unidos. Nacen de forma colonial pero la naturaleza de su territorio les permite llevar el mecanismo espartano-romano a la máxima expresión. Alcanzado el límite en el s. XIX comienzan a expandirse en la forma ateniense.

Ejemplo 2. Desplazamiento de la carga:

Japón. En 1543 llegan los primeros occidentales. Casi inmediatamente se encontraron inmersos en la lucha entre papistas y protestantes. La introducción de las nuevas armas de fuego cambia dramáticamente el balance de fuerzas medievales. Se adoptan y mejoran casi de inmediato los mosquetes y comprenden su aplicación táctica. Al mismo tiempo, fueron víctimas de las intrigas políticas y una violenta acción de conversión. En 1612 expulsan a los cristianos y se aíslan. Ponen énfasis en sus tradiciones y quedan fuera de los conflictos del mundo hasta que el comodoro Perry les impone las terribles y desventajosas condiciones comerciales que sufrieron casi hasta la Segunda Guerra Mundial. Ponen todo su esfuerzo en afirmar sus métodos ya probados. Descuidan el contacto externo y toda actualización.

Iberoamérica sufre desde su nacimiento el azote del adoctrinamiento católico. No sólo se olvida la resistencia hacia ese sistema de dominio sino que al mismo tiempo se ha dejado en manos de la Iglesia la formación moral de las nuevas generaciones. En la actualidad se ha constatado que la corrupción e inmoralidad pública están entre las

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

principales causas del subdesarrollo. Se desplazó la carga hacia una práctica usual y acostumbrada. Este caso es también un ejemplo del paradigma nº 4, desplazamiento de carga con intervención externa.

- LOS AÑOS DE HUGO. Colección Larousse.
VICTOR HUGO, EL FILÓSOFO, Charles Renouvier. Ediciones Maisonneuve y Larose
VICTOR HUGO, HOMBRE DE ACUARIO, Claudette Combes. CID Ediciones.
LA RELIGIÓN DE VICTOR HUGO, Denis Saurat. Lib. Hachette.
VICTOR HUGO, Alain Decaux. Librería Academia Perrin.
VICTOR HUGO, UNA LEYENDA DEL SIGLO XIX. Biblioteca Gallimard.
VICTOR HUGO, UN ESCRITOR EN SU SIGLO, Albine Novarino y Beatriz Mandopoulo. Essentiels Milán.
LAS CONTEMPLACIONES, Victor Hugo. Ed. Nelson. París.
OBRAS COMPLETAS: «TODA LA LIRA» «EL FIN DE SATÁN» «DIOS» «EL ARTE DE SER ABUELO», Victor Hugo. Bouquins Robert Laffont.
HERÁCTICO, TEXTOS Y PROBLEMAS DE SU INTERPRETACIÓN. Rodolfo Mondolfo.
EL PENSAMIENTO ANTIGUO. Rodolfo Mondolfo.
INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES. Antonio Bentué.
TEOGONÍA, LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS, EL ESCUDO, Hesíodo. Traducción de Roque Vicente Caputo.
LA TEOLOGÍA DE LOS PRIMEROS FILÓSOFOS GRIEGOS, Werner Jaeger.
ORFEO Y LA RELIGIÓN GRIEGA, W. K. C. Guthrie.
TEXTOS PRESOCRÁTICOS, Diels-Kranz. Traducción de Matilde del Pino.
LOS TERRORES DEL MÁS ALLÁ EN EL MUNDO GRIEGO: LA RESPUESTA ÓRFICA, Alberto Bernabé. Universidad Complutense.
OBRAS COMPLETAS, Platón.
GLOSARIO TEOSÓFICO, H. P. Blavatsky. Editorial Humanitas, 1993, Barcelona.
Iside Svelata, H. P. Blavatsky.
GLI SPIRITI DELLA NATURA. Giorgio Angelo Livraga.
ENEIDE, Publio Virgilio Marone.
GEORGICHE, Publio Virgilio Marone.
DE BELLO GALLICO, Caio Giulio Cesare.
BELLUM CIVILE O PHARSALIA, Marco Anneo Lucano.
DE SOMNIS, Filone Giudeo.
ASTRONOMIA, Marco Manilio.
La Reincarnazione, Maria Penkala. Edizioni Mediterranee, Roma, ristampa del 1993.
DE PRINCIPIIS E CONTRA CELSUM, Orígenes.
PROTREPTICO (Esortazione ai pagani), Clemente Alessandrino.
LE CONFESIONI, Sant'Agostino.
EPISTOLA A VALERIO, Apollonio di Tiana.
VITE DEI SOFISTI (Vita di Apollonio di Tiana), Flavio Filostrato.
MORALIA, E CONSOLAZIONE AD APOLLONIO, Plutarco.
LA DISCESA DELL' ANIMA, Plotino.
DE MYSTERIIS LIBER, Giamblico.
PORFIRIO ALLA MOGLIE MARCELLA E IL DE SACRIFICIIS, Porfirio
I FASTI, Ovidio. Zanichelli. Bologna, 1983.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

- CHOROGRAPHIA (De situ orbis), Pomponio Mela.
DE VERBORUM SIGNIFICATU, Sesto Pompeo Festo.
DE NUPTIIS MERCURII ET PHILOSOPHIAE, Marciano Capella.
DE LEGIBUS, Cicerone.
LA RELIGIONE DI ROMA ANTICA, Dario Sabbatucci. Collana «Il Saggiatore», Arnoldo Mondadori editore, Milano, 1998.
LA RELIGIONE DEI ROMANI, Renato Del Ponte. Rusconi, Milano, 1992.
LA RELIGIONE ROMANA, Agostino Pastorino. Mursia, Milano, 1973.
LE FESTE DI ROMA ANTICA, G. Vaccai. Edizione italiana: Edizioni Mediterranee, Roma 1986.
DIZIONARIO DEI SIMBOLI, J. Chevalier e A. Gheerbrant. Rizzoli, Milano, 1992.
DIZIONARIO UNIVERSALE DEI MITI E DELLE LEGGENDE, Anthony S. Mercatante. Milano, Newton & Compton Editori, 2001.
LAS ENSEÑANZAS ESPIRITUALES DE MARCO AURELIO, Mark Forstater.
DÜSÜNCELER VE SOHBETLER, Epicteto. MEB Bati Klasikleri, Trad: Burhan Toprak, 1997, Estambul.
ENCICLOPEDIA DE FILÓSOFOS, Cemil Sena. Remzi Kitapevi, 1974, Estambul
STOIC AND EPICUREAN, R.D. Hicks, Russell & Russell Inc., 1962, New York.
<http://alierkanimrek.20m.com/filozoflar/zenon.htm>
PHAIDROS, Platón.
<http://www.yedibilge.8k.com/arsiv/felsefe/ft3.htm>
AHLAKI MEKTUPLAR (EPISTULAE MORALES), Séneca, Trad. Türkan Uzel, Türk Tarih Kurumu Basimevi, 1992, Ankara.
DE PROVIDENCIA, Seneca.
http://www.idea-tr.com/felsefe_tarihi/zenon/zenon.htm
ESTOICISMO, Jean Brun.
REINCARNATION: AN EAST-WEST ANTHOLOGY. Recopilado y editado por Joseph Head y S.L. Cranston. Julian Press, Wheaton, USA, 1961.
REINCARNATION: THE PHOENIX FIRE MYSTERY. Recopilado y editado por Joseph Head y S.L. Cranston. Julian Press, Nueva York, USA, 1977.
REINCARNATION IN CHRISTIANITY. A NEW VISION OF THE ROLE OF REBIRTH IN CHRISTIAN THOUGHT. Geddes MacGregor. The Theosophical Publishing House, Wheaton, USA, 1978.
ESOTERIC KEYS TO THE CHRISTIAN SCRIPTURES. THE UNIVERSAL MYSTERY LANGUAGE OF MYTH AND SYMBOL. Henry T. Edge. Point Loma Publications, California, USA, 1973.
THE CHRISTIANS: AS THE ROMANS SAW THEM. Yale University Press, New Haven and London, 1984.
LA BIBLIA
ENCYCLOPEDIA BRITANNICA, edición del 2000.
EN BUSCA DE LOS MAYAS, Brunhouse, Robert. Fondo de Cultura Económica. México 1992.
EL DESCIFRAMIENTO DE LOS GLIFOS MAYAS, Coe, Michael. Fondo de Cultura Económica. México 2001.
VIDA ESOTÉRICA MAYA KEKCHÍ, Estrada, Agustín. Edición Cultural. Ministerio de Cultura y Deportes. Guatemala 1990.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

- MITOS Y LEYENDAS DE LOS AZTECAS, INCAS, MAYAS Y MUISCAS, Krickberg, Walter. Fondo de Cultura Económica. México 1985.
- RELACIÓN DE LAS COSAS DE YUCATÁN, Landa, Diego de. Porrúa. México 1978.
- LIBRO DE CHILAM BALAM DE CHUMAYEL. Traducción de Antonio Medis Bolio. Secretaría de Educación Pública, SEP Cultura. México, 1985.
- LA CIVILIZACIÓN MAYA, Morley, Sylvanus. Fondo de Cultura Económica. México 1992.
- LOS SEÑORES DEL TIEMPO, Muñoz, Patricia. Guatemala 1997.
- ALGUNAS IDEAS ACERCA DEL ALMA EN LA CULTURA MAYA ANCESTRAL Y ACTUAL, Muñoz, Patricia. Guatemala 2001.
- POPOL VUH. Traducción de Adrián Recinos. Fondo de Cultura Económica. México, 1947.
- POPOL VUH. Paleografía de Agustín Estrada Monroy. Diario de Centroamérica. Guatemala 1972.
- GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS MAYAS, Thompson, Eric. Fondo de Cultura Económica. México 1988.
- LA ARQUEOLOGÍA MAYA, Thompson, Eric. Editorial Diana. México 1986.
- LOS MAYAS DEL PERÍODO CLÁSICO. Varios Autores. Lunewerg Editores. Barcelona, 1998.
- EL EVANGELIO DEL BUDA.
- TRIPITAKA: ABIDHAMMA.
- LA DOCTRINE SECRÈTE, H. P. Blavatsky, éditions Adyar.
- LE GLOSSAIRE THÉOSOPHIQUE, H. P. Blavatsky, éditions Adyar.
- LA CLÉ DE LA THÉOSOPHIE, H. P. Blavatsky, éditions Adyar.
- LE BOUDDHISME ESOTÉRIQUE, A. P. Sinnet, éditions Adyar.
- LETTRES À DÉLIA ET FERNAND, Jorge A. Livraga, éditions Nouvelle Acropole.
- INTRODUCTION À LA PHILOSOPHIE D'ORIENT ET D'OCCIDENT, Jorge A. Livraga, éditions Nouvelle Acropole.
- SAMSÁRA, S.S. Le Dalai lama, éditions du Pré aux Clercs (Pocket).
- LE LIVRE TIBÉTAIN DE LA VIE ET DE LA MORT, Sogyal Rinpoché, éditions de la Table Ronde.
- EL BUDISMO EN ACCIÓN. Thich Nhat Hanb.
- UNA GUÍA ESPIRITUAL PARA LOS MOMENTOS DE TRANSICIÓN. Ph. Kapleau.
- LO QUE EL BUDA DIJO. Walpola Rahula.
- ELEMENTOS DE LA CÁBALA Y SU SIMBOLISMO, Gershom Scholem.
- TRATADO DE ALQUIMIA Y MEDICINA TAOÍSTA, Zhao Bichen. Miraguano Edic., Madrid.
- EL SECRETO DE LA FLOR DE ORO, C.G. Jung y R. Wilhem. Ed. Paidós, Barcelona.
- LA CAMBIANTE SOCIEDAD DE CHINA, Chú Chai y Winberg Chai. Ed. Herrero, México DF.
- INMORTALIDAD Y REENCARNACIÓN, Alexandra David-Neel. Edit. Dédalo, Buenos Aires.
- SECRETOS DE LA MEDITACIÓN CHINA, Lukúan Yü. Ed. Bruguera, Barcelona.
- YOGA TIBETANO Y DOCTRINAS SECRETAS, W.Y. Evans- Wentz. Ed. Kier, Buenos Aires.
- TENDENCIAS RELIGIOSAS DE LA CHINA MODERNA, Wing-Tsit- Chan. Ed. Espasa-Calpe, Madrid.
- EL ORIGEN DEL PODER, Kanji Kikuchi. Sudamericana, Bs.As.
- ESTUDIO DE LA HISTORIA, A. Toynbee. Alianza. Madrid.
- LA 5.ª DISCIPLINA, Peter Senge. Granica. México.

TODO SOBRE REENCARNACIÓN

I CHING, R. Wilhelm. Sudamericana, Bs.As.
GLOSARIO TEOSÓFICO. H. P. Blavatsky.
LAS MANIFESTACIONES DEL KARMA. Rudolf Steiner.
REENCARNACIÓN Y KARMA. Annie Besant.
POR QUÉ CREER EN LA REENCARNACIÓN. Delia Steinberg G.
LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE. Arnold Toynbee, Arthur Koestler.
FUNDAMENTOS DE LA TEORÍA DE LA REENCARNACIÓN, Recopilación de Conferencias.
Delia Steinberg Guzmán.
SUEÑOS DE MUERTE Y TRANSFORMACIÓN, Lidia Nakashima D.
VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE, Recopilación de conferencias. Delia Steinberg Guzmán.
FUNDAMENTOS DE LA TEORÍA DE LA REENCARNACIÓN, J. A. Livraga.
INMORTALIDAD Y REENCARNACIÓN, Annie Besant.
www.ciudadfutura.com/enigmas/paranormal/reencarnacion/index3.html
www.vrindavan.org/galeria/11reenca/reenca0007.html
www.vidapagana.com
www.corazones.org <http://www.corazones.org>
BHAGAVAD GITA, edición checa, Lyra Pragensis, Praga 1989.
LEY DE LAS CAUSAS Y EFECTOS COMO EXPLICACIÓN DEL DESTINO HUMANO, Helena Petrovna Blavatsky. Karma, versión checa, copia del texto, biblioteca de N.A.
SABIDURÍA SEMPITERNA, Annie Besant, versión checa. Globus, conforme a la edición de Hejda & Tucek, Praga 1920.
EL HINDUISMO Y SUS CAMINOS DE LA PERFECCIÓN (en checo), Dušan Zbavitel. DharmaGaia, Praga 1993.
SPIRITUALITÉ HINDOUE, Jean Herbert. Ed. Albin Michel, Paris 1972.
BARDO THÖDOL O LIBRO DE LOS MUERTOS TIBETANO, según la versión inglesa del LAMA KAZI DAWA SANDUP. Éditée par le Dr W.Y. Evans-Wentz, Librairie d'Amérique et d'Orient, A. et J.Maisonneuve, Paris 1974.
LA BHAGAVAD-GÎTA, Shrî Aurobindo. Ed. Albin Michel, Paris 1970.
DOCTRINA SECRETA, de H. P. Blavatsky.
ISIS SIN VELO, de H.P. Blavatsky.